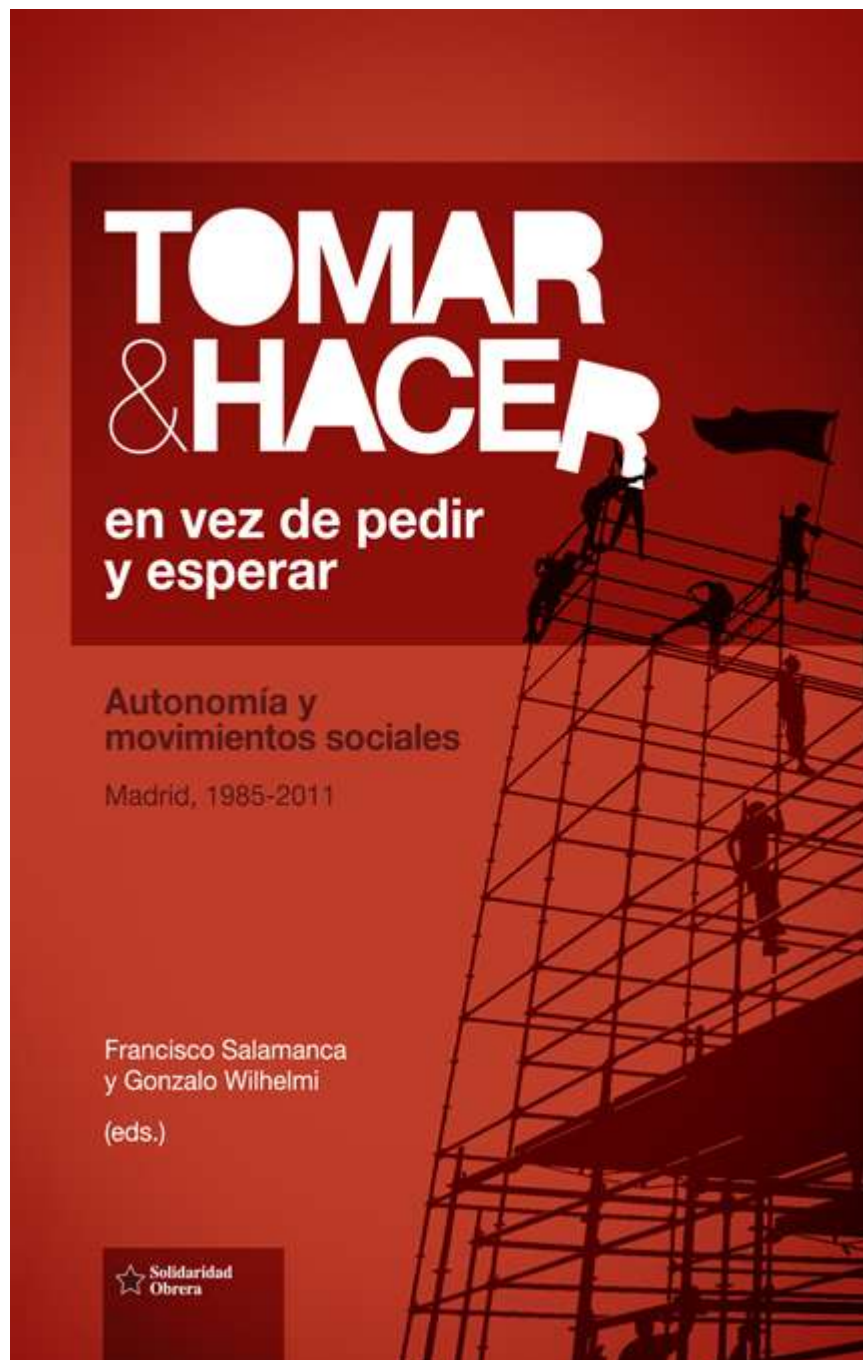




TOMAR & HACER
en vez de pedir y esperar

Autonomía y movimientos sociales
Madrid, 1985-2011

Francisco Salamanca & Gonzalo Wilhelmi

Presentación

En estos tiempos que corren, en que los historiadores solo parecen tener ojos para lo acaecido hasta la transición y en que los sociólogos están atraídos por el empuje y la irresistible atracción mediática y vital del 11M, puede parecer absurdo ponerse a hurgar en las entrañas del movimiento autónomo madrileño de los últimos veinticinco años.

A nosotros en cambio, como historiadores y militantes, nos parece importante recopilar y difundir, antes de que la vida, la muerte y el olvido nos lo impidan, la memoria de aquellos años de juventud y osadía.

Años de okupación y antifascismo, en que la órdenes de busca y captura de los compañeros insumisos eran el pan nuestro de cada día, y en que la potencialidad revolucionaria de las redes sociales parecía algo sacado de una novela de ciencia ficción.

Créditos

Título original:

*Tomar y hacer en vez de pedir y esperar. Autonomía y movimientos sociales.
Madrid 1985-2011*

Edición:

Confederación Sindical Solidaridad Obrera
<http://www.solidaridadobrero.org/>
soliobrero@gmail.com

Corrección: María Gutiérrez

ISBN: 978-84-616-0272-8
Código BIC: JHB / HB

Edición Digital: Carretero

Introducción

Con este libro pretendemos recuperar una parte de nuestra historia más reciente: las ideas y las prácticas vinculadas de una u otra manera a la autonomía en Madrid, desde 1985 hasta hoy. En estas dinámicas han participado con mayor o menor intensidad miles de personas, jóvenes en su mayoría, con una pluralidad tan grande que ni siquiera hay acuerdo entre sus protagonistas a la hora de definir las dinámicas comunes en las que se implicaban: para unos se trataba del movimiento autónomo, para otros del área de la autonomía, y para otros un conjunto de grupos independientes que solo compartían ciertos planteamientos políticos.

Ha habido dos iniciativas que nos han animado a coordinar este proyecto. La primera, el debate «Lucha Autónoma: La pluralidad de la autonomía» realizado el 8 de abril de 2010 dentro del seminario «Autonomía Obrera y Antagonismo», organizado por el Grupo de Trabajo sobre Autonomía Obrera con el apoyo de la Federación de Estudiantes Libertarios en la Facultad de Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. La segunda, el texto «La epidemia de rabia»¹, una autocrítica en profundidad de una parte de las prácticas anticapitalistas juveniles de los 90, en este caso, del insurreccionalismo.

El objetivo de esta obra es contribuir a la reflexión sobre nuestra historia más reciente, con la pluralidad que logró el debate del seminario «Autonomía Obrera y Antagonismo» y con la profundidad de «La epidemia de rabia». Autocrítica colectiva y debate constructivo. Para separar las inevitables animadversiones personales de las diferencias políticas. Para dar a cada una de estas dos cosas el lugar y la importancia que se merecen. Para que las filias y las fobias de cada uno que suelen primar en los espacios informales, los bares y los foros de internet, dejen paso a las propuestas y al análisis de los resultados de las diferentes iniciativas.

Con esta finalidad hemos invitado a escribir a personas pertenecientes a todas las tendencias que en algún momento tuvieron relación con la autonomía en este periodo. Desde quienes optaron por el insurreccionalismo hasta quienes se integraron en la Federación Regional de Asociaciones de Vecinos de Madrid (FRAVM), pasando por activistas del CSO El Laboratorio, La Escalera Karakola, Lucha Autónoma, Rompamos el Silencio, El patio Maravillas, La Tabacalera, Nodo50 y La Haine.

Para tratar de centrar el debate, propusimos a todos los autores una serie de cuestiones comunes, aclarando que si bien sería positivo que todos los textos reflexionaran al menos sobre esos temas, no se trataba de un guión obligatorio. Unas personas han optado por seguir el guión de manera estricta y otras han preferido una estructura distinta. Los ejes comunes de discusión que proponíamos eran: contenidos políticos e intervención en la sociedad; ¿a qué sector social se pretendía llegar?

¹ <http://materialanarquista.blogspot.com/2011/01/la-epidemia-de-rabia-en-espana-1996.html>

¿Con qué resultados?; principales logros; principales debilidades, limitaciones y errores; principales polémicas internas: negociación desde las okupaciones, drogas en los centros sociales, movilizaciones legales e ilegales; relaciones entre hombres y mujeres en los distintos espacios: ¿participación igualitaria? ¿intimidación sutil o no tan sutil?; violencia y autodefensa; autonomía: ideología y/o práctica y/o forma de vida; ¿éramos parte de un movimiento? ¿hasta qué punto, con qué limitaciones?; formas de organización; relación con las instituciones; diferencias internas y pluralidad dentro del movimiento; causas de la crisis que se produjo a partir de 2001; de todo lo aprendido en este periodo, ¿cómo te ha ayudado a abordar nuevas luchas/proyectos?

Todos los sectores invitados han decidido participar salvo los seis activistas del centro social Seco-FRAVM y Nodo50 a quienes se lo propusimos. No lo mencionamos como un reproche, sino para resaltar que, al igual que otras, consideramos importante su aportación y esperamos que se produzca en el ámbito que consideren más oportuno. Desde aquí solo podemos referirnos a dos textos de militantes que pertenecen o han pertenecido a estos ámbitos. Por una parte, «Cuarenta años. Una buena historia. Un buen punto de partida», capítulo del libro colectivo «Memoria ciudadana y movimiento vecinal: Madrid, 1968-2008» editado por Catarata en 2009. Por otra parte, el texto «Rompamos el Silencio: memoria, autonomía y desobediencia».²

En palabras de José Luis Carretero, esperamos ser superados.

² Disponible en <http://www.rompamoselsilencio.net/2010/?Introduccion-Rompamos-el-Silencio>

01. Mujeres sin hombres y peces sin bicicletas

Mirando hacia atrás: experiencias de Autonomía y Feminismo

Phoolan Devi

Este artículo relata experiencias vividas en colectivo. Aquellos colectivos estaban formados por muchas individualidades. Yo era una más entre tantas otras. Escribo desde las limitaciones de mi memoria, pero también desde la sinceridad y la perspectiva que la distancia y el tiempo dan para una crítica, espero, lo más constructiva posible.

Stay Free

El KLAS (Kolektivo Libertario Autónomo y Solidario) comenzó su andadura en el año 1986. Éramos un colectivo de barrio, concretamente del barrio de Moratalaz, un barrio de Madrid con gran tradición de vida asociativa y de lucha.

Lo formábamos una amalgama bastante variada de gente, unas treinta y tantas personas, de diferentes edades, desde los 15 años a los sesenta y pico. Algunas personas venían del entorno libertario, otros de militar durante años en diferentes grupos como la Coordinadora de Barrios y asociaciones de Moratalaz como Barbecho, una asociación con un montón de trabajo socio-comunitario a sus espaldas que a su vez se organizaba en distintas comisiones: mujer, marginación laboral, alfabetización a adultos, etc. Otras éramos muy jóvenes, 15 o 16 años, pero ya teníamos una pequeña experiencia de lucha recién estrenada durante las huelgas de estudiantes de aquellos años.

Nos reuníamos en La Barraca, un pequeño edificio prefabricado que hasta pocos años antes había sido una parroquia de barrio surgida tiempo antes de la transición, con un papel siempre activo, focalizando y apoyando las luchas de los vecinos y acogiendo reuniones clandestinas en los tiempos de la dictadura. La Barraca era un buen sitio con herencia política de la que nos sentíamos orgullosas.

Nuestra base ideológica era claramente de inspiración libertaria y antiautoritaria; producto de ello y de nuestra acracia, era el cómo nos organizábamos y actuábamos. Para la mayoría de la gente que formábamos el KLAS, los ateneos libertarios eran una referencia a seguir, tanto en cuanto teníamos la necesidad y queríamos formarnos, educarnos en libertad y de forma crítica y por lo que las acciones eran producto de reflexiones colectivas.

La heterogeneidad también estaba presente y así, algunos compañeros se sentían más comunistas.

Nos organizábamos a través de la asamblea, con turnos rotatorios para tomar actas y turnos de palabra. Recuerdo tanto el respeto en las intervenciones de cada uno y cada una de nosotras, como el hecho de que dedicábamos mucho tiempo a la hora de

tomar decisiones para que nadie se sintiera excluido, haciendo rondas si era necesario para que todos y todas pudiéramos expresar nuestra opinión. Hacíamos buenos ejercicios de tolerancia y paciencia y en esto tuvo mucha influencia la gente que tenía más experiencia, como la gente que venía de Barbecho. Intentábamos que la comprensión y la comunicación tuvieran más peso que el discurso político aprendido y las consignas fáciles.

Aunque el nivel de implicación no era el mismo y fluctuaba en el tiempo, no se hacía de esto ni de la experiencia un factor de acumulación de poder por parte de nadie. Las propuestas y las decisiones se planteaban allí, en la asamblea, evitando crear microgrupos de poder que acabaran excluyendo a los demás.

No seguíamos los objetivos de ningún partido político ni de ninguna organización externa, aunque como ocurría en aquella época, ciertos partidos de la «izquierda no parlamentaria» (LCR, MC) hicieron intentos de captación de militantes, aunque a su pesar, porque no dio resultado alguno. Tampoco tuvimos intención de negociar nada con la junta del barrio ni con otras instituciones, manteniéndonos a una distancia saludable de la asociación de vecinos, así como del PCE y de sus juventudes, muy presentes también en el barrio.

Generábamos un montón de trabajo desde el propio colectivo. Organizábamos charlas sobre antimilitarismo, ecologismo, represión, cárceles y torturas, etc., con invitados e invitadas de honor como siempre lo son las Madres Contra la Droga, familiares de presos políticos, etc. Montábamos exposiciones de carteles antimilitaristas, talleres de educación no sexista para niños y niñas, etc. También formábamos parte de distintas coordinadoras, plataformas y campañas, tanto a nivel de barrio como de Madrid y estatal.

Estuvimos en el movimiento Anti-OTAN, con sus marchas a la base militar de Torrejón y en el movimiento antimilitarista. Formamos parte muy activa en los inicios de la Coordinadora Antimilitarista de Madrid, así como de la Asamblea de Insumisos de Madrid. Varios miembros del colectivo fueron insumisos, con las distintas estrategias de insumisión que coexistían en el movimiento antimilitarista en aquel entonces representadas en el propio colectivo: la insumisión total (negativa a presentarse a juicio y a entregarse para ser encarcelado) por parte de un par de compañeros y la presentación a juicio por parte de otro compañero (creando entonces un grupo de apoyo desde el que lanzamos una campaña por la insumisión, con charlas, acciones y teatro de denuncia en la calle).

Participamos de la Plataforma Contra la Guerra del Golfo, en otra plataforma a favor de la gratuidad del transporte público, contra la Ley Corcuera y la represión y también participábamos de algunas campañas de apoyo a huelgas de hambre de los y las presas políticas, etc. Igualmente estuvimos presentes en la coordinadora de estudiantes y sus huelgas masivas, en una campaña contra el uso de la droga como elemento de control social, etc.

En los inicios, además de la asamblea, comenzamos a organizarnos en torno a grupos de trabajo diversos: antimilitarista, antirrepresión, anticlerical, antipsiquiatría, de okupación, y también, a nuestros 16 años, aproximadamente una decena de nosotras organizamos nuestro primer grupo de mujeres, con sus debates sobre roles de género, sexualidad, aborto, etc., nuestros fanzines y nuestros inicios de contacto con la asociación antipatriarcal y cómo no, con el movimiento feminista y sus ochos de marzo. Nuestro

primer ocho de marzo fue estrenado con una pancarta con su bruja y su eslogan feminista. En el KLAS éramos unas 12 mujeres, todas bastante activas e implicadas. Entre nosotras había bastante complicidad y apoyo. Observando lo que había alrededor y lo que vi con posterioridad en otros colectivos y en el movimiento alternativo de la época, se trataba de un ambiente de lo más deseable, a pesar de que nada es perfecto y claro, algunos se sintieron excluidos cuando decidimos hacer un grupo de mujeres.

En 1990 y después de varios años funcionando, formamos parte del inicio de la Coordinadora de Colectivos Autónomos (más tarde Lucha Autónoma), con aquellas primeras reuniones en el local de la Fundación Aurora Intermitente y su primera gran asamblea en la Casa de Campo. En aquel entonces no éramos tantos los colectivos de éste ámbito político en Madrid y, de hecho, la idea no surgió de ningún colectivo de barrio sino más bien de gente que venía de la Asamblea de Okupas de Madrid, no vinculada a ningún colectivo de barrio en concreto. Nos pareció una buena idea la de coordinarnos, intercambiar ideas y lanzar propuestas a las asambleas. Sin embargo, el KLAS tenía muy claro que éramos un colectivo de barrio autónomo y que las decisiones de lo que el colectivo tenía o no tenía que hacer, así como los objetivos y prioridades, se decidían dentro y no fuera. Por ello, cuando en la Coordinadora se planteó un cambio de rumbo con respecto a quién tenía la capacidad de decisión final y asumió un poder que a nuestro entender no le correspondía, decidimos dejar de participar en ella.

A pesar de nuestras diferencias seguimos trabajando conjuntamente con Lucha Autónoma en algunas campañas de forma puntual, como la de solidaridad con el pueblo kurdo con su macro concierto en Vallecas (donde actuaron La Polla Records, entre otros). Para el KLAS, Lucha Autónoma establecía dinámicas más bien propias de partidos, y así por ejemplo se primaba la propaganda de la organización y la difusión triunfalista de sus acciones por encima del trabajo real y el trabajo de base en los barrios, menos espectacular, pero de efectos más profundos.

Nosotros y nosotras nunca habíamos tenido intención de morir de éxito ni mucho menos de acabar trabajando para los objetivos marcados por otros, fueran estos partidos políticos o «expertos» okupas. Todo un ejercicio de autonomía dentro del movimiento autónomo.

En el KLAS, tomábamos partido en lo que sucedía en el barrio, como la campaña de bienvenida a vecinos que iban a ser realojados desde el Pozo del Huevo (barrio en aquel entonces marginal y chabolista) a un gran bloque de viviendas en Moratalaz. Las casas eran oficiales, es decir, del Estado. Los vecinos burgueses del barrio de La Estrella, colindante con las viviendas de realojo, hacían concentraciones de protesta a ese realojo todas las semanas. Eso era clasismo y racismo, ya que los realojados eran en gran parte de origen gitano.

Hicimos también campaña de denuncia del recién inaugurado centro de detención de inmigrantes no documentados en Moratalaz, con concentraciones en sus puertas, encierros y huelga de hambre de 24h simbólicos. También convocábamos concentraciones y acciones de boicot a las subidas del transporte, acciones en solidaridad con las huelgas obreras de aquella época, etc.

Funcionábamos con muy poquitos recursos materiales y económicos. Si necesitábamos fondos, montábamos algún concierto llamando a amigos que no cobraban

nada por tocar (grupos de punk, ska y hardcore como SDO, La Orquesta Ke Apesta, Zenobria, Matakuras, Malarians, Sin Dios, etc.). Del mismo modo, montábamos nuestra propia caseta en las fiestas del barrio hasta que, como era de esperar, el ayuntamiento vetó nuestra presencia. Entonces comenzamos a organizar las fiestas alternativas en La Barraca, agitando desde allí y organizando charlas, exposiciones y quemando peles vestidos de militar.

La propaganda del colectivo la imprimíamos con una multicopista manual, de las antiguas (la misma que sirvió durante la clandestinidad a los y las activistas contra el franquismo). Sacábamos panfletos contra la crisis de aquel entonces, por las huelgas generales, en apoyo a las movilizaciones de estudiantes, por la gratuidad del transporte público, etc., y los repartíamos en las puertas de los mercados, en las salidas del metro y en las plazas. Entre carteles, pintadas y murales colectivos teníamos decorado permanentemente el barrio, y eso te hacía sentirlo más como tu barrio.

En cuanto a represión, claro que muchas pasamos por comisaría y por juicios pero eso era y es desgraciadamente algo habitual, y es el precio que el Estado te hace pagar por enfrentarte al poder. La inocencia se te iba a golpe de marrón policial.

En aquella época el arrase de la heroína en los barrios estaba tan solo empezando a decaer. Desde nuestra etapa en el instituto lo teníamos claro: lo veíamos entre los amigos, tanto el seguir estudiando para algunas como el estar implicado políticamente para todos era la mejor vacuna para no acabar en el agujero. Con todo y con ello, un compañero, Víctor, allí quedo. Y, como contraste, algunas de las chicas del colectivo pasaban horas y días en pisos de acogida de la Coordinadora de Barrios, ayudando a gente a desengancharse de la heroína.

El que perteneciéramos a un barrio obrero fue fundamental. Había algunas pequeñas diferencias económicas entre nosotros, pero no existían las desigualdades de clase social que más tarde vi en otros colectivos y lugares. Creo que eso fue importante para saber desde dónde estábamos hablando; para saber y sobre todo sentir que realmente estábamos en el mismo barco, que no estábamos jugando, que esto no era una etapa joven y salvaje y que, al finalizar, podíamos tirar de los privilegios de nuestra familia para abandonar lo precario porque lo precario estaba desgraciadamente ahí, pegado en el pellejo como si fuese un tatuaje. También fue importante para comprobar que no había interés en rentabilizar nuestra militancia profesionalizándonos en la política. En definitiva, el tema de clase social fue fundamental para sentir esa «honestidad» con la que se planteaban y hacían las cosas.

Teníamos un aluvión de ideas por llevar a cabo, más de las que podíamos (algunas se quedaron en el tintero, como la continuación de la iniciada biblioteca popular), pero al mismo tiempo todas asumíamos un nivel de compromiso muy importante, y desde aquí pienso que muy maduro, quizás demasiado, para lo jóvenes que éramos.

Nuestras pintas y forma de vida eran también variadas dentro del colectivo. Algunos de nosotros pasábamos mucho tiempo en okupas y yendo a conciertos de punk. Eso influía en el colectivo y en su implicación en este movimiento pero éramos conscientes de que no éramos un colectivo okupa, ni lo pretendíamos, aunque muchos de nosotros participamos durante y después del KLAS en centros sociales okupados, y algunas optaron por la okupación para vivienda.

Al cabo de bastantes años, en torno al 92-93, fuimos coherentes a la hora de reconocer que estábamos evolucionando cada uno hacia un ámbito algo distinto y que tocaba dar por finalizada aquella etapa en nuestra vida. Entonces fue cuando nos disolvimos con mucha pena, por medio de una fiesta de clausura. Nunca pretendimos ser eternos y de hecho creo que ese pensamiento tiene más que ver con el triunfalismo de un partido político que con la autonomía. Las personas que allí estuvimos continuamos creciendo, aprendiendo y trabajando en el ámbito libertario y feminista en general y en particular en grupos como Juventudes Libertarias, Anarquistas de Moratalaz, colectivo pro-insumisión Los Invisibles, CNT, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, distribuidora alternativa Gato Salvaje, grupos de mujeres antimilitaristas, asociación por la autogestión de la salud (física y psicológica) y el ecologismo Sumendi, grupos de hombres contra el sexismo y afortunadamente un largo *etc.*

Casi veinte años después, en la primera asamblea del 15M de Moratalaz, entre las 500 personas, acudimos muchos ex-KLAS. Estábamos encantados con que 500 personas en el barrio tuvieran tan claro el funcionar asambleariamente y sin partidos y entre nosotras hablamos de las similitudes sobre todo este funcionamiento y lo que años antes habíamos vivido en ese mismo barrio.

El KLAS fue una experiencia afortunada para un comienzo en el activismo, con todas aquellas personas. De hecho, lo recuerdo como el colectivo más honesto en el que he estado, y bueno, este recuerdo es compartido con muchas de las personas que allí estuvieron, lo que en cierto modo, lo hace más real.

Y entonces llegaron los 90...

Cuando ibas a la universidad, no solo lo hacías para sacar una carrera y adquirir conocimientos: si eras activista lo seguirías siendo allí, te llevabas tu ideología y acción allí donde ibas. Había un motón de colectivos y grupos de todo tipo y si no, los creabas tú misma. Y eso hicimos un grupo de mujeres en la Universidad Complutense de Madrid. En esta universidad, durante los años anteriores hubo grupos de mujeres. Estos grupos estaban vinculados a la Federación de Organizaciones Feministas del Estado español, que en Madrid se organizaban en torno al local de la calle Barquillo. El ámbito de Barquillo era feminismo sin dudas, con tradición militante y de lucha desde los 70, pero se acercaba a lo institucional más de lo que algunas veíamos necesario; no era el Instituto de la Mujer, por supuesto, pero pedían subvenciones y reformas legales. Por otro lado, algunas de ellas militaban en aquel entonces en el MC y LCR, la famosa doble militancia. Frente a esto, algunas de nosotras veníamos o nos veíamos en un plano que aparentemente era algo más radical, sin partidos y sin subvenciones, más en la línea de la autogestión y la acción directa. No queríamos ser reformistas. Y el caso es que convocamos una primera reunión a la que acudieron un montón de chicas con muchas energías e ilusiones. A partir de ahí formamos un nuevo grupo de mujeres de la complutense al que llamamos «Grupo de Mujeres Doble X». Creo que para todas las que por allí pasamos y, para muchas de las que allí empezaron a militar, fue una experiencia interesante y bonita, aprendiendo mucho de feminismo.

Nos reuníamos y teníamos charlas sobre las distintas corrientes presentes en el movimiento feminista y los debates que se planteaba entonces. Organizábamos jornadas a las que acudieron ponentes muy interesantes, hacíamos cine-fórum, y llenábamos las

universidades con carteles que hablaban de crear espacios liberados de sexismo, con eslóganes de los 70 del tipo «una mujer sin hombre es como un pez sin bicicleta» y nos encantaba ver las caras de los profesores y estudiantes al pasar por ellos y leerlos. No sabían que pensar, se sentían probablemente incómodos, al fin y al cabo ellos iban allí para estudiar...

Hubo momentos difíciles, como cuando apoyamos a las chicas del grupo de mujeres de Somosaguas llamado Lilith en su campaña de denuncia de acoso sexual y violaciones en las universidades. Dentro de esta campaña aparecía también la denuncia por enésima vez del profesor Román Reyes. Ese tipo tenía una larga acumulación de denuncias previas y el anterior grupo de mujeres de Somosaguas ya había intentado visibilizar el tema. La pesadilla aquel año apareció por la denuncia de intento de violación a una alumna. Hasta aquí, desgraciadamente, se trataba de un clásico en el trabajo de apoyo de grupos de mujeres. Pero la novedad fue el colchón en el que este personaje se apoyaba: gran parte de la gente de izquierdas de Sociología. Afortunadamente, hubo profesoras y profesores que lo tenían muy claro, pero muchos —demasiados de los otros—, le apoyaron hasta cuando estuvo preventivo en la cárcel. Estudiantes de grupos de izquierdas pidieron firmas en apoyo al que, irónicamente, convirtieron en víctima, pasando a hacer un juicio público de la vida de la denunciante al mismo tiempo que querían que el grupo de mujeres se disolviera. Podría parecer esquizofrenia o hipocresía por parte de la izquierda, pero probablemente tuvo más que ver con la podredumbre de círculos de poder, pactos y apoyos que en la universidad se daban... con todo y con eso, pese a la presión, no las pararon, no nos pararon.

Por otro lado, poco después algunas estudiantes que apoyaron a este profesor pasaron incluso a dar charlas sobre feminismo y okupación... y es que, el movimiento también daba para este tipo de contradicciones que nada tenían que ver con posibles evoluciones, sino más bien con que los discursos muchas veces podían ser de quitar y poner, algo intercambiable y dependiente de intereses y modas. Numerosas veces se asumían discursos sin su contenido, por pura y hueca estética.

Del Grupo de Mujeres de la Complutense y otros chicos salió la Plataforma Antihomofobia de la Universidad Complutense. Esta Plataforma surgió como respuesta a la situación de acoso y a las agresiones verbales a las que un estudiante se vio sometido por otros compañeros de clase en la facultad de Filosofía. Aquello disparó nuestra rabia antihomofóbica contenida... En aquel entonces se acababa de crear otro colectivo RQTR (Rosa Que Te Quiero Rosa); eran amigas y conocidas pero de una órbita, a nuestro entender, algo más light, más del entorno de COGAM, lo que en aquel entonces veíamos como más cultural y club social. El caso es que de forma conjunta convocamos manifestación-besadas por todas las universidades: entrábamos en pequeños grupos a las cafeterías de cada universidad, nos repartíamos por todo el espacio y empezábamos a besarnos chicas con chicas, chicos con chicos, de dos en dos, de tres en tres,... la gente se quedaba atónita. A la señal de un pitido empezábamos a gritar consignas contra la homofobia, desplegábamos nuestras pancartas y repartíamos panfletos.

Se consiguió llevar a juicio a los agresores de nuestro compañero y que se les condenara en una sentencia histórica por agresiones verbales homófobas. Nos encantó ver las caras de esos «niños bien» que, tal y como confesaron al juez, «estaban

indignados, porque nunca pensaban que iban a estar sentados en un banquillo, acusados»...

La plataforma antihomofobia se transformó en el colectivo Panteras Rosas (el nombre era un guiño a los *Black Panthers*). Seguimos organizando sesiones de cine-fórum, y charlas y también continuamos participando y convocando acciones antihomofobia, como la concentración de repulsa que tuvo lugar en el año 1993 en la Audiencia durante el proceso contra David Garrido Truchado, acusado del asesinato de Mariano Gómez, que tuvo lugar en la casa de campo en una zona de ambiente gay, así como del intento de asesinato de otro chico unos meses antes, con quien había contactado a través de un anuncio de contactos. El asesino declaró que «él solo estaba en la casa de campo recogiendo espárragos»... así que intentamos comprar por los alrededores espárragos para tirárselos a la cara, aunque solo pudimos comprar botes de espárragos que acabaron estrellados en las furgonetas de policía en las que era trasladado.

Tanto con el Grupo de Mujeres Doble X como con Panteras Rosas, participábamos de la manifestación del orgullo gay, que en aquel entonces no tenía nada, pero nada que ver con el macro evento en que se convirtió unos años después. Se trataba de movilizaciones muy pequeñas, donde éramos apenas un centenar de personas rodeadas de multitud de periodistas sacando fotos de hasta el último detalle de cada una de nosotras. Esto intimidaba, claro, y había que tener valor sabiendo que al día siguiente podías ser portada del periódico de turno. Y supongo que debido a esto, el primer año que participamos aparecimos con nuestra pancarta y el lema: «No está el horno para bollos, Sal del horno!» y unos dibujos de monigotas saliendo de un horno mientras nosotras íbamos adornadas con pelucas de colores y grandes gafas de sol, repartiendo bollos y tortillas y gritando consignas.

Aquella era la época en la que la Radical Gay y LSD (Lesbianas Sin Duda) abrieron una ventana de frescura en todo esto, proponiendo una alternativa politizada al ghetto gay y lesbiano de lo que entonces era Chueca, y radicalizando el discurso frente al COGAM, realizando acciones transgresoras tanto en su contenido como en su forma. Hablaban, por ejemplo, del devenir y ser lesbiano así como de la importancia de la visibilización. No es que estos colectivos surgieran del movimiento okupa, ojalá... pero sí que algunas y algunos de los que del movimiento autónomo participábamos nos sentimos influenciados por esta gente. Concretamente, la Radical Gay se implicó en multitud de campañas en las que también estaban presentes colectivos autónomos, como la marcha contra el paro y la exclusión social de la Coordinadora Baladre en el 1993. Pero es necesario hacer aquí un apunte: el hecho de que la Radical Gay participara de bastantes de las convocatorias que desde el movimiento autónomo se hacían, como por ejemplo la manifestación antifascista del 20N, desgraciadamente no se traducía en que el movimiento fuera consecuentemente antihomófobo ni que en los espacios hubiera una mínima visibilidad gay y lesbiana... eso seguía quedando muy lejos...

En aquel entonces, la mayoría de la gente estábamos plurimilitando en quizás demasiados colectivos y por ejemplo, algunas de Doble X que participábamos en centros sociales ocupados, montamos otro grupo de mujeres reuniéndonos en el Centro Social Seco. Como anécdota, durante una de nuestras reuniones el techo del edificio se nos cayó literalmente encima, no hubo heridas de casualidad y allí comenzaron las casi eternas

obras de reparación del aquel centro social. De Seco nos acabamos yendo entre otras cosas cuando un grupo de chavales bacaladeros, animados y empoderados por algunos de los que participaban en el centro social (quizás debido a algún tipo de experimento social que nunca llegué a entender), acabaron asaltando primero la biblioteca y después la distribuidora alternativa El Gato Salvaje.

El Gato Salvaje comenzó su andadura con los inicios del movimiento okupa en Madrid, siendo una de las distribuidoras de material de referencia dentro de la ciudad durante los años que funcionó. Al asalto del local en Seco, se unieron problemas económicos de diversa índole que llevaron a su cierre definitivo. El fin del Gato Salvaje se cruzó con el comienzo de lo que ahora es la librería asociativa Traficantes de Sueños, que pasó en aquel entonces a ocupar el anterior nicho del Gato Salvaje, y en cuyo fondo acabaron los restos del material.

En aquella época, en las okupas, había muchas cosas que se daban por supuesto pero que realmente eran puro humo. El feminismo era una de ellas. Pensándolo desde el ahora, aquello podría definirse perfectamente como heterosexista: era un ambiente muy radical y atractivo por el nivel de crítica y enfrentamiento al Estado y al capital que representaba, pero lo de la crítica y el trabajo contra el patriarcado quedaba a años luz. Básicamente, se trataba de un movimiento de hombres heterosexuales y la responsabilidad de que no hubiera sitio para otros y otras no venía de fuera, de la sociedad, era algo a asumir desde dentro... Desgraciadamente no había muchas mujeres y, tristemente, muchas de las que allí estaban, lo hacían en calidad de amigas, novias, etc., y nunca como verdaderas protagonistas. A esto había que sumar el que las relaciones entre las mujeres del entorno, frecuentemente y producto de ese patético heterosexismo, se establecían en base a la competencia.

Al mismo tiempo, sobre todo durante los conciertos, tenías que soportar como en cualquier otro bar chungo todo tipo de comportamiento baboso y acosador por tipos que campaban a sus anchas. Y es que era difícil ser una más en aquellos sitios. A la hora de currar en conciertos, pegar carteles, etc., no había problema con que fueras tía, claro, pero el ambiente a la hora de participar en asambleas era bastante intimidatorio para una chica, y más si eras muy joven. Creo que eso fue fundamental para que algunas de nosotras tuviéramos tanta entrega en grupos de mujeres, donde nos sentíamos mucho más a gusto y podíamos expresarnos más libremente.

En los espacios mixtos —formados por hombres y mujeres—, las mujeres nos encontrábamos ante la contradicción de que para que se nos tuviera en cuenta, tenías que tomar actitudes y roles que rechazabas: ser una tía líder, hablar bien alto en las asambleas, que se te viera bien tirando piedras en primera línea para que no dudaran de tu valor y compromiso, etc.,... vamos, como uno de ellos... Es decir, que solo cabía nuestro lado más masculino —del cual hay ciertas cosas de las que no reniego—, pero cuando lo femenino es minusvalorado... es ahí donde nos encontramos con el patriarcado. Y no es que se colara por las rendijas, sino que era la base de las relaciones en ese mundo, por muy alternativos que pensáramos que éramos. El proponer reflexiones y trabajo sobre sexismo era algo a lo que al final solo acudían mujeres, aunque me consta que hubo grupos de mujeres que lograron de algún modo afectar de manera significativa lugares, formas y colectivos de su entorno con su trabajo antisexista, como las Ruda en Zaragoza.

Era difícil el encontrar «un lugar»... aquellas manis antimili que siempre acababan con disturbios, las okupaciones, las movidas con los nazis, los desalojos, los conciertos brutales de punk y hardcore en las antiguas Cocheras y más tarde en Minuesa y en otras okupas... eran un chorro de energía en el que una quería estar; no querías estar escuchando a cantautores y haciendo talleres de no violencia, sino estar allí; pensabas que esa era la manera de hacer las cosas: tomar las calles, las casas, la acción directa, el enfrentamiento directo, la autodefensa... Cuando íbamos en bloque a las acciones, a las manis, etc., sentías o querías ver el poder del grupo, pero en los momentos más tranquilos, en los momentos en que hablábamos... y sobre todo en lo más cercano a lo cotidiano, ya te sentías en un segundo plano, más como una espectadora, escuchando a los «ideólogos» y recolocándote en formas y espacios como podías. Quizás por todo esto, algunas de nosotras buscamos la militancia donde realmente nos sentíamos visibles, sin tener que hacer piruetas ni evangelizar demasiado y donde las energías iban al trabajo en sí y no en su mayoría a la parte de relaciones sociales, a la lucha de roles y a lograr un lugar y el respeto de la manada.

Después de unos años, algunas de las que habíamos estado en okupas, junto a otras que se habían ido sumando (por ejemplo con el Centro Social Seco, Lavapiés 15 o con okupaciones del barrio de Estrecho), empezamos a verlo muy claro: queríamos, necesitábamos un espacio okupado por y para mujeres. No tenía sentido estar en ese ambiente poniendo la puntilla feminista cuando a casi nadie le interesaba realmente, cuando a muchos molestaba y cuando lo que se podía pretender, la reflexión y el cambio de dirección por parte del movimiento, apenas se producía. Nadie quiere perder su cuota de poder gratuitamente si no se le obliga. Eso ocurría fuera, ya lo sabía, pero también ocurría dentro y costaba querer verlo.

Karakola (1996-inicios)

Como experiencia previa a La Karakola, tuvimos un ensayo de espacio por y para mujeres en una okupa en la calle Lavapiés. La gente que okupó este edificio era gente recientemente incorporada a este mundo de las okupaciones. En su mayoría venían de partidos políticos como el MC y la LCR o más bien de sus juventudes. En un momento dado, renegaron de sus respectivos partidos y se unieron a la autonomía —abriendo en realidad su propio camino y creando un nuevo discurso dentro del movimiento—, y contribuyendo de manera decisiva a la posterior okupación del Centro Social El Laboratorio 1.

De este nuevo grupo de gente venían algunas mujeres que habían participado del feminismo de Barquillo y ahora, en las ocupaciones, tenían claro eso de «por y para mujeres». Así que, digamos, hubo una alianza en ese sentido.

En esta casa de Lavapiés, la segunda planta era para mujeres e hicimos días en los que la okupa entera era para actividades de mujeres, acabando en alguna ocasión a botellazo limpio con algún grupo de tíos que se tomaban a chufia eso de una fiesta de mujeres. Después de esta experiencia, hubo una serie de reuniones con muchas mujeres, así que, con más ganas que dudas nos tiramos al barro y okupamos La Karakola.

Los primeros días nos repartíamos en turnos para dormir y permanecer en la casa. Era un edificio muy grande, en gran parte muy hecho polvo. La nave central tenía desplomada una de las inmensas paredes; teníamos uno pozo y una bonita escalera de caracol. Recuerdo un día en que por casualidad descubrimos un ventanuco y a partir de allí, ayudadas por un pico y una pala, abrimos un nuevo espacio más tarde destinado a una tetería. Fue bonito y muy energizante el hacer nosotras mismas todas esas cosas en las que en una okupa hacían los tíos, supieras o no hacerlo. Algunas sabíamos algo de albañilería y nos dedicamos a tapar los inmensos agujeros que el edificio tenía, otras se aplicaron con la electricidad, las tomas de agua, etc. Y con ayuda del único tío que entró por allí en aquellos días y como excepción, un amigo aparejador, tuvimos planos de la casa y un plan para clausurar las zonas realmente peligrosas, asegurando con puntales la zona en la que nos quedaríamos. Si necesitábamos máquinas o material, lo conseguíamos como fuera; si no sabíamos cómo hacer o manejar algo, pues lo aprendíamos. Y nos encantaba ver a otras haciendo todo aquello, sin ser juzgadas, dándonos ánimos y bien orgullosas. Esa parte fue muy bonita para todas y nos unió mucho. Pero al mismo tiempo surgió el inevitable debate: espacio de y para mujeres o espacio organizado por mujeres y de participación mixta. Aquello, en realidad, en aquel tiempo donde no existían aquí los aires ni el discurso *queer*, representaba dos posturas: la feminista y la digamos, menos feminista. Nos metimos en discusiones larguísimas. Los argumentos políticos de las que queríamos un espacio por y para mujeres y que por eso estábamos allí, eran muchos y variados. Entonces, cuando las que querían un espacio mixto se quedaban sin argumentación política, surgieron algunos chantajes emocionales del tipo «no me entendéis», «no me respetáis», «yo solo quiero que mi hermano o mi novio puedan visitar la casa»... lo cual, afortunadamente, no funcionó.

Al poco de okupar La Karakola, unas cuantas fuimos a Barcelona, a unas jornadas de okupación. Algunas escribimos textos para contar nuestra estrenada experiencia y plantear debates. Lo que allí vimos fue muy clarificador de lo que había en aquel momento al respecto. En la reunión de mujeres propuesta, comenzamos a explicar por qué habíamos okupado una casa por y para mujeres, ya que era la primera experiencia en el Estado en este sentido, como centro social. Lo explicamos con ilusión, como intentando transmitir y contagiar a las demás de aquello y que surgieran mil centros sociales okupados por y para mujeres, feministas... Y el caso es que nos sentimos un poco incomprendidas cuando las de Barcelona que allí estaban nos dijeron que allí no hacía falta, que eso del sexismo en las okupas de allí no ocurría, que estaba «superado». Y curiosamente, esto lo contaban algunas chicas que habían okupado una vivienda solo para mujeres porque estaban hartas de la convivencia con tíos. Pero parece que la reflexión empezó y acabó allí.

Afortunadamente, había algunas mujeres de Valencia, de Dones els mussadess, grupo de mujeres feministas de allí con las que siempre me había sentido muy identificada en la distancia, al igual que con las de Ruda de Zaragoza o Lisístrata de la universidad de Zaragoza. Pues bien, las valencianas nos apoyaron bastante. Ellas habían tenido un edificio okupado por mujeres para vivienda (Amanecer) y sí que tenían muy claro la necesidad de la lucha feminista.

Al salir de la reunión, charlando con alguna otra mujer de Barcelona, me explicó, que lo que yo había visto, era lo que había, que por supuesto que en Barcelona había feministas pero que las que empezaron en las okupas ya no estaban allí, sino en el movimiento feminista, fuera de las okupas, de ahí esa carencia de feminismo en las okupas en aquel momento.

En La Karakola, la ilusión y la fuerza del inicio fueron dejando paso a las diferencias que entre nosotras había. Con el tiempo, hubo ciertas actitudes y formas que me fueron alejando hasta que dejé de participar en el proyecto. Algo que me distanció fue la influencia de la corriente que venía de antiguas militantes del MC y LCR. Se habían convertido en verdaderos ideólogos y producían gran cantidad de textos, muchos de ellos con ese lenguaje casi ilegible con el que se podía llegar a justificar una cosa, o la contraria y solo el que lo escribía y los de su alrededor quizás por no quedar de tontos lo aceptaban y alababan (a este respecto y volviendo al presente, me parecen importantes las propuestas que van justo en el sentido contrario, como las que vienen del grupo de economía de Sol del 15M, que trabajan tratando de traducir complejas teorías económicas a un lenguaje que todos y todas comprendamos, acercando el discurso y alejando el fantasma de las vanguardias y del monopolio de la información y de lo teórico). Pues bien, en este contexto, comenzó una especie de campaña contra el trabajo. Pero esta campaña no venía de la CNT, CGT o de alguno de los otros sindicatos de trabajadores y trabajadoras que tuvieran motivos más que fundados para estar en contra del trabajo en una sociedad capitalista, consumista, alienada y *etc.*

En realidad provenía de gente que venía de un sustrato bastante burgués, que participaban en las okupaciones y se fueron haciendo llamar «precarios», pero que a mi parecer estaban a años luz de la verdadera precariedad, confundiendo el tener un eventual trabajo de mierda con la precariedad que mucha gente vive y que, por supuesto, tiene más que ver con el no tener familia ni entorno de cuyos privilegios poderse beneficiar cuando la cosa se pone difícil o cuando la etapa de experimentación de precariedad se da por acabada. Y probablemente mucha de esta gente, en realidad, no vivía exclusivamente del trabajo precario de turno.

Como anécdota bastante significativa, un Ocho de Marzo, mientras participaba en la manifestación junto a otras mujeres en el bloque del grupo de mujeres dominicanas (no las que estaban en la universidad o estudiando su postdoctorado, sino las que en su mayoría eran trabajadoras domésticas), llegaron justo detrás de nosotras las chicas de La Karakola —mis compañeras—, con su pancarta, gritando y bailando al ritmo de eslóganes tipo «lo mejor, vivir sin trabajar...». Las mujeres dominicanas ponían una cara como de no entender nada, aunque bueno, sí que lo entendían y no daban crédito... Unas chicas jóvenes, probablemente universitarias, proponiendo que lo mejor era vivir sin trabajar al lado de quienes venían desde el otro lado del mundo y se partían el pecho por conseguir un trabajo de mierda. Y es que, La Karakola se topó con las clases sociales en el feminismo, y ya no solo cuestión de clases sociales en el feminismo, sino del manejo de estas, lo cual hacía plantearme que en el movimiento que desde allí, desde La Karakola y okupas denominábamos burgués (es decir, Barquillo y su ambiente) había bastante menos burguesas que donde yo estaba. La invisibilización de las clases sociales y la falta de soluciones a qué hacer con ello en el movimiento feminista, pero también en el

movimiento autónomo, siempre ha sido, a mi entender, uno de sus problemas. Sé que la respuesta es difícil y compleja, pero el camino contrario es invisibilizarlo y otro nivel más maquiavélico pasa por, incluso, crear un discurso académico en torno a la precarización con el que disfrazarse.

Otro factor que me acabó alejando de La Karakola fue el tratamiento de las agresiones sexuales que desde allí se planteó, en cuanto al nivel de implicación y respuesta o más bien la falta de ellas. En aquellos años fue cuando unas chicas se organizaron en un grupo de afinidad de corta vida para realizar algunas acciones antisexistas, «Anacondas subversivas». Una de sus acciones tuvo que ver con la denuncia pública de una agresión sexual por parte del bajista de un grupo de música que fue bandera en aquellos años.

Dentro del movimiento autónomo del momento aquello fue todo un escándalo. Sin embargo, a mí lo que me pareció un escándalo fue la reacción de la inmensa mayoría de la gente. Todo aquello se convirtió en una especie de juicio a las chicas que habían realizado la acción, intentando quitarles legitimidad y equiparando autodefensa feminista con autoritarismo, al mismo tiempo que intentaban reducir la denuncia a nivel de unos chismorreos. Hubo una guerra de comunicados en el que tan solo Indias Metropolitanas (colectivo de autodefensa feminista) apoyaron la decisión y capacidad de Anacondas y de otras mujeres para llevar a cabo este tipo de acciones-denuncia, mientras el resto del mundo permanecía como viendo un culebrón desde su butaca o desde los bares. La cosa acabó cuando se dio la carnaza al público, es decir, cuando se relató con pelos y señales la agresión, ante lo cual hubo un reconocimiento por parte del implicado y del resto de la banda, que ante la imposibilidad de negar lo ya obvio optaron por una triste estrategia de escaqueo y desvío de atención buscando manos ocultas e incriminando a varios tíos que se habían sumado a la denuncia pública, como colofón a su machismo.

Al poco tiempo, una compañera de La Karakola fue agredida sexualmente en la okupa en la que vivía, El Laboratorio 1. Fue entonces cuando un pequeño grupo de La Karakola decidimos que, además de apoyar a nuestra compañera, teníamos que reaccionar ante todo esto y comenzar a hacer campaña de denuncia del sexismo en el movimiento. La reacción de la mayor parte de la asamblea de La Karakola ante las propuestas de respuesta, en mi opinión, fue de una falta de solidaridad mezclada con el miedo a ser señalada como «aguafiestas» entre los compañeros del ambiente. Hubo demasiado escepticismo, que fue disfrazado de excusas que se resumían en que no todas estábamos en el mismo nivel de feminismo; argumentaban que había distintas velocidades y que mientras algunas teníamos experiencia en cómo enfrentarse a agresiones teniendo muy clara la necesidad de respuesta, otras no lo veían así y que había que «ajustar velocidades». Intentamos remediar esto (con la urgencia de que las agresiones no esperaban a que el nivel medio de conciencia en La Karakola fuera aceptable). Convocamos reuniones para trabajar el tema de las agresiones sexuales, ofreciendo listados de material en nuestras manos para compartir, debatir, etc. Pero a las reuniones acudimos las tres o cuatro que lo teníamos muy claro. Así que, aunque logramos sacar un par de panfletos, otro día nos encontramos con la censura de la asamblea ante uno de los panfletos de denuncia. Algunas vivían en la misma okupa que la chica agredida y no se querían sentir incómodas con todo lo que podría provocar la

denuncia pública, por lo que tuvimos que acabar firmando como «un grupo de mujeres de la Eskalera Karakola» para no comprometer a las demás.

En aquel entonces, en El Laboratorio 1, durante una fiesta techno organizada por el Kolectivo Ruido, una chica fue brutalmente violada en el lugar que hacía las veces de baños. Cuando sus amigos la encontraron sangrando y ella les contó lo sucedido, pidieron a los organizadores que cerraran las puertas para encontrar al agresor. Estos se negaron, no lo veían necesario y «no querían estropear la fiesta».

Mientras, nuestra compañera de La Karakola que había sido agredida en El Laboratorio 1, donde vivía, planteó el problema de su agresión en la asamblea de aquella okupa. La reacción y los comentarios fueron de un machismo extremo y desgraciadamente algunos vinieron también por parte de mujeres. Indias Metropolitanas decidimos dejar de dar clases de autodefensa en este centro social, ya que nos parecía totalmente incompatible.

Y con respecto a La Karakola, no solo no estaba haciendo de altavoz y lugar de referencia para algo como la denuncia del sexismo y las agresiones en el movimiento autónomo, sino que actuaba de censora respecto de las que desde allí queríamos trabajar. A esto, se le añadía el que en la asamblea se formaron grupos de poder en los que se reflejaban por ejemplo problemas de convivencia en casas alquiladas compartidas, etc. Por otro lado, las que organizaban la mayoría de las actividades que vertebraban el funcionamiento de La Karakola, no pasaban mucho por la asamblea. Ya que la asamblea actuaba de censora y las actividades funcionaban en cierto modo de forma autónoma, un pequeño grupo de mujeres de La Karakola hicimos un escrito para proponer la disolución de la asamblea y el funcionamiento temporal por simple coordinación de actividades. Aquel fue el momento en el que algunas de nosotras dejamos de participar en La Karakola, esperando que otras mujeres que llegaran de nuevo trajeran y llenaran de contenido y aire fresco aquel espacio, y sabiendo que el trabajo y el activismo feminista no estaba ligado a nada físico, por lo que continuaría evolucionando más allá de cualquier okupación.

Al poco tiempo, María Galindo, del colectivo Mujeres Creando (colectivo feminista y anarquista boliviano), dio una charla en la tetería de La Karakola. Como si fuera algo obvio lo que allí ocurría, comenzó con una performance en la que manchaba de rojo las paredes y ponía sobre esas manchas unas vendas. Al mismo tiempo afirmó que la casa estaba sangrando, y que estaba tratando de curar esas heridas... Hizo además, una crítica muy necesaria y constructiva: comentó que paseando ese mismo día por el barrio de Lavapiés, había observado a mujeres de distintas nacionalidades, la mayoría de ellas inmigrantes, y que, sin embargo, en La Karakola solamente había mujeres de origen europeo, por lo que no veía reflejo alguno del barrio en el que estábamos (¿Acaso no había comunicación con el mundo real?). Y bueno, nadie tuvo respuesta a sus preguntas...

Stay Safe: Indias metropolitanas y la autodefensa feminista (1997-2005... 2009)

Uno de los grupos surgidos de esta encrucijada de grupos y proyectos feministas y autónomos fue el colectivo Indias Metropolitanas. Éramos un pequeño grupo de activistas que habíamos convergido en torno a la necesidad de difundir la autodefensa feminista. Compartíamos una visión muy clara tanto de la necesidad como de la urgencia de extenderla, de hacerla llegar al mayor número de mujeres.

En la época en que comenzamos, en Madrid existía otro colectivo de autodefensa de mujeres, «Las Walkirias», donde alguna de las activistas de Indias había militado tiempo atrás. Este colectivo que había estado funcionando bastantes años, se encontraba en estos momentos a punto de disolverse.

Las Walkirias, durante varios años, estuvieron tanto dando clases de autodefensa como realizando actividades relacionadas en gran medida con el deporte. Se movían en un ámbito feminista-lesbiano, ambiente que en aquella época estaba bastante separado del mundo de las okupaciones, aunque, claro, como siempre, con excepciones.

Para algunas de nosotras, el primer contacto directo con la autodefensa para mujeres vino a través de las jornadas estatales feministas del año 1993 que tuvieron lugar en Madrid. Durante los años posteriores, empleamos bastante tiempo en formarnos, tanto asistiendo a las clases de las Walkirias como participando de talleres que impartían mujeres alemanas y sobre todo suecas, que caían en nuestra órbita y que practicaban la autodefensa feminista. Y así, llegó un momento en el que sentimos que debíamos empezar a extender todo aquello dando talleres.

Los primeros talleres los desarrollamos en nuestro ámbito, el de las okupaciones.

Los grupos solían ser bastante pequeños, de unas 8 o 10 mujeres. El feminismo estaba allí, o eso se suponía, y además era autodefensa, algo estéticamente radical y en principio valorado en ese ambiente. Pero lo cierto es que esa teoría se traducía pobremente en realidad: había pocas mujeres interesadas en la autodefensa feminista y con poca capacidad de seguimiento.

Uno de los primeros talleres que dimos, fue uno dirigido a un grupo de chicas muy jóvenes, adolescentes menores de edad. Esto fue en el centro social El Laboratorio 1. Los padres de estas chicas consintieron que sus hijas fueran a una «okupa» debido a la alerta con respecto a las agresiones generadas por el tratamiento que los medios de información dieron al caso de las chicas agredidas sexualmente y asesinadas en Alcàsser-Valencia unos años antes... Recuerdo la responsabilidad que sentimos.

Durante esta primera etapa, también dimos clases en La Karakola, en la Escuela Popular de Prosperidad, en la okupa El Barrio, etc. También salíamos de Madrid, a Salamanca, a Avilés, etc., para dar clases a grupos de mujeres ya organizados que querían profundizar en la autodefensa.

Otro taller muy interesante lo impartimos en COGAM. A él acudieron entre otras, algunas mujeres trans, que en aquel momento eran trabajadoras sexuales y ejercían su trabajo en la casa de campo, teniendo muchos problemas de seguridad.

Uno de los saltos cualitativos para el colectivo vino cuando nos propusieron dar clases en una casa de acogida a mujeres que habían sufrido violencia machista. Nos hizo muchísima ilusión esa oportunidad y comenzamos un giro importante en la calidad y profundidad de lo que había sido hasta entonces para nosotras la autodefensa feminista. Esta casa de acogida no era una de tantas, sino una de las pocas —o quizás la única en

Madrid— que constituía un proyecto más sólido, una casa de acogida integral. Trabajaban con programas anuales, con una visión de apoyo tanto psicológico como económico frente al resto de casas de acogida, que, desgraciadamente, eran lugares donde las mujeres se podían «esconder» durante tres meses a lo sumo. Detrás de este proyecto estaba la Federación de asociaciones de mujeres separadas y divorciadas, formada por mujeres que en los años de la transición y posteriores tenían la valentía de hablar de forma muy clara sobre la violencia machista y el patriarcado delante de las cámaras de televisión.

Aquella experiencia comenzó siendo dura, porque la realidad de las mujeres que allí llegaban así lo era y así, nuestro método de enseñanza fue sometido a una intensa prueba. Las mujeres que asistían a las clases estaban muy contentas y nosotras más (de hecho, no sé muy bien quién aprendió más de quién).

Un segundo salto cualitativo lo dimos cuando en torno al año 2001 nos ofrecieron la oportunidad de dar clases en el aula de la mujer de un barrio de Madrid. Esta propuesta venía del ayuntamiento de un barrio, que aunque fuera de izquierdas era eso, «lo institucional», de lo que siempre nos habíamos mantenido a kilómetros de distancia... Pero más tarde nos alegramos muchísimo de habernos guardado en el bolsillo nuestro orgullo e ideología al respecto, ya que nos permitió participar de una valiosa experiencia. De todos modos, íbamos sobre seguro: quien nos propuso la idea era una mujer feminista de largo recorrido, una de esas mujeres a la que es fácil admirar y respetar mucho, por su trabajo, por lo que piensa y sobre todo por cómo se comporta, tal y como dice ella, «con todas y cada una» de las mujeres a su alrededor. Esta mujer inició su trabajo en el barrio heredando un aula de la mujer bien triste a todos los niveles, pero desde el comienzo tenía muy claro la necesidad de integrar en todo aquello la autodefensa para mujeres.

Allí se creó una especie de burbuja feminista, que partió de decenas de mujeres y llegó a miles de ellas, con inspiración en los grupos de trabajo de mujeres de los años setenta, del movimiento de liberación de mujeres. Talleres de historia del feminismo, de autoestima, *etc.* Talleres para el cuerpo y para la mente... Se creó algo muy diferente a lo que habíamos visto y vivido hasta entonces. Y todo ello se creó, como dijo otra sabia mujer que de todo aquello participaba, «a pesar de los políticos y no gracias a ellos» y sabiendo que en cualquier momento el soporte institucional se podía cerrar como un grifo. De aquel lugar salieron desde un montón de mujeres que se divorciaban y empezaban a vivir otra vida más libre, hasta redes de apoyo, tanto informales como formales, algunas de ellas para temas de violencia machista, así como diversos grupos de mujeres.

Los talleres de autodefensa tuvieron un éxito increíble. Tenían una duración de unos nueve meses. Solíamos tener una media de cuatro grupos al año con clases de dos horas semanales y lo que más nos sorprendía... había lista de espera. La media de mujeres por taller era de unas 30, empezando muchas veces cuarenta y pico, así que, en unos años cientos de mujeres pasaron por estos talleres de autodefensa.

Las mujeres que acudían, eran, como decíamos nosotras, «de carne y hueso», nada que ver con el micro ambiente en el que habíamos desarrollado nuestro trabajo hasta entonces. Venían mujeres con sus hijas, o chicas jóvenes con sus amigas o con sus madres, que se lo recomendaban a más amigas, vecinas, compañeras de trabajo, *etc.* Algunas volvían al año siguiente y luego al otro. Todas eran muy conscientes de la necesidad de

talleres como los que allí había para las mujeres. Algunas comentaban que les parecía más necesario que las chicas más jóvenes aprendieran y escucharan las cosas de las que allí se hablaba a otras muchas asignaturas que en los institutos se dan.

Me viene a la memoria por ejemplo una mujer, que con sus 70 años, se acercó al aula de la mujer y vio los talleres. En su vida había estado en un taller, menos de mujeres, y menos nada físico, pero lo tuvo muy claro, el taller que eligió fue el de autodefensa. Tenía algunos problemas de coordinación, aunque no más que los de cualquier persona que no ha dedicado mucho tiempo a conocer y a trabajar con su cuerpo. Se sentía incapaz de dar un puñetazo pero la expresión de su cara cuando dio su primer buen puñetazo fue de una satisfacción increíble, para ella y para nosotras, claro. Fue un momento muy bonito, de crecimiento personal e ideológico exponencial, acompañado de evolución de todas como personas y como feministas. Era poner en práctica y en serio la ideología feminista.

Por nuestra parte, supuso mucho trabajo, aunque fue fácil: era el trabajo que queríamos y teníamos que hacer. A nuestras jornadas diarias de supervivencia en el mundo laboral le añadíamos las muchas horas que a la autodefensa dedicábamos. Entre las clases, la preparación de las mismas y las discusiones posteriores a cada clase, estábamos entregadas... La realidad de ahí fuera sometía a prueba un discurso, un método que comenzó a validarse en ese micromundo alternativo. Lo hacíamos cambiar, crecer, adaptarse... o se quedaría en un juego poco creíble e inútil, que es lo que a veces ocurre cuando lo que creamos en ese mundo alternativo cual laboratorio lo intentamos extrapolar a la realidad y no encaja ni con calzador...

Por otro lado, no teníamos nada que ver con el mundo de la enseñanza ni éramos expertas en dinámicas de grupos; ni siquiera teníamos que ver con el feminismo académico para soltar charlas teóricas, pero al final acabamos desarrollando a nuestro modo todo eso, si lo veíamos útil y necesario. También aprendimos a manejar toda esa amalgama de ideas preconcebidas, prejuicios, ilusiones, frustraciones, energías contradictorias, etc., con las que las mujeres venían. Aprendimos a traducir el feminismo a mujeres que llegaban a kilómetros de él, mostrándoles lo útil y necesario que es para una mujer en un mundo patriarcal. Y sobre todo, fuimos depurando el método de enseñanza de la autodefensa feminista en las mejores manos, en las de aquellas mujeres de todas las edades con las que veíamos y compartíamos una evolución que nos llenaba. Veíamos como llegaban muchas mujeres al comienzo del taller y cómo iban cambiando a lo largo de los meses, como iban creciendo en autonomía, independencia, autoestima, y... se notaba tanto... en su actitud, en su forma de estar, de andar, de participar.

Algo muy positivo y necesario era el crear un ambiente en el que se sintieran cómodas, un ambiente de confianza plena, donde podían expresar sus ideas sin miedo a equivocarse o a ser juzgadas. Cuesta crearlo, pero una vez creado, hay una transparencia real que te permite, eso, interaccionar, proponer, atreverte a cambiar y evolucionar.

De los cientos de mujeres que por allí pasaron, como mínimo, un 30% habían sufrido agresiones machistas severas. Ese 30% eran mujeres que a lo largo de los talleres lo visibilizaban, con la valentía que esto requiere. Algunas habían sufrido violaciones, algunas tenían órdenes de alejamiento, incluso siendo muy jóvenes, y alguna que otra incluso, estaba sufriendo maltrato justo en esos momentos... Estas cifras no eran

escandalosas, realmente solo eran reflejo de la realidad y nosotras sentíamos que la mejor medicina para esa realidad eran grandes dosis de feminismo. Sentíamos un compromiso muy fuerte, sobre todo porque veíamos una necesidad real que nada tenía que ver con el dar un taller en una okupa y en ambientes feministas donde todo se daba por supuesto.

También se percibía cuando una mujer había participado previamente de otros talleres del aula de la mujer ya que desde distintos enfoques se fomentaba,... la autonomía... que en este ámbito, en el ámbito de las mujeres, en el ámbito feminista, no tiene nada que ver con la autonomía obrera o con el movimiento autónomo y al mismo tiempo sí. La autonomía feminista para las mujeres en un mundo patriarcal en el que, aquí o allí, occidente, oriente, sur o norte, se nos sigue relegando, enseñando a estar por las buenas o por las malas en ese segundo plano, un plano, dependiente, económico, psicológico y emocionalmente sumiso, complaciente y obediente.

En ese ámbito, es decir, en este mundo, el ser capaz de romper ese molde en el que nos colocan es difícil, pero importante y necesario. Aprender a vivir libres, sin el beneplácito del padre, marido, jefe, compañero, fuera de la mirada represora, tutelada o manipuladora, reapropiarnos de nuestros cuerpos y de nuestras vidas descolonizándolos, desaprender tantas cosas aprendidas en nuestro perjuicio y ser capaces de crear otro tipo de relaciones desde la complicidad y el apoyo mutuo en vez de crearlas en base a la competencia.

Durante esos años también dimos clases en otras aulas de la mujer de algunos barrios de Madrid que intentaban emular el funcionamiento de esta potente aula de la mujer del que participamos.

En el 2005 dejamos de funcionar como un colectivo pero cada una de nosotras continuamos con otras mujeres dando talleres, por lo que el método, las formas de hacer y la autodefensa siguieron evolucionando por distintos caminos. Al mismo tiempo, nuestro trabajo se había desenfocado, ya no estaba en las okupas, por lo que si antes no es que fuéramos muy conocidas, ahora éramos absolutamente invisibles para la propaganda del movimiento autónomo, lo que hace pensar sobre lo artificial, irreal y manipulable de la visibilidad en el movimiento, en el que a veces parecía que el marketing era más importante que el trabajo en sí.

A nivel personal resultaba curioso: nosotras veníamos del feminismo, las okupaciones y los colectivos, veníamos de ese micromundo «alternativo», nos habíamos asomado por lo que parecía un ventanuco y ¡puf! pasamos... supongo que al «mundo» sin más, sin etiquetas. Sin darnos apenas cuenta, estábamos poniendo en marcha ese motor de cambio que tanto pregonábamos en el micromundo y que al mismo tiempo tanto nos gritábamos unos a otros hasta no entendernos y quemarnos como bengalas.

phoolandevi36@gmail.com

02. La apuesta autónoma

(LA reloaded)

José Luis Carretero

«En unos ojos vidriosos sin futuro, California murió.

Cayó un muro como lluvia de facturas: ya no había nadaque esconder y dejaron de actuar. Cerraron los chalets. Prostituyeron al perro. En los esqueletos de las fábricas disecadas, en los escaparates repletos de colgajos brillantes, siempre al otro lado de la acera, danza un viento que habla para las piedras y las ratas. Escúchame: California murió.»

Fanzine El Ateneo, nº 4, Dic. 1994.

I

En una noche de crudo invierno, las maderas crepitan mientras se abrasan en el bidón oxidado que ilumina el patio pletórico de frío, de multitud y de ruido: Minuesa. O así la recuerdo. Esas fueron mis primeras experiencias con la llamada «área de la autonomía» de los años noventa. Me introduje en el mundo de la acción política en el instituto, al calor de las huelgas estudiantiles del curso 1986-87, las del «Cojo Manteca». Allí, montamos una asociación en la que pronto se manifestó la oposición entre un sector cercano a la socialdemocracia y otro que abogaba por el poder directo de las asambleas.

Derivando desde la segunda propuesta, algunos formamos un colectivo juvenil estructurado en torno a las ideas de la autoorganización, el asambleísmo y la democracia directa. Parte de dicho núcleo fundador frecuentábamos el Rastro madrileño y solíamos adquirir las maquetas musicales y los folletos y fanzines de los puestos políticos de Tirso de Molina.

Era el tiempo de las preguntas torpes y un poco ridículas: «¡qué bonita es esa bandera negra con una estrella roja!».

Ahí conocimos la existencia del incipiente ambiente autónomo madrileño, aunque en principio tendíamos más hacia el anarquismo purista. Yo estuve en La Funda, en una reunión de colectivos, poco después de la Huelga General del 14-D y antes de la fundación de Lucha Autónoma.³

³ Funda: Fundación Aurora Intermitente [N. del E.]

Nos aficionamos a Minuesa, al latido acelerado de las guitarras eléctricas de los primeros Reincidentes y al grito desgarrador de los Tarzán y su puta madre. Nos hizo mucha gracia ver a los punks arreglándose la cresta frente al cristal del baño desvencijado. Tanta, que a la siguiente reunión fuimos vestidos con traje y corbata. ¡A ver qué cara ponían!

También estaban las manifestaciones, por supuesto: las carreras tras el intento de fiestas alternativas madrileñas; el barullo en la Plaza Mayor el día de la visita a un concejal; recorrer Lavapiés arriba y abajo buscando el lugar de la siguiente cita.

Y, mientras, en el pueblo, organizábamos conciertos populares con los grupos de la zona, montábamos proyecciones de películas o charlas. Incluso hicimos una tertulia en un bar. Estuvimos dentro y fuera. Estuvimos de veinte maneras distintas y cambiamos mucho por el camino.

Pero en los años devastados en que el muro había caído, al filo del fin proclamado de la Historia, alimentamos el fulgor de una pequeña luz en la gran oscuridad reinante.

II

El ambiente autónomo no tenía muy claro, en principio, a qué sectores quería llegar. Tenía algo de moda traída del exterior y centrada en la estética del «autónomo» (nosotros decíamos con ironía «automono») alemán, siempre vestido de negro y con el inconfundible pasamontañas.

Sin embargo, las cosas fueron clarificándose en el marco de debates interminables, al hilo del proceso de conformación de una alternativa política que se quería coherente y que estaba rompiendo con el contorno político de la izquierda de la época.

Habíamos llegado cuando los viejos discursos estaban en plena decadencia, cuando las antiguas estructuras organizativas (hijas de la Transición) se habían quedado claramente obsoletas. El marxismo revolucionario arrastraba la caída del Muro pero, aún más, el llamado «centralismo democrático», que había cansado a todo el mundo. El autoritarismo de los partidos y el vanguardismo verbal no satisfacían ya a nadie. La CNT y el anarquismo «purista» atravesaban una etapa de dogmatismo y retraimiento, dedicados a un interminable movimiento de amargura en el que todos se tiraban los trastos mutuamente a la cabeza cada poco tiempo (yo fui testigo de algunas reuniones de las Juventudes Libertarias, y en cada una se expulsó a alguien por los más variados motivos: no daban muchas ganas de volver).

El universo autónomo tenía algo de fresca e intentaba alear lo mejor de ambos mundos: mucha ansia militante que no despreciaba la formación (al menos en algunos de los sectores más conscientes); un antidogmatismo radical que hacía que en el marco de las okupas se escuchasen igual los discursos de Fidel que los de los ácratas del 36; una estética moderna que rompía con las imágenes caducas del pasado (el eterno tío musculoso con un martillo); y el asambleísmo más absoluto, que buscaba generar espacios de autoorganización no vanguardistas.

Sin embargo, desde el mismo principio se hicieron sentir varios latidos diferentes, y aún antitéticos: había quienes veían aquello como un movimiento político de clase (aunque fuera muy discutible como se podía definir dicha clase) y que, por lo tanto, querían generar un efecto subversivo en la sociedad y, sobre todo, en los sectores juveniles de los barrios obreros; y había quienes buscaban reproducir un modo de vida marginal ajeno a los procesos de reproducción del Capital, si se quiere, pero sin duda rayano en lo que tradicionalmente el propio movimiento obrero había nombrado como el «lumpen». Una cierta ambigüedad conceptual entre el mencionado «lumpen» y sus expresiones artísticas o sociales y la recién descubierta «precariedad» (a mi entender, profundamente errada) amalgamó momentáneamente posiciones que más tarde se reconocerían como irreconciliables, y a alimentó una confusa cadena de equívocos cuyas consecuencias se sufren hasta el día de hoy.

Con todo, hay que tener presente que la mayor parte de la actividad de los colectivos que conformaban ese «sector de la autonomía» sin contornos claros pero que iba creciendo poco a poco, consistía en una labor centrada en la reivindicación social y en el intento de vivificación y politización de los barrios madrileños. Junto a cierto folclorismo punk, con la inevitable irrupción continua de los ilustres «pies negros», convivía el trabajo social y cultural, los intentos de colaboración con las asociaciones vecinales o con el movimiento obrero, las tentativas de generar vivencias esencialmente distintas, más creativas y articuladas, para la juventud proletaria de las barriadas.

El modelo nunca estuvo del todo claro, o convivieron varios modelos que tarde o temprano se revelarían imposibles de mezclar: el movimiento político-social, la red de autoorganización de los barrios, la plataforma de investigación-acción cultural, el «ghetto» de ocio alternativo, el escondite para formas de vida, extremas, pintorescas y marginales.

Sin embargo, lo cierto es que, aún alimentado por estas contradicciones, el movimiento creció, incluso espectacularmente para la época. Había colectivos en todos los barrios, en las universidades, en los institutos. Se llegaba un poco a todas partes generando un referente alternativo a la izquierda institucional y a los viejos cadáveres andantes del dogmatismo (bastante escondidos por aquel entonces). No fue ajena a todo ello la voluntad organizativa del elemento principal de la escena autónoma. Lucha Autónoma fue la apuesta, la estructura y la imagen, que empujó a los principales éxitos y logros obtenidos: se construyó organización y tejido social, pese a las recurrentes tendencias internas al dogmatismo, la disolución y el lumpenismo.

III

La cerveza reseca tiene un olor muy especial. Y la resaca del calimocho, por supuesto, también lo es.

Jugábamos todos los juegos y estábamos un poco en todas partes. Queríamos intervenir. No estábamos dispuestos a dejar pasar la vida por delante de nuestras narices y un buen día despertarnos con vistas a un escaparate siempre inalcanzable y con la espalda rota de tanto hacer reverencias. Ser pasivo, pese a todo, no estaba permitido.

La actividad era continua y múltiple: tan pronto estábamos apoyando a los chabolistas magrebíes de Casas de Diego, en Majadahonda, en despachos encerados, como corriendo perseguidos por la noche encarnada en botas militares. También nos amamos, alguna que otra vez, en un rincón de una okupa, compartiendo mordiscos y caricias temerarias, y un buchito de cerveza.

Los colectivos se extendían por los barrios y todos recibíamos con alborozo el último número del «Molo», que empezó siendo un simple folio doblado para darse el pote de publicación periódica y se fotocopiaba con el sempiterno «fondo negro» de los fanzines de la época. El boletín autónomo por excelencia se alimentaba de las noticias de la UPA, la agencia de noticias alternativa, a cuyo número de teléfono podías llamar para obtener las novedades del día o de la semana (hay que tener en cuenta que por entonces no existían ni Internet ni los móviles).

Según avanzaban los años íbamos haciéndonos más fuertes y más organizados: pasamos de manifestaciones de poco más de cien personas en las que algún loco intentaba aguantar espontáneamente la primera carga policial, a convocatorias del 20N en las que la asistencia se contaba por miles y el trabajo organizativo y de seguridad lo envolvía todo.

Un compañero tocaba la gaita el día que, frente a la negativa de un Ayuntamiento a concedernos la licencia para montar un «concierto popular», ocupamos el Centro de Información Juvenil de la localidad. Ese mismo compañero, cual redivivo flautista de Hamelín, abrió poco después la marcha de los estudiantes que entraban en el Consejo de Universidades, para quedarse en protesta por el aumento de las tasas. Un poco antes, o un poco después (habría que mirar las fechas en las Hemerotecas), los «tipos de LA» resultaban decisivos en la entrada al Rectorado de la Complutense, colándose por las ventanas y por la puerta trasera. El responsable del lugar salía a convencernos de su bondad echándonos en cara su prolijo (eso decía él) pasado antifranquista y su paso por el 68 parisino (nunca demostrado). Se oyeron bien alto múltiples carcajadas. «¡Pero si es un hippie!», gritó una voz clara y potente que ya no puedo identificar.

Las reuniones de coordinación de Lucha Autónoma pasaron a celebrarse en la Fundación Aurora, un local en la calle Hortaleza donde se daban cita todos los movimientos sociales madrileños y muy especialmente el movimiento autónomo. Allí pronto tuvo su local el Molotov, siempre en expansión, antes de acabar convirtiéndose en un periódico con todas las de la ley, con artículos de fondo y formato tabloide. Allí empezó también a funcionar Traficantes de Sueños, la librería asociativa aún existente que ejercía como punto de reunión y como foco de expansión cultural y teórica. Su transformación rápida en editorial conllevó la publicación de textos de la autonomía italiana y francesa que desconocíamos, y que procedíamos a devorar junto al resto de volúmenes de la librería: los clásicos del anarquismo y el marxismo, las variadas ediciones (alguna incluso claramente pirata) de «La sociedad del espectáculo», o las obras completas del

situacionismo y el letrismo, junto a las investigaciones de Deleuze y Guattari o el «Manual de guerrilla de la comunicación».

IV

La enorme pluralidad interna y la variada amalgama de proyectos que convivían en el «área autónoma» generó desde el principio una multiplicidad de polémicas, no siempre bien resueltas: desde las modalidades de la relación con las instituciones o con los partidos de la «izquierda clásica», a la utilización (en ocasiones desenfrenada) de las drogas en los espacios del movimiento, o la legalidad o ilegalidad de las formas de lucha. Todo podía ser sometido a discusión abierta. Discusión que muchas veces amenazó con hacer naufragar el proyecto común.

El tema de las drogas, por ejemplo, fue recurrente. Se vivían los años del consumo y el desengaño. Las ideologías habían muerto y la noche y la «fiesta» debían ser lo único que importase a la juventud proletaria. El consumo de todo tipo de drogas había ido expandiéndose desde los años de la Transición. Aunque la heroína estaba de capa caída, el alcohol era una constante absoluta, el hachís y la marihuana poblaban las calles, y otras drogas más duras iban imponiéndose sobre las escasas neuronas supervivientes de los asiduos a la «marcha».

El mundo autónomo, por supuesto, no era una excepción. El consumo y, en ocasiones, el tráfico de drogas ilegales, provocó muchos problemas en las ocupaciones (ninguna, por supuesto, renunció en ningún momento a la venta de la droga legal por antonomasia: el alcohol). Lejos de «experimentar con formas nuevas de conciencia», el uso generalizado de las sustancias implicadas era el consumo compulsivo, por pura «diversión», lo que generaba muchas situaciones nada divertidas. Su utilización, al menos al principio, no era mayor o más extrema que en otros sectores sociales (lo de la «marcha» era la marca de toda una generación), pero sí resultaba abiertamente contradictoria con lo que debía de esperarse de un ambiente que se suponía que quería generar conciencia y oposición al discurso dominante. La militancia, la seriedad de los compromisos y la confianza mutua, se vieron muchas veces afectadas por las resacas brutales, las «desapariciones» repentinas o los «olvidos» químicos. Y, finalmente, parte de la gente habitual, al amparo del desencanto por el fin de la «posibilidad autónoma», terminó sumergiéndose en una vorágine de noche, química y nihilismo, que destruyó gran parte de sus relaciones sociales y de sus opciones de vida.

Otro debate recurrente fue el de la actitud ante las instituciones. Ya antes de la famosa propuesta de El Laboratorio sobre el Consejo de Okupaciones el tema había dado muchos quebraderos de cabeza en las asambleas comunes. Había quienes no querían ningún tipo de trato, al estilo de la dinámica autista que llevaba en aquellos momentos el movimiento libertario vinculado a la CNT, y quienes querían estar dentro de cierta «normalidad» constituida por el reconocimiento mutuo y la negociación continua. Entre los dos extremos nadábamos la mayoría de la gente, pero las posiciones fueron

polarizándose, más en base a una clara desconfianza personal que en función del literal de los planteamientos expresados, y el espacio para «medias tintas» desapareciendo (como ocurrió con otras discusiones coetáneas). Parecía que la alternativa era «venderse» y buscar la «respetabilidad», o «encapsularse» en un submundo «autorreferencial». La posibilidad de una relación estratégicamente controlada desde nuestras propias necesidades, en la que las idas y venidas fueran democráticamente decididas y sometidas a una supervisión colectiva, era demasiado sutil para nuestra «cintura política» de entonces. El asunto llevó a quiebras fundamentales.

El tema de las formas de lucha también generó muchos debates, a menudo alimentados por sectores que, pese a moverse en los mismos espacios que nosotros, no aceptaban los marcos comunes de referencia y decisión. En cierta manera, el movimiento autónomo no renunció nunca a una fructífera semi-ilegalidad subversiva. El marco estrecho de las leyes era superado usualmente por sus acciones de desobediencia civil y confrontación pacífica: insumisión al servicio militar, ocupación de inmuebles abandonados para convertirlos en Centros Sociales, manifestaciones por recorridos libremente decididos, etc. Todo eso era un patrimonio común.

Otras cosas, que la leyenda o la fábula atribuyen a Lucha Autónoma o al «área de la autonomía», en todo caso, si existieron, nunca fueron discutidas en los ámbitos de decisión comunes y son responsabilidad exclusiva de sus propios autores, sin que quienes ni las aprobaron ni las suscitaron (y que, en algunos casos, incluso las rechazaron expresamente) tengan nada que ver con ellas.

Eso sí, lo que era una marca de identidad de parte del área autónoma era una actitud espectacular cercana a cierta «imagen de virilidad» muy discutida al interior de nuestros propios espacios. Se habló, incluso, en determinados sectores de «los machitos de Lucha Autónoma», por esa pose cultivada por algunos de rudeza y agresividad, muchas veces más virtual que real. Lo que, por supuesto, no facilitó el acercamiento de mujeres progresistas al movimiento, donde siempre fueron una minoría no del todo asumida, cuyas reivindicaciones, discursos o acciones se seguían con un fanatismo ciego (al fin y al cabo, ellas sí que eran mujeres y que, por lo tanto, sabían de verdad lo que decían), o se minusvaloraban en ámbitos menos públicos. Es decir, había quienes partían de una cierta concepción ambivalente de las mujeres del movimiento como «santas» (que no podían mentir ni equivocarse en «su asunto») o como «histéricas» que siempre estaban creando problemas artificiales. Todo ello manifestaba una clara resistencia, en un ambiente mayoritariamente masculino, a discutir racionalmente y con argumentos los asuntos que ponían sobre la mesa, y a propiciar un avance colectivo en la lucha contra el patriarcado, que aunque siempre estuvo presente, nunca fue una prioridad para la generalidad del movimiento (con la excepción de determinados espacios concretos).

También estaban los bares «del rollito»: el Achuri, el Gallego, etc. Locales oscuros y llenos de carteles y pegatinas, atestados de gente y donde podías encontrar los últimos panfletos y libelos.

Y en algún momento acabé la carrera y pude ver el mundo autónomo desde una perspectiva muy diferente.

Ahora era un abogado «de la movida». Gracias a una compañera que había sido agredida en la Facultad de Biológicas por un grupo de neonazis, entré de pasante en un despacho de la calle Montesa, en el que trabajaban algunos de los letrados más conocidos del mundo progresista.

Así me introduje en el mundillo de la Asociación Libre de Abogados (ALA). Defendí, por supuesto, okupaciones e insumisos (uno me pagó con una botella de vino de su pueblo y una invitación a probar sus afamadas judías con chorizo), inmigrantes, manifestantes... Vamos, a todo el que no podía abonarme honorario alguno.

En aquel momento, unos cuantos recién licenciados cercanos a la autonomía estábamos entrando en el ambiente de los picapleitos «progres». No formamos un bloque, sino que fuimos alineándonos en las distintas vertientes que, en aquel entonces, polarizaban la asociación decana de la abogacía izquierdista: el sector más dispuesto a inmiscuirse en las luchas de los movimientos sociales, y el que prefería construir una imagen más corporativa de serios juristas dedicados principalmente a lo suyo. Había gente que venía del área autónoma en ambas alas, y cada cual tuvo sus amigos propios.

Las relaciones de un abogado con sus clientes son siempre problemáticas, y más cuando la abogacía se convierte en una especie de sacerdocio social, en el que la mayor parte de tu actividad se centra en hacer un trabajo que se quiere solvente para los movimientos ciudadanos. Además, en la «escena autónoma» había un amplio sector que, imbuido de una ideología antintelectual tipo «Revolución Cultural China», veía con malos ojos (y con un cierto aire de superioridad moral) a profesionales y expertos. Para algunos solo se podía ser revolucionario si se vivía en una okupa y se llevaba una cresta de colores. Algo que un letrado, concretamente, no podía hacer.

En todo caso, fue un afamado periodista del «Molo» el que me empujó, el día del desalojo del Centro Social La Guindalera, para que saliera en el Telediario junto a Endika Zulueta. Estábamos en la azotea del edificio de enfrente de la okupa, entre los periodistas y los vecinos del portal. Cuando llegué a la comisaría a atender a los detenidos, el policía al mando, sabiendo con quien y donde había estado, me preguntó directamente si yo también era de la Real Sociedad.

Otras veces me tocaba hacer otras labores que no necesariamente me hacían gracia, como el día que, tras una manifestación en el extrarradio de Madrid contra las ETTs, se acercó a los presentes el mando de la Guardia Civil, y los valientes compañeros que se habían negado a comunicar el asunto a la Delegación del Gobierno por cuestiones de principios desaparecieron como por encanto. Como yo era el «letrado» (de todos, se supone) me tocó lidiar con el enfado, las presiones y las amenazas del agente al que habíamos estropeado la mañana. Por supuesto, no fue la única vez.

Aquello te daba otra visión. Y te permitía conocer de cerca otras realidades que, desde nuestro radicalismo verbal, habíamos calificado en ocasiones de reformistas o cosas

peores, como la de la Asociación Contra la Tortura y sus incombustibles letrados, o la de la Parroquia de Entrevías y su trabajo incansable con los menores infractores.

Además, conocer al «lumpen» en su propia salsa (también estuve en el Turno de Oficio) me permitió sacudirme muchos prejuicios de progre de clase media que adora acríticamente todo lo que se supone que está «fuera del sistema». Aquella gente era un producto social nada deseable y, en la mayoría de los casos, nada revolucionario. Atracar a viejecitas con una jeringuilla no tiene nada de divertido, ni para la viejecita, ni para el atracador politoxicómano que tiembla por el mono, aunque haya quienes intenten vender esa imagen como el colmo de la transgresión contracultural y antisistema.

La Comisión de Penal de ALA se reunía todas las semanas al mediodía en una de las Salas de Togas de los Juzgados de Plaza de Castilla. Por allí pasaban, de una manera u otra, todos los pleitos de la izquierda combativa madrileña. El compromiso de la mayoría de los presentes era total. Y después nos íbamos a comer a un restaurante cercano, donde disfrutábamos de una larga sobremesa en compañía de abogados que han llegado a traspasar el umbral de lo legendario.

VI

Pero lo esencial del movimiento autónomo no era la «imagen de virilidad» ni el «trabajo social en los barrios». Lo básico, lo que había conseguido amalgamar a familias tan dispares que, después, nunca volverían a trabajar juntas, era un modelo organizativo profundamente asambleario.

La estructura de colectivos de base en los barrios, que celebraban sus propias asambleas, y reuniones de coordinación semanales, adonde se acudía con el correspondiente mandato imperativo, adelantaba muchos de los elementos que han fraguado el éxito contemporáneo del Movimiento del 15M.

Ese modelo («el modelo Lucha Autónoma»), combinado con los espacios temporales comunes donde se confluía con el resto de colectivos que no pertenecían a la Coordinadora, permitía influir socialmente en lo local y lo sectorial sin abandonar una visión global de las luchas, y sin perder un ápice de legitimidad democrática a nivel interno.

Además, se hacían asambleas generales o temáticas periódicamente, en las que, en ocasiones, se permitía la presencia de gentes ajenas al movimiento (por otra parte, no había listas de afiliados, ni cotizaciones ni nada semejante, con lo que la fluidez de entrada y salida en los colectivos era total).

El crecimiento sostenido llevó, de hecho, al planteamiento de un modelo organizativo aún más novedoso, en el que se proponía que junto a los colectivos locales o barriales se estructurasen «comisiones» abiertas a la participación de gente del exterior, dedicadas a núcleos temáticos concretos. La dificultad para idear mecanismos de toma de decisiones que respetasen la centralidad de los colectivos locales y sus asambleas en un modelo tan fluido (con tantas dificultades para determinar lo que estaba dentro y lo que

estaba fuera) impidió la adopción de una estructura que, realmente, habría prefigurado el actual 15M, al menos 15 años antes. La inercia de los modelos organizativos clásicos impidió una dinámica que, sin duda, aún con sus costes entorno a la identidad asumida por la organización, posiblemente habría permitido una expansión aún mayor y dinámicas de participación más profundas.

En todo caso, LA fue también acusada por algunos sectores de un cierto «vanguardismo», que no era más que una incipiente prepotencia producto de un crecimiento muy superior al del resto de sus competidores. En definitiva, resultaba difícil que una organización nutrida con presencia en todo Madrid siguiera tratando de igual a igual (aunque esa era la idea que, en principio, nos planteábamos) a muchos colectivos diminutos y locales, o a partidos en infinita escisión continua que tenían un nombre más largo e impresionante que su lista de afiliados.

VII

Había quien hacía un trabajo profundo en los barrios: recuerdo haber estado en el Centro Social Seco, en su ubicación original, riéndome con los chavales de corta edad que se acercaban para jugar al fútbolín al antro de los autónomos. También recuerdo dar una charla en la Escuela Popular de La Prospe (también en su ubicación original) al hilo del proceso de negociación que dio lugar a obtener su actual local. Allí estábamos, un conocido profesor universitario y yo, con mi maletín de letrado. Asimismo, puedo contar que, contra la versión que se narró en alguna ocasión en la tele, la primera manifestación legalizada contra la primera Guerra del Golfo se convocó, efectivamente, en Las Rozas, pero no lo hizo Izquierda Unida, sino el colectivo autónomo de la zona, lo que motivó un escrito de rectificación que tuvo que publicar un periódico local a instancia de los auténticos convocantes. Se hacía un trabajo cultural continuo: el intento de lectura colectiva de «Imperio» de Toni Negri en Traficantes, por ejemplo, que se frustró finalmente (o a la mejor me lo perdí por mis múltiples ocupaciones), o las «Semanas de Cine y Debate», que organizaba el Colectivo Kaos, con títulos tan tópicos (y al tiempo entrañables) como «El acorazado Potemkin», «Johnny cogió su fusil» o «Acción Mutante».

La publicación de textos era incansable: «La Hoguera» y el «Boletín de la Asamblea Libertaria de la Sierra», junto a los fanzines «Kaos» y «El Ateneo», en la Sierra, el «Contrapoder» (la revista que ocupó el lugar del fenecido, pero no olvidado «Sabotaje»), el «Molo» (tantas veces citado porque era el nexo de unión inconfundible del área autónoma)...casi cada barrio y cada colectivo tenía su órgano de expresión propio y su discurso genuino.

Y toda aquella música: Tarzán, Hechos contra el Decoro, Sin Dios, Boikot, prácticamente todo el hardcore, el punk, el ska, el rap y el hip hop madrileños pasaron por las okupas de la época y por los conciertos organizados por los colectivos. Y también grupos de música celta, cantautores, conjuntos de tecno alemán, bandas de salsa y de

pachanga... La música (para bien y para mal) era un complemento inseparable de todo aquello.

Y la confluencia con el movimiento obrero y las temáticas laborales que, pese a todo, no faltaron tampoco a la cita: el arduo desarrollo de toda una serie de concepciones entorno a la precariedad que se iba extendiendo por la geografía económica madrileña; el conflicto del «Circo del Sol»; las relaciones directas con el sindicalismo combativo; la convocatoria de un Primero de Mayo en Vallecas junto al anarcosindicato Solidaridad Obrera, con quien se tenía una «relación preferente»; las charlas que organizamos en distintos puntos de Madrid para un sindicalista de la CSI asturiana; las huelgas del Metro y de la EMT en las que participamos todo lo que pudimos...

No había nada que quedara fuera de nuestra insaciable voluntad de transformación.

Ser pasivos, repetimos, no estaba permitido.

VIII

La ruptura de todo aquel mundo fue feroz. Salió un poco lo peor de cada casa y de cada persona. Y nos lo lanzamos mutuamente a la cabeza.

Hay que entender el contexto: la represión había ido acelerándose para alcanzar cotas que algunos no parecían esperar. La policía reprimía y detenía, y empezó a elaborar complicados informes que se colaban en los atestados policiales (aunque luego, a presencia del juez del caso en cuestión, nadie se hacía responsable de ellos) que contaban historias increíbles de reuniones en Centroeuropa entre representantes de Lucha Autónoma y miembros de Hezbolá (¿?) o insinuaban relaciones inconfesables entre algún asistente a las asambleas e «individuos de origen vasco» (textual). Convenientemente filtrados, estos informes eran reelaborados por los medios de comunicación, que ofrecían vistosos organigramas y sensacionalistas titulares sobre la supuesta «sucursal de Jarrai en Madrid». Sucursal de la que Jarrai, por supuesto, no quería ni oír hablar.

Todo ello introducía una enorme presión y exacerbaba las tensiones que, existentes desde el mismo inicio, enfrentaban a los distintos proyectos presentes en el ámbito común: proyecto político frente a tribu-urbanismo, lumpenismo frente a militancia, actividad cultural y social de base frente a estética guerrera, proyección pública frente a ghetto alternativo...Todas estas líneas de fractura terminarían por estallar.

Poco a poco se iban conformando dos líneas principales y, nuevamente, los mundos intermedios eran tendencialmente laminados impidiendo desarrollar los saludables matices que, quizás, hubieran podido permitir otro final. Por un lado estaba la línea «reformista» (es una manera de hablar) que defendía la negociación para mantener abiertas las ocupaciones, que hacía hincapié en el trabajo social y cultural y en (concepto muy de moda entonces) «disolverse en lo social». Por otro, una línea más ortodoxa y «autorreferencial» (sigue siendo una manera de hablar) que empujaba más a la

radicalidad del discurso, a la dinámica de confrontación directa con el sistema, a un trabajo político más clásico y, quizás, más extremista.

Y además, para terminar de enfangarlo todo, aparecieron nuevas herejías, nuevos desarrollos teóricos que, nacidos fuera de nuestro contexto, iban a favorecer su implosión final. La difusión del «insurreccionalismo», importado de Italia a finales de la década de los noventa, aumentó enormemente las tensiones. La nueva teoría, aún externa a nuestro mundo, enganchó a ciertos sectores que se lanzaron al más brutal radicalismo verbal, a un aventurerismo individual sin sentido colectivo y a la crítica de toda forma organizativa, lo que incluía la denuncia de la «burocrática» y «reformista» Lucha Autónoma.

Como en una gigantesca olla a presión, el ambiente autónomo se volvió irrespirable y feroz, y todas las rencillas personales y políticas estallaron con absoluta crudeza. Al final, solo había un punto en el que estaban de acuerdo, tanto los intérpretes de la «subsunción» y la «hibridación» como los apóstoles de la «insurrección» y la «rebeldía inmediata»: la organización, en sí, era alienante e innecesaria, ya fuera para «disolverse en lo social» o «subvertir en la noche». También hubo quien se quedó con un palmo de narices.

Y así terminó una época. No el «movimiento autónomo» (todavía hay quienes reivindican esa tradición), no la lucha social en la ciudad de Madrid, no el «mundillo alternativo», sino una época concreta, que algunos han denominado «los años autónomos», precisamente para intentar olvidar que realmente fueron los años de la gran resaca de la caída del Muro de Berlín.

IX

Y, después, cada mochuelo se fue a su olivo.

Algunos, disueltos en lo social, han levantado algunos de los proyectos políticos más interesantes de la Metrópoli; Traficantes de Sueños sigue abierta, y fueron gentes de la autonomía quienes empujaron a la creación del periódico Diagonal.

Otros se entreveraron en el movimiento vecinal, dando vida a su ala más activa: Seco sigue siendo un referente, aunque haya cambiado mucho.

Algunos nos internamos en el prolijo mundo del sindicalismo revolucionario, y formamos parte de las huestes de organizaciones como Solidaridad Obrera, la CNT, la CGT o las Asambleas obreras del Sur de Madrid.

Hubo quienes se insurreccionaron mucho, y es de suponer que así siguen (aunque eso, como es obvio, no se pueda saber).

Otros (ya lo hemos dicho) apostaron por el nihilismo, el desengaño y las muletas químicas. Un camino que paga siempre un peaje amargo.

Alguno se hizo pastor de ovejas, y después lo dejó. O no.

Hasta hay quien asesora a políticos (pero es la excepción).

Y, para ir terminando, como sospecho que hay quien lo desea, contaré algunos secretos bien guardados, para que pasen al «Salsa Rosa» de la Historia Autónoma:

- Me he leído al menos tres veces «Mil mesetas» y, sinceramente, sospecho que aún no he logrado entender nada de nada.

- Nunca he vivido en una okupa, ni he llevado cresta (aunque esto último, por motivos obvios).

- Una de las experiencias más impactantes de mi vida fue ver caerse a un amigo en el cuarto de baño de La Guindalera, en pleno concierto. Quien haya estado allí sabrá por qué.

La «escena autónoma», en definitiva, fue un intento de organizar a la naciente capa precaria de la Capital. Fueron precisamente los análisis sobre este nuevo fenómeno de fragmentación y dualización del mundo laboral, la auténtica marca de la casa desde el plano teórico y su más afortunado hallazgo. Otra cosa es que, a veces, se hiciera una extraña metafísica de todo ello o se confundiera con otras realidades más o menos cercanas, pero es normal perderse si se descubre un nuevo continente.

Precariedad, nuevas formas de existencia, conexión (un tanto ambivalente en ocasiones) con las luchas obreras, desarrollo de una cultura propia y plural y de una creatividad transgresora e hipermoderna, generación de trama social en los barrios, sociabilidad densa, aunque en ocasiones plagada de ruido y parásitos que terminarían por inundarlo todo.

Todo eso y muchas más cosas que me dejó en el tintero por motivos de espacio, de pudor o de prudencia, constituyó el trabajo metropolitano del movimiento autónomo madrileño de los años noventa.

Esperamos ser superados.

03. Fragmentación, red, autonomía

Carlos V. Domínguez

Introducción. Los arrepentidos del MC

A principios de los años noventa —veinte años atrás—, un pequeño grupo de militantes del MC —una organización del comunismo heterodoxo post-68— propusimos la autodisolución del partido, justo en el momento en que se estaba ultimando su unificación —posteriormente frustrada— con otro clásico de la época, la LCR. Nuestra intervención política había estado predominantemente centrada en el movimiento estudiantil universitario, en el feminismo y la insumisión. En ese trabajo nos habíamos cruzado, más o menos conflictivamente, con otros sectores políticos que intervenían en esos marcos, especialmente el emergente movimiento autónomo madrileño —al que caracterizábamos sobre todo por las okupaciones—, el antimilitarista no violento, el ecologista y otros grupos feministas.

El abandono del MC, la nueva apuesta, tenía que ver tanto con esos cruces concretos como con incertidumbres, debates, lecturas y observación acerca de otras formas de pensar y hacer la política en los nuevos contextos, en particular las que procedían del movimiento autónomo italiano y las resonancias de algunos textos leídos a toda prisa y con sorpresa..., pero también con la posibilidad de poner en situación nuestras propias experiencias, sobre todo en el cruce entre la crisis de los grandes proyectos de transformación, la propuesta feminista de «lo personal es político» y el lema «la insumisión como forma de vida», que venían a poner en tela de juicio las formas clásicas de la militancia formal: las líneas de alianza —tan fundamentadas en alianzas conflictivas con otras organizaciones políticas o sociales— y el reunionismo y activismo «separado» de las condiciones de existencia. Se trataba, entonces, de poner en relación ese deseo de politizar la vida con las propuestas políticas de la autonomía, ya no vista entonces por algunos solo ni principalmente en términos de autonomía de clase, sino de autonomía social, en tanto que los límites históricos del concepto de clase habían sufrido un cambio radical, en la absorción o asimilación de las diversas facetas de la vida y la cooperación social como herramienta compleja del proceso de acumulación capitalista.

Eso de la autonomía social —de forma tan vaga— fue en buena medida lo que nos guió en las primeras iniciativas en las que participamos conjuntamente, las mismas que nos disolvieron como grupo para (des)articularnos como partes autónomas de un movimiento necesariamente plural que estaba viviendo un momento de transformación.

La autonomía social venía a ser una torsión propositiva a un diagnóstico propio del momento: la subjetividad —producto de una concreta relación histórica entre capital y trabajo— que daba cuerpo a los grandes relatos de transformación social se había ido para no volver, y no la íbamos a echar de menos (aún cuando fuera una derrota,

aniquilaba con ella algunas formas de relación en las que nunca quisimos basar el proceso de emancipación: el productivismo, la sociedad fábrica, la regla cotidiana del marco familiar-patriarcal, la metrópoli energívora...). El carácter de la ofensiva neoliberal de los años ochenta nos ponía en una situación de pensar el ámbito de actuación de la política de transformación social como un ámbito extremadamente indefinido, abierto y contradictorio. La precarización, la desregulación (o hiperregulación de las situaciones diversas), la indefensión, la pérdida de derechos y la cancelación del proceso de extensión de estos (crisis de un Estado del bienestar subdesarrollado y alejado de nuestra experiencia real) dejaban el trabajo, el lugar de trabajo, como un espacio parcialmente marginal de la relación social. Era en el campo difuso de «lo social» donde habríamos de buscar nuevas potencias de transformación (la insatisfacción, el deseo de cambio o de libertad, el malestar, no estaban restringidos a una identidad fácilmente calificable como «de clase» o a una calificación predeterminada de esta).

La relación social era mucho más definible en otro entorno, en el de la necesidad de renta, de reparto y apropiación de la riqueza, en la constitución de áreas sociales ya no conformadas (solo) por aquella relación tradicional capital-trabajo, sino por la consolidación —bajo mando del capital— de una sociedad controlada y «puesta a trabajar» en su conjunto, una metrópoli productiva en la que ganaba espacio la financiarización, donde tanto las diversas formas de empleo como la extracción de saber o de capacidad cooperativa seguían usurpadas por la formalización construida por el interés del capital, y ninguna capacidad de negociación, o de autonomía, quedaba para quienes estaban condenados a sobrevivir en los «márgenes» (cada vez más amplios) de la relación convencional del trabajo, y por tanto, excluidos de los prototipos recientes del acuerdo social (sindicatos, organizaciones e instituciones políticas).

En ese marco, la construcción de alternativas al tiempo de vida, al tiempo de trabajo, sometido a las relaciones ortodoxas de dominio, se convertía en el desafío fundamental, aunque no único. No queríamos vivir en la vida programada por los poderes ajenos, de modo que —lejos la posibilidad de pensar un vuelco súbito de la relación— había que pensar cuáles era los mecanismos capaces de dotar de poder a nuestro deseo común de vivir fuera de la norma y el tiempo del capital, afectándolo, atacándolo, pero sin someternos en ese proceso a la tentación de vivir siendo su negativo: el que respondiendo a todo queda sin lenguaje propio con el que construir sus imágenes, sus identidades, sus realidades.

En el feminismo, en la insumisión, en la comunicación (y las nuevas tecnologías), en la construcción de espacios autodeterminados —autogestionados, autónomos— es donde pusimos cada un@ y colectivamente la clave, con otras —grupos y personas— que ya habían iniciado ese tránsito antes que nosotras.

Este relato «colectivo», en plural —que compas de esa época contarían de otra forma—, me parece imprescindible para poder aportar una visión particular de la trayectoria seguida más adelante en otras experiencias, fundamentalmente en la época del Laboratorio en sus diferentes momentos y expresiones, aunque puedan extenderse hasta mi participación ahora en La Tabacalera, todas fijadas, situadas, en el marco de Lavapiés, como decíamos entonces: con un pie en lo local y la mirada global. Esa visión particular es lo que me piden los editores de esta recopilación; estos presentaron un

guion, con la intención de crear un marco común de referencia a los colaboradores, a cuyas preguntas trataré de responder. Como sabemos, la memoria se construye en buena medida a partir de los referentes y lenguajes actuales, de modo que no oculto que buena parte de lo que vendrá es fruto del pensamiento posterior a los hechos en los que se basa.

La precarización y el «territorio»

A mediados de los años noventa, no había un sector social concreto que se pudiera «elegir» como ámbito de la actuación política, y pocos grupos y movimientos (excepto, quizá, el sindical) se movían con un referente común y único. El cuestionamiento del orden (¿del capitalismo?) no provenía —entonces como ahora— de grupos sociales con características precisas y únicas, con identidades sociales marcadas por condicionamientos más o menos externos: trabajadores, precarios, hijos o «miembros» de la clase obrera del tardofranquismo o de la transición. En el mundo antagonista, confluían mujeres rebeladas contra su situación subsidiaria o subordinada, académicos, universitarios y técnicos muy cualificados, habitantes de barrios desfavorecidos con condiciones económicas diversas, jóvenes indispuestos con el aplazamiento de su emancipación familiar, migrantes que empezaban a constituir una nueva fuerza de trabajo desregulada y sin derechos, ciudadanos no resignados a participar en un modelo de desarrollo desigual y mortífero, agrupamientos diversos contra las situaciones de guerra, de explotación neocolonial, de represión, creadores contraculturales y «artistas» que ponían en cuestión el dominio cultural y las industrias culturales...

Que el magma de los grupos y sectores sociales que tenían la crítica al capitalismo en su punto de mira no provenía de un espacio homogéneo fácilmente clasificable se podía comprobar en nuestros propios grupos de afinidad y de intervención social o política, que se formaban a partir de puntos de interés en común y no por cualidades o condiciones de vida compartidas inicialmente. La cualidad común era la mirada crítica y la disconformidad, el deseo de lucha y de transformación social, y en él se confluía desde ámbitos sociales muy distintos y por razones muy diferentes, una confluencia que podía verse en situaciones de conflicto muy variadas, desde la resistencia al mando internacional del capital (FMI, BM, UE) hasta las intervenciones urbanas, las sucesivas ordenaciones del mercado de trabajo, *etc.* ¿Qué produce la «politización» en esos contextos? Es una pregunta para la que no creo que hayamos encontrado respuesta.

A algunos de los que se podía considerar dentro del marco muy vago del movimiento autónomo madrileño (dudo de si eso es más una categoría de análisis que un repertorio de organizaciones y formas de acción), esa fragmentación (de las condiciones de vida, de la relación y el vínculo social, de las identidades sociales, de la experiencia: disolución del común posible forzada por la desregulación neoliberal) nos abocaba a pensar la acción política desde el punto de vista de la negación de las categorías dadas y de la construcción autónoma del deseo político. Es decir, buscábamos juntarnos con quienes adoptaban lo que después sería nombrado como «gesto radical», una acción anómala, arbitraria, de separación respecto de la vida normativa, prevista, única, insertada en la sociedad dominante: las «carreras vitales», los currículos, la «movilidad social» limitada, las narraciones a las que conduce el capitalismo fin de siglo,

encadenamientos de trabajos precarios (más o menos solventes o cualificados) o excepcionalmente estables, vivienda-refugio en propiedad o alquiler, formación de núcleos familiares más o menos estables, gestión disciplinada de lo cotidiano, aceptación generalizada del régimen de vida y participación social. Seguimos en la búsqueda frustrada de cuáles son los impulsos que generan ese «gesto radical», esa nueva politización de la existencia (hay análisis de la emergencia del 15M ricos en justificaciones al respecto).

La densidad de la separación (del «gesto radical») no podía ser homogénea: cada quien ponía en juego mayores o menores facetas de su vida, desde ser activista en un grupo hasta revolver de arriba abajo toda su vida. Así, había que pensar —si no quería caerse en la construcción de una nueva moralidad política, una normativa «alternativa»— una intervención política que comprendiera todas esas facetas, que hiciera compatible un activismo dirigido tanto a grupos militantes (invitando a repensar los motivos y las formas de organización) como a los grupos institucionales (tratando de desviar su mirada desde la interinstitucionalidad —la relación/negociación solo entre cuerpos semejantes y la política de representación: sindicatos con patronal y gobiernos, asociaciones de vecinos con ayuntamientos, políticos con parlamentos o instituciones— hacia lo social) y al conjunto de la sociedad (buscando los mínimos comunes en el contexto de fragmentación y dispersión, sobre la base comprobable de que cualquiera podía tener motivos de crítica o de malestar). Pero también, y especialmente, un activismo dirigido a liberar nuestro tiempo de vida y construir prácticas comunitarias, pequeñas islas de autonomía personal y política. Encontrar herramientas válidas para eso nos condujo a una apuesta específica por explorar nuevos campos en los centros sociales. Si así era en el terreno organizativo, lo era también en cuanto a hacia dónde se dirigían las propuestas políticas. Tres campos difusos, entonces, de intervención: los grupos organizados y sus prácticas de «militancia», las formas de vida, el conjunto de la sociedad, incluidas las instituciones.

Eso, es reconocible, nos conducía a un horizonte inmediato en el que no íbamos a acabar con el capitalismo, pero podíamos asegurar que el capitalismo no iba a acabar con nosotros.

En la práctica, consistía en hablar y en tratar de trabajar con todo el mundo: con los grupos políticos y sociales, para inventar juntos otra forma de hacer política, hacer proliferar los «gestos radicales»; con los clásicos, IU, partidos, grupúsculos, asociaciones de vecinos, etc., para buscar líneas de alianza que protegieran la propia acción política autónoma al tiempo que permearan en instituciones que cada vez estaban más alejadas de lo social y, por tanto, inmersas en un bucle de legitimación y reproducción de lo establecido; con nuestros vecinos, poniendo de relieve la afección común de los problemas, y esto especialmente: en el territorio más cercano era donde confluían, convivían, se hacían visibles, esa miríada de experiencias que construyen la relación social; con nuestros compas de trabajos, incluso con nuestras familias... En la práctica, también, suponía que no teníamos un ámbito de pertenencia ni constituíamos per se un sujeto concreto de cuya autoorganización dependiera el equilibrio de fuerzas o la autonomía política. En la práctica, por último, suponía la convivencia de multitud de registros, repertorios de acción, lenguajes, propuestas, un campo de experimentación en el que se expresaban aridísimas apuestas teóricas junto a simples consignas.

A lo más, hay dos aspectos en los que pudimos buscar la construcción de referentes comunes, de espacios de acción probables que podían tener en común claves sobre las que se construía el nuevo dominio social: la precarización y el «territorio», ambos muy unidos.

La precarización era una constatación: ya como forma dominante y como tendencia, gran parte de la vida laboral-salarial se produce en contextos de inseguridad, inestabilidad, vulnerabilidad y debilidad, en una situación en que los supuestos derechos sociales construidos en la historia reciente se convierten en impracticables. El territorio era una apuesta: las condiciones de vida se materializan en las relaciones sociales de cercanía, en la vivienda, la renta y la convivencia, en la construcción de comunidades, donde la solidaridad y el intercambio no competitivo se hacen posibles, pero también donde se expresa sin abstracción la forma de dominio (la vida en el filo de los migrantes, la economía dependiente y subsidiaria, la vivienda como forma de «acumulación por desposesión», el despotismo institucional, la sustracción de los derechos...); también, donde la autoorganización puede permitir el autogobierno de cada vez más facetas de la vida (okupaciones, viviendas comunitarias, proyectos económicos, conflictos directos por el espacio y los servicios públicos, formas de participación social y apoyo mutuo...).

En el primer aspecto, el de construir un espacio político autoorganizado en torno a la precariedad laboral y vital, el fracaso —que comparto, compartimos, con otros muchos— es claro. Si no se trataba de la constatación pura y dura, sociológica, de un hecho, de una tendencia evidente a la despoticación del trabajo, ni de una guía de recursos para la supervivencia comunitaria en esas condiciones dadas, sino de cómo establecer una política de oposición que frenara y diera la vuelta a esa tendencia, solo se puede constatar un fracaso generacional.

En el segundo aspecto, en la territorialización de la práctica política, podemos concluir, sin embargo, que hay elementos innovadores instalados en la práctica antagonista que no solo sobreviven, sino que se vuelven cruciales, aun a pesar de que el mando despótico sobre la ciudad —el gran motor de producción de nuestro tiempo— aparece casi indemne a nuestra actividad. Sin entrar en detalles de hasta qué punto son funcionales al poder —hasta qué punto, por ejemplo, la escena alternativa contribuye a la gentrificación de Lavapiés—, los espacios políticos territorializados son un hecho en diversos lugares de Madrid, y sostienen una actividad crítica radical y permanente al proyecto de ciudad, una crítica extendida socialmente y argumentalmente sólida a la ciudad capitalista contemporánea, que se sigue expresando tanto en prácticas de oposición como en el desarrollo de áreas de autoorganización social.⁴

Sin extenderse, porque no hay lugar, se trata de señalar el establecimiento en algunos territorios —en Lavapiés, mi barrio, de forma paradigmática— de proyectos autónomos sostenibles y críticos, que sobreviven al aparente y acusado carácter «juvenil» del movimiento, desde locales hasta grupos de consumo, desde librerías a centros sociales más o menos itinerantes o estables, desde redes de apoyo y autoorganización de migrantes hasta expresiones electorales anómalas, desde comunidades de apoyo mutuo (redes de cuidados, pero también económicas) a redes de comunicación.

⁴ Gentrificación: Aburguesamiento [N. del E.]

La territorialización y la politización —¿liberación?— de la vida cotidiana, aun con esa base precaria, incierta, en ocasiones poco ambiciosa y pública, insuficiente, se presentan como elementos fundamentales del activismo autónomo.

Los centros sociales

En el contexto así descrito, los centros sociales se convirtieron en un eje fundamental para la renovación política. No principalmente como núcleos de elaboración y práctica de una política concreta, precisa, uniforme, de un área determinada de la escena madrileña, sino como espacios de confluencia, dinamización y comunicación. ¿Qué o quién podía o tenía que confluír en los centros sociales? Precisamente, cualquiera. El espacio de

confluencia, la C del CSA, obligaba a ciertas prioridades: desde mi punto de vista, era más importante el encuentro de discursos que, juntos, podían reinventarse que la profundización de un discurso cierto, acabado, y su proyección desde los CSA. Lo segundo habría sido la pretensión de manifestar una guía de ideas-fuerza con la que no se contaba, una voluntad de predominio sobre otras experiencias que hubiera sido incongruente con las propias apuestas sobre las prácticas políticas plurales y la organización, y pretenciosa respecto a las múltiples ideas y contenidos que se generaban en ese contexto diverso. Dar expresión a esa multiplicidad se convirtió en una característica básica de los centros sociales que hoy todavía en buena medida pervive. De otra manera: en medio de la incertidumbre de cuáles son las propuestas y herramientas y sujetos activos más adecuados para el cambio social, no era tan importante «acertar» con la idea «buena-buena» como apostar por los espacios donde estas pueden desarrollarse, proliferar, confrontarse, ponerse en cuestión, verificarse o criticarse. Para ese uso, los CSA podían ser herramientas adecuadas, a condición de no enrocarse sobre un discurso único, homogéneo, y ser capaces de albergar las tensiones teóricas y prácticas de una política en construcción. Ni que decir tiene que no siempre lo hemos conseguido.

El Laboratorio

Una mirada a la experiencia y la época de El Laboratorio permite situar algunas afirmaciones.

El Laboratorio 1 surgió en un contexto más ofensivo que defensivo, una inversión de la situación a la que aparentemente nos invitaba la correlación real de fuerzas. Desalojados el David Castilla, Lavapiex 15, La Guindalera, aprobado el Nuevo Código Penal (que incluía la okupación como delito), iniciar en 1997 un centro social okupado autogestionado juntándonos gentes y grupos muy diferentes —lo que dio en ser El Laboratorio— respondía a unas premisas concretas, algunas de las cuales, en mi caso, se han prolongado en el tiempo.

De un lado, la propuesta pretendía de forma explícita ponernos en cuestión colectivamente como espacio político común, poner en cuestión las identidades rígidas que arrastrábamos en las diversas culturas militantes y procedencias madrileñas (y no

solo). «Okupar el vacío desde el vacío» era una invitación a prescindir de las cartillas ya sabidas: «un centro social es...», «la autonomía es...», «l@s autónom@s somos...». También, entonces, romper con la dinámica de autoexclusión y autorreferencialidad de la okupación, devenida —sin mucha reflexión— como una práctica «reservada» para un área concreta de la política antagonista madrileña. La okupación del Laboratorio 1 trataba de proponer que cualquiera, de cualquier grupo, «tribu», cultura, práctica, etc., pudiera reconocer en el acto desobediente de la okupación un mecanismo, un dispositivo, socialmente válido. La okupación no debía ser un arma sectaria, sino la posibilidad de construir autónomamente espacios de vida política, de encuentro (frente a la fragmentación de la experiencia), de debate (frente al discurso unidireccional), de autoorganización (frente a las formas de democracia representativa o delegada), de experimentación (frente a lo ya sabido), de confluencia (frente al inmovilismo de las identidades grupales), de intervención social (frente a la política de y para militantes). Eso valía para jóvenes «autónomos», y también —porque dónde estaba el límite, la característica «autónoma»— para militantes barriales, feministas, ecologistas, sindicales, etcétera.

La okupación del Laboratorio se llevó a cabo después de varias asambleas, pero también después de decenas de contactos con colectivos sociales y activistas o militantes de muchas áreas de intervención política madrileña, a quienes se invitaba a compartir un experimento, no solo una acción directa y de denuncia, colectivos que habían confluido en la okupación temporal de la plaza de Agustín Lara y la construcción de un centro social improvisado y temporal como una de las acciones de denuncia por el desalojo violentísimo de La Guindalera. De hecho, la opción por realizar una autoinculpación colectiva —algo que venía del movimiento pro-derecho al aborto y de la insumisión— permitía abrir el abanico de los compromisos, además de buscar un mecanismo de protección ante la represión. La propia forma de llevar a cabo la okupación —desafiantemente pública, con televisiones en directo— tenía que ver con ese carácter de repensarnos colectivamente. Y la «inauguración» —una fiesta por todo lo alto: que nos quiten lo bailao— se pensaba como una acción más, ante la posibilidad de durar apenas un día en el contexto incierto en que nos manejábamos.⁵

Ni que decir tiene que no todo el mundo entendió o estuvo de acuerdo con semejante movida. Pero también es cierto que otra mucha gente se planteó que la cosa merecía la pena, como algo que tenía que ser mucho más que una okupación al uso.

⁵ Por esos años, las raves, fiestas sin permiso, con profusión de sustancias, habían sido un punto de encuentro para gentes procedentes de ambientes activistas y creativos. Algunas drogas, en su mejor versión, la de ampliación de la percepción —cognitiva, emocional—, y el ocio, la alegría del vivir insumiso, frente al papanatismo papista de algunos sectores conservadores, hicieron más por la puesta en común de ideas, experiencias y razones que muchas de las más sesudas y organizadas sesiones de análisis colectivo. Así, la noche de la okupación del Laboratorio 1 había cientos de personas dispuestas a encadenar un proceso de desobediencia radical («si no hay baile, no es mi revolución»). Un pequeño escándalo para los militantes ortodoxos.

Una pequeña ciudad de los movimientos, un cuestionamiento de las formas de hacer política, una «ampliación del campo de batalla», una negación de la simetría en los discursos de relación con el poder constituido, una forma de confluir y hacer pensar el poder autónomo de las fuerzas sociales dispuestas a la anomalía, a la desobediencia.

La apuesta del Laboratorio cubrió un porcentaje muy pequeño de los desafíos propuestos, y lo hizo en medio de un cuestionamiento muy conflictivo del mismo CSA, pero no cabe duda de que rompió tópicos y nos dio la vuelta de arriba abajo.

Para mí, El Laboratorio 1 señaló los temas principales que debía abordar el movimiento antagonista madrileño en los siguientes años, pero también mostró los límites de lo que colectivamente podíamos construir. Los temas se pueden reducir, en efecto, a que si la política activa había de nutrirse de una composición social extremadamente fragmentada, había que saber cómo extraer, construir, de esa fragmentación y diversidad, sin prejuicios, una nueva política, en la que la democracia (la democracia directa, asamblearia, pero no mitológica), la renta (los medios y las formas de vida), la participación y autoorganización social (autogestión, entonces, abierta a lo diferente, a lo «otro», a lo no «politizado»), el derecho a la ciudad y el territorio (a la vivienda, al espacio y al sector público, a la no mercantilización), la precariedad «autoafirmada» (el rechazo al mito del trabajo fijo, inexistente por demás), constituyente, la problematización concreta del capitalismo «global» (la construcción de la Europa del capital y la financiarización) iban a cubrir más espectro que las declaraciones ideológicas de anticapitalismo y radicalidad verbal. El anticapitalismo no se iba a nutrir de las lecturas adecuadas, de los descubrimientos o iluminaciones de los grupos, sino de la concreción de las situaciones vividas, comprobables, no ideológicas, de la gente, no solo ni siempre de la «clase», no solo ni siempre de la teoría.

Las herramientas de acción más potentes vendrían además de una concepción del trabajo en red, no solo de la reapropiación de las herramientas de la tecnología de la información, que también (la primera Área Telemática de un centro social se produjo en El Laboratorio 1), sino de la concepción organizativa de nodos variables que se activan en una u otra dirección de la acción política (El Laboratorio estuvo presente de diversas formas, entre otras muchas iniciativas, en las marchas contra el paro y la exclusión, en las primeras ediciones de Rompamos el Silencio, en los Encuentros Galácticos por la Humanidad y contra el Neoliberalismo, en la pionera Plataforma Anti-Maastricht, en el Movimiento de Resistencia Global; y viceversa: todas esas experiencias estuvieron presentes en el Labo; en torno al Laboratorio 1, también, nació la fructífera Red de Lavapiés...; en cada uno de esos ejemplos los colectivos e iniciativas sociales que los promovían no eran necesariamente de los mismos ámbitos). De esa apuesta por una política situada, no ideológica, de la construcción de espacios de encuentro y de prácticas de vida política y no de programas y listas de reivindicaciones justas o agravios sociales, surgirán múltiples resonancias.

A mi modo de ver, desde la experiencia del Laboratorio, y muy en particular del Laboratorio 3 (2002-2003), las mejores versiones de los CSA se resisten a estar pensadas para centralizar las diversas iniciativas y opciones políticas antagonistas, y se ofrecen para

producir encuentros que centrifuguen las energías creativas de la nueva composición social. Del Laboratorio en sus diversas ediciones y activistas se puede decir eso: así como de él se fueron abruptamente La Biblio y muchas otras experiencias, también contribuyó a la génesis del BAH, de Rompamos el Silencio, de sinDominio, del MRG, incluso de la Universidad Nómada... Por un lado, entonces, contribuir a los espacios activistas, pero por otro, también, la ampliación de los sectores concernidos por un impulso de democratización de la vida y el espacio público. Sectores provenientes de la crítica a la organización social de la ciudad, del modelo habitacional y de vivienda, de la mercantilización del espacio público... Sectores provenientes de la actividad cultural precaria y crítica, del artivismo, del arte público. Sectores provenientes de la construcción de tecnologías y modos de comunicación antagonistas. Sectores provenientes de los conflictos inmediatos de la reordenación del territorio, la gentrificación, la ciudad-marca, la precarización, pero también las luchas de cada tiempo —como la guerra de Yugoslavia o la emergencia del Movimiento de Resistencia Global a principios de 2000 en El Laboratorio 2, la guerra de Irak en El Laboratorio 3—. Esa es la mejor función de un centro social: no tanto preservar en su interior —construir una nueva identidad— las energías constituyentes, sino ayudarlas a proliferar como nuevas anomalías, incluso poniendo en cuestión el espacio donde confluyeron para volar.

Para mí, entonces, en su mejor versión los CSA no adolecen de políticas —en plural—, sino que no se limitan a una política —en singular—. Es decir, son espacios de confluencia, encuentro, experimentación, difusión, de la diversidad política, pero pierden su mejor cualidad cuando pasan a ser sede de una concreta identidad política.

El mejor balance de los seis años del Labo, en los que participé desde el principio hasta el final, es que en él y en torno a él se produjeron duros debates, difíciles acuerdos, imposibles consensos, terribles rupturas, que muy pocas veces significaron el abandono militante o la cancelación de alguna experiencia política, y que fue protagonista de la emergencia de múltiples iniciativas, muchas de las cuales negaban el valor del propio Labo, que tomaron su propio vuelo y su propio suelo y siguen siendo dispositivos activos de la política antagonista madrileña.

También es de señalar que la apuesta de parte de la gente del Labo, entre la que me cuento, por la territorialización —no tanto el localismo como situar en nuestra experiencia inmediata los temas de conflicto: exclusión, racismo, precariedad, vivienda..., la vida— construyó lo que a mi parecer fue la primera experiencia de un centro social de doble alcance, metropolitano y local, insertado en el barrio y con influencia en las políticas que afectan tanto al territorio como las de alcance global. En particular, El Laboratorio 3, junto con Seco, fue la primera experiencia que conozco en que no podía hacerse, no era pertinente, la división clásica, atroz, entre vecin@s y activistas.

Tensiones y posicionamientos: la inmodestia militante

Sin duda, en cualquier caso, durante el tiempo de los Laboratorios se produjeron en el «área de la autonomía» algunas tensiones y posicionamientos que expresaban la enorme distancia que había en el seno de esta. Tensiones y posicionamientos que se

convirtieron en recursos para una nueva división identitaria entre aquellos que querían distanciarse de las nuevas experiencias y quienes estábamos desarrollándolas.

Por un lado, la cuestión del uso de la violencia o de la respuesta a la violencia en las manifestaciones o en la práctica política. La crítica de la mistificación del enfrentamiento —que viene a decir: una acción es tanto más radical cuanto se mide en una confrontación más o menos directa con la policía; una acción es más contundente cuanto afecta a los medios materiales o humanos del poder; los activistas tienen el derecho y el deber de contestar directamente a la agresión— venía ya dándose en los años de la insumisión a la mili y al ejército. Para algunos sectores la defensa de esa práctica se convirtió en la demostración palmaria de la debilidad reformista de otros que no le dábamos mayor importancia en positivo, pero que sí expresamos la crítica a la lógica suicida del enfrentamiento simétrico, la estulticia de promover acciones que implicaban el desarrollo de una vanguardia clandestina, la irresponsabilidad de no asumir colectivamente las consecuencias de las acciones —detenciones, represión, criminalización, separación de otros grupos sociales, hasta el punto de darse el caso de tener que asumir desde espacios críticos a esa forma de acción el apoyo a los represaliados—, la testosteronización del activismo, el desprecio del miedo y la emocionalidad diversa, la banalización de la política cuando se argumenta en torno a bandos inamovibles, incluso la intimididad sugestiva que se produce entre quienes practican la violencia desde ambos confrontados como radicales y represivos, guais y policías. El máximo, el único importante, exponente de esa separación se puede situar en la ruptura que se produjo en el entorno del movimiento (anti)global(ización), simbolizado en el *Black Block* y los *Tutte Bianche* en Génova, que se trasladó a Madrid de forma un tanto abstrusa, y supuso la suspensión de una colaboración fructífera entre sectores diferentes que convivían en los mismos espacios. «Armar pitote», quemar un cajero o un contenedor, esperar un final de mani con hostias... son expresiones pobres de una forma de comprender el activismo más que una visión política sobre la violencia y no merecían ni merecen más que una atención anecdótica, y una preocupación por las consecuencias que eso puede tener para personas concretas y grupos de los movimientos sociales. Por lo demás, no se trata de una cuestión de legitimidad o de apuesta personal, sino de pensar la violencia en el contexto de movimientos emergentes que tratan de intervenir en y con la sociedad, cosa que para algunos defensores de la máscara y la capucha no tiene mayor importancia. A ese respecto, en algunos ámbitos se daba más valor a la continuación por unas decenas de personas de una mani disuelta que al propio hecho de que la manifestación se hubiera desarrollado, en un acto de desobediencia colectiva, por cientos o miles de personas a pesar de no haber sido legalizada o haber sido prohibida y a pesar de una masiva presencia policial. O se consideraba menor una mani en la que la policía no hace acto de presencia. Los mismos enfoques anecdóticos destinados a crear identidad colectiva se empeñan en determinar que una mani o concentración no debe ser notificada o legalizada en ningún caso. Por otro lado, no está de más recordar que algunas «acciones directas» fueron dirigidas a personas o espacios sociales: El Laboratorio llegó a ser atacado con cócteles molotov. A propósito de ello, alguna vez utilizamos una frase muy precisa de Chester Himes: «Toda violencia desorganizada es como un ciego con una pistola». Por suerte, «nuestros ciegos» no han estado fuertemente armados.

Por otro lado, se produjo otra polémica de cierto alcance respecto a la propuesta formulada por El Laboratorio 1 —y continuada después— de hablar con la administración local para negociar la cesión del espacio okupado. De la «negociación» todavía se habla como una cuestión de principio que pretendidamente separa unas u otras okupaciones (creo que lo que las separa es un modelo y una metodología de trabajo más complejos que esa reducción), que desde el punto de vista de los críticos con la negociación sitúa la diferencia entre «radicales» y «pactistas», revolucionarios y reformistas, en un uso paleontológico de la terminología política. La propuesta del Laboratorio 1 consistía en dirigirse a la propiedad del edificio —el ayuntamiento— para llevar a cabo la propuesta de que el edificio fuera cedido a la asamblea del centro social y los colectivos sociales con el objeto de regularizar la presencia en él del centro social autogestionado. Para ello, y en previsión de que la propuesta fuera polémica, se proponía formar un consejo, un organismo abierto de participación, seguimiento, asesoramiento, que fuera quien llevara a cabo los debates que implicaban la propuesta, aunque fuera finalmente la asamblea del centro social quien decidiera si seguir o no con el proceso. Se proponía un proceso largo, complejo, y se pretendía con ello no solo la negociación de facto, la obtención de la cesión, sino cambiar la forma en que se comprendía socialmente la okupación (llevando a una administración a formalizar una relación con un espacio ilegal, se pretendía dar un paso para contrarrestar los intentos de criminalización de la okupación), abriéndola al debate social y a la implicación de otros sectores en la defensa del derecho a los espacios autogestionados, al espacio público no estatal, como se llegaba a decir. La propuesta, en 1998, fue bien acogida por algunos sectores, pero también violentamente combatida por otros, y finalmente no alcanzó —ni en el primero ni en los siguientes Laboratorios, pero sí en espacios como Seco o la Escalera Karakola— la suficiente solidez dentro de la asamblea como para llevarla adelante con todas las consecuencias que preveía el proceso: trabajo de elaboración, alianzas, comunicación social, acciones de apoyo, capacidad de presión..., tal vez porque era una propuesta desequilibrada para las formas de trabajo y la composición social del propio centro social.

Más interés pueden tener otras polémicas que no trascendieron tanto, como la que supuso la salida de parte de la gente del Laboratorio 1 en un momento de crisis. Algunas preguntas —¿hasta qué punto podemos responder con una práctica militarización parcial (una centralización en la violencia «defensiva») de nuestra vida para defender un proceso de agresiones que se producen desde dentro y que son producto de una situación tremenda de exclusión social?, ¿hasta qué punto esa respuesta es una respuesta responsable o más bien la expresión de una norma patriarcal del orden social?— siguen sin ser resueltas, por más que la gente que nos quedamos en El Laboratorio 1 en esa crisis aceptamos como una fatalidad el enfrenamiento directo con los grupos que habían iniciado la agresión.

Otros debates relacionados con la vinculación de la actividad «militante» y la económica (la «empresarialidad social», el cooperativismo dentro de los CSA, como formas de liberación del trabajo), la potenciación de las herramientas y modos de comunicación tecnológicos en los centros sociales, la compatibilidad de la actividad política —incluido el activismo cultural y artístico— y de ocio en los CSA, los modos de desarrollar, potenciar y asegurar ámbitos horizontales y participativos en los órganos de

gestión y decisión de los CSA y otros espacios sociales, las relaciones de poder que se producen en el interior de los procesos, la especialización de las tareas y los roles..., siguen vigentes y son propios de análisis más detallados que los que se pueden exponer aquí, como la necesaria reflexión sobre las relaciones de género y otras relaciones micropolíticas. Baste decir que ni la voluntad colectiva ni la presencia poderosísima de mujeres activistas en los espacios sociales ni la experimentación explícita con recursos tomados de la investigación social y de grupos han sido suficientes para darse por satisfechos con las prácticas relacionales y organizativas de estos espacios.

¿Y qué era eso de la autonomía?

La «crisis» de 2001

Durante la segunda mitad de los años noventa, el nuevo movimiento autónomo, la escena autónoma madrileña, se iría nutriendo de otros «intrusos» como yo mismo, que llegaban al activismo «sin partido» con señas de identidad distintas de las que habían conformado los primeros grupos, desconectados de las estéticas y las posturas vitales más homogéneas de estos, del mismo modo que muchos de los autónomos de «primera generación» ya no estaban en sus posiciones originales.

A mi modo de ver, había en algunos de estos primeros grupos la tentación de cubrir el espacio político dejado por los anteriores partidos y grupos de la «extrema izquierda», una suerte de extraparlamentarismo renovado y fundacional que debía ocupar un porcentaje de representación social, y ampliarlo, en pugna con las instituciones de la vieja izquierda. Los intrusos llegamos a una escena en la que se definían como autónomos grupos de carácter militante, antiautoritarios, asamblearios, independientes, respecto a las organizaciones clásicas, y con voluntad de generar una cultura política y una contracultura propias, no muy definidas. Ahí, la autonomía era más un concepto organizativo que teórico o social, a mi modo de ver. Por ahí no iban mis tiros, ni por radicalizar el conjunto de la sociedad sobre nuevas bases políticas (ese separarse, como sujeto propio, «consciente», de las dinámicas sociales que se encuentra en las prácticas que consideran la sociedad como objeto de intervención). Más bien, se trataba de explorar las incertidumbres de la acción política con otros —viejos y nuevos— sectores, con el objetivo de construir conjuntamente autonomía social: una construcción que pasaba por pensar cuáles eran las herramientas —incluso «instituciones»— propias de ese magma social, como he dicho, fragmentado y disperso no solo ni principalmente por falta de referentes, sino por las condiciones de vida del neoliberalismo rampante, que no es una denominación nueva para decir lo de siempre, sino una refundación radical del capitalismo, que genera y se basa precisamente, entre otros, en esos mecanismos de fragmentación y dispersión.

Digamos que si ciertas culturas, formas de vida, movimientos obreros habían generado sus propias instituciones —sindicatos, asociaciones de vecinos, mutuas, centros o ateneos obreros, etc.— y sus propios relatos, símbolos y subjetividades, correspondía a ese movimiento nuevo en condiciones nuevas buscar su propia institucionalidad

autónoma. Algunos lo vimos en los centros sociales y en el activismo en red: el carácter de esos procesos debía ser plural, diverso, experimental, innovador, incluso impreciso, como correspondía a la diversidad de luchas e intereses donde se manifestaba la construcción de autonomía.

Las prácticas no se insertaban como referente fundamental en la llamada área de la autonomía: en esta, la autodefinición, más que las prácticas de trabajo político, era lo que determinaba el «carácter autónomo», la «pertenencia» al «movimiento». Como se manifestaría después en el intento de refundación de Lucha Autónoma, el carácter autónomo de los grupos e iniciativas sociales trascendía esa forma de autodefinición: había y hay activistas autónomos en muchos movimientos sociales que no se agrupan por ese carácter, sino por su actividad, su comprensión del mundo, sus modos de organización, sus formas de hacer política, incluso sus afectos. En ese sentido, pocas veces me he sentido concernido ni personal ni colectivamente por la pertenencia al movimiento autónomo, una pertenencia con resonancias «militantes» que no comparto.

Algunas de esas cuestiones, como también la de la negociación y la violencia, el alcance social y democrático de nuestros espacios, estaban presentes en la llamada crisis de 2001, aunque creo que esta fue solo la expresión de una apuesta desproporcionada, que no tenía el cuerpo suficiente para prosperar. Ni de activistas ni de ideas políticas. Fue más bien la respuesta a una pregunta que quizá ya no tenía valor: ¿qué hacemos con aquello que vino a constituir Lucha Autónoma, el área autónoma?

La crisis de principios de siglo, situada desde otra óptica, es la crisis ante la respuesta criminal al desarrollo internacional del movimiento global, que tuvo como cumbre las manis de Génova, y la constatación de la debilidad de este a pesar de su espectacularidad. Es la crisis de la pregunta: ¿de qué sirven los grupos y espacios que hemos constituido, en un contexto de ofensiva global? ¿Qué capacidad de articulación de una política que sea a un tiempo de oposición y de construcción autónoma tenemos con los recursos propios y un horizonte de continuidad inacabable y urgente de las luchas? Las respuestas posibles daban vértigo, porque cualquier referencialidad a lo cotidiano, a la autonomía de lo pequeño, a lo territorial parecía no estar a la altura.

Sin embargo, la reflexión a escala «de movimiento» se limitaba a unas pocas decenas de personas, a veces imbuidas de nuevo en un lenguaje autorreferencial, cuando, sin embargo, se puede afirmar que varios cientos estaban implicadas en torno a temáticas y prácticas que tenían que ver con la autonomía: espacios autogestionados, colectivos asamblearios, proyectos de economía social y consumo, de comunicación, grupos transversales (feministas, ecologistas, urbanos...). El alcance de lo que se consideraba a sí mismo movimiento organizado era pequeño, casi marginal, respecto a las prácticas autónomas difundidas en lo social.

En ese debate, que hoy tiene algo de prehistórico, autonomía organizada, autonomía de clase, autonomía social o autonomía difusa eran conceptos que aludían al modo en que habría que considerar la práctica política en función de la visión e interpretación del contexto social. Autonomía social o autonomía difusa, que eran los conceptos en los que algunos nos movimos en ese debate, traducían dos ideas fuerza: el carácter social de la relación capital-trabajo (la sociedad toda puesta a trabajar para el capital) y el carácter extenso, «difundido», impreciso de los sujetos «autónomos» y las

organizaciones en las que se encontraban. «Difuso», algo que tanto se usó entonces, remite a los límites: ¿quiénes son l@s autónomos?, ¿quiénes lo dicen de sí mismos, quienes se identifican como tales?, y a la extensión, a la «difusión», de la autonomía como concepto político en espacios diversos de los movimientos sociales y antagonistas, incluso aunque no se definan como tales. «Social» remitía a que son sujetos difundidos en lo social —que no hay una predeterminación económica o de clase—, en la sociedad en su conjunto, quienes están llamados a articular una «separación» de independencia, de autodeterminación, de autonomía, la constitución de nuevos poderes instituyentes, frente a los poderes instituidos, que no es solo el capital económico, es la cultura sexual, las costumbres de consumo, las formas de vida, las reglas, las formas de relación, la micropolítica, la militarización, la violencia...

En fin, un debate que era un debate militante, posiblemente en el peor de los sentidos: restringido a un grupo de identidad. El resultado, que no fue la disolución de Lucha Autónoma, sino la imposibilidad de su refundación, pese a los vértigos e incertidumbres que nos pudo generar en ese momento, estaba prácticamente cantado. El movimiento autónomo se había hecho mayor.

Un apunte final

Visto con perspectiva, el periodo de mediados de los noventa a principios del siglo XXI fue un periodo rico, de una fuerte densidad experimental, creativo. Del mismo modo, tremendamente insuficiente, hasta el punto de que la práctica totalidad de las preguntas creadas con pasión y esfuerzo descomunales, poniendo, como no podía ser de otra forma, la vida en ello, aún han de ser respondidas. En cualquier caso, si la organización del mando del capital sobre nuestra vida se ha profundizado en este periodo, no es menos cierto que en algunas de las formas de resistencia, los símbolos y los recursos creativos que se están poniendo en juego en los últimos tiempos, casi «naturalizados» —como el asambleísmo, la búsqueda de espacios de experimentación, las formas de comunicación en red, el pluralismo y el deseo de compartir con «el otro», la fuga de las identidades, el amor y el respeto a las palabras, al diálogo entre distintos, la relevancia del territorio y de la autoorganización, el deseo de democracia y participación (no solo en las instituciones formales, sino sobre todo en las propias formas de organización de los movimientos), la crítica a las formas de vida del capitalismo—, en algunas de esas cuestiones, digo, puede rastrearse sin dificultad lo mejor de aquellas experiencias, como en el mismo hecho de no dar nada por sentado ni precisar de las referencias previas para pensarse en las nuevas formas de acción política y social.

A eso, algunos no lo hemos dejado de llamar movimiento autónomo.

04. Todo parecía posible

Gonzalo Wilhelmi

De las primeras okupaciones al movimiento autónomo

La primera generación del movimiento autónomo nació al calor de las luchas obreras de los 70, en la última etapa de la dictadura fascista. En estos conflictos, organizados en torno a las asambleas de fábrica, una pequeña parte de los militantes anticapitalistas reivindicaron la «autonomía de la clase» defendiendo la superación del capitalismo, la soberanía de las asambleas y rechazando la existencia de partidos y sindicatos.

La derrota de las propuestas revolucionarias y de la ruptura democrática en la transición se llevó por delante muchos proyectos, entre otros, a los colectivos autónomos que actuaban principalmente en grandes empresas. Pocos años después, en 1985, sin apenas conexiones con los autónomos de las fábricas, nacía la segunda generación de autónomos a partir de un pequeño núcleo que realizó la primera «okupación con k» de Madrid. Se trataba de un edificio en la calle Amparo, en el céntrico y popular barrio de Lavapiés, en cuya okupación confluyeron varias iniciativas juveniles: un colectivo libertario, un grupo universitario y un fanzine punk. Sin proyecto ni perspectiva común, estos jóvenes compartían su rechazo al capitalismo, al Estado, y a los partidos políticos, incluidos los de la izquierda revolucionaria. También se mostraban contrarios a toda estructura jerárquica y se negaban a centrar su lucha en la conquista del poder del Estado, criticando el aplazamiento de toda transformación social hasta el día después.

Este pequeño núcleo inicial, formado en su mayoría por hombres, fue construyendo una identidad política con un fuerte componente estético y en principios compartidos como el anticapitalismo, la autogestión, el asamblearismo, el rechazo al patriarcado y la oposición a las instituciones. No inventaban nada nuevo. Las ideas de revolución de la vida cotidiana, «el comunismo aquí y ahora», que cuestionaban el planteamiento clásico de primero conquistar el poder del Estado para después transformar la sociedad, provenían de los sectores libertarios de mayo del 68. La defensa del asamblearismo y de la participación directa desde la base ya habían sido defendidos por los autónomos de las fábricas en los 70. La ocupación de casas vacías de titularidad pública había sido una práctica del movimiento ciudadano de Madrid en los 70 en su lucha por el derecho a la vivienda, por el derecho a la ciudad y contra la corrupción.

Ni las ideas ni las prácticas eran originales, y sin embargo, la primera okupación anunciaba algo nuevo, y para que quedara claro, se escribía con k. El objetivo consistía en instalarse en edificios vacíos para experimentar nuevas formas de vida en comunidad (se trataba de un grupo muy pequeño), reivindicar el derecho a la vivienda, expresar ideas políticas, construir una cultura y un ocio alternativos a los tradicionales, al margen de las propuestas clásicas de la izquierda radical, tanto marxista como anarquista.

Tras una serie de desalojos policiales, respondidos con movilizaciones y más okupaciones, este núcleo inicial logró estabilizarse en 1988 durante tres meses en una nave en Vallecas (Arregui y Aruej). En ese periodo se adoptaron nuevas formas de organización basadas en «colectivos autónomos», unidos todos en la Asamblea de Okupas de Madrid. Se trataba de pequeños grupos de afinidad asamblearios dedicados a un tema concreto (antifascismo, denuncia de la represión, antimperialismo, feminismo...).

El desalojo de Arregui y Aruej dio paso a nuevas okupaciones. Una de ellas se convirtió en toda una referencia: el Centro Social Minuesa. Entre 1988 y 1994 fueron miles las personas, jóvenes en su mayoría, las que participaron en sus actividades culturales y políticas. Desde esta okupación, que albergaba tanto viviendas como un centro social, se impulsó una escena musical vinculada al hardcore y al punk, se fomentó el nacimiento de nuevos colectivos y el contacto con otros sectores juveniles provenientes de barrios.

El núcleo inicial, reducido y homogéneo, había extendido sus ideas y sus prácticas, incorporando a sus dinámicas a unos pocos cientos de jóvenes, hombres en su mayoría, entre los que comenzaban a perfilarse dos tendencias. La primera de ellas consideraba prioritaria la transformación de la vida cotidiana y rechazaba integrarse en estructuras organizativas permanentes. La segunda apostaba por organizarse de manera estable y horizontal, con la mínima delegación, para aumentar su capacidad de intervención. En ambos casos, se trataba de una intervención que no se dirigía a toda la sociedad, sino a los sectores sociales más próximos: los jóvenes de clase obrera y clase media que en mayor o menor medida rechazaban el capitalismo y su modelo de sociedad y que al mismo tiempo eran quienes formaban los colectivos y los centros sociales.

Tras el desalojo del Centro Social Minuesa en 1994, las dos tendencias, que habían convivido hasta el momento en un mismo espacio, emprendieron caminos separados. El sector que primaba la experimentación de nuevas formas de vida realizó varias okupaciones (Pacisa, Intifada) que no llegaron a consolidarse. El segundo sector lanzó la propuesta de crear colectivos autónomos de barrio, generando una dinámica descentralizada a la que se sumaron jóvenes de distintas zonas obreras de Madrid. Estos grupos impulsaron un nuevo tipo de okupaciones, de barrio, que combinaban las actividades dirigidas a los jóvenes más afines con el trabajo de reivindicación vecinal, buscando alianzas con todo tipo de asociaciones locales. De esta segunda corriente nació la coordinadora Lucha Autónoma, que trataba de demostrar en la práctica que había una alternativa al modelo de organización leninista. Que no era necesario elegir a un comité superior para que decidiera las cuestiones políticas generales. Que no era imprescindible un partido para que distintos colectivos de base, con actividad local en barrios o luchas sectoriales (okupación, antifascismo, antimilitarismo, respuesta a la represión, feminismo), participaran en luchas políticas y sociales de carácter global.

El proyecto era, pues, una organización que abordara estas tareas de manera asamblearia y de la forma más rotativa posible, sin liberados, ni subvenciones, en la que todos sus miembros realizaran trabajo de base, y ninguno limitara su activismo a las tareas internas de la coordinadora.

Desde el movimiento autónomo se rechazaban las jerarquías y todo tipo de liderazgos. Las jerarquías formales no existían, y las jerarquías informales se combatían en primer lugar reconociendo su existencia y en segundo lugar por medio de acuerdos

públicos de funcionamiento y normas para la toma de decisiones que trataban de fomentar la participación. Sin embargo, la pretensión de acabar con los liderazgos no se llevó a la práctica, sencillamente porque no era posible eliminar las diferencias de experiencia, dedicación, iniciativa y capacidad entre los activistas. Por lo tanto, en contra de lo que establecía la teoría, los liderazgos existían dentro de todas las coordinadoras, grupos y okupaciones. En este terreno, la alternativa al leninismo implicaba no tanto suprimir los liderazgos como fomentar la máxima participación, para lo cual era necesario una estructura formal, es decir, unas formas de funcionamiento conocidas por todos los miembros, unas actas a disposición de todos, la difusión de toda la información para que no fuera monopolio de los militantes más dedicados, y la garantía efectiva del derecho a discrepar, sin intimidaciones directas ni veladas. Es decir, liderazgos compensados y controlados por una organización horizontal que fomentara la participación desde abajo.

Movimiento y organización

A mediados de los 90, una década después de la primera okupación, el pequeño núcleo inicial cohesionado en torno a la Asamblea de Okupas había logrado difundir sus planteamientos y sus prácticas entre unos pocos centenares de jóvenes, que impulsaban diferentes iniciativas: decenas de viviendas okupadas, varios centros sociales de distinto tipo, colectivos autónomos de barrio, distribuidoras de fanzines, música y libros, colectivos sectoriales, una escena de música propia, revistas de debate. Estos proyectos tan distintos compartían espacios comunes: los puestos políticos de Tirso de Molina los domingos por la mañana en el mercadillo del Rastro, la manifestación antifascista del 20 de noviembre y la movilización contra las cárceles que el último día del año llegaba hasta las puertas de la prisión de Carabanchel.

¿Se trataba de un movimiento o de un conjunto de pequeños grupos y personas actuando de manera independiente? Aunque no se trata de una cuestión central, sí conviene aclarar qué se entiende por movimiento autónomo para facilitar la discusión.

Un movimiento no es un conjunto de grupos y organizaciones, sino una serie de ideas y prácticas compartidas, que pueden ser asumidas y extendidas libremente, una perspectiva común de la realidad y una forma determinada de abordar la transformación social y de actuar de manera colectiva.⁶

Estos centenares de jóvenes formaban un movimiento en el sentido de que actuaban colectivamente de manera continuada en el tiempo y compartían una identidad común: la autonomía. Esta identidad de pertenecer a un mismo movimiento se puede encontrar en las actas y panfletos de distintos grupos.

⁶ «Se demuestra andando. Algunas reflexiones sobre Madrid a propósito de Atenas...». Disponible en <http://gruporuptura.wordpress.com/2010/04/02/se-demuestra-andando-algunas-reflexiones-sobre-madrid-a-proposito-de-atenas/#more-61>.

Se manifestaba en el apoyo mutuo entre distintos colectivos y en actuaciones conjuntas como la participación en movilizaciones del 20N y el 31D. Como en cualquier movimiento social, los límites eran difusos, puesto que se podía participar de distintas maneras y no existían carnés ni elementos formales que diferenciaron quienes pertenecían al movimiento y quienes no. Como en cualquier movimiento social, más allá de unos principios generales compartidos, no existía una única línea política, sino distintas propuestas e iniciativas en constante pugna y debate. Como en cualquier movimiento social, el movimiento era más amplio que las organizaciones, esto es, llegaba más allá de la militancia de coordinadoras y grupos que se definían como autónomos. Y al mismo tiempo, dentro de estos grupos, centros sociales e iniciativas, que actuaban con total independencia, pero considerándose parte de un conjunto, no todos los activistas se identificaban como autónomos, conviviendo distintas identidades políticas de manera no excluyente: marxistas, libertarios, feministas y autónomos. En este sentido, el conglomerado difuso de activistas, simpatizantes, grupos, revistas, distribuidoras, centros sociales okupados y otras iniciativas, formaba un movimiento. Eran algo más que una moda activista juvenil. Eran algo más que un montón de grupos actuando a su aire.

El conjunto del movimiento nunca se estructuró en una única organización ni ninguna coordinadora logró acoger a todas las tendencias. La estructura más amplia, Lucha Autónoma, que llegó a agrupar a un centenar de activistas de una decena de colectivos de barrio con capacidad de convocar a un millar de jóvenes, fue la parte más visible del movimiento. Pero era una parte, no el todo.

Desde distintos sectores del movimiento autónomo se planteó que la autonomía era la superación de todas las ideologías. Se trataba de una afirmación excesiva que no tenía base teórica ni histórica. La autonomía era una tendencia revolucionaria más. Ni más ni menos. Esta idea de superioridad respecto al resto de corrientes comunistas y anarquistas, presente en varios sectores de la autonomía, dificultó las relaciones de igual a igual con el resto de organizaciones de izquierda, ya fueran moderadas o radicales. Y contribuyó a que se produjeran actitudes sectarias respecto a otros grupos, que en el caso del Sindicato de Estudiantes llegaron a la agresión física, unas prácticas que deberían estar desterradas dentro de la izquierda.

Buscando una transformación global

Los grupos autónomos impulsaron en solitario dos luchas sectoriales, okupación y antifascismo, que permanecieron activas durante todo el periodo analizado, si bien, como veremos más adelante, en torno al cambio de siglo los autónomos dejaron de ser sus principales dinamizadores.

La primera lucha puesta en marcha por los autónomos fue la okupación, tanto de viviendas como de centros sociales. Las primeras okupaciones, rápidamente desalojadas, dieron paso a una diversidad de enfoques de esta práctica colectiva: los centros sociales orientados al trabajo de barrio, las okupaciones dedicadas a organizar grandes fiestas y conciertos, las casas centradas en la transformación de la vida cotidiana por medio de una convivencia más o menos en comunidad, un centro social feminista integrado

exclusivamente por mujeres. La expansión de la okupación en Madrid no fue de la mano de una actuación ni una reflexión común. Más allá de alguna respuesta conjunta a desalojos, no hubo acciones coordinadas ni una conciencia colectiva de pertenecer a un movimiento. En este sentido, en Madrid, la okupación no constituía tanto un movimiento como una práctica impulsada en sus inicios por el movimiento autónomo, pero que a mediados de los 90 ya se extendía más allá de sus límites, agrupando a diversos sectores con ideologías, intereses y proyectos diferentes.

En segundo lugar, los grupos autónomos activaron la lucha antifascista, creando un espacio desde el que hacer frente en la calle a los grupos ultraderechistas, que a finales de los 80 continuaron la campaña de palizas y asesinatos de gentes de izquierda y homosexuales que venían realizando desde los 70, incorporando nuevos objetivos: inmigrantes e indigentes.⁷

En esta lucha antifascista, el movimiento autónomo no hacía sino continuar la actividad realizada por partidos de la izquierda radical y por grupos libertarios, que se habían enfrentado a la ultraderecha en la calle desde la transición. En estos años, los sectores anticapitalistas que habían combatido a los ultras en la calle se habían debilitado o habían cambiado sus prioridades, mientras que la izquierda moderada prefería taparse los ojos para no ver esta realidad incómoda. Por estos motivos, el movimiento autónomo asumió esta lucha prácticamente en solitario. Poco a poco, a medida que se multiplicaban las agresiones y los asesinatos, otros grupos fueron sumándose a la actividad antifascista, si bien hasta 2001 los principales dinamizadores fueron los grupos autónomos, que le dieron los contenidos que hicieron posible su éxito y su desarrollo: la reivindicación del derecho a la autodefensa como forma más efectiva de oponerse a las agresiones, y un discurso que resaltaba el carácter fascista de esta violencia frente a las versiones oficiales que hablaban de «peleas de jóvenes», de tribus urbanas o «de grupos extremistas de ideología contraria». En este terreno, la Coordinadora Antifascista de Madrid desempeñó

Los grupos autónomos también se sumaron a la campaña de rechazo al servicio militar obligatorio conocida como insumisión, si bien en este terreno la dirección política e ideológica residía en el Movimiento de Objeción de Conciencia. El discurso antimilitarista más profundo —la crítica a los ejércitos y a las guerras— así como la apuesta por la desobediencia civil, fueron desarrollados principalmente por el MOC, mientras que los grupos de insumisos del ámbito autónomo no incidieron mucho en este terreno, centrándose en extender el rechazo al servicio militar. Frente a la propuesta de la mayoría del movimiento antimilitarista de que los insumisos cumplieran las penas de prisión como una forma de presión y de aumentar el apoyo popular y la solidaridad, el movimiento autónomo rechazaba entregarse. A esta estrategia se le llamó «insumisión total» y no tuvo un papel decisivo en el éxito de la campaña de insumisión.

⁷ El antifascismo dinamizado desde grupos autónomos, centrado en hacer frente a las agresiones callejeras de grupos nazis, no era ni el primero ni el único antifascismo existente, pero en este texto nos referiremos a éste exclusivamente. un papel protagonista, pero de nuevo hay que señalar que la organización era solo una parte y no todo el antifascismo.

Desde el comienzo, las mujeres implicadas en los grupos e iniciativas autónomos trataron de incorporar a la práctica y a la identidad del movimiento la lucha contra la dominación de los hombres sobre las mujeres. Las relaciones con el movimiento feminista, de enorme potencia durante la transición y muy institucionalizado y desactivado a finales de los 80, eran prácticamente inexistentes. Esto provocó, entre otras cosas, que se prefiriera el término antipatriarcado al de feminismo, una opción que no nacía de una reflexión teórica sino de una voluntad de marcar distancias con los grupos feministas más institucionalizados. Los intentos de organizar pequeños grupos de mujeres fueron constantes: desde el colectivo Liga Dura (integrado en la Asamblea de Okupas de Madrid), hasta la okupación de un centro social feminista integrado exclusivamente por mujeres (Eskalera Karakola), se sucedían los intentos de mantener un trabajo feminista tanto desde colectivos abiertos («El espejo de Venus» y «Pachamama», ambos en Móstoles) como desde grupos de afinidad como las «Anacondas subversivas», centrado este último en la denuncia de las agresiones sexuales dentro de los espacios del movimiento. Estas iniciativas no lograron que la lucha feminista se asumiera de manera generalizada como una prioridad, y por ello no existió una dedicación generalizada a la superación del patriarcado. El feminismo era considerado, en el mejor de los casos, como una lucha sectorial más, como algo en lo que se podía participar o no, pero no como una opresión fundamental, igual que la de clase, que obligaba a reflexionar y a actuar no solo para que cualquier cambio social fuera radical sino para que también dentro del movimiento pudiera haber democracia e igualdad. La realidad era tozuda: en los espacios del movimiento las mujeres también sufrían agresiones.

Más allá de estos ámbitos preferentes, el movimiento autónomo participaba en numerosas luchas sectoriales y generales: conflictos laborales en sectores como el metro, autobuses municipales y mensajeros, huelgas generales, la lucha contra las cárceles, iniciativas de apoyo a los presos políticos, la organización de coladas colectivas y trucaje de billetes en contra de la subida de los precios del transporte público, el rechazo a la cultura oficial del desarrollismo capitalista y las celebraciones de 1992 (V centenario de la llegada de los europeos a América, exposición universal en Sevilla y olimpiadas en Barcelona), las luchas de los estudiantes universitarios, la protesta contra los organismos del capitalismo internacional Fondo Monetario Internacional y Banco Mundial que celebraron su 50 aniversario en Madrid en 1995, las movilizaciones contra la represión policial. En todas estos conflictos se intervenía casi siempre sin ser la fuerza principal, colaborando con todo tipo de organizaciones de la izquierda política y social, preferentemente no institucional.

Existían dos elementos que dotaban de gran potencia al movimiento autónomo a pesar de sus reducidas dimensiones. En primer lugar, la voluntad de primar las prácticas comunes por encima de las diferencias ideológicas dentro del anticapitalismo, buscando la unidad de acción entre militantes de distintas identidades (marxistas y anarquistas). En segundo lugar, la búsqueda del equilibrio entre la actividad local, generalmente de barrio, pero también en algunos casos universitaria, con la perspectiva política general. Es decir, una parte importante de la actividad de los centros sociales, colectivos de barrio y demás iniciativas se orientaba a intervenir en los problemas inmediatos de su entorno, relacionándose con gente (principalmente jóvenes) no afín ni simpatizante. En este

ámbito local se buscaban alianzas con prácticamente todas las fuerzas existentes, desde otros grupos radicales hasta Cáritas pasando por grupos de Scouts, colectivos ecologistas y asociaciones de vecinos. Estas alianzas las establecían todos los colectivos autónomos, hasta los más «ortodoxos». La actividad de base, local, llevaba a implicarse en conflictos de lo más variados: la lucha contra las patrullas vecinales ultraderechistas en Malasaña, el intento de que los miles de jóvenes que acudían de marcha a esta zona respetaran al barrio y a los vecinos, la lucha contra los desahucios en Tetuán, la reivindicación de pistas deportivas en Adelfas, la defensa de la casa de campo en el Paseo de Extremadura, la lucha contra la privatización de la sanidad pública en Móstoles, las luchas vecinales en casi todos los barrios... son solo algunos ejemplos de los cientos de conflictos locales en los que participaron los grupos y centros sociales, que dan idea de la gran diversidad de sus alianzas e intervenciones.⁸

Con este enfoque se intentaba vincular los conflictos locales de cada zona con los problemas políticos generales. El objetivo era evitar que los colectivos se convirtieran en meras oficinas de propaganda de campañas generales. Este era el modelo, pero no siempre se logró. Algunos colectivos, ante la dificultad de echar raíces en el territorio propio y cultivarlas con paciencia, optaron por hacer de «correa de transmisión» de campañas sectoriales o generales en sus zonas. Lógicamente, no duraron mucho.

Debates en un movimiento plural

A finales de los 90 el movimiento autónomo lograba alcanzar un nivel de desarrollo desconocido en su corta historia: más iniciativas políticas y sociales, más colectivos y grupos, más capacidad de convocatoria y más alianzas que nunca. Este crecimiento cualitativo y cuantitativo iba de la mano de una mayor diversidad interna, con diferencias que atravesaban múltiples planos. Algunas de las discusiones se polarizaron entre los dos proyectos que contaban mayor capacidad en ese momento, la coordinadora Lucha Autónoma (LA) y el Centro Social Okupado (CSO) El Laboratorio. Al tratarse de un movimiento con una gran diversidad interna, no existían dos bloques homogéneos que compartieran las mismas posiciones en todas las cuestiones que se debatían, sino que en cada uno de los asuntos polémicos se generaban unos posicionamientos distintos que incluso atravesaban el interior de los grupos.

El CSO El Laboratorio era el resultado de la confluencia de activistas provenientes de tres tipos de okupación: CSO orientado a la intervención en el barrio (David Castilla), CSO orientado a la organización de conciertos y fiestas para la financiación de los grupos e iniciativas del movimiento (La Guindalera) y casa okupada de nuevo cuño que rechazaba toda acción política más allá de experimentar nuevas formas de vida (Lavapiex 15, «el vivir insumiso», «okupar para amar»).

⁸ Esta diversidad de luchas e iniciativas se puede consultar en dos libros «Lucha Autónoma. Una visión de la coordinadora» y «Armarse sobre las ruinas», disponibles en <http://www.nodo50.org/autonomia>.

Esta diversidad también se encontraba en Lucha Autónoma donde convivían colectivos con diferentes grados de cohesión ideológica interna, diversas trayectorias y distintas experiencias. Además, comenzaban a diferenciarse dos tendencias dentro de la coordinadora: un sector primaba la difusión de contenidos políticos y valoraba mucho la cohesión ideológica, mientras que otro consideraba más importante la extensión de prácticas políticas y se sentía cómodo con la cooperación de culturas políticas distintas, dentro del anticapitalismo. En la práctica, estas diferencias se concretaban en que mientras un sector priorizaba la difusión de carteles, pintadas y boletines estrictamente anarquistas, otro sector prefería impulsar procesos asamblearios y participativos más amplios pero con menor contenido ideológico explícito.

Los principales debates que atravesaron el movimiento a finales de los 90 fueron las formas organizativas, la relación con las instituciones, las formas de intervención política, la polémica sobre el rechazo al trabajo y la violencia.

La discusión sobre la importancia que los distintos sectores daban a la transformación de la vida cotidiana era más virtual que real, puesto que ni desde los colectivos, ni desde los centros sociales, ni desde las viviendas okupadas se profundizó sobre este aspecto. El vivir de otra manera o el «vivir insumiso» no se desarrolló en prácticas ni reflexiones concretas, más allá de aspectos superficiales como la forma de vestir o de saludarse, que muchas veces levantaba una barrera innecesaria frente al resto de la sociedad. La reflexión colectiva sobre los contenidos de estas nuevas formas de vida fue prácticamente inexistente. No se reivindicó abiertamente la necesidad de la austeridad ni de consumir menos para vivir mejor, como sí se hizo desde el ecologismo.

Las formas de organización

En este terreno sí había un posicionamiento claro que separaba a los militantes de LA de los del CSO El Laboratorio. Para los miembros de la Coordinadora era evidente la necesidad de una organización formal (con métodos de decisión fijos y conocidos por todos sus integrantes), horizontal, con la mínima delegación, que se mantuviera en el tiempo. Los partidarios de este tipo de estructura consideraban que permitía una participación más igualitaria, hacía posible la transmisión de experiencias, facilitaba el debate y proporcionaba una mayor capacidad de trabajo.

Desde la otra parte, los miembros del CSO El Laboratorio se mostraban muy críticos con todo tipo de organización mantenida en el tiempo, a la que algunos llegaban a descalificar como «partido de la autonomía». Para estos activistas cualquier estructura que se mantuviera en el tiempo tendía a reproducir los defectos de los partidos políticos: aplastamiento del individuo por el colectivo, seguidismo, burocracia, separación entre práctica y teoría. Aunque se tratara de grupos asamblearios y con la mínima delegación, entendían que el resultado no era muy diferente y argumentaban que en organizaciones formales, las asambleas dejaban de ser espacios de debate entre iguales para convertirse en lugares donde maniobrar y lograr la victoria de cualquier forma. La alternativa del Laboratorio tenía dos planos: dentro de cada grupo, sustituir la asamblea por (o complementarla con) la toma de decisiones en el «día a día», esto es, en los espacios

informales en los que los activistas coincidían de manera natural (algo evidente en los centros sociales en los que la convivencia era intensa, pero menos claro en otro tipo de colectivos). En el plano más general, el Laboratorio se oponía a todo tipo de coordinación estable entre grupos. Solo aceptaba la cooperación entre grupos en cortos espacios de tiempo y para campañas concretas. Aducían que no era correcto presuponer una afinidad entre una serie de colectivos que les permitiera mantener una posición común en distintos temas, y que las alianzas debían ser redefinidas en cada lucha en la que se participara.

Las propuestas organizativas del Laboratorio tuvieron escaso éxito. La apuesta por la organización permanente en el tiempo no era un capricho sino una necesidad ampliamente sentida en distintos sectores, fruto de la evolución del movimiento durante más de una década. En ese periodo se había evidenciado la mayor capacidad que proporcionaba una estructura estable respecto a las coordinaciones puntuales. Además, la cooperación de manera intermitente para campañas concretas ya se producía de manera natural entre distintos grupos del movimiento autónomo y otras organizaciones de izquierda.

La otra propuesta organizativa del CSO El Laboratorio, sustituir o complementar la adopción de acuerdos en las asambleas con la toma de decisiones en el día a día, tampoco tuvo mayor incidencia. Apuntaba a un problema real: la fragilidad de las asambleas y la facilidad con la que perdían su carácter deliberativo para convertirse en campos de batalla entre distintas posiciones. Pero trasladar las decisiones «al cotidiano» constituía un remedio peor que la enfermedad, pues el día a día era un espacio desigual por definición, con mediaciones mayores que las de las asambleas, en el que no contaba tanto la capacidad de convencer ni los argumentos sino los liderazgos informales y el clásico «quién eres y a quién conoces».

El riesgo de la estructura estable residía en considerar la organización como la cuestión principal, un peligro que amenazaba a Lucha Autónoma, por tratarse de una coordinadora con un buen funcionamiento que multiplicaba la capacidad de trabajo de sus miembros por separado. Pero la organización no lo era todo, ni siquiera lo principal, como veremos más adelante al analizar la crisis terminal de Lucha Autónoma.

La negociación con las instituciones

Desde su nacimiento, el movimiento autónomo se había caracterizado por la independencia respecto a las instituciones y su escaso interés por las reformas, basándose en dos tipos de reivindicaciones. Por una parte, reclamaciones utópicas que eran muy difíciles de llevar a la práctica pero que ayudaban a construir una identidad política y a orientar las actividades (destrucción de las cárceles, desaparición de los ejércitos). Por otra parte, medidas parciales, basadas en la acción directa: tomar y hacer en vez de pedir y esperar. Aquí residía la potencia del movimiento y la atracción que despertaba en sectores juveniles. A diferencia de las organizaciones políticas clásicas, el movimiento autónomo no ofrecía la adhesión a un ideario que no se pondría en práctica hasta el día después de la revolución, sino una transformación de la vida aquí y ahora: ante las agresiones nazis, organizar la autodefensa, ante la imposibilidad de acceder a una vivienda y la necesidad de espacios culturales autogestionados, okupación, ante una cultura oficial

que fomentaba el consumo, la delegación y la pasividad, la posibilidad de participar en múltiples actividades culturales bajo el espíritu del hazlo tú mismo, incluida una sólida escena musical con sellos, fanzines, canales de distribución y espacios okupados para conciertos.

Ninguna de estas reivindicaciones se dirigía a las instituciones ni podía ser satisfecha por estas. Estos planteamientos habían demostrado su potencia pero en algunas coyunturas, el rechazo a todo tipo de relación con las instituciones y el desprecio a las reformas parciales, colocaban al movimiento en una difícil posición que le impedía intervenir de manera efectiva.

Ante esta situación, algunos sectores propusieron la necesidad de entender las negociaciones como otra forma de lucha más, que habría de valorarse en función de lo que exigiera y lo que proporcionara. Del mismo modo, se planteaba considerar las reformas no como algo negativo por su supuesto carácter desmovilizador sino como un elemento positivo si se afrontaba el reto de situarlas dentro de un proceso de transformación más general.

Desde el CSO El Laboratorio se defendía la negociación con las instituciones para mantener en el tiempo los centros sociales y de esta manera consolidar los proyectos y aumentar su influencia. Dentro de la coordinadora Lucha Autónoma, al igual que en el conjunto del movimiento, convivían varias posturas, desde la oposición radical a todo tipo de negociación a su aceptación dependiendo de las circunstancias. El rechazo más extremo a todo tipo de diálogo con las instituciones vino de un frente formado por varios colectivos junto a algunas viviendas okupadas que equiparaban la negociación con una traición a los «principios de la okupación». En realidad, la negociación con las instituciones había estado presente desde las primeras okupaciones y su rechazo era difícil de mantener más allá de criterios puramente ideológicos. La Escuela Popular de la Prospe, entre otros proyectos autogestionados, había demostrado que era posible combinar la negociación con las instituciones con la autonomía del proyecto y con el mantenimiento de una perspectiva de cambio radical.

El Laboratorio era un referente del movimiento autónomo debido entre otros factores a su gran iniciativa. Por sus actividades (no solo fiestas) pasaban miles de personas y decenas de grupos habían participado de alguna u otra forma con el enorme espacio okupado de la calle Embajadores. Por lo tanto, cuando este Centro Social inició el diálogo con el Ayuntamiento para lograr la cesión del edificio, abrió un proceso que no afectaba solo a este centro social sino a todas las iniciativas de okupación ¿Quién decidía sobre la negociación? ¿Todas las iniciativas o solo aquellas que mantenían el centro social en pie? Esta contradicción se trató de resolver desde el Laboratorio creando el Consejo, una asamblea abierta en la que se podía opinar sobre la marcha de las negociaciones, pero que reservaba la decisión final al centro social. Este hecho y, sobre todo, las descalificaciones e insultos recibidos por el Laboratorio desde el inicio de la negociación impidieron todo debate constructivo sobre esta cuestión. Se produjo una fractura más y el Centro Social siguió adelante con su táctica negociadora, que finalmente no produjo ningún resultado.

Tras el fracaso de la negociación del Laboratorio, fueron dos los centros sociales que lograron acuerdos con el Ayuntamiento por los que obtuvieron la cesión de sendos

locales municipales: Seco y la Eskalera Karakola. En el caso de Seco, el Centro Social se desvinculó públicamente de la okupación, rompió todo vínculo con grupos de izquierda que podían poner en peligro la negociación y dejó de considerarse como parte de una difusa «izquierda radical» para reivindicar otro componente de su trayectoria, la vecinal. En realidad, los grupos que impulsaban el centro social Seco habían sido todo eso, izquierda radical, asociación de vecinos y okupas. Decidieron primar uno de esos componentes, el vecinal, rompiendo con el resto, lo cual les permitió aparecer en los medios de otra manera más amable, lograr más apoyos y conseguir un acuerdo con el Ayuntamiento, que les cedió un local. Ciertamente, los activistas de Seco que no estuvieron de acuerdo con el cambio de orientación se quedaron por el camino, pero no se puede hablar de traición, sino de una nueva línea política que solo les afectaba a ellos y por tanto solo a ellos les competía decidir. La otra okupación, la Eskalera Karakola, buscó apoyos no solo en los colectivos más afines sino también entre los grupos feministas más institucionalizados y partidos políticos de izquierda, una estrategia que les sirvió para lograr un pequeño local cedido por el consistorio.

El problema no residía tanto en que un grupo optara por la negociación, como en que una parte del movimiento se negó a debatir equiparando cualquier negociación con traición, una manifestación más del sectarismo presente dentro de la izquierda.

Las formas de intervención

El CSO El Laboratorio abanderó una nueva forma de intervención social basada en la reivindicación del deseo individual y la fiesta como fines en sí mismos. El rechazo al estilo de militancia de los partidos políticos de la izquierda radical, fundamentado en la disciplina y el sacrificio, estaba presente en la identidad del movimiento autónomo desde sus orígenes. Desde los grupos autónomos se defendía una militancia distinta, que combinara esfuerzo y disfrute, que transformara la vida cotidiana aquí y ahora y no difiriera todo cambio al día después de la toma del poder. La propuesta del Laboratorio venía a recoger estos planteamientos potenciándolos hasta el límite. El deseo individual se convertía en el principal motor de toda actividad, las iniciativas se valoraban no en función de sus resultados sino en función de los sentimientos que provocaban en los militantes. Era la política del deseo.

Esta propuesta conectaba con una nueva forma de movilización: se trataba de sustituir las clásicas manifestaciones por manifestas en las que un potente equipo de música hacía imposible no solo que se oyeran las consignas sino la simple comunicación entre los asistentes. El objetivo era bailar, la fiesta, que incluso se llegaba a plantear como una alternativa a la sociedad capitalista.⁹

⁹ Así lo argumentaba el CSO El Laboratorio en el panfleto «reclama las calles»: «La fiesta es lo que disuelve las estructuras de autoridad, libera el tiempo y el espacio, se desencadena como acontecimiento. Mientras el poder nos invita celebrar los grandes momentos de nuestra vida aunando mercancía con espectáculo, imponer el derecho a la fiesta es algo más que una parodia de la lucha radical: es una manifestación de esa misma lucha que instaura una nueva sociedad, pues es abierta, no está regulada ni sometida a orden y, aunque puede estar planeada, a menos que suceda por sí misma será un fracaso.» Disponible en <http://www.sindominio.net/laboratorio/documentos/varios/recl-ama.htm>.

El primer experimento de esta nueva forma de ocupar la calle, sustituyendo los contenidos políticos por la música tecno, se realizó en marzo de 1998. Estas formas de movilización provocaron el rechazo de quienes entendían que se vaciaban las manifestaciones de contenidos políticos para convertirlas en meras fiestas callejeras.

En el otro extremo, la propuesta insurreccionalista planteaba que el sabotaje y los enfrentamientos con la policía eran formas de actuación superiores a las demás, en tanto que contribuían a «extender la revuelta». Toda actividad que no acabara en enfrentamientos o que fuera comunicada previamente a la delegación de gobierno pasaba a ser descalificada como una «procesión» inútil para toda finalidad revolucionaria. Esta propuesta se daba en un contexto en el que abundaban las manifestaciones que terminaban en intensos enfrentamientos con la policía, generalmente en el barrio de Malasaña.

En realidad, lo que se proponía era abandonar uno de los elementos principales del movimiento autónomo: la combinación de la firmeza en los principios con la flexibilidad en las formas. En esta nueva perspectiva, no importaba tanto el proyecto que se llevara a cabo en un centro social, sino tan solo si negociaba o no con el Ayuntamiento. No importaban tanto los contenidos de una manifestación, su capacidad de activar a la gente, de sumar apoyos, de extender ideas, de lograr pequeñas conquistas. Lo importante era que la manifestación fuera «ilegal», esto es, no autorizada. Los enfrentamientos con la policía dejaban de ser una forma de respuesta a una agresión o en todo caso la forma de actuación para los casos más extremos, para convertirse en la más elevada forma de lucha. Estos planteamientos llevaban al movimiento a la destrucción.

El rechazo al trabajo

Un reducido sector dentro del movimiento se sumó a una corriente intelectual internacional que propugnaba el rechazo al trabajo, basándose en la interpretación que Toni Negri hacía de la obra de Karl Marx.

Para Negri y sus discípulos, el desarrollo del capitalismo había transformado la esencia misma de la producción de riqueza, de manera que la fuerza productiva no residía ya principalmente en el trabajo, sino en el conocimiento social general (el conjunto de todos los saberes, incluida la tecnología). Estos teóricos afirmaban que ver la televisión, acceder a páginas de internet o cualquier otra actividad humana contribuía a la producción dentro de una compleja red de relaciones sociales. El trabajo había dejado de ser la principal fuerza productiva para ser sustituida por el conjunto de la actividad social, especialmente en los ámbitos comunicativo, intelectual y científico. El trabajo físico, material, orientado a la creación de bienes y servicios perdía la centralidad, que se desplazaba a las labores intelectuales.¹⁰

¹⁰ Este debate ponía en cuestión la teoría del valor-trabajo. Un interesante repaso de estos planteamientos puede encontrarse en: Pablo Iglesias. «Postoperaismo, fin de la teoría laboral del valor y nueva dimensión conflictiva de la clase. Apuntes y reflexiones». Disponible en <http://www.ucm.es/info/nomadas/11/pabloiglesias.pdf>.

La crítica al trabajo asalariado era un elemento común dentro del movimiento autónomo, pero el rechazo de todo tipo de trabajo, esto es, de todo gasto de energía humana orientado a la creación de bienes y servicios, suponía un planteamiento nuevo.

La oposición al productivismo (que consideraba el crecimiento económico como un fin en sí mismo) y al bienestar entendido como un alto nivel de consumo privado, se convertía así en la crítica a toda actividad productiva, independientemente del tipo de bienes y servicios generados. Ante la dificultad de argumentar el rechazo indiscriminado al trabajo, siendo éste el que permite la existencia de la vida y de la sociedad (los cuidados, imprescindibles para el mantenimiento de la vida y la sociedad, requieren una cantidad ingente de trabajo), sus partidarios optaron por construir un discurso pseudo elitista que trataba de evitar el debate y cubrir la ausencia de propuestas con un lenguaje enrevesado más propio de una secta.¹¹

Mucho lirili y poco lerele.

Para quienes rechazaban el trabajo, la clase trabajadora ya no era un elemento central para analizar la sociedad y la opresión de clase no era sino una más entre las múltiples dominaciones existentes. Estos planteamientos no tenían en cuenta que la clase social es el factor que más determina las condiciones de vida de una persona y que es el enorme poder de la burguesía el que explica el escaso desarrollo del Estado del Bienestar en España, así como el hecho de que los impuestos a las grandes empresas y fortunas sean los más bajos de los países del entorno. Quienes anunciaban el fin de la clase trabajadora pasaban por alto que en las encuestas, una amplia mayoría se definía a sí misma como perteneciente a esta clase.

Esta cuestión generó una profunda división entre quienes despreciaban el trabajo (llegando a asumir la precariedad laboral como algo positivo, como una «oportunidad» de liberarse de un empleo fijo) y quienes intentaron fomentar la auto organización de los trabajadores precarios, experimentando en sus propios empleos en el sector servicios (hostelería, reparto de comida a domicilio) y sumándose, con sus propios contenidos, a una amplia campaña de ámbito estatal para cerrar las Empresas de Trabajo Temporal (ETTs). En las manifestaciones, mientras unos gritaban «abajo el trabajo» otros respondían «abajo las lunas (cristaleras) de las ETTs».

Para quienes rechazaban todo esfuerzo que no tuviera como resultado el placer inmediato y se oponían a todo tipo de trabajo (ya fuera éste asalariado o no asalariado), el objetivo pasaba a ser exclusivamente el reparto de la riqueza. La lucha por cambiar las condiciones de trabajo y por influir en qué tipo de bienes y servicios se producían (introduciendo la democracia en las empresas) dejaba de tener sentido.

¹¹ En lugar de explicar la complejidad de con palabras sencillas, se utilizaban innecesariamente términos en griego (*poiesis*), en inglés (*welfare, general intellect*) o directamente inventados (*cognitariado, extitucional, precariado*).

El sector que defendía la centralidad del trabajo en la sociedad y en la transformación social planteaba que, aunque existieran múltiples opresiones (de clase, de género, de origen étnico...), la principal división en la sociedad seguía siendo la de clase. Que la clase trabajadora, aunque fuera cada vez menos industrial y más de servicios, no había desaparecido sino que seguía constituyendo la mayoría de la sociedad.

La tentación del antiterrorismo

En noviembre de 2000 la policía detenía a Eduardo García, militante activo en las luchas contra las cárceles, en plena campaña de denuncia de los malos tratos en prisión y del régimen de aislamiento FIES.¹²

Se le acusaba, junto a otros jóvenes, de haber enviado varios paquetes bomba a periodistas y responsables de Instituciones Penitenciarias. En un primer momento no estaba claro si la policía tenía pruebas contra él o si se trataba de un montaje para criminalizar la campaña anticarcelaria. Lo que sí estaba claro era que los paquetes bomba se habían enviado.

Desde sus inicios en los años 80, el movimiento autónomo había reivindicado el derecho a defenderse de la policía, los grupos fascistas y las coacciones empresariales. En la izquierda radical, tanto marxista como libertaria, el uso de la violencia estaba normalizado desde la transición, puesto que para llevar a cabo una mínima actividad social o política era necesario asumir un enfrentamiento físico con la policía o la ultraderecha, que en ocasiones actuaban de manera coordinada. A comienzos de los 80, la situación no había cambiado mucho. En los 90 las relaciones entre las fuerzas de seguridad y los grupos fascistas ya no eran tan generalizadas, si bien se mantenían ciertos vínculos. En este contexto, el movimiento autónomo rechazaba los planteamientos de la izquierda institucional de «condenar la violencia venga de donde venga» y defendía el derecho a la autodefensa.

El límite de la autodefensa no estaba claro, sino en constante redefinición. El insurreccionalismo proponía un nuevo enfoque en el que el sabotaje y el vandalismo se consideraban la forma de actuación más efectiva para «radicalizar las luchas» y «extender la revuelta». El envío de paquetes bomba era uno de los desarrollos posibles de estos planteamientos.

Una cosa era practicar y reivindicar la autodefensa rechazando la «condena de la violencia» y otra muy diferente considerar el sabotaje y los enfrentamientos con la policía como formas de lucha superiores que incluso abrían el camino a otras vías. Esa posibilidad siempre había estado ahí y de manera colectiva se intentaba no sobrepasar los límites que colocaran al movimiento en una situación que no fuera capaz de afrontar, midiendo en cada momento la capacidad de encajar un golpe represivo y la solidez de las alianzas.

La propuesta insurreccionalista y el envío de las cartas bomba obligaban a valorar las consecuencias de esta estrategia.

¹² Fichero de Internos de Especial Seguimiento. Régimen carcelario de aislamiento que mantiene la persona presa sola en su celda durante 23 horas al día.

La extensión de los sabotajes y los enfrentamientos, por sí solos, desconectados de una estrategia general, y sin complementarse con otras formas de lucha menos espectaculares, no habían logrado radicalizar ninguna lucha ni extender ninguna revuelta. Por su parte, el resultado inmediato del envío de las cartas bomba fue el fin de la campaña contra los malos tratos en prisión y el régimen de aislamiento (FIES).

Sin embargo, el debate no se planteó en estos términos. Los nervios y las ganas de separarse cuanto antes de este tipo de problemas llevaron a una parte del movimiento a desvincularse del compañero encarcelado y a solidarizarse solo y exclusivamente si se hacía mención expresa a su inocencia. Por eso las primeras pegatinas de apoyo al activista encarcelado llevaron como leyenda un insólito «Eduardo inocente» en lugar del clásico «Eduardo libertad». Este sector pasaba por alto que independientemente de que fuera inocente o no, de que se estuviera de acuerdo con estos métodos de actuación o no, se trataba de un compañero y por lo tanto, negarle el apoyo implicaba, entre otras cosas, abrir una nueva fractura en el movimiento. Y así ocurrió: las prisas de un pequeño sector por desmarcarse de estas formas de actuación impidieron que se diera un debate constructivo y se sacara una enseñanza colectiva del desastre de los paquetes bomba que acabaron con la campaña por el fin de la tortura y el régimen de aislamiento (FIES).

Los últimos intentos de construir movimiento:

Rompamos el Silencio y los debates organizados por Lucha Autónoma

La inexistencia de cauces y espacios en los que todos estos debates pudieran darse de manera constructiva provocaron que la gran diversidad interna tuviera unos efectos disolventes en lugar de potenciar el movimiento. La necesidad de un espacio de debate era cada vez más clara. En este contexto, el CSO El Laboratorio organizó unos encuentros de debate sobre autonomía, que sin embargo, no iban dirigidos tanto a encauzar el debate interno y construir un movimiento plural como a experimentar y difundir sus propios planteamientos. A este encuentro acudieron medio centenar de militantes, porque la necesidad de debatir entre las distintas corrientes era imperiosa. Sin embargo, la organización de estos actos no estaba orientada a favorecer la participación ni al diálogo. En realidad, solo se podía discutir sobre los textos del Laboratorio y para participar en los debates había que aguantar intervenciones de hasta 30 minutos de sus más destacados militantes. En ese momento, el 15M no había popularizado esos útiles gestos con las manos que evitan abusos de este tipo.

Por su parte, la coordinadora *Lucha Autónoma* se encontraba agotada políticamente y dividida, pero a pesar de su debilidad, fue capaz de dedicar un año entero a la organización de una serie de asambleas en las que se buscaba la participación de todos los grupos y sectores presentes en el movimiento autónomo. Lucha Autónoma anunciaba que una vez iniciados los debates se disolvía y ponía su futuro en manos de lo que se decidiera en las asambleas, donde los colectivos de LA eran clara minoría.

La coordinadora Lucha Autónoma recogió y difundió textos de todas las corrientes del movimiento autónomo, a excepción de los insurreccionalistas, que se auto excluyeron. En la primera sesión de los debates, en 1999, que se prolongaron durante varios meses, participaron más de 100 militantes. Y no se trataba de ningún mitin disfrazado de

asamblea: las intervenciones no podían exceder los cinco minutos, lo cual garantizaba de sobra el desarrollo de las argumentaciones, ponía coto a los abusos en el uso del tiempo y permitía una mayor participación en las discusiones. A más de un veterano que nunca había tenido necesidad de sintetizar, porque hasta la fecha nadie se había atrevido a cortar su discurso, le cambió la cara cuando se dio cuenta de que había consumido su tiempo sin haber siquiera pasado de la introducción.

Los textos presentados por las distintas sensibilidades se publicaron en un número monográfico de la revista de Lucha Autónoma «Contrapoder», convirtiéndose en uno de los escasos recopilatorios de las distintas posiciones de ese periodo.

A pesar de la debilidad con la que Lucha Autónoma llegó al proceso de debate, una nueva coordinadora nació del proceso de asambleas, una «nueva Lucha Autónoma». Se confirmaba una vez más que la propuesta de una organización horizontal estable conectaba con las necesidades y deseos de numerosos colectivos de base. La demostración práctica de un estilo de trabajo participativo, igualitario e inclusivo que se puso de manifiesto en los debates, hizo que diez colectivos se sumaran a la nueva Lucha Autónoma junto a tres grupos veteranos.

La nueva LA se puso en marcha con 13 grupos (un centro social, ocho colectivos de barrio, uno universitario, dos publicaciones y un colectivo antimilitarista) y centró su actividad en la lucha contra la precariedad. En este terreno impulsó una campaña contra las ETTs (realizando sus propias iniciativas y participando en las convocatorias de varias organizaciones sindicales anticapitalistas), se implicó en el apoyo a un conflicto concreto de trabajadores precarios auto organizados y experimentó con distintas formas de intervención sindical en empresas de comida rápida como Telepizza y similares. Además, Lucha Autónoma aportó toda esta actividad propia a la construcción de un espacio de colaboración con sindicatos y colectivos sindicales: Precarios en Acción. Por otra parte, la coordinadora también participó en la Coordinadora Antifascista de Madrid y en una iniciativa novedosa: Rompamos el Silencio.

Rompamos el Silencio nació como una semana de lucha que se celebró anualmente en 1998, 1999 y 2000 uniendo a distintos sectores que hasta el momento no habían trabajado juntos: grupos de la Parroquia de Entrevías (dedicados a combatir la exclusión social y a defender los derechos de los presos comunes), CAES (una coordinadora de colectivos de distintos ámbitos pero principalmente sindical, provenientes de la izquierda radical que sobrevivió a la transición), y dos de los principales espacios del movimiento autónomo en ese momento: el Centro Social Okupado El Laboratorio y Lucha Autónoma. Este variado conjunto de grupos radicales y de base, de distintos ámbitos y culturas políticas, se unió para realizar una semana de acciones basadas en la desobediencia civil: okupación de edificios vacíos, ocupación de sedes oficiales, manifestaciones y actos de todo tipo.

El objetivo no era solo que las reivindicaciones de cada colectivo lograran más difusión durante una semana. Se trataba sobre todo de buscar la confluencia (no necesariamente organizativa) de distintos sectores, más o menos anticapitalistas, abriendo el espacio a otros grupos, por medio de una unión entre el debate y la acción. Para algunos participantes se trataba también de explorar vías de acción que abrieran nuevas alianzas, ya que la evolución del movimiento autónomo no les convencía.

En este proceso de acumulación de fuerzas, dos grupos jugaron un papel de bisagra imprescindible: por una parte Vallekas Zona Roja, un colectivo coordinado en Lucha Autónoma que llevaba tiempo trabajando en la Parroquia de Entrevías hasta el punto de haberse integrado como un grupo más y por tanto conectaba los colectivos autónomos juveniles con los grupos de Entrevías (Madres Unidas contra la Droga y Coordinadora de Barrios). Por otro lado, el CAES, que no solo aportaba colectivos sindicales de larga trayectoria en varias empresas sino también los contactos con los sectores de la izquierda clásica más proclives a participar en este tipo de iniciativas, como Ecologistas en Acción, CGT, STES (sindicato asambleario del ámbito de la educación), el sector crítico de CCOO y una parte de IU que habían trabajado juntos en el Movimiento anti-Maastricht. Por lo tanto no se trataba solo de salir en los medios durante una semana ni de mostrar que la desobediencia civil era una herramienta útil. Se trataba de una apuesta de futuro, de un primer paso para, a través de la acción, avanzar en la confluencia y que la semana de lucha en común desembocara en un trabajo conjunto de carácter estable. La potencia del experimento era tremenda. Pero las dificultades también. La menor desconfianza podía dar al traste con todo el proyecto. Y así ocurrió. CAES y LA rompieron su colaboración y ReS saltó por los aires: ya no se pudo realizar la semana de lucha del año 2001.

Para que ReS volviera a activarse, tendrían que pasar 5 años y el proyecto ya sería otra cosa. Seguía siendo una semana de desobediencia civil con acciones espectaculares, pero la participación pasaba a ser casi exclusivamente juvenil y los objetivos se rebajaban. Ahora se buscaba lograr visibilidad mediática, impulsar luchas en las que se trabajaba el resto del año y demostrar que era posible el trabajo común entre distintos colectivos sin un acuerdo ideológico ni estratégico previo. Se había abandonado la perspectiva más interesante de la primera etapa: la voluntad constituyente, la confluencia de distintos grupos para construir un proyecto permanente.

La crisis terminal del movimiento autónomo en 2001

La nueva Lucha Autónoma nacida de las asambleas de 1999 no había logrado consolidarse. Su fracaso no se debió solo a las diferencias internas y a la falta de confianza entre los militantes (provocada no por la existencia de diferencias sino por la incapacidad de discutir sobre ellas de manera constructiva) sino principalmente a la ausencia de iniciativa política, al desequilibrio entre el trabajo local y general (la mayoría de los colectivos de base estaban en crisis por diversos motivos) y al agotamiento o transformación de las principales luchas sectoriales en las que se venía participando (okupación, antifascismo, antimilitarismo). La organización, sin el resto de factores, no bastaba para mantener un proyecto en pie.

La división interna se debía a que una pequeña parte de LA planteaba la necesidad de cambiar, al considerar agotada la estrategia basada en las manifestaciones con enfrentamientos con la policía y en seguir actuando en las luchas clásicas (antifascismo, okupación, antirrepresión...). Este sector —como todos— sabía muy bien lo que rechazaba, pero no tenía tan claro qué hacer. Su alternativa estaba por construir y pasaba por explorar nuevas vías como la integración en organizaciones más amplias y moderadas,

especialmente la Federación Regional de Asociaciones de Vecinos. Como esta minoría no logró un respaldo mayoritario a su nueva estrategia de integración en la FRAVM, propuso la disolución de Lucha Autónoma. Por la otra parte, la mayoría reconocía el agotamiento de su iniciativa política y su dificultad para plantear alternativas, y acabó aceptando la disolución de la coordinadora. El final de LA se debía al agotamiento del proyecto y a la incapacidad de adaptarlo a la nueva coyuntura, no a la decisión de una pequeña parte de sus integrantes de emprender un nuevo camino dentro de la FRAVM, algo totalmente legítimo y que deberá ser valorado por sus resultados, y no en términos de una inexistente traición.

El fracaso de las alianzas de ámbito general con grupos no juveniles fue un factor decisivo para la desaparición del movimiento autónomo. A nivel local los grupos y centros sociales habían logrado trabajar con organizaciones de lo más variado, pero en el terreno general, en cuanto se salía del ámbito del barrio, la cooperación con otros sectores había sido meramente coyuntural. Solo dos grupos hicieron una apuesta de fondo por trabajar junto al movimiento autónomo que, de haberse consolidado, hubieran potenciado a todas las partes, juvenil y adulta: Solidaridad Obrera (una pequeña organización anarcosindicalista que desde su salida de la CGT había considerado prioritaria la participación en luchas sociales especialmente okupación, antimilitarismo y antifascismo) y CAES (una asociación proveniente de la izquierda revolucionaria que, tras sobrevivir a la transición, coordinaba varios grupos con intensa actividad local en ámbitos como el sindical, la educación o la agroecología). Al fracasar estas dos alianzas, el movimiento autónomo se quedó como un espacio juvenil en el que a partir de los 30 años la participación era cada vez más difícil y forzada, al tiempo que se hacía cada vez más complicada la transmisión de la experiencia. El número de activistas no cambiaba, pero cada pocos años se empezaba prácticamente de cero, repitiendo los mismos errores, afrontando los mismos debates sin apenas acumulación.

La cooperación con colectivos no juveniles demostró su enorme potencia en dos iniciativas: Rompamos el Silencio y Precarios en Acción. Las diferencias internas en la nueva Lucha Autónoma y entre esta coordinadora y CAES provocaron la crisis de estos dos proyectos, una crisis que también dejó a LA sin perspectivas y contribuyó a su disolución.

En 2001 Lucha Autónoma anunciaba públicamente su final después de una década de actividad al tiempo que Rompamos el Silencio se disolvía (y no se reactivaría hasta cinco años después) y numerosos colectivos de barrio entraban en crisis. Las luchas sectoriales en las que el movimiento autónomo se había desarrollado y al mismo tiempo había impulsado en solitario o junto a otros, se agotaban o se transformaban sustancialmente. La okupación trataba de adaptarse al nuevo Código Penal que incrementaba la represión. El antimilitarismo intentaba redefinir su estrategia tras el éxito de la campaña de insumisión, que había logrado acabar con el servicio militar obligatorio. El antifascismo se enfrentaba a una nueva coyuntura marcada por el descenso momentáneo de las agresiones nazis y el aumento de la represión dirigida por el ultra Ansuátegui, nuevo delegado del gobierno de Madrid nombrado por un PP con mayoría absoluta. En torno a 2001, el movimiento autónomo sufrió una crisis terminal que provocó su desaparición. A partir de este proceso no se puede ya hablar de movimiento sino de

grupos y personas aisladas que se identificaban con la autonomía, pero que distaban mucho de formar un movimiento.

El final del movimiento autónomo llevó a sus militantes a dispersarse por multitud de caminos: desde refugiarse en la vida privada a integrarse de manera individual en otras luchas (sindical, feminista, entre otras) pasando por seguir participando en pequeños grupos insertos en las luchas que tradicionalmente había impulsado el movimiento (antifascismo y okupación). En el terreno cultural e informativo, varios proyectos se consolidaron dando un salto adelante: la librería y editorial Traficantes de Sueños, el periódico Diagonal (nacido desde el boletín de contrainformación Molotov), que pasó a venderse en los kioscos, y Nodo50 que ofrecía los servicios informáticos necesarios para alojar páginas web a todo tipo de organizaciones y colectivos de izquierda. Estos tres proyectos lograron una proyección importante, salieron del gueto para conectar con sectores de izquierda más amplios y rompieron el tabú histórico que afirmaba que la existencia de personas a sueldo en los proyectos colectivos hacía imposible la horizontalidad en la toma de decisiones. Poco más tarde nacería otro referente de la contrainformación digital: el portal La Haine.

A partir de 2001, la iniciativa en la lucha antifascista fue asumida por otros sectores que llevaban años participando en un segundo plano: skinheads, colectivos marxistas-leninistas, grupos de la izquierda nacionalista castellana e hinchadas antifascistas. Estos grupos mantuvieron en pie la Coordinadora Antifascista de Madrid (CAM) mientras que los activistas autónomos y libertarios, debilitados, se centraron en responder en la calle a las agresiones nazis.

El vacío dejado por Lucha Autónoma no pudo ser llenado por la otra coordinadora que quedó en pie, la CAM, ya que esta nacía de una vocación sectorial y además bastante tenía con mantener su actividad en la lucha antifascista en una complicada coyuntura. Ante la falta de espacios organizados de debate, coordinación y transmisión de experiencias, se reactivó una estructura que llevaba varios años sin funcionar: Rompamos el Silencio. Al igual que en el antifascismo o la okupación, a partir de 2001, no puede decirse que ReS fuera una iniciativa del movimiento autónomo. Entre otras cosas, porque el movimiento autónomo había dejado de existir. Se trataba más bien de una iniciativa puesta en marcha por el movimiento autónomo, junto a otros, que se había extendido a otros sectores y en la que siguieron participando grupos y personas más o menos identificadas con la autonomía si bien no como principal fuerza dinamizadora.

La ausencia de espacios de coordinación estables, mantenidos en el tiempo favoreció que muchos grupos participaran en la segunda etapa del Rompamos el Silencio, entre 2005 y 2010 porque era una buena manera de contactar con otros colectivos y luchas, participar en acciones simbólicas llamativas, aprender nuevas formas de actuación e intercambiar experiencias. De nuevo se constataba la necesidad de una organización permanente y abierta a la participación. Con la desaparición de Lucha Autónoma, fruto de sus propios errores, no había desaparecido la necesidad de una estructura organizativa permanente que permitiera acumular experiencias para no empezar de cero cada vez que los más viejos de cada promoción abandonaban el activismo, que hiciera posible la intervención política en cuestiones generales en una provincia de seis millones de

habitantes —sede del poder político y financiero— y que al mismo tiempo potenciara la autonomía de los grupos y su actividad de base.

La incapacidad de abordar las reformas parciales y la relación con las instituciones, fue uno de los factores que contribuyeron a la crisis terminal del movimiento autónomo. La disolución del movimiento no resolvió el reto de encontrar vías por las que avanzar hacia una sociedad sin capitalismo y sin Estado, en un contexto en el que las instituciones del Estado del Bienestar su-ponían una mejora de las condiciones de vida de la clase trabajadora y de la clase media.

Al dejar la cuestión irresuelta, las diferencias pervivieron dentro de los sectores autónomos. Unos sectores pasaron a luchar contra las privatizaciones de los servicios públicos reivindicando una sociedad más democrática, justa, igualitaria y participativa desde la defensa del exiguo Estado del Bienestar. Al mismo tiempo, otros sectores autónomos rechazaron de plano cualquier elemento del Estado del Bienestar, identificando bienestar con alto nivel de consumo, sin valorar su principal aportación: la de proporcionar cierta seguridad ante la enfermedad, la vejez o la indigencia.

En este terreno, desde el movimiento autónomo no se abordó la cuestión de cómo intervenir ante la transición del capitalismo keynesiano, basado en el Estado del Bienestar, al capitalismo neoliberal, en el que desaparecía cierta seguridad y cierta protección social a cambio de la posibilidad de aumentar el nivel de consumo de bienes y servicios superfluos a bajo precio.

Esperando ser superados

El movimiento autónomo no logró saltar todos los obstáculos a los que se enfrentaba cualquier proyecto juvenil anticapitalista y terminó disolviéndose fruto de sus propias limitaciones. Durante sus años de actividad, las distintas iniciativas que convivieron en su seno demostraron la potencia de sus planteamientos: tomar y hacer en vez de pedir y esperar; el derecho a la autodefensa frente a las agresiones fascistas, los abusos policiales y las coacciones empresariales; el rechazo a considerar la violencia o la ilegalidad como formas de actuación superiores; la búsqueda de la unidad dentro de las diferentes tendencias anticapitalistas por encima de las luchas de poder y los enfrentamientos personalistas; la importancia de la lucha contra el machismo dentro y fuera de las organizaciones de izquierda.

Por encima de las diferencias internas, todos los grupos y proyectos compartieron la importancia de la autoorganización, la horizontalidad, el anticapitalismo, el trabajo de base en barrios unido a reivindicaciones políticas radicales, la crítica al partido como forma de organización, la militancia como síntesis de esfuerzo y placer.

Durante la última etapa del movimiento autónomo, y especialmente tras su crisis terminal, la mayoría de los proyectos trataron de extenderse más allá de sus territorios tradicionales, saliendo del gueto político juvenil. El movimiento se disolvía dejando tras de sí dos espacios de lucha (antifascismo y okupación) que ya habían adquirido una dinámica propia con otros participantes e impulsores. Más allá de estos ámbitos, se abría la posibilidad de comprobar cuánto de útiles resultaban los planteamientos de la autonomía

para intervenir en terrenos poco explorados, como el sindicalismo, el movimiento vecinal, el feminismo, la lucha por la vivienda, o el ecologismo, entre otros. Un reto apasionante.

05. Escuela de barrio, semilla de rebeldía.

Aproximación a una experiencia de lucha colectiva juvenil en Hortaleza en los 90

Francisco Manuel Salamanca

El primer colectivo autónomo de Hortaleza del que formamos parte en los años 90 fue el KAHL. Desde el otoño del año 1994 una serie de personas que estábamos relacionadas por nuestras formas de ocio, nuestros centros educativos y por los bares donde parábamos y que teníamos como nexo común el barrio de Hortaleza veníamos rumiando la posibilidad de organizar un grupo militante. No era algo que tuviese una agenda de trabajo o una hoja de ruta, era algo más difuso. Algo que hablábamos entre nosotros pero que no formulamos formalmente hasta meses después. De hecho aún no nos conocíamos muchos de nosotros.

Éramos muy jóvenes y percibíamos que a nuestro alrededor estaban ocurriendo cosas, políticamente hablando, bastante importantes. El ascenso del fascismo escuadrista con Bases Autónomas en pleno apogeo, el tema de la insumisión al alza, las ocupaciones que empezábamos a descubrir, las pintas... Queríamos formar parte de eso y, cómo no, hacer la revolución por el camino. Algunos ya habíamos militado, o lo habíamos intentado al menos, en algunas organizaciones tradicionales del movimiento libertario o del movimiento comunista. Ya en 1995 varias personas, casi todas alumnas o antiguas alumnas del mismo colegio, empiezan a hablar en serio del tema de hacer un colectivo. Hay pequeñas discusiones sobre la orientación del mismo (políticamente hablando) y finalmente se decide que será un colectivo antifascista. Aún sin nombre, ni estructura clara, podemos decir que la primera cosa que hicimos casi todos los que luego formaríamos el colectivo fue acudir a la mani en Madrid por el asesinato de Ricardo García en Alcorcón. Para que nos hagamos una idea de hasta qué punto era difusa la cosa, a los pocos días de habernos bautizado con el nombre de Kolectivo Antifascista Hortaleza Libre y sin haber hecho aún nada más que reunirnos apareció me-dio barrio pintado con

consignas antifascistas, firmado con nuestras siglas y con la A circulada y la hoz y el martillo.

Nadie de los que habíamos bautizado al monstruo las había hecho y tardamos un par de días en saber que habían sido otro par de colegas del colegio que por su cuenta y riesgo se habían unido a la fiesta, se consideraban miembros del colectivo y se habían puesto a trabajar.

Antes de que se nos echase el verano encima solo nos dio tiempo a sacar una camiseta horrible que se vendió muy bien. Fue a partir de septiembre del 95 cuando se incorporan las últimas personas para el proyecto y se comienza el trabajo político incluyendo nuestro primer contacto con la coordinadora Lucha Autónoma.

El colectivo, muy joven, tenía dos grupos de gente. Por un lado los militantes que no serían más de ocho en ningún momento. Acudían a las reuniones (propias y de coordinación), pagaban una mínima cuota, iban a casi todas las manis, *etc.* Y por otro los simpatizantes a los que se podía liar de vez en cuando para echar un cable como pegar carteles y pegatinas o ir a alguna manifa.

Desde nuestra juventud e inexperiencia, pero con mucha ilusión y muchas ganas, tratamos de movilizar a la juventud del barrio con todos los medios a nuestro alcance, sobretodo, en torno al tema antifascista.

En este sentido tuvimos una enorme suerte ya que en ningún momento hubo grupos de nazis organizados en el barrio. Vivían algunos, pero carecían de una estructura y si bien se les marcó y se localizó donde vivían, por lo que pudiese ocurrir, nunca tuvimos que recurrir a medidas extremas ni taxativas contra ellos. Pienso que la gran cantidad de carteles y pegatinas que pudimos pegar en aquella época, lo poco que duraron los suyos las pocas veces que los pegaron y la existencia de cierta tradición punk en el barrio (había varios garitos y en uno de ellos debíamos despertarles algún sentimiento entre la gracia y la ternura ya que siempre que nos veían de pegada nos invitaban a un par de minis de cerveza o calimochó) hicieron que ni se lo plantearan.

Un par de compañeros se curraron en esa época un dossier antifascista sobre organizaciones, publicaciones, grupos musicales y grupos de hinchas de la extrema derecha bastante serio que, de hecho, estuvo danzando por el mundillo durante bastantes años.

También organizamos un par de charlas sobre fascismo y antifascismo en institutos del barrio en la que contamos con la ayuda de compañeros de Lucha Autónoma (del Kolectivo de Resistencia Antiautoritaria en este caso) que vinieron de ponentes.

En otra ocasión se sabotó un acto en el centro cultural del barrio organizado por una secta, que pensamos tenía una gran vinculación con la extrema derecha, llamada Nueva Acrópolis.

Se hicieron bastantes pegatinas y algunos carteles propios para colocar por el barrio. Se pegaba la propaganda antifascista que llegaba a nuestras manos y, desde bien temprano, nos convertimos en correa de transmisión de LA en el barrio.

Se llenó el barrio de pintadas y nos planteamos la posibilidad de ocupar un inmueble, pero el único que se visitó (acompañado por gente más mayor y experimentada del barrio de Estrecho) estaba sin tejado y se desestimó. Poco después alquilamos un local

a medias con la gente de *El fuego y la piedra* y no volvió a plantearse el tema de forma sería.¹³

No sé como resultó la experiencia para los compañeros de *El fuego y la piedra* de compartir local con una pequeña horda de adolescentes entusiastas, pero para nosotros supuso conocer a más gente y otras formas de ver la militancia. Por otro lado varios compañeros llevaban un par de programas de radio en la emisora local y los convirtieron en vocero de las actividades que se desarrollaban. Ya fuese como colectivo o como miembros de la coordinadora, al menos en dos de ellos se leían las noticias que traíamos de la UPA.¹⁴

Lo más sorprendente de esto es que los escuchaba bastante gente y los debates radiados que se hicieron tenían incluso bastante participación telefónica. Los programas de la radio se convirtieron en poco tiempo en una importante forma de participar en el barrio (la más importante) y mucha gente nos conoció a través de ellos. Algunas de estas personas se llegaron a poner en contacto con el colectivo.

También comenzó a ponerse un puesto en Tirso de Molina donde había material del colectivo y de las distribuidoras de dos compañeros que formaban parte del mismo.

Y, cómo no, se hicieron fiestas en casas okupadas. En centros sociales amigos que solían estar entre lejos o muy lejos en una época en que el barrio de Hortaleza aún estaba pésimamente comunicado. Nosotras en concreto teníamos mucha relación con el centro social okupado David Castilla (donde llegamos a tener nuestro propio turno de apertura). Las hacíamos para financiarnos nosotros o comparecíamos en fiestas y conciertos de otra gente para echar un cable en puerta o barra. El debate político «en profundidad» vino de la mano de la coordinación en LA. Al entrar en contacto con ella fue cuando empezamos a abrir la puerta de los debates, los textos y los temas a debatir, aunque no debemos pensar que fue un momento de gran efervescencia dialéctica y reflexiva. Como muestra, solo una militante del colectivo acudió al primer plenario al que pudimos ir como miembros de LA.

El acuerdo era unánime en el tema antifascista y, durante un tiempo, en el tema del vegetarianismo (solo un par de miembros no lo eran). Poco más. En el tema de la violencia estábamos de acuerdo en la autodefensa, contra los nazis sobretodo, y contra el Estado. El problema era definir dónde empieza la autodefensa y a partir de dónde es agresión por nuestra parte. Incluso en el tema de la insumisión había diferencias. Uno de los miembros del colectivo no estaba de acuerdo con esa estrategia, estaba en contra de la mili, pero no de la Prestación Social Sustitutoria (paradójicamente fue nuestro único detenido durante una mani por la insumisión que hubo en Chueca y que acabó como el rosario de la aurora) y consideraba la prestación social como un deber hacia la sociedad.¹⁵

¹³ Revista de contrainformación que se publicó en Madrid en los 90. [N. del E.]

¹⁴ Agencia de Contrainformación, de la que nacería el boletín *Molotov*, que a su vez se transformaría en el periódico *Diagonal*. [N. del E.] Pero indudablemente fue lo más importante a nivel de comunicación con los vecinos (sobre todo jóvenes) del distrito de Hortaleza. Aunque no lo único, ya que se contactó con el colectivo Hortaleza Insumisa (que trabajaba el antimilitarismo en el barrio) y con los vecinos del barrio en la plataforma contra la fábrica de hormigón que había situada junto al colegio público Zaragüeta.

¹⁵ Prestación Social Sustitutoria: Servicio civil obligatorio para quienes rechazaban hacer el servicio militar. [N. del E.]

El tema de género fue asumido por las compañeras, sobre todo por una, que se encontró con un férreo adversario masculino dentro del colectivo. Las discusiones eran frecuentes entre ellos, mientras el resto principalmente observábamos. Finalmente, la compañera, se acabó ganando el mote de «la matri» por su vehemente (y necesaria) crítica de las estructuras patriarcales y el comportamiento machista, en mayor o menor medida, de los compañeros del colectivo.

Otros temas como las relaciones con las instituciones, sindicalismo y movimiento obrero, negociaciones o incluso el concepto de autonomía con mayúsculas se quedaban fuera de nuestro cotidiano debatir. No era algo que nos quitase el sueño. Para nosotros ser autónomos era algo que nos había venido dado por la situación. No habíamos leído a Pannekoek o a Negri (y algunos nunca lo harían) y escogimos LA porque nos permitía seguir juntos independientemente de la ideología que creyésemos tener, algo que no hubiésemos podido hacer de haber elegido para militar las Juventudes Libertarias o la Juventudes Comunistas de Madrid. El ejemplo más claro de que nos unía una amistad tanto o más que una militancia lo demuestra el hecho antes mencionado de que un compañero abiertamente en contra de la insumisión era detenido, precisamente, en una mani que la apoyaba a la que había acudido por que el resto del colectivo iba a acudir y debíamos de apoyar todo lo que se propusiese.

El colectivo y sus miembros fueron quemando etapas hasta que dos años después de su fundación sus miembros, más o menos de acuerdo, decidieron disolverse.

Había sido una gran experiencia, pero el cemento que había permitido hacer ese colectivo existir, que era la profunda camaradería, ya no era suficiente. Se habían creado diferencias, aparentemente insalvables, entre miembros del grupo tanto ideológicas (puede que más imaginarias que reales) como personales.

Así pues, en el año 1997 y tras una efímera pero intensa existencia (para sus miembros sobre todo) el KAHN dejó de existir.

Durante el verano de 1998 antiguos miembros y simpatizantes del KAHN se volvieron a juntar con la idea de crear un nuevo colectivo en el barrio donde poder militar y desde el que poder continuar las labores de «propaganda y agitación» en el distrito de Hortaleza. Este segundo colectivo bautizado con el nombre de Maquis Hortaleza, a diferencia del primero, tuvo desde el principio muchos menos «simpatizantes» de esos de los que poder tirar y fue mucho más un grupo de afinidad política. Tratando de aprender de los errores del colectivo anterior se decidió que fuese un colectivo autónomo y, sobre todo, potenciar la formación teórica de los componentes del grupo. También nos propusimos realizar más trabajo de base en el barrio y no coordinarnos en Lucha Autónoma hasta que el colectivo no estuviese bien asentado, para no volver a ser devorados por las dinámicas de esta. Queríamos llegar a todo el mundo y no solo a la gente más joven.

A la primera reunión del colectivo, en un parque, acudieron bastantes miembros del antiguo KAHN, pero solo cuatro decidieron seguir adelante con el proyecto. Y a estos hay que sumar otras cuatro o cinco personas que no habían estado en el anterior colectivo. Quedándose la cosa entorno a los diez militantes, cifra que prácticamente no varió.

Pese a nuestra declaración de intenciones inicial nuestras primeras acciones estuvieron enmarcadas en la campaña del 20N de aquel año 1998. Participamos en la coordinadora antifascista, a la que nos incorporaríamos de forma definitiva tras la manifestación de ese año.

En esta ocasión siendo, como éramos, bastante menos gente y sin unos ingresos regulares renunciábamos a alquilar local alguno. Valoramos que en nuestro barrio la okupación de un inmueble (máxime con el cambio de situación propiciada por el Código Penal de 1995) para centro social no solo nos costaría un esfuerzo enorme, sino que además tampoco nos ayudaría a acercarnos al barrio. En ese momento gran parte del barrio estaba siendo objeto de una gran inversión en infraestructuras, las zonas «ghetto» estaban aparentemente desapareciendo, hubo un enorme alza del precio del suelo y se respiraba un sentimiento generalizado de pertenencia a la clase media. Decidimos no ocupar.

Finalmente tuvimos que pedirle a la Escuela Popular de Prosperidad el favor de que nos dejase reunirnos allí. Amablemente nos lo permitieron y durante un tiempo ahí fue donde realizamos las asambleas del colectivo. Desde el segundo mes de existencia del colectivo pusimos en marcha los debates internos de formación. La forma en que se realizaban, en teoría, consistía en que a principio de cada mes se escogía un tema de la lista de temas propuestos (violencia, drogas, género...) y todas las personas que formaban el colectivo tenían una semana para presentar textos. Luego estos textos se leían individualmente durante tres semanas y el último sábado del mes, en casa de algún compañero o compañera quedábamos todos juntos para tratarlos. Había un par de ponentes que hacían una exposición del asunto y luego se debatía.

El primer tema a debatir fue el de la violencia. Eran finales de los 90 y estaba todo el ambiente muy enrarecido con la ofensiva *pepera* y mediática con el tema de «los violentos».¹⁶

Era la época en que comenzaba a haber problemas con todo el tema ese de los «okupas buenos» y los «okupas malos» y de cara a la convocatoria del 20N nos parecía fundamental tenerlo claro. Resumiendo mucho se podría decir que llegamos a la conclusión de que toda lucha revolucionaria era intrínsecamente violenta en tanto en cuanto que pretendía destruir un modelo para construir (o mientras construía) uno nuevo y que por tanto ese debate era un debate trampa. Esto no quería decir que pensásemos que todo valía o que nos identificamos con quienes empezábamos a llamar «insurreccionalistas». Al menos como colectivo. Pensábamos que en todo caso se debía diferenciar entre acciones explícitamente violentas de aquellas que no ejercían una violencia explícita o espectacular.

Así mismo diferenciábamos entre aquellas acciones en que preferíamos ser los sujetos activos de la violencia de aquellas en que pensábamos que, llegado el caso, preferíamos ser los sujetos pasivos de la misma, dejando ese papel en exclusiva para los cuerpos de seguridad del Estado. Siempre en función de las necesidades propagandísticas del momento.

¹⁶ Se refiere al conservador Partido Popular (PP) [N. del E.]

También pensamos que si bien no éramos quienes para decir a los demás cómo actuar y por tanto ni queríamos ni podíamos vernos en la tesitura de condenar acción alguna, tampoco estábamos por la labor de que nadie nos impusiese ningún curso de acción llegado el momento. Esta posición traería cola más adelante en la coordinadora antifascista y nos condicionaría, en parte, a la hora de entrar en Lucha Autónoma.

Después de este primer debate los plazos se nos antojaron escasos y decidimos ampliar el tiempo para presentar los textos y leerlos. En esta ocasión decidimos que nuestra relación con las instituciones sería la mínima posible. No queríamos ni subvenciones, ni nada que se le pareciese. El tema de la negociación de las okupaciones no nos afectaba directamente ya que no teníamos un espacio okupado propio. No nos parecía lo mejor, pero una vez más no éramos quienes para juzgar a los demás. Máxime si tenemos en cuenta que hacíamos uso de un local que se encontraba en pleno proceso de lucha para forzar una negociación favorable en la defensa de su espacio.

Lo que sí teníamos claro es que la okupación, aunque la apoyásemos, no nos parecía la mejor estrategia para hacer trabajo de barrio. Si no hubiese sido por nuestras limitaciones económicas hubiésemos alquilado un local. A pesar de ello, como he dicho, teníamos buena relación con los centros sociales okupados, los visitábamos y en un par de ocasiones hicimos fiestas en ellos. Especialmente en el Centro Social Okupado Vendetta, una vez más, en el barrio de Estrecho. Barrio con el que siempre hubo una estrecha relación ya fuese desde lo colectivo, ya fuese desde lo personal. De hecho tanto en Vendetta como en Olite participaron activamente miembros de los dos colectivos de Hortaleza.

Con el tema del ocio y las drogas intentamos, con poco éxito, crear una especie de actividades del colectivo con juegos y cosas así para reforzar lazos y no pasarnos el día en el bar. Con poco éxito, como dije. Además los lazos personales en este segundo colectivo no eran tan estrechos como en el primero y aunque el ambiente siempre fue bueno, no llegamos al nivel de complicidad del anterior.

Teníamos una visión crítica con algunas drogas «duras» y otra más permisiva con las consideradas «blandas», aunque éramos conscientes de que todas eran nocivas y una herramienta de control del sistema. Pero no fuimos, de forma colectiva, demasiado estrictos con el tema.

Por otro lado, gracias a la experiencia y la apertura de contactos que supusieron las Semanas de Lucha Social, nos pusimos manos a la obra con el más significativo de nuestros trabajos de barrio en este segundo colectivo. A través del colectivo Vallekas Zona Roja y la Parroquia de Entrevías contactamos con la «Asociación Jóvenes de Canillas». Era una asociación del distrito, que se dedicaba principalmente a trabajar con chavales y chavalas de barrio conflictivo. De familias humildes y con muchas posibilidades de acabar mal.

Una parte importante de los miembros del colectivo se volcaron durante un tiempo en ayudar, en la medida de las posibilidades, a la asociación y a los chicos.

Entre semana íbamos al local para estar con ellos, charlar y procurar que no se metiesen en demasiados líos. Los fines de semana se intentaba sacar a la chavalada del barrio, para que viesen otras cosas, ya fuera al centro de Madrid o al monte, para que saliesen y conociesen la naturaleza. También se creó un equipo de fútbol.

Varios de los compañeros que empezaron en esto siguieron manteniendo el contacto con los chavales mucho tiempo después de que el colectivo de Hortaleza desapareciese. Y uno en concreto sigue el trabajo con chavales conflictivos (y no tanto) de las peores zonas del barrio a través del deporte y las actividades culturales.

En el barrio también organizamos una campaña navideña contra el consumismo y la participación de empresas privadas dentro de la organización de la cabalgata de reyes del distrito. Hicimos pintadas y repartimos panfletos contra el consumismo y los juguetes sexistas en la puerta de los centros comerciales del barrio. Sobre todo en el Carrefour (entonces PRYCA), un mega centro comercial que se había cargado en su construcción un parque conocido como la Huerta de los Paules y que amenazaba muy seriamente al pequeño comercio del barrio (hoy, con un 40% de los locales vacíos, prácticamente muerto).

Pasado nuestro primer 20N nos involucramos también en la organización de la manifestación anticárceles que se organizaba anualmente a la cárcel de Carabanchel recorriendo el barrio desde el hospital Gómez Ulla. Si la manifestación del 20N podía considerarse el buque insignia de las movilizaciones de la autonomía por su eco mediático y su alta participación la manifestación hasta la cárcel era, en mi opinión, la más emotiva. Militantes y familiares de presos recorriendo el barrio armados con antorchas hasta llegar a una prisión donde los internos nos esperaban saludando desde las celdas. Se rodeaba todo el recinto de la vieja construcción acabando el trayecto, si no me equivoco, en el módulo de mujeres y durante el camino mucha gente saludaba a gritos a amigos, familiares o conocidos mientras otros lanzaban cohetes. Siempre era la última manifestación del año, en un día que todo el mundo piensa solo en divertirse, y que nos dejaba un nudo en el estómago y una sensación agri dulce antes de tomarnos las uvas. Cuento esto porque sé que para muchos de mis compañeros de colectivo esta manifestación era especial, y para más de uno marcó un antes y un después en su vida militante, marcando su posterior devenir político.

El colectivo participó muy activamente durante toda su existencia en la Coordinadora Antifascista de Madrid y vivió lo suficiente como para entrar en contacto con la refundación de Lucha Autónoma, llegando a asistir a varias de las reuniones que se hicieron en este momento. A la primera, en el centro social Seco, creo recordar que acudieron todos los miembros del colectivo.

El último periodo del colectivo de Hortaleza coincidió con la etapa final de Lucha Autónoma y el comienzo de su refundación. Como comentaba cuando expliqué el tema del debate sobre la violencia, los finales de los 90 y principio de los 2000 fueron años difíciles para la militancia madrileña.

De un lado una sociedad cada vez más conservadora, contenta con el espejismo (que comenzaba en ese momento) del bienestar económico y dispuesta a creerse la consigna aznarista de «España va bien» en un giro a la derecha más rancia.¹⁷

¹⁷ José María Aznar, presidente del gobierno entre 1996 y 2004. [N. del E.]

De otro una presión mediática, bien acogida por esa sociedad cambiante, contra toda disidencia que poco a poco va siendo criminalizada y estigmatizada como terrorista a la más mínima muestra de pensamiento y, sobretodo, práctica crítica.

Una represión que va en aumento en función de la confianza que va ganando el aparato del PP y que va haciendo mella en nosotros mismos. Un vacío dejado por el aparente éxito en la lucha antifascista, donde habíamos logrado erradicar la presencia en las calles de los militantes de la extrema derecha encerrándoles en un par de barrios, el vislumbamiento del fin de la insumisión por la ya inminente desaparición del servicio militar obligatorio (en la que quizá sea la única victoria de la izquierda en muchos años) y la práctica desaparición de los centros sociales y casas okupadas que podía hacer pensar que también ahí estábamos en vía muerta. Todo esto generó en una parte importante de la militancia una sensación de haber perdido el norte ante la que se reaccionó de formas diversas. Es un mal momento. En la cresta de la ola. Justo antes de la caída, con un gran número de tensiones dentro y fuera de la coordinadora y del movimiento que habían llevado a enfrentamientos personales dentro de los colectivos y entre colectivos no solo de la coordinadora (también en la coordinadora antifascista, centros sociales, manifestaciones...) y con la confianza mutua muy mermada, se plantea la refundación de la coordinadora Lucha Autónoma.

A grandes rasgos, y con el riesgo que tiene resumir el análisis de un proceso, yo dividiría la posición de los militantes autónomos madrileños en los siguientes grupos.

Un sector de la militancia, tanto dentro como fuera de la coordinadora y por distintos motivos, considera Lucha Autónoma una suerte de embrión de un partido político con dirigentes y dirigidos y que debe desaparecer. Unos para diluirse en lo social a través de las luchas concretas dadas en cada momento y otros desde la óptica «insurreccionalista». Otro sector, dentro de la coordinadora, que consideraba que se había acabado un ciclo y que Lucha Autónoma debía desaparecer tal y como la conocíamos para dar paso a una nueva organización más amplia, que pudiese dar cabida a todos los colectivos de la autonomía madrileña y no solo a los del ámbito juvenil. Alejándonos de la estética «radical» de capucha y barricada que impedía que creyésemos y nos convirtiésemos en el motor de un movimiento capaz de llegar a toda esa gente que había en Madrid trabajando al margen de partidos y sindicatos mayoritarios (ecologistas, asociaciones de vecinos, etc.).

Un tercer sector quería mantener la coordinadora tal y como estaba organizada, con un alto grado de movimiento de información entre colectivos y un grado de compromiso de apoyo mutuo medio. Sin obligaciones, pero real. Lejos de la situación que se estaba viviendo en los últimos tiempos, de desconfianzas y escasa colaboración entre colectivos. Un sector muy orgulloso de pertenecer a Lucha Autónoma pero que en el camino se había creído, en cierto modo, la vanguardia de la autonomía madrileña. Que pensaba que fuera de la coordinadora no se podía trabajar y que, en ese proceso, se había impregnado de aquellos defectos de la izquierda tradicional que habían provocado años atrás el nacimiento de la coordinadora.

Por último un cuarto sector, el mayoritario en mi opinión, que estaba más bien a la expectativa de lo que ocurría y que veía cosas positivas en las tres propuestas y que

anteponía la práctica cotidiana a las disquisiciones teóricas (aún sabiéndolas necesarias y participando de ellas cuando se consideraba necesario).

Con esta situación se llegaría a una «refundación» donde el ambiente era más propio de una organización tipo partido donde todos quisiesen llevarse el ascua a la sardina antes de una escisión (o así lo percibimos nosotros en Hortaleza) que el de un movimiento asambleario y constituyente. Nosotros acudimos solo a tres de las reuniones de la refundación y no nos incorporamos a la nueva Lucha Autónoma, pero la coordinadora que salió de ese proceso fue una farsa que nació cadáver y duró solo el tiempo que sus miembros aceptaron decirlo en público.

Lamentablemente la cerrazón y los roces personales se habían hecho más fuertes que la identidad colectiva y la necesidad de buscar consensos para mantener viva la posibilidad de trabajo en común.

Hoy, a diez años vista, pienso que una parte minoritaria de la militancia, principalmente aquellos que, por edad y/o madurez política ejercían un liderato informal dentro de Lucha Autónoma, habían alcanzado un punto en que la coordinadora ya no podía saciar las necesidades que tenían, pero que en lugar de reconocer ese hecho y crear o incorporarse a las organizaciones o proyectos que necesitaban, quisieron llevarnos con ellos en ese viaje o cerrar ese capítulo de la historia en el intento. Y esto último fue lo que lograron.

Pienso que la mayoría de la gente de la segunda generación de Lucha Autónoma y alrededores (aquellos que nos incorporamos a mediados de los 90) no habíamos terminado ese ciclo, ni la gente que venía detrás tampoco. Y no supimos, no fuimos capaces, de decirles a esos compañeros de los que tanto habíamos aprendido que nos dejaran seguir nuestro proceso militante y que ya nos veríamos, llegado el caso, según fuésemos completando etapas. Los resultados de ese proceso son bien conocidos.

Uno, la desaparición de una estructura que si bien no era perfecta servía como primera toma de contacto, de referencia y ante todo de escuela de militantes a un sector de la juventud. Una estructura que era una herramienta de transmisión de experiencia limitada pero necesaria en los temas clave en los que solía participar (antifascismo, okupación, antirrepresión y asamblearismo entre otros). Esto supuso, en la práctica, la desaparición de un conocimiento útil y una suerte de eterno comienzo para las generaciones que nos siguieron.

Dos, se generó un ambiente de frustración y sobretodo desconfianza que ha llegado a nuestros días. Personas y colectivos con prácticamente todo en común siguen anclados en odios y rencillas cuyo origen real desconocen y han sido de hecho olvidados en la noche de los tiempos (no tan lejanos).

Tres, se ha creado en ciertos sectores una leyenda acerca de Lucha Autónoma como una organización ideal y sin fallos que tenía en jaque al Estado en Madrid y que se pasaba el día haciendo temblar a los burgueses en sus oscuros cubiles. Visión falsa que alimenta el odio y la desconfianza hacia aquellos que se considera (con fundamento o sin él) responsables de la destrucción de la organización y la frustración por la imposibilidad de alcanzar de nuevo semejante estadio de éxito revolucionario. Frustración que siembra más inmovilismo ya que las leyendas son perfectas y no se las puede derrotar, igualar ni superar. Son inalcanzables.

Nunca he valorado las acciones de los compañeros que tomaron el camino que describo como una intencionalidad perversa, pero sí pienso que se equivocaron. Al igual que los que no fuimos capaces de impedir que eso ocurriera. Pero hago esta crítica desde la posición del que sabe que éramos todos muy jóvenes y, en perspectiva, mucho más inexpertos de lo que éramos conscientes.

No pienso que la historia de esta ciudad hubiese cambiado en lo esencial de haber seguido Lucha Autónoma con su espíritu inicial pero sí pienso que hubiésemos podido tener más y mejores recursos humanos en estos momentos difíciles de haber mantenido esa herramienta, una más, que era la Coordinadora.

En lo referente a «Maquis Hortaleza» se disolvió poco antes de la desaparición de Lucha Autónoma.

La segunda disolución del colectivo fue menos traumática que la primera y se dio sencillamente porque sentíamos que no éramos capaces desde ahí de hacer lo que queríamos hacer políticamente. Unos se fueron a casa y otros seguimos nuestro andar en distintas familias de la política madrileña o de las estructuras de barrio.

Los colectivos de Hortaleza fueron una escuela de militantes que no solo cambió la vida de la mayoría de las personas que formaron parte de ellos sino que dio un fruto porcentualmente alto de militantes para el futuro, ya que más de la mitad de los militantes más comprometidos en ambos colectivos sigue militando hoy en día ya sea en estructuras de barrio (trabajo con chavales, plataforma vecinal y ateneo libertario de Hortaleza) o en proyectos específicos (Traficantes de Sueños, Klinamen...)

A nivel de Madrid, pese a algunos proyectos interesantes que surgieron directa o indirectamente de aquellos grupos (una vez más Traficantes de Sueños, Klinamen, Nodo50, Diagonal...) me queda el regusto amargo de no haber sido capaces de hacer crecer un movimiento ramificado entorno a un tronco común donde todos pudiésemos sentirnos mínimamente identificados y coincidir, además de crecer desde la crítica respetuosa y las contradicciones.

En ese sentido siento que fracasamos como proyecto colectivo y espero que en estos tiempos difíciles que ya tenemos encima no lamentemos demasiado el tiempo perdido, los esfuerzos inútiles y los compañeros y compañeras que dejamos por el camino.

06. Un cóctel contra la indiferencia: el *Molotov*

Elisabeth Lorenzi

No es fácil emprender la tarea de escribir un capítulo semejante. En mi caso, se mezcla todo, el colectivo, la coordinadora, el ambiente político en general y mis tiernos años de juventud. Porque... ¿cómo hablar del colectivo al que pertenecía (UPA-Molotov) y a la Coordinadora sin referirme al impacto que tenía en mi vida? ¿Cómo construir esta historia sin referirme al resto de las iniciativas colectivas e individuales que iban conformando el ambiente político en el que sumergimos años de nuestra vida? Y viceversa ¿cómo entender la implicación en un colectivo y un ambiente político sin referirme a mi vida cotidiana? Es por eso, que el relato que voy a mostrar no es solo una reflexión sobre la evolución política de una coordinadora de colectivos, sino un trozo de mi vida personal, no muy detallada, (tampoco hay que pasarse) pero sí intrincada. Por eso no solo hablaré de Lucha Autónoma, ya que considero que no se trata solo de la evolución de un grupo de gente, sino de un ambiente político más amplio donde la Autonomía se asumía como un término con el que se intentaba radicalizar un discurso político decadente, aunar fuerzas dispersas y rejuvenecer la práctica de la acción política alternativa.

Durante un decenio (1994-2003) participé en el colectivo de contrainformación UPA-Molotov, cuyo cometido era dar «voz a los sin voz», ser altavoces de aquello que no salía en los medios o que cuando lo hacía estaba marcado por un discurso criminalizador. Nuestro colectivo estaba coordinado en Lucha Autónoma y tenía una fuerte implicación en la misma. Participar en este colectivo fue mi relación más fuerte con la práctica de la autonomía, aunque también participé en la okupación y gestión de espacios (centros sociales y vivienda) y en diversas campañas.

Antes de seguir me gustaría aclarar mi punto de vista. En este libro se recoge lo que es la historia de la Autonomía en un determinado periodo y que efectivamente fue su momento más álgido. Milité en Lucha Autónoma y okupé vivienda, participé en centros sociales, me manifesté por numerosas causas y tuve muchos amigos y siempre me he considerado antiautoritaria y asamblearia. Pero durante este periodo, nunca fue para mí importante definir y cerrar qué era Autonomía, dónde empezaba y dónde acababa. Siempre fui bastante abierta en este sentido y yo creo que era consecuencia directa de mi participación en el colectivo UPA-Molotov. Por eso cuando exponga mi relato daré muestra de esta visión amplia que no solo se concreta en las prácticas políticas, sino también en su conexión con mi día a día.

¿Qué es Autonomía? Puff, si os contara los kilos de papel que se ha escrito sobre ello. En Lucha Autónoma había mucho interés en este tipo de debates teóricos y el trabajo de la definición colectiva. Los plenarios de la coordinadora eran también jornadas de

debate para las cuales nos preparábamos leyendo quintales de textos, algunos clásicos, la mayoría redactadas por compañer@s. Hace tiempo, fui a casa de un amigo a desmontar la última caja tamaño televisor llena de textos y carpetas que me quedó allí después de una mudanza. Desmontar la caja fue abrir la de Pandora. Tres cuartas partes de los contenidos de la caja eran textos de debate, el resto eran apuntes de la universidad. ¡Cualquiera diría que me pasé mis años mozos leyendo!

Desde mi punto de vista éste era uno de los aspectos que más caracterizaban a la Coordinadora Lucha Autónoma, la búsqueda constante del consenso en torno a las líneas de actuación y de la identidad colectiva. Tod@s debíamos estar de acuerdo en qué era Autonomía, en cuáles deberían ser los objetivos de la lucha, en cómo hacer converger nuestras luchas en los barrios... *etc.* Esto tenía dos caras. Una es la de la fuerza, porque el nivel teórico era muy interesante y la cohesión interna era muy intensa y útil a la hora de hacer presión, pero su debilidad era que este nivel de cohesión interna tenía un coste muy alto en esfuerzo: muchas reuniones, horas de debate y un paulatino cierre del grupo en torno al «nosotr@s».

Esta equiparación de la democracia con la cohesión interna también fue lo que a mi parecer sentó las bases de la crisis de la coordinadora. Otras visiones de la Autonomía (tanto interna como externa) iban resquebrajando esta unidad a medida que fue creciendo y extendiéndose en concepto y práctica. Por otra parte, el esfuerzo continuado que conllevaba el trabajo de cohesión generaba círculos concéntricos donde el centro lo ocupaban los más implicados en esta tarea de coordinación y en la periferia los que menos, aquellos que se centraban más en sus colectivos sin preocuparse de la coordinación.

Pero vayamos por partes.

Cuando llegué al Molotov tenía 18 años, era el año 1994 y acababa de empezar la universidad. Me habían dado pocos puntos en la prueba de acceso así que mi sueño de hacer Periodismo se había ido al traste (ahora estoy encantada). Alguna vez me hablaron de la agencia de contra información UPA y me gustó su dinamismo. También pensé que en este espacio le podía dar rienda suelta a mis inquietudes informativas. Se trataba de una agencia que recogía información que ningún medio emitiría de la forma que lo haríamos nosotros y la difundiría de forma práctica, provocadora y fresca. Un amigo del barrio participaba en el colectivo y me invitó a unirme

Tenían varias formas de difundir la información: editando en el fanzine Molotov, por fax a radios libres, elaborando un contestador automático telefónico con las noticias del día... Pero también centralizaban la recogida de la información, recibían mensajes por contestador telefónico, faxes, cartas... a viva voz. Cuando llegué al colectivo en 1994 escuché por primera vez lo que era un MODEM, pero eso era un proyecto a medio plazo, en aquel momento el Internet no ocupaba apenas espacio en la práctica contrainformativa.

En aquellos tiempos, mi referencia política era el Anarquismo. En los últimos años del instituto me había interesado mucho por estas cuestiones, por el estilo punk, por la okupación, etc... Leía con atención los cómics de Azagra, los fanzines, escuchaba radio libre e intercambiaba cintas de música con amigos y compañeros y frecuentaba los centros sociales de mi barrio, Aluche (el KRA, Campamento...). Y me acerqué a la CNT, el

contacto fue muy interesante y aprendí muchas cosas, pero a la vez fue frustrante. Me ponía en contacto con un pasado desconocido para mí, valeroso e interesante, pero las respuestas y acciones hacia mi presente no me satisfacían. Me sentía inmovilizada por la carga de debates o conflictos que acarreaban y que para mí significaban poco. Que si los marxistas, que si los del sindicato tal, que si este compañero no es mi compañero... buff. Y mientras Madrid bullía con otro tipo de iniciativas.

En alguna manifestación de estudiantes o por la Okupación había visto alguna pancarta, parche o camisetas de Lucha Autónoma. La verdad es que impresionaba el logo: una calavera con un cuchillo y un tenedor a modo de tibias cruzadas. Me impresionaba y me atraía. Cuando preguntaba por Lucha Autónoma no obtenía respuestas muy satisfactorias: que si mezclan marxismo y anarquismo, ¡qué ingenuos!, que si son pocos pero van a todas, que si son los okupas...

Un amigo del barrio se había metido a participar en la agencia UPA y me dijo que me viniera. Yo estaba encantada y llena de ganas. Pero cuando acudí al pequeño local de la agencia en el centro de Madrid (la Fundación Aurora Intermitente) me quedé un poco bloqueada, no tenía muy claro lo que podía aportar y sentía mucha timidez, los demás me parecían bastante mayores. Entonces no era muy consciente de ello, pero también era la única chica. Poco a poco fui integrándome en las dinámicas del colectivo y encargándome de una tarde de permanencia. Pero durante los dos primeros años me costaba mucho salir de mi timidez, intervenir en las reuniones y valorar yo misma el valor de mi presencia en el colectivo.

Las permanencias era un turno en el cual estábamos en la oficina redactando las noticias que nos llegaban, atendiendo a la gente que nos llamaba o que acudía al local. Con las noticias y convocatorias del día elaborábamos un boletín que era enviado por fax a las radios y se leía en un contestador automático. Junto a la permanencia, venir a la asamblea ya suponía dos días mínimo de compromiso semanal con el colectivo. A esto se sumaba las jornadas especiales como cuando realizábamos algún concierto para sacar fondos, o cuando había que hacer permanencia especial para dar seguimiento en directo a manifestaciones, desalojos, acciones y de enlace con abogados.

Era joven, iba a la universidad y me buscaba la vida como podía y, mientras, el tiempo que participaba en la agencia me suponía un aprendizaje extra y un activismo que siempre me dio una visión bastante amplia de lo que ocurría por Madrid. Esta visión no se construía solo por la información que llegaba a la agencia, sino también por los debates que hacíamos en nuestras reuniones. Y también porque estábamos ubicados en un espacio, «la Fundación Aurora Intermitente,» que compartíamos con colectivos muy diversos. Recuerdo que han pasado por allí, la Radical Gay, Sumendi, Los Panteras Negras... y por supuesto, Traficantes de Sueños. En cierta manera, la rutina de nuestro colectivo (todas las tardes alguien estaba de permanencia) mantenía el espacio siempre abierto y antes de que se abriera allí la librería Traficantes de Sueños, éramos una referencia constante del espacio.

Mi llegada al colectivo fue justo cuando se empezó a consolidar su papel dentro de la Coordinadora de colectivos Lucha Autónoma. En principio la coordinadora articulaba a colectivos de barrio, pero en definitiva los colectivos articulados eran aquellos cuya

referencia política era el concepto de Autonomía y que sentían la necesidad de que su unión sería la fragua de una presencia más fuerte de este movimiento en Madrid.

Cuando llegué apenas se acababa de producir la fusión de dos colectivos en uno: Uno era el grupo que editaba el fanzine Molotov, claramente el vocero del emergente ideario e imaginario de la Autonomía en Madrid. El otro era la agencia de contrainformación UPA, colectivo con solera y que llevaba años generando semanalmente un boletín de contrainformación. Fusionados en uno, el Molotov se convertía en un medio más de difusión del boletín de la UPA, pero también se adquiría un compromiso conjunto con el área de la Autonomía. Por eso la implicación en la coordinación en Lucha Autónoma era un paso lógico.

Y por tanto, al año de llegar y estar más aclimatada, también empecé a implicarme más en la coordinadora como una tarea más del colectivo. Al principio rehuía esta tarea ya que me interesaba más la práctica contrainformativa del colectivo que la idea de Autonomía. También implicaba un esfuerzo adicional: ir a las reuniones, a los plenarios... ¡y siempre en sábado! uf. Y eran reuniones bastante áridas. Al principio no conocía a nadie y para llegar tenía que cruzarme todo Madrid. Pero comencé este periplo, que no lo niego, fue otro intenso camino de aprendizaje.

Las reuniones de coordinación consistían en una ronda donde los delegados de los colectivos informaban, hacían propuestas y traían las respuestas de sus colectivos a propuestas anteriores. Cada reunión se cambiaba de espacio que siempre era de uno u otro colectivo. Así que fue otra manera de conocer Madrid y sus locales. A estas reuniones te tocaba ir de vez en cuando. Más tarde, en la reunión del colectivo se contaba al resto lo que se había hablado en la Coordinadora. Esto nos podía llevar más o menos una hora de cada reunión.

Pero lo que más recuerdo fueron los Plenarios que se celebraban cada año o seis meses y adonde acudían todos los miembros de los colectivos... Bueno, en teoría. Si Lucha Autónoma pudiera aglutinar a 100 personas repartidas en 7 colectivos, en los plenarios nunca éramos todas estas personas, sino un tercio del total.

También cada año nos juntábamos para unas jornadas de debate interno. Eso sí, nos íbamos al campo y en un fin de semana discutíamos los nudos polémicos que iban surgiendo durante el año y estableciendo futuras líneas estratégicas. Previamente, la gente redactaba ponencias, se iban consensuando los contenidos en las reuniones de coordinación, se iba pensando en algún sitio para ir y alguien gestionaba el transporte y el espacio. Recuerdo una estancia en un centro cívico del pueblo de Peregrina, otra en una finca de la Vera y otra más en un chiringuito en La Adrada. En la primera de estas jornadas me recuerdo muy tímida, muy dentro de mí, sin establecer una conversación con nadie más allá de los grupos de trabajo. El ambiente social era un poco árido, poco pensado para fomentar la convivencia y la interacción social, demasiado amenizado con un humor algo prepotente y la gente que ya se conocía hacía sus grupos. A la siguiente jornada ya me solté más y a la tercer ya tenía amigos entre la gente, pero aún así, estos días en el campo seguían siendo muy serios, no había muchas chicas y los chascarrillos me eran casi siempre ajenos. Además el tiempo de debate era muy intenso.

En una de estas jornadas se discutió el tema del antipatriarcado, de que había cierta tendencia a evitar un trabajo sistemático en nuestros colectivos, y que tendíamos a

tenerlo en cuenta en lo teórico o nominal, pero que en realidad no se traducía en un trabajo cotidiano y real. Había chicas en los colectivos de Lucha Autónoma, pero en relación a los chicos éramos muchas menos. En el Molotov cuando entré, era la única, con el tiempo hubo más chicas, pero la proporción fue escasa.

En estas jornadas se decidió crear un grupo de trabajo de chicas sobre el tema. Recuerdo haber ido a la primera reunión en que no nos aclaramos mucho de lo que queríamos hacer, pero se veía que había muchas ganas. Yo no continué porque ya cargaba con muchas cuestiones, pero fue interesante para todos que finalmente se planteara la cuestión y fuéramos conscientes de que teníamos un perfil muy masculinizado.

Cuando me preguntan por Lucha Autónoma yo siempre digo que hay que entenderlo desde dos perspectivas o niveles. Una es como coordinadora, con las caras de la gente más implicadas en este proceso, otro eran los colectivos que, además de participar en esta cohesión autónoma, participaban y fomentaban alianzas propias, redes y plataformas relacionadas con su actividad específica y localizada. Puedo decir, casi con seguridad, que ninguno de nuestros colectivos solo se relacionaba exclusivamente con la coordinadora. Participando en las redes propias de nuestro colectivo, en ocasiones podías percibir la imagen que tenían de nosotros otros colectivos por participar en Lucha Autónoma: demasiados radicales para algunos, para otros una mezcla incomprensible y para muchos nuestro nivel de cohesión era equiparable a partido o una vanguardia.

¡¿Qué somos un partido?! Eso dolía, nosotros que íbamos en contra de la política de partidos. ¿Pero por qué nos llamaban partido si éramos assemblearios, horizontales y no buscábamos una representación parlamentaria? Esta definición la empecé a oír más cuando se empezó a diversificar la idea y práctica de la Autonomía. Hacia 1997, El Laboratorio 1 representaba mayormente este punto de vista. Nosotros les llamábamos «difusos» ya que proponían un concepto de organización más en red. Ellos nos llamaban «partido» por nuestro intenso trabajo de cohesión e homogenización interna y porque, en cierta manera, pretendíamos representar y abarcar la idea y la práctica de la Autonomía en Madrid. Si eres autónomo, ¡coordínate con nosotr@s!

Recuerdo que en ocasiones buscábamos ampliar nuestra coordinadora con nuevos colectivos o con colectivos con una trayectoria autónoma y estilo muy parecido al nuestro. Recuerdo por ejemplo el caso del colectivo La Rabia de Moratalaz. En el plenario mostraron cercanía hacia nosotros, querían mantener y afianzar el contacto pero no integrarse en nuestra estructura. En ese momento empecé a plantearme que teníamos una dinámica muy concreta y absorbente y que, aunque pudiéramos estar cerca de otros colectivos, no es lo mismo plantear una coordinación o trabajo en red desde cero, que sumarse a algo que ya estaba tan estructurado.

Pero volvamos al colectivo UPA-Molotov. Teníamos una fuerte implicación con Lucha Autónoma. Además, nuestro medio de difusión impreso, el Molotov, según habíamos acordado, daba prioridad a las noticias de la coordinadora y de sus colectivos. Pero en realidad tampoco se generaban tantas noticias desde Lucha Autónoma. Además, como todo activista de la contrainformación sabe, lo más habitual era tener que estar detrás de los colectivos para que nos pasaran la información, había que recordarlo constantemente. Pero por otro lado, también desarrollábamos una intensa labor de contacto y articulación de otras redes sociales en Madrid y el Estado.

En primer lugar, nuestra actividad comunicativa nos apelaba a entrar en contacto con otros medios de contrainformación o reflexión. En ciudades de la península teníamos localizados otras experiencias parecidas a la nuestra. Agencias no hubo muchas experiencias similares a la nuestra, pero en cuanto a radios libres, fanzines y boletines había un amplio abanico de las que puedo mencionar con los cuales más nos relacionábamos fuera de Madrid: el boletín Acratador, de Zaragoza, la radio libre Eguzki Irratia de Pamplona y la agencia ANIA de Barcelona, el periódico Güey de Asturias. A nivel local también establecíamos nuestras relaciones con otras publicaciones, con radios libres a las cuales nutríamos con nuestros boletines, con el programa de Tele-K «Insuemisión» y por supuesto, desde el despegue virtual, con proyectos de la red como Nodo50, sinDominio e Indymedia, La Haine...

Esta actividad contrainformativa y la relación con colectivos por toda la península e islas nos brindaban la ocasión de ser invitados a dar charlas o participar en jornadas sobre contrainformación. Experiencias muy ricas que nos puso en contacto con las realidades locales y reforzó lazos con otras experiencias de contrainformación y sus reflexiones. A lo largo de los años, la lista de distribuidores del Molotov por la península fue ensanchándose más y más. En cierta medida, esos distribuidores acababan pidiéndonos nuestra presencia en determinadas ocasiones. De esta forma estuve en Pamplona, Salamanca, Coruña y Mallorca, a veces con compañeros y otras veces sola. Algunas veces, cuando hacía algún viaje por mi cuenta me servía de la lista de distribuidores entrar en contacto con gente afín en lugares extraños.

También, nuestro objetivo no era solo ser voceros, sino articular una actitud más activa de la gente y de los colectivos en relación a los medios y la autogestión de la información. Esto nos animaba a una interacción con muy diversas expresiones de descontento y propuestas de cambio. Eso sí, los partidos estaban desterrados de nuestro foco, pero la diversidad fuera de los partidos sigue siendo inmensa. Creo que durante mis años de labor contrainformativa desarrollé un valioso mapa mental de estas familias políticas, de la diversidad de posturas, temáticas y siempre me ha interesado su interacción.

Pero no solo nos relacionábamos con colectivos políticos, también con sociales, o con individuos afectados por una situación de injusticia. Por ejemplo, cada semana llegaban a nuestra redacción montones de cartas de presos, políticos y sociales, ya que sabían que las publicábamos. Medios como el nuestro era de los pocos que daban salida a su voz. También fuimos desarrollando una relación con cristianos de base, asociaciones de vecinos y un diverso rango de centros sociales.

Nuestro contacto con ellos no solo era porque nutríamos a nuestro medio de su información, sino porque teníamos necesidades: económicas, de distribución, de difusión... El caso de los centros sociales es muy claro. Por ejemplo, en muchas ocasiones celebrábamos conciertos para recaudar fondos ya que nuestra economía siempre era deficitaria. El boletín era gratuito y necesitábamos cubrir muchos gastos: local, imprenta, correos, material fungible... Los conciertos o fiestas se realizaban en locales y centros sociales. Un concierto lo podíamos hacer solos o aliarnos con otros colectivos, casi siempre del ámbito de la contrainformación. En El Laboratorio 1 realizamos unos cuantos, pero también en la Guindalera, la Nevera, David Castilla y muchos más. Combinábamos

pequeñas fiestas con conciertos potentes. Los que recuerdo más intensamente fueron los conciertos con Hechos contra el Decoro, Fermín Muguruza, Soziedad Alkoholika... Muchas veces los grupos nos hacían un buen precio o no nos cobraban, ya que teníamos mucho apoyo y éramos conocidos. Pero imaginaos lo que significa gestionar un concierto de estas características. Horas y horas de trabajo. Eso sí, contribuimos también a la riqueza de la escena musical en Madrid.

Los centros sociales eran muy importantes para nosotros como puntos de distribución y como forma de financiación. Del Laboratorio 1 me acuerdo especialmente porque mientras se fraguaba una polémica en torno a la definición de «qué es Autonomía» polarizados en «difusos»/vs «coordinados» nosotros colaborábamos estrechamente con este centro social, al igual que podíamos hacerlos con otros. En El Laboratorio 1 respetábamos a pie juntillas sus peticiones. Como era un espacio grande pero con muchas actividades pedían a los grupos que fueran a hacer una fiesta o concierto, que se implicaran en la mejora del espacio. Esto lo acatamos en dos ocasiones haciendo trabajos duros, pero también beneficiosos para nuestro concierto y para el futuro del centro social. En una ocasión derribamos un muro para ampliar la sala de conciertos, y otra ocasión nos tocó encalar una cuadra (El Laboratorio 1 fue en su día un Laboratorio de veterinaria) para que sirvieran más higiénicamente como baños de batalla.

Con esto quiero resaltar que mi experiencia por estos submundos me ha permitido darme cuenta de que en realidad, en muchas ocasiones, aunque se genera una polémica, división o ruptura a niveles ideológicos o teóricos, en la práctica donde supuestamente debería haber una brecha, en realidad se dan puentes. Las relaciones entre colectivos e individuos siempre se siguen generando con la praxis. Y esto debe matizar el concepto que tenemos de la coherencia ideológica. ¿No era esto la base de la Autonomía?

Como miembro del colectivo y a nivel personal acudía asiduamente a diversos centros sociales. Entre la agencia, la coordinadora, participar de manifestaciones en desalojos... poco a poco fui desarrollando una intensa red de relaciones sociales que se iba complementando en mis veintitantos años con los de mi pandilla del barrio. Dos mundos aparentemente diferentes pero que se tocaban muchas veces.

Todo esto llegó a su máximo apogeo cuando me fui de casa con mi hermana para vivir en una casa okupada. Una crisis en mi hogar y la falta de recursos fue el desencadenante para que eligiera la okupación como opción de vivienda, pero mi activismo y redes sociales fue lo que me permitió verlo como una opción. Conocía los riesgos, las formas y tenía contactos para empezar a vivir, arreglar la luz, defensa legal...

Participar en UPA-Molotov y Lucha Autónoma, mi propia curiosidad en el barrio y la universidad, permitieron que para mí la okupación fuera algo familiar, cercano, que conociera gente que ya vivía en casas okupadas, que frecuentara los centros sociales como forma de ocio y relación y por supuesto, que participara en la defensa de los espacios, ya fuera en acciones de repulsa, manifestaciones y desalojos. Primero desde fuera y más tarde desde dentro.

En 1997 se hizo efectivo el nuevo Código Penal que tipificaba la okupación como un delito. Antes los desalojos se tramitaban por vía civil por lo cual el juez debía mandar una orden de desalojo a los okupantes del inmueble. Por tanto, los habitantes y usuarios de un espacio okupado podían montar una defensa del espacio en el día que se había

dado aviso del desalojo. Al hacerse efectiva la nueva ley, el juez podía elegir si avisar o no a los okupas, pero la ley no puede ser retroactiva y todas aquellas que habían sido okupadas antes de que se hiciera efectiva la ley, todavía debían ser avisadas de su fecha de desalojo. A consecuencia de todo esto, ese año, hubo mayor apoyo colectivo a los centros sociales amenazados de desalojo y la implicación en su defensa. Eran los últimos bastiones. Se percibía como la última oportunidad de poder defender los espacios con cierta previsión y con la posibilidad de visibilizar el descontento. Esto era también un momento reconocible por los medios de comunicación.

Yo participé de esta fiebre de apoyo y tuve parte en la defensa de un par de centros sociales, al igual que hizo mucha más gente. El centro David Castilla fue el primero en el que participé. Pasamos la noche allí montando la defensa, y estuvimos juntos hasta que la policía entró con mazas y nos echaron tras tomarnos los datos. Hubo un grupo que se ató a unos andamios encima del tejado y esto mantuvo por más tiempo la tensión del desalojo y la atención de los medios. El desalojo fue más o menos pacífico, aunque una persona resultó herida en un ojo. El siguiente desalojo fue el de Lavapiex 15. En este me mantuve concentrada en el exterior mientras dentro esperaban a la Policía que hizo un despliegue rápido y eficaz, entró por el tejado y se encontró... ¡Una casa vacía! Los resistentes habían planeado una escapada por los tejados para dejar a la policía con un palmo de narices. Esta estrategia tuvo cierta polémica ya que el hecho de haber abandonado un espacio en vez de resistir hasta el final, hería la sensibilidad de ciertos sectores. Pero también nos hizo plantearnos la posibilidad de defender los espacios de otras formas.

Al siguiente que acudí fue al desalojo del CS La Guindalera. Me acuerdo que era algo que se discutió también en el colectivo ya que nos llegó el llamamiento de apoyo. Yo dije que iría, está bien que tu colectivo sepa qué va a pasar por si hace falta apoyar. No había participado mucho en las actividades de este centro social porque me quedaba muy lejos de mi barrio, pero había estado en algún concierto. Pero La Guindalera sí que era ya el último bastión de la vieja escuela después del desalojo de Lavapiex 15. Al llamamiento de apoyo respondimos mucha gente de diferentes colectivos de Madrid, como dije, era el último bastión. Se asumió como un compromiso que iba más allá de fronteras barriales, identidades políticas y demás. Hubo gente que optó por participar en la manifestación y acciones de repulsa en la mañana del desalojo y otros elegimos encerrarnos. Dentro éramos unas 100 personas.

¡Qué noche! Dormir no dormimos nada: entre la asamblea que se decidía como responder ante el desalojo, los trabajos de barricamiento, y que no había un espacio cómodo para descansar hizo de la noche una velada muy larga. Finalmente llegó la mañana con la policía, la resistencia desde la calle y nosotros viéndolo todo desde la azotea. Luego nos ahumaron con botes, y tuvimos que tirarlos del tejado como podíamos... Recibimos ánimos desde edificios cercanos, vivimos la tensión, luego nos acostumbramos a la tensión y finalmente consiguieron entrar.

En cierta manera, cuando participabas en un desalojo nunca sabías si te iban a detener o no. Dependía del talante o de las órdenes que tuvieran las fuerzas de seguridad. En aquella ocasión nos detuvieron, peor, cometieron el error de detener a ¡todos! No solo a los que estábamos dentro, sino también a unas 60 personas que acudieron a apoyar el

desalojo desde el exterior. En total detuvieron a unas 160 personas. Y tras pasar tres días de tensa espera entre comisaría y los juzgados de Plaza castilla, nos soltaron... a 160. Nunca esperé que hubiera tanta gente fuera para acogernos, y menos tras tres días de calabozo. Para mí fue muy importante salir y sentir esa alegría de amigos, compañeros y familiares. Yo en aquella época estaba muy ligada a mi pandilla del barrio y para mí fue muy importante durante esos días su apoyo y que estuvieran fuera para recibirme.

Creo que desde ese día siempre he intentado tener presente que es muy importante, aunque uno se meta en berenjenales políticos y se integre en nuevas redes, tener siempre un fuerte contacto con su origen y grupo de afinidad personal. En varias ocasiones he oído, cuando se habla del mundo político de la autonomía o de lo alternativo, que es como habitar un gueto. En parte puede ser cierto que se tiende a solapar lo político con las relaciones sociales, pero tampoco creo que nos debamos dejar engañar por las mismas metáforas que usamos. Siempre estamos en relación con la sociedad, el aislamiento... y menos en la ciudad, es casi imposible. Puede que uno tienda a relacionarse con gente que comparta valores de la izquierda, pero ser un círculo cerrado ya es otro cantar, es una percepción subjetiva y una cuestión necesaria para reflexionar, pero no es más que eso.

¿Por dónde iba? Por la Guindalera: Recuerdo el proceso con mucha emotividad, no solo porque fueron muy intensos los tres/cuatro días que vivimos entre el encierro en el centro social y que nos soltaran de los juzgados Plaza Castilla, sino por todo el proceso que siguió después. Manifestaciones de miles de personas, atención de los medios de comunicación, de los amigos... Y las asambleas de los detenidos: asambleas de más de 160 detenidos. Era curioso cómo se podía ver en estas asambleas, una representación de la mayoría de los colectivos y centros sociales de aquel momento. Era extraño y a la vez estimulante reunirse con todas las facetas de la Autonomía de aquel momento, aunque lo que nos uniera fuera como afrontar y denunciar las consecuencias de la detención. Cada colectivo de Lucha Autónoma tuvo también algún detenido. Esta conjunción de gente y más factores, por supuesto, llevó al proceso de articulación de la okupación del Laboratorio 1. Una okupación en la que nos implicamos muchos colectivos y personas sueltas.

Era un espacio enorme con muchos espacios diferenciados, que daba cabida a diversidad de proyectos y morada a gente muy diferente, ya veteranos o que vivían su primera experiencia de okupación. No puedo entrar en detalle ya no que fui parte del proyecto, pero sí puedo decir que era un espacio muy abierto y muy intenso y que interaccionaba con colectivos muy diversos de todo Madrid. Sus debates o posturas conjugaban una nueva forma de entender la Autonomía y que en cierta medida competía con la que durante años construyó con dominancia Lucha Autónoma. La llamábamos la línea «difusa» y coincidía y daba forma con experiencia local, a una práctica que se estaba difundiendo entre algunos centros sociales italianos como fuera el Leoncavallo en Milán. Se entendía el concepto de autonomía de forma muy amplia, en el que la «red» se contraponía a la coordinación, había mayor predisposición a combinar estrategias de resistencia con la negociación con las instituciones y la experiencia vital jugaba un papel importante para dar cuerpo a que lo «político es personal».

Desde Lucha Autónoma y sobre todo desde ciertos sectores más «puros», esto se veía con cierto resquemor y en mi opinión se exageraba con un toque de «conspiranoia». También es cierto que, aunque se hubiera generado este debate, a la postre muchos de los colectivos de Lucha Autónoma seguían manteniendo una relación con el espacio y sus gestores. Como ya he dicho, nuestro colectivo interaccionaba intensamente con el Laboratorio para celebrar fiestas, conciertos y jornadas de debate y siempre tuvimos buena relación.

Nos plantamos en el 1998. Por circunstancias personales dejé el hogar familiar y me embarqué junto a mi hermana en la okupación para vivir. Una decisión que vino apelada por la necesidad, pero conducida por la experiencia previa y por los contactos que ya tenía en este mundo. Conocía gente en una casa en la frontera del Puente de Vallecas, duró poco, y por circunstancias de la vida acabamos reokupando el Centro Social Seco. En su origen la sede del Centro Social Seco se encontraba en el antiguo colegio Juventud, en el número 39 de la calle Seco de la que heredó el centro su nombre. Se ocupó en 1990. El mismo dueño del inmueble decidió no intentar desalojarles y el espacio vivió con relativa tranquilidad durante más de 6 años. Desavenencias internas habían llevado a los gestores del mismo a cierto cansancio y que en cierto momento condujo a la gente más activa a abandonar. Un día amaneció tapiado, nadie recuperó el espacio y así se quedó.

Nosotros lo volvimos a abrir, pero por una cuestión puramente pragmática, no teníamos donde meternos y Seco era un sitio tranquilo, por lo menos por parte del dueño. Cuando entramos, estaba el espacio muy deteriorado y era la mina de extracción de hierro de los chatarreros de la zona. Entre las personas que lo reokupamos había algún miembro de Vallecas Zona Roja, (colectivo en aquel momento también coordinado en LA), y por cierta deuda histórica le propusimos a este colectivo que volviera a tomar las riendas del centro social, quedándonos nosotros con el primer piso para vivienda.

Vivir en una casa okupada no era fácil y más con los problemas de infraestructura que tenía Seco (casi imposibilidad de tener agua, sin desagüe, goteras del Niágara), esto unido al abandono general de la zona y a una situación económica muy precaria. No me voy a regodear en el anecdotario, pero en ocasiones vivir en una casa okupa se convierte en un punto de intersección entre los problemas sociales, la marginalidad y la identidad política autónoma. Los que allí vivíamos fuimos mal que bien adaptándonos a nuestras posibilidades y ampliando nuestras redes dentro del mundo okupa, el político y con el barrio, mientras poco a poco la asamblea del centro social iba recuperando el espacio y estableciendo las rutinas de gestión.

Para mí fue una experiencia muy intensa no solo por ser el primer año que vivía por mi cuenta sino por el contacto con la gente y el barrio de Vallecas. La situación en la que vivíamos y la morfología de la zona recordaba mucho a las vivencias históricas del Vallecas de la inmigración: el barro, las casas autoconstruidas, la falta de infraestructuras y la lucha por conseguirlas, el sentimiento de orgullo y el contacto con la marginación. Aunque viviéramos en la frontera y separados por la M-30 nuestra vida discurría intensamente por la zona del Puente.¹⁸

¹⁸ Barrio de Adelfas, en el Distrito de Retiro, separado de Vallecas por la M-30, e históricamente por el arroyo Abroñigalsocial

A esto se suma los amigos que ya tenía allí y los que fui haciendo. También había más casas okupadas en la zona de Puente de Vallecas y teníamos su apoyo y también los prestábamos (Juan Navarro, La Peña Aprieta, El Pesebre...). Fue también una experiencia muy intensa entrar en contacto con la gente de la Parroquia de San Carlos Borromeo (popularmente conocida como Parroquia de Entrevías) y participar en la Primera Semana de Lucha Social «Rompamos el Silencio».

El contacto se estableció a través de Vallekas Zona Roja que tenía una clara estrategia de apoyar y estar en contacto con los colectivos del barrio. La primera vez que participamos con la parroquia fue en la ocupación de la Catedral de la Almudena para denunciar la situación de los presos en régimen de aislamiento (FIES Fichero Interno de Especial Seguimiento). Yo me sentía muy cerca de su forma de ser y de hacer y del empeño con la lucha de los colectivos más invisibilizados. Desde la UPA-Molotov llevaba mucho visto y oído sobre la cuestión de los presos, porque nos parecía muy importante el compromiso con esta situación. Lo que experimenté con la gente de la parroquia en la ocupación de la Almudena me pareció lo más radical a la par que bonito que había experimentado en muchos años. Además de un compromiso y un planteamiento radical, había mucho cariño, paciencia y coherencia en lo que proponían y hacían, pero su actitud personal era muy humilde.

Esa humildad contrastaba con lo que estaba acostumbrada a vivir en el mundo autónomo. No fui la única que quedé ciertamente encantada. En la Ocupación de la Almudena, estaba Vallekas Zona Roja, que era un altavoz de estas luchas hacia los colectivos de Lucha Autónoma y a la vez la UPA era un difusor hacia otros colectivos y redes de la autonomía. Además la parroquia tenía su propia red de contactos y apoyos. Se produjo una curiosa confluencia de redes de cristianos de base, Madres Unidas Contra la Droga y del Movimiento Autónomo de aquella época... y supongo que otras que en ese momento no era capaz de identificar.

La UPA-Molotov siempre se había implicado con la lucha de los presos, fueran políticos y/o comunes. Publicábamos sus cartas (que eran numerosas) dábamos cuenta de las huelgas de hambre, de las denuncias por malos tratos. Lucha Autónoma también convocaba cada final de año, antes de las uvas, una manifestación ante la cárcel de Carabanchel con antorchas para saludarles y mostrarles nuestro apoyo en estas fechas. Era una lucha de la que te sentías consciente, pero también un poco solo ya que era aquello de lo que nadie quería hablar. La implicación de la parroquia era mucho mayor de lo que nos habíamos atrevido jamás. Su cercanía no solo era por coherencia sino también por cercanía social y familiar. Y además ¿no es un punto okupar una catedral?

Durante varios días dormíamos en los bancos de madera, explorábamos hasta donde nos dejaban y había quien hasta le ponía alguna vela a San Antonio. También recuerdo como la gente trajeron unas ollas y organizaron dentro una comida popular. Esta primera experiencia común parroquia-autonomía sirvió de base para articular meses más tarde la 1ª Semana de Lucha Social «Rompamos el Silencio». En aquella ocasión, la articulación fue mayor entre Lucha Autónoma, el mundo okupa y los grupos de la Coordinadora de barrios. A través de Vallekas Zona Roja, la información nos fluía al resto de colectivos de Lucha Autónoma, y así a otras asambleas de Madrid.

En aquella época también existía cierta unión mayor entre los «sectores» okupas y autónomos por la coyuntura que nos brindó la oleada de desalojos de la «nueva era» y por tanto la unión que se dio alrededor de la okupación del Laboratorio 1. En cierta manera se pretendía reunir fuerzas alrededor de una okupación céntrica, y El Laboratorio 1 aúno muchas fuerzas que se habían unido a raíz de los desalojos. Este proceso coincidió con la primera edición de la Semana de Lucha Social por lo que hubo mucha gente variada e implicada en esto. Nosotros desde Seco también fuimos a alguna reunión preparatoria en la Parroquia de Entrevías (nos pillaba cerca) y el centro social, por el colectivo Vallekas Zona Roja, estaba especialmente implicado. Trabajar con esta gente era especialmente estimulante ya que nos supuso también el contacto con gente del barrio que nos ayudó en más de una ocasión ante problemas diversos.

La primera jornada de la Lucha Social comenzó ocupando un edificio de la Gran Vía para que fuera la sede de nuestras actividades durante esa semana. La okupación fue espectacular, salió en todos los medios, pero se nos obligó a abandonar el edificio. El resto de la semana hicimos numerosas acciones, como una reapropiación colectiva en un Carrefour, okupar una oficina del INEM... El final de las jornadas lo marcó un concierto en la Parroquia de Entrevías que fue uno de los que recuerdo con más cariño. Fue una semana intensa, no solo por las acciones, sino también por el contacto con la gente.

Mientras, yo me iba sintiendo cada vez más ligada al barrio de Vallecas. Lucha Autónoma siempre hizo mucho énfasis en el trabajo de barrio y, desde Seco y en contacto con las realidades que iba conociendo, me fui sintiendo cada vez más interesada por Vallecas. Tenía un pasado glorioso, donde el movimiento vecinal surgía del barro y de las casuchas para conseguir mejoras sociales. Viviendo en Seco era muy fácil sentirse identificada. La disposición urbana de las casitas, las dificultades, la marginalidad y la convivencia con gente sencilla, las dificultades de vivir sin abastecimiento: el agua, la luz...

El colofón de todo este proceso vital fue participar por primera vez en la Batalla Naval de Vallecas. La Batalla Naval es una fiesta popular que consiste en tirarse agua los unos a los otros para celebrar la independencia del barrio, proclamándose Puerto de Mar. Se llevaba celebrando desde 1982 promovido por diferentes colectivos del barrio que se habían ido dando el relevo. Desde 1995 la Junta de Distrito la prohibió, pero aún así se seguía celebrando convirtiéndose en ocasiones en una batalla campal. En 1998 la convocó Vallekas Zona Roja, bueno exactamente una sangriada en apoyo a la fiesta (era una manera de convocarla sin convocarla directamente). Cuando participé me enamoré de la fiesta y se me quedó hondamente grabada. Al año siguiente tuve la oportunidad de irme a Italia en una estancia de estudios, el profesor de antropología nos pidió que hiciéramos una exposición sobre algún tema urbano y lo hice sobre la Batalla Naval. Con el tiempo esta sería la primera semilla que germinaría más tarde en un proceso de investigación doctoral sobre Vallecas y la Batalla Naval y posteriormente y la publicación de un libro.¹⁹

¹⁹ LORENZI, Elisabeth (2007). «Vallecas, puerto de Mar. Fiesta, identidad de barrio y movimientos sociales». Traficantes de Sueños-La Tarde, Madrid.

Como dije, me fui un año a Italia, y a la vuelta a Madrid tuve que recomponer mi vida nuevamente. Cuando volví a Madrid me fui a vivir con mi hermana que, tras varios desalojos, estaba okupando en una casa en el centro de Madrid y en el barrio de los Austrias, La Bola.

También a la vuelta recuperé mi contacto con el colectivo UPA-Molotov y la coordinadora de Lucha Autónoma. Quizás de esta época tengo menos recuerdos de cómo funcionaba la coordinadora porque en cierta manera había perdido el contacto y la coordinadora ya no ocupaba tanta centralidad en la actividad del colectivo ni dentro de mis intereses personales. En aquella época, me interesaban más otras cosas como que iba a empezar un curso de doctorado o mi relación con la casa donde estaba viviendo. Era una nueva experiencia ya que vivíamos en ella unas 10 personas y bastante bien avenidas. Era un antiguo colegio cerca de la Plaza de Oriente, un espacio grande con patio. En ella, además de alojar nuestra convivencia también fuimos anfitriones de algunas actividades abiertas a las necesidades de colectivos (por ejemplo, una jornada de reflexión del Laboratorio 2) o al barrio (teatro infantil).

En esta época nos vamos acercando a la crisis de Lucha Autónoma, aunque no estuve muy presente en este proceso, incluso desde nuestro colectivo, la coordinadora ya no ocupaba ese puesto tan central en nuestras asambleas como antes, ni en nuestro imaginario de lo que debía ser el mundo alternativo o la oposición al sistema. Imagino que, al igual que otros colectivos, habíamos ido ampliando nuestras redes y contactos y Lucha Autónoma se nos hacía pequeño. Creo que más que ser un impulso a la articulación de la Autonomía, la coordinadora se estaba convirtiendo en un corsé que no nos dejaba respirar. El mundo «autónomo» había crecido mucho y se había diversificado. Ya no éramos la novedad frente a cierto anquilosamiento ideológico de comunistas vs anarquistas. La okupación crecía con muchas identidades fragmentadas y políticas, alojaba conceptos nuevos: red, antiglobalización, precari@s...

Mientras, el Molotov y la agencia se iban transformando a golpe de debate interno, las nuevas tecnologías y la coyuntura externa. Al principio nuestra Agencia era de las pocas referencias de contrainformación de Madrid y el espacio virtual era una de las patas de nuestras fuentes de información y canales de difusión. Pero con el tiempo las redes virtuales se fueron imponiendo por pragmatismo y extensión y, por tanto, nos tuvimos que ir adaptando a estas necesidades y a que la agencia fuera perdiendo importancia dentro de nuestro colectivo a favor de la importancia del Molotov como medio no solo de difusión de noticias, sino también de análisis.

En lo que se refiere a nuestro proceso de virtualización, al principio nos adherimos al dominio de Nodo50 y a su proyecto. Con el tiempo fueron surgiendo nuevos proyectos que apostaban por modelos mucho más libres en formato y en control de los usuarios (como sinDominio y la Agencia de Construcción Permanente ACP) y nos adherimos a este formato aportando información que nos llegaba por fuentes no virtuales. El formato escrito y oral seguía siendo una parte importante de nuestras fuentes de información (las cartas de los presos) y teníamos la capacidad de aportar esto a la contrainformación virtual.

También mejoramos nuestra publicación en papel. En esta época (1999) dimos nuestro primer salto y el Molotov pasó de ser una DinA3 doblada, a un periódico con otro

diseño y logo, mayor número de páginas y temas más diversos. Y así pasó de ser uno de los medios de expresión de la Agencia a ser el proyecto principal. En este proceso, el periódico necesitaba un seguimiento más pormenorizado y un trabajo más sistemático que lo hiciera sostenible económicamente. Por ello generamos primero uno, y más tarde dos, puestos de trabajo que se encargaban de las tareas que necesitaban mayor continuidad. Esto en el colectivo causó menos disrupciones de lo que cabe creer ya que el nuestro siempre fue un colectivo con mucha exigencia de continuidad y disciplina personal. Era difícil ocupar este tipo de puesto de trabajo ya que la autodisciplina y la precariedad podían hacer que las jornadas se alargaran más de lo acordado y seguíamos necesitando financiación. El nuevo periódico se compraba a cien pesetas (más tarde 1 euro) y los puestos de distribución seguían siendo mayoritariamente los bares.

El Molotov como dije, había crecido y cada uno de nosotros se acabó encargando de coordinar secciones diferentes del periódico (okupación, antimilitarismo, presos, ecología...) Yo, sumida en mi nuevo proceso de interés y aunando mi obsesión vallecana, me encargué de la sección de «Vecinal». Aquí buscaba y daba con protagonistas e informaciones sobre las luchas de barrios, de lo «local», de la incidencia de las luchas en la transformación urbana... Mi participación en esta sección no era solo fruto del interés personal, sino que casaba también con la forma que iban tomando los propios intereses del espectro de nuestra autonomía coordinada.

La lucha de los barrios nos llevaba al movimiento vecinal y a gran cantidad de iniciativas que eligiera el barrio como marco de actuación y desde procedimientos horizontales y asamblearios. El seguimiento que hacíamos a estas luchas se veía nutrido por la propia deriva que algunos de los colectivos de Lucha Autónoma estaba tomando y es una progresiva integración en las plataformas barriales, mientras otros sectores iban optando por derivas ideológicamente más posicionadas (insurreccionalistas). El concepto de barrio lo teníamos muy arraigado y los colectivos de barrio en numerosas ocasiones habían establecido sus propias relaciones y dinámicas con asociaciones de su territorio. De resultados de este proceso y de otras circunstancias este acercamiento en algunos casos dio lugar a la integración.

Como muestra un botón. Como me ocupaba de la sección vecinal del Molotov en alguna ocasión se reunió en la FRAVM (Federación Regional de Asociaciones de Vecinos de Madrid) la Comisión de Jóvenes que comenzó la Asociación de Vecinos de los Pinos con el fin de crear un foro o plataforma que acercara esta institución histórica a otras identidades políticas interesadas en lo barrial y más joven. La AV de los Pinos, en el barrio de Adelfas se había nutrido con un nuevo contingente de gente joven relacionada con el centro social Seco (y algunos de ellos de la extinta Vallekas Zona Roja). En definitiva, cuando llegué a la reunión en la FRAVM, me hizo gracia comprobar como la mayoría de las personas que estábamos allí habíamos pertenecido (o seguían haciéndolo) en algún momento a Lucha Autónoma o colectivos autónomos, pero venían en representación de nuevas o viejas asociaciones de barrio.

Esto coincide con el periodo de crisis y autodisolución de la coordinadora. No estuve presente en este proceso y no puedo aportar visiones personales ni un esquema de cómo procedió, pero desde luego me admira la capacidad que tuvimos de asumir, tras un

periodo de intenso debate, la disolución... conozco pocas iniciativas o colectivos que lleven esta actitud tan coherente hasta el final.

Pero sigamos con el colectivo. Pasado algo más de tiempo, el Molotov quiso dar un salto más hacia la profesionalización y mejora del periódico, llegar a más gente e invertir más trabajo en ello. Tras un tiempo de afianzamiento en el nuevo formato y muchos debates, el salto fue mucho mayor y fue la primera piedra hacia el actual periódico Diagonal. Para ello, paró en su actividad y reunió las fuerzas, recursos y certezas para empezar el nuevo proyecto. En esta andadura se reunían nuevas subjetividades con las más históricas del Molotov, conformando un nuevo proyecto. Fue precisamente este momento en el que me retiré del proyecto y del colectivo ya que este salto requería un esfuerzo y una proyección profesional que yo, en ese momento, prefería invertir en mi propio camino.

En resumen, fueron 10 años de compromiso y actividad que para mí fue una intensa escuela de aprendizaje teórico, técnico, humano y político que me ha permitido tener numerosas experiencias, conocer un montón de gente valiosa y dibujar en mi cabeza un mapa político de las familias de movimientos sociales alternativo que sería difícil de obtener de otra forma.

07. Notas sobre el movimiento autónomo de Madrid en los años 90

Mariano Pujadas

Deseo contribuir en el análisis del movimiento autónomo de Madrid aportando mi experiencia de militancia en Lucha Autónoma (LA), la cual me marcó notablemente de cara a lo que fueron mis experiencias posteriores. Participé en el último año de vida de esta organización hasta el día de su autodisolución en el año 2001. Considero, por el tiempo que pasé en LA, que llegó a ser un espacio de referencia para la juventud combativa madrileña, tanto por sus contenidos políticos como por su compromiso con la lucha y su capacidad de movilización. Curiosamente la disolución de LA coincide con el fortalecimiento organizativo de la Coordinadora Antifascista de Madrid, la cual en esa época comenzaba a plantearse su continuidad como espacio político más allá del 20N (y organización que, con el tiempo, ha llegado a desarrollar un crecimiento destacado). Una organización autónoma juvenil se desintegraba mientras otra, también de carácter juvenil, tomaba fuerza. El modelo de funcionamiento de la Coordinadora Antifascista era, al igual que en LA, horizontal y asambleario, y se nutría del mismo modo de una ideología plural.

Podemos, por tanto, aprender de la experiencia de Lucha Autónoma para arrojar luz sobre el papel que juega la juventud en la reconstrucción del movimiento revolucionario madrileño, maltratado salvajemente por sus generaciones anteriores, aquellas que aceptaron la Transición, la Constitución Española de 1978 y los Pactos de la Moncloa.

Madrid siempre ha puesto un foco en su juventud en las últimas dos décadas, precisamente porque los jóvenes luchadores no arrastran las cadenas de la Transición. No se sienten atados a ella. Sin embargo esta gran ciudad es un espacio altamente contaminado por la experiencia de aquellos años. Las traiciones, las desconfianzas y el derrotismo han sido la fuente del carácter militante de las nuevas generaciones, las cuales han tenido que luchar incansablemente contra algunas de sus propias raíces para seguir adelante. Los obstáculos que se ha encontrado la juventud madrileña y se sigue encontrando son innumerables. El primero de ellos es la falta de un referente revolucionario del que aprender. Su forma de aprender es, por tanto, la más dura aunque también la más auténtica y creativa: equivocándose.

En este sentido podemos decir que la disolución de Lucha Autónoma fue la consecuencia de un proyecto que no consiguió desarrollarse hasta alcanzar sus objetivos. Es decir, fue la consecuencia de una equivocación. Tras una equivocación podemos hundirnos en la depresión o por el contrario podemos alegrarnos de que hemos aprendido, en este caso, cómo no se construye una herramienta revolucionaria de la

juventud madrileña. Así tenemos la oportunidad de intentarlo de otra manera, una y otra vez si fuera necesario, hasta que funcione.

Contenidos políticos e intervención en la sociedad

Se abandona la idea de Revolución (con mayúscula). En la autonomía lo que se propone es iniciar la revolución (miles, pequeñas, en minúscula) desde ya. No podemos esperar hasta tan famoso día para liberarnos. Este es un aspecto importante en el campo de la autonomía sobre el que merece la pena pararse un poco. La autonomía parte del hecho de que no hay un sujeto único y universal que sea revolucionario por naturaleza (el Proletariado), sino que postula la existencia de una multiplicidad de actores que por sus condiciones existenciales se encuentran situados en los márgenes del sistema y que pueden desarrollar una subjetividad revolucionaria, antagonista.

Las ideas enmarcadas en la Autonomía seducen con fuerza a sectores juveniles en los años 90 (aunque los orígenes son anteriores) como alternativa a la debacle del campo socialista. El «triunfo» ideológico capitalista sobre la URSS y el comunismo en general provoca una profundización de las críticas desde la izquierda al modelo del llamado socialismo real. Por eso se habla de «nuevos sujetos sociales» como los inmigrantes, las prostitutas, los homosexuales, jóvenes parados o precarios, etc., con el objetivo de dar un marco teórico a la desestructuración de la clase trabajadora impuesta por el Capital con el desmantelamiento de muchas grandes fábricas y la introducción de empresas de trabajo temporal, subcontratas, etc.

Esta concepción del campo social permitía no caer en el derrotismo y, por el contrario, abría nuevas perspectivas de lucha ilusionantes desde el «seguimos aquí, seguimos explotados, seguimos en lucha». Sin embargo, en mi opinión, con el paso de los años no se ha podido comprobar que estos sujetos sociales constituyen una nueva fuerza desestabilizadora cohesionada sobre la base de intereses comunes, como sí lo hacía el Proletariado. Es decir, los inmigrantes, las prostitutas y los jóvenes parados están en lucha pero no se conciben a sí mismos, por separado, como parte de una misma clase social. No hay un marco común de lucha. Ese marco ideológico está por construir, si bien es posible hacerlo.

Remarco este tema porque a finales de los 90 algunas corrientes de pensamiento del movimiento autónomo presuponían que cada lucha por separado (las «miles de revoluciones minúsculas») iba a ir desgastando el sistema e iba a abrir una posibilidad teórica de tumbarlo. Sin embargo a día de hoy vemos cómo los mayores golpes al sistema se siguen produciendo desde los países y pueblos donde la clase trabajadora está organizada como tal (con nuevos métodos) y se siguen convocando huelgas generales. Andalucía, Catalunya, Galiza, País Vasco... la fuerza de inmigrantes, homosexuales, jóvenes y mujeres de toda índole se pone sobre la mesa a través de su organización como trabajadores y trabajadoras. Ahí es donde se plantea con solidez el marco común. Creo, por tanto, que la diferencia esencial entre un momento histórico y otro gira en torno a la «conciencia de clase».

Cuando ha llegado una crisis brutal del capitalismo que ha despojado de históricos derechos sociales a la población, vemos que las respuestas desde el sindicalismo

combativo son las más contundentes y que el debate central reside en nuestra capacidad de regenerar un sindicalismo alternativo al oficial con carácter de masas. Incluso en experiencias con claros componentes autónomos como las movilizaciones del 15M de 2011, miles de personas llegaron el 19 de junio a la misma conclusión: «hace falta ya una huelga general» se coreó dando un papel protagonista al sindicalismo. En ese sentido, el potencial de las revoluciones en minúscula cobra sentido no tanto por su mera existencia sino en la medida en que caminan efectivamente hacia la cohesión de clase.

En cualquier caso el concepto de revoluciones en minúscula fue una herramienta útil para enfrentar una durísima etapa de resistencia como la que se vivió en los años 90, donde las grandes estructuras de la izquierda se desinflaban a pasos de gigante, donde la policía apaleaba a los irreductibles y donde toda opción política revolucionaria que pretendiera subsistir era criminalizada y aislada. Este concepto apoyaba todo tipo de luchas, por pequeñas que fueran, y les otorgaba un carácter transformador e ilusionante.

La autonomía lo que propone es tomar al comunismo como programa directo, como acto que está en la fuerza de las cosas. La revolución y el comunismo no pueden ser vistos como un mito, como un mañana paradisíaco que nunca llega, como un lugar estable y cerrado, ya definido, al que un día llegamos tomando palacios y de repente tod@s comunistas. El comunismo y la revolución son una práctica, un proceso indeterminado, abierto. La revolución como momento histórico definido y concreto, deja paso a la revuelta, discontinua, plural, dispersa. La revolución ya no se limita a la cuestión estratégica de la toma militar del poder (aunque esta no deje de tener aún importancia). «El comunismo no es una forma puramente negativa, no es una transición, es algo previo, es una posibilidad real, existente, negativa y antagónica, pero asimétrica, que vive en el interior del capitalismo».

Quizá habría que haber tomado más en serio esa frase que hablaba de la posibilidad de la «revolución en el interior del capitalismo» porque alrededor de esa consigna se sucedieron multitud de confrontaciones entre sectores autónomos tanto a finales de los 90 como durante la primera década del 2000.

Un sector entendió por «revolución en el interior del capitalismo» algo así como buscar un oasis en el que escapar de la explotación, ya sea okupar una vivienda, un centro social o incluso un pueblo deshabitado en el campo. También llevar a cabo prácticas como vivir colándose en el metro, el robo en grandes almacenes o recoger de la basura la comida en buen estado sobrante de los supermercados. En ocasiones también se entendió como mantener un proyecto legal (asociación de vecinos, estudiantil, etc.) desde el cual realizar actividades reivindicativas.

El debate se planteó en torno a la posibilidad de existencia política evitando la lucha global contra el Estado. Es decir, se valoraba el peligro de desarrollar un carácter individual e individualista, incluso aunque un proyecto fuera sostenido por un grupo de personas, en tanto que se interpretaba que en el fondo el resultado (no necesariamente la intención) pasaba por «salvarse ellos» en vez de «salvarnos todos».

Otro conflicto a la hora de interpretar la consigna «revolución en el interior del capitalismo» se dio con relación a los centros sociales okupados y sus negociaciones con las instituciones. El Laboratorio, la Biblio, Patio Maravillas... son algunos ejemplos. La confrontación de ideas giraba y sigue girando en torno al hecho de que quien negocia la

legalización supuestamente pretende limitar la revolución al interior del capitalismo; y quienes pretenden que la revolución supere el capitalismo se sitúan en la no negociación.

Algo similar ocurría a la hora de plantear la realización de movilizaciones legales o ilegales durante los 90. En ocasiones el debate era más de entender el medio como un fin en sí mismo que de valorar qué era más favorable para el proceso que estábamos desarrollando. Se planteó, por ejemplo, que la movilización ilegal era una forma de fomentar la desobediencia social y la confrontación. En contrapartida, la movilización legal podía ser entendida como un simple «paseo».

Haciendo un balance de los resultados de aquellos debates, todavía vigentes, personalmente considero que la identidad revolucionaria no está directamente ligada a la legalidad o ilegalidad. Hubo y siguen habiendo experiencias revolucionarias (o en ocasiones simplemente luchas justas) en ambos lados, que a fin de cuentas no dejan de ser cuestiones meramente tácticas. Hubo manifestaciones ilegales dignas que respondían a hechos represivos como aquellas que tuvieron lugar en Malasaña desde el año 95 en adelante, por la libertad de los insumisos presos y contra los abusos policiales. También hubo manifestaciones legales de calado como la que exigió la dimisión del delegado de gobierno Ansuátegui el 17 de marzo de 2001 por su política de porra fácil. Más allá de lo legal o ilegal, quizá faltó definir un eje común de confrontación con el Estado, desarrollar la capacidad de generar un movimiento popular amplio y combativo, y conectar con el sindicalismo alternativo.

Hasta principios del nuevo milenio no se recuperaron con decisión los 3 pilares básicos abandonados en la Transición: lucha obrera y anticapitalismo, antimonarquía/república y derecho de autodeterminación de los pueblos/antimperialismo.

Los diferentes sectores del movimiento autónomo desarrollamos en aquellos años experiencias tanto en la lucha cotidiana en barrios de Madrid como el apoyo y participación activa en las huelgas generales, pero no logramos consolidar una política en este sentido.

Herencias

El movimiento autónomo impulsó la okupación de espacios con fines políticos y sociales, y al menos durante los últimos 15 años estos centros sociales han sido importantes soportes de las principales luchas combativas. Ya sean luchas antiglobalización, contra las guerras, contra la especulación urbanística, antifascistas, antipatriarcales, *etc.* Algunos espacios destacados donde han participado activamente militantes que se reivindican o se han reivindicado de la autonomía podrían ser el CSO La Guindalera, CSO El Laboratorio, CSO La Casika, CSO Eskuela Taller, CSO El Desgüaze, CSOA La Alarma, CSO La Traba, Patio Maravillas y CSO La Gotera. Si bien hay muchos más.

Así mismo, ya dentro de Lucha Autónoma se dio mucha relevancia a la necesidad de crear herramientas informativas alternativas a los grandes medios de comunicación. Algunos referentes importantes en Madrid durante los 90 fueron el periódico Molotov, hoy Diagonal, y el servidor Nodo50. También el medio de contrainformación La Haine.org

(en un principio llamado «Kolectivo Autónomo La Haine») se sitúa entre los principales medios alternativos en castellano del Estado español.

Puede decirse que estas son algunas «herencias» del movimiento autónomo, presentes a día de hoy en la cotidianidad de los movimientos sociales, por las cuales vale la pena echar una mirada atrás, desechar lo que sea inútil y rescatar lo que nos sirva de cara a las luchas venideras.

Violencia y autodefensa

El debate sobre la violencia y la autodefensa siempre ha estado presente en los movimientos sociales. Más allá de un deseo de paz que reside en el interior de todo ser humano, me parece que el ciudadano común tiene profundamente interiorizado que si alguien le agrede tiene derecho a defenderse, de hecho a día de hoy acaba siendo prácticamente un acto reflejo. Sin embargo en el ámbito de los movimientos sociales este tema ha sido conflictivo, provocando incluso divisiones en muchas organizaciones.

Preguntémosles a los trabajadores de una empresa qué harían si la policía les reprimiera en una protesta por mejores condiciones laborales. Qué harían los vecinos de un barrio si la policía les agrediera por protestar contra la privatización de un centro de salud. Qué haría un grupo de jóvenes si unos nazis les agreden en plena calle por su estética o por el color de su piel.

De nuevo la violencia y la autodefensa no son conceptos cerrados. El pueblo los usa o los rechaza según sus intereses, sus deseos o según se dé su reacción natural ante un conflicto. Violencia sí o no, desde un punto de vista ético, no me parece un debate productivo vista la manera en que brota la violencia indiscriminadamente en nuestra sociedad todos los días. Por principio, creo que prácticamente todos estamos en contra de la violencia, incluso muchos que la practican a diario. El problema reside en cómo cada uno hace valer sus intereses como grupo social y, particularmente en nuestro caso, cómo reaccionamos ante las injusticias flagrantes que vivimos en nuestra piel.

Las preguntas que cada uno se hace en su interior, incluidos los políticos y banqueros, serían: ¿nos funciona la violencia?, ¿en qué casos?; ¿nos funciona la no-violencia?, ¿en qué casos?

Creo que con el paso del tiempo, la Coordinadora Antifascista de Madrid ha sido un espacio donde se ha gestionado bastante bien este tema, abogando por no caer en provocaciones políticas, neonazis o policiales, y desarrollando importantes movilizaciones de carácter pacífico. Al mismo tiempo no se ha aceptado un discurso falsamente pacifista que a veces se intenta imponer desde los medios de comunicación y las instituciones, los mismos que luego no tienen reparo en defender a capa y espada la violencia represiva de la policía antidisturbios o justificar el carácter «humanitario» de una guerra, por poner algunos ejemplos.

Sobre las formas de organización

Un movimiento que no trabaja desde la honestidad y la confianza en sus propios militantes está avocado al fracaso. No hay método organizativo «infalible» que funcione si no hay honestidad y confianza en sus pilares. No es posible, por mucho que tengamos un esquema organizativo que creamos «perfecto» (ya sea horizontal o jerárquico). En este

sentido el asamblearismo como forma genérica de funcionamiento del movimiento autónomo me pareció y me sigue pareciendo un acierto, al igual que me parece que se fortalece el asamblearismo cuando un movimiento elige representantes para que, desde la honestidad y la confianza, tomen decisiones en determinados momentos, especialmente en coyunturas represivas.

A día de hoy creo, además, que las nuevas generaciones que se suman a la lucha no conciben las estructuras jerárquicas como modelos organizativos válidos. Hay una especie de sensor «antijerarquía» encendido en la mente de la mayoría de los nuevos activistas. Tiene que ver con la participación; la gente joven se muere por participar en la lucha, no hace falta que nadie se lo dé masticado. Al menos a día de hoy en Madrid las estructuras asamblearias y la coordinación en forma de plataformas, son las que mayores éxitos políticos han cosechado. Sin embargo, no podemos confundir horizontalidad con honestidad y confianza. Una cosa no lleva a la otra automáticamente. Con honestidad y confianza podemos ser versátiles y moldearnos a las circunstancias según cada coyuntura.

Dicho esto, considero que sigue pendiente en Madrid convertir las buenas voluntades existentes en un modelo de movimiento social amplio y combativo que sea capaz de acumular fuerzas y mantenerse en el tiempo.

Relación con las instituciones

Por muy radical y antisistema que se pretenda un movimiento, en algún momento de su existencia tendrá que relacionarse con las instituciones si es que aspira a construir un movimiento popular. En los barrios hay instituciones por todos lados, ya sean educativas, políticas, vecinales, culturales... y hay mucha gente honesta trabajando en ellas, relacionada con ellas o que simplemente simpatiza. Es valioso hacer un intento por no «contaminarse», pero en mi experiencia práctica este camino es más producto de la desconfianza en uno mismo (desconfianza en que no vamos a poder hacer frente a la contaminación ideológica de unas instituciones creadas por el poder burgués) que de la eficacia a la hora de construir un movimiento popular antagonista.

En cualquier caso hay que retomar un debate básico: el eje principal de construcción política está en la calle, no en las instituciones. Si esto no se plantea y se trabaja con claridad, entonces hay motivos para dudar de las aspiraciones de un movimiento. Las instituciones pueden ser y son un complemento para la lucha en la calle. Representan un frente del que la burguesía nos echará a patadas si realmente lo ponemos a disposición de la lucha en la calle. Ese es su único papel. La gente honesta se relacionará con un movimiento revolucionario si este trabaja desde la serenidad, la honestidad y el respeto. Y se podrán ir poniendo pies dentro de las instituciones, a modo de conquistas políticas, si cada vez mayores capas de la población se vinculan a la lucha y a las reivindicaciones populares impulsadas por los movimientos revolucionarios.

Aquí reside uno de los problemas a los que se enfrentó el movimiento autónomo y que sigue vigente. No se trata de plantear la relación con las instituciones desde la teoría y desde si nos encaja o no en nuestros esquemas ideológicos preconcebidos. Se trata de trabajar decididamente por la construcción de un movimiento popular, sin dejarlo para mañana. Desde esa fuerza social autónoma, la discusión de «las instituciones sí o no» se resuelve por sí sola.

Y cuando hablamos de movimiento popular nos referimos a construir un proyecto para la gente no politizada. Ese es, en mi experiencia, el mayor muro al que podemos enfrentarnos: salir de nuestra zona cómoda ideológica y levantar un proyecto para y con el pueblo (despolitizado) de Madrid.

Diferencias internas y pluralidad dentro del movimiento

La pluralidad ideológica del movimiento autónomo, tal y como se entendió en Lucha Autónoma, me pareció una de sus grandes virtudes. Somos hermanos de lucha a día de hoy y nuestras diferencias suelen estar más sujetas a cuestiones meramente teóricas o históricas que a otras cosas. Desde la crítica constructiva a las experiencias socialistas y anarquistas del siglo xx, valorando errores y aciertos, de mutuo acuerdo podemos plantear una dinámica de «caminar separados, golpear juntos». En el momento en que anarquistas plantearon la necesidad de fortalecer la organización y comunistas plantearon la necesidad de fortalecer la horizontalidad, buena parte de nuestras diferencias teóricas históricas se difuminaron en pos de una unidad de clase.

Sin embargo, la práctica de la lucha ha demostrado que hacen falta enormes dosis de paciencia, voluntad, honestidad y confianza para sacar adelante un proyecto que incluya militantes de diversas ideologías. Dentro de Lucha Autónoma esta pluralidad no se mantuvo en el tiempo con solidez, siendo más objeto de deseo por parte de algunos sectores que una realidad consistente.

La herencia de esta concepción es muy dispar. Se han dado ejemplos valiosos de pluralidad ideológica dentro del movimiento de okupación, movimiento antifascista, movimiento estudiantil y de medios alternativos como *La Haine* y La Plataforma, entre otros. Sin embargo se han producido así mismo fuertes enfrentamientos entre sectores ideológicos en la primera década del nuevo milenio. Corresponde a los movimientos sociales tomar la experiencia como un modelo de aprendizaje para no dar más pasos atrás que adelante en este sentido.

Aun así pienso que la pluralidad ideológica no puede ser entendida como un fin en sí mismo. El fin es una sociedad con justicia social, el medio es la participación masiva y horizontal en la lucha. Si en ese camino coinciden militantes de diversas ideologías bienvenido sea, es de hecho la voluntad de muchos, sin embargo si no ocurre así no es grave. Lo grave es no avanzar en un proceso poderoso de acumulación de fuerzas anticapitalistas y revolucionarias.

En este punto creo que vale la pena empezar a concebirnos unos y otros como parte de un mismo pueblo. La conciencia de clase no tiene por qué entender de diferencias ideológicas. Se trata de los intereses de la mayoría popular contra los intereses de una élite minoritaria que dirige el sistema. No es casualidad que a menudo se desarrollan luchas puntuales por intereses básicos como la educación, la salud o la defensa de un centro social en un barrio, en las cuales coinciden de manera espontánea comunistas, anarquistas y gente sin adscripción ideológica. Habría que rescatar como referencia ese punto concreto, ese momento, esa fracción de tiempo en la historia en la que en efecto demostramos que tenemos unos intereses comunes como pueblo y como clase social. ¿Por qué ahí sí y en otros momentos no?

Aprendizaje para abordar nuevas luchas/proyectos

Un avance ideológico planteado tanto por el anarquismo como por los movimientos autónomos fue la crítica a las estructuras organizativas jerárquicas y al delegacionismo que se defendieron desde los partidos comunistas en el siglo xx. Esto es, a día de hoy, incluso reconocido por numerosas organizaciones comunistas revolucionarias. La acción directa y el antiautoritarismo son elementos esenciales que me han servido para seguir trabajando en la actualidad y que son útiles para conectar con la desobediencia natural de los vecinos, inmigrantes, jóvenes y trabajadores en general cuando viven situaciones de injusticia en sus propias carnes.

También la pluralidad de ideologías fue una valiosa herencia. Tanto en las experiencias de comunicación alternativa, movimiento de okupación e incluso en organizaciones políticas en las que he participado, siempre he percibido que la apuesta por la pluralidad ha sido bien vista por todos. No ha sido fácil practicarla por las profundas resistencias que existen en la sociedad de congeniar con quien no piensa como uno, pero creo que subyace un deseo colectivo de entendimiento. Es nuestra tarea regar ese compromiso para que florezca.

También he aprendido la importancia de la planificación; de no echarle la culpa a los demás y al mundo de nuestras carencias sino valorar cómo podemos mejorar nuestra actividad con nuestros propios recursos; la necesidad del apoyo mutuo incluso con colectivos que no coinciden al detalle con las ideas de uno; la importancia de entender las posturas de los demás en primer lugar, antes de pretender que los demás entiendan la postura de uno; la situación espectacular que se da cuando la unidad popular tiene lugar, es decir, cómo los grupos actuando juntos y coordinados somos mucho más fuertes que actuando a la vez aunque cada uno por su cuenta; que es fundamental seguir formándose y aprendiendo, que no podemos quedarnos estancados en una experiencia o situación, nuestra actualización debe ser permanente.

08. Algunas consideraciones sobre el proceso de refundación de Lucha Autónoma

Richard Crowbar

«No existe un camino para la liberación, una puerta para salir de la red. Hay que romper la red. Pero para romperla valen todos los caminos porque los nudos son de naturaleza diferente: cada camino rompe un nudo. No hay un camino exclusivo, sino inclusión de caminos... Ha muerto la Revolución (la revolución como mito), pero en la nueva vigilia se abre un campo efectivo, descentralizado y plural de revoluciones»

Jesús Ibáñez²⁰

Sin lugar a dudas la cita de Jesús Ibáñez es sugerente; creemos que en gran medida refleja el objetivo de la coordinadora de Lucha Autónoma por dejar atrás los lastres de las formas de entender y hacer política de la vieja izquierda, una labor que fue de suma importancia en el proceso de LA. No obstante, dada la magnitud del asunto, pese a los continuos intentos por desligarse de todo ese bagaje innecesario, creemos que tales lastres, en cierto modo, nunca fueron eliminados en su totalidad.

Empezamos a participar en LA en un momento de recomposición, en una especie de inicio de una segunda parte. Y como se suele decir, segundas partes nunca fueron buenas. Llegamos en un momento que se conoció como la refundación, momento al que seguirían espacios como «La Rekombinante» o «El Consejo» del Centro Social Okupado El Laboratorio 1. En gran medida, nosotras llegamos cuando muchas se iban. Cuando empezamos a organizarnos en el barrio de Prosperidad, cuando comenzamos a editar un fanzine, convocar concentraciones u okupar casas, la sensación dentro del «área de la autonomía» era la de agotamiento, de letargo; llegamos en un momento de valle dentro de un ciclo de movilización mucho más amplio.

²⁰ Por una sociología de la vida cotidiana, p. 8. Esta cita con la que comenzamos nuestra aportación a este nuevo libro sobre el proceso que fue Lucha Autónoma (en adelante LA) se puede leer en la que fuera página web de dicha organización en su segunda etapa (1999-2001) en la cual nosotras participamos. Disponible en <http://www.nodo50.org/lucha-autonoma/>

Contradictoriamente, nosotras vivíamos ese momento como un pico, ya que resultó increíble descubrir lo que supone la organización junto a otras personas, el respirar conjuntamente, es decir, vivir la potencia que es la conspiración. Cuando llegamos, la toma de casas abandonadas o la organización barrial de colectivos, era algo que si bien se había estabilizado en algunos barrios daba la sensación de haber tocado techo; los espacios recuperados cada vez duraban menos tiempo y los colectivos perdían su sentido al sentirse islas sin archipiélago.

Nos acercamos a LA desde una cierta visión mítica y mística del conflicto. La imagen del encapuchado como símbolo de la radicalidad estaba muy arraigada en nuestras jóvenes mentes y nos hacía confundir lo estético con el contenido. Construimos esta imagen viendo los disturbios por las manifestaciones pro-insumisión que tuvieron lugar en el madrileño barrio de Chueca a mediados de los 90. De alguna forma nos sentíamos irremediabilmente atraídos por todo ese imaginario, el cual seguramente vimos por primera vez a través de la pantalla de la televisión cuando éramos niños y el telediario mostraba imágenes de las movilizaciones de estudiantes de 1986. Es desde aquí, desde donde acudimos el 10 de marzo de 1997, al desalojo del CSO La Guindalera, muy cercano a nuestro barrio.²¹

O a la manifestación por el desalojo de La Casa Popular Okupada de Maravillas, en Malasaña.²²

Nuestra invitación a formar parte del proceso de refundación de LA, vino de la mano de nuestra participación previa en la Coordinadora Antifascista. Así pues, acudimos al antiguo CSO Seco en febrero de 1999 para participar de ese proceso de refundación.²³

Nos encontramos con una asamblea de unas doscientas personas, de alguna forma nos dimos cuenta de que no estábamos solos en todo aquello, que nuestra isla formaba parte de un archipiélago, que había mucha más gente en Madrid que trataba de cambiar el presente estado de cosas, y que compartíamos con ellas la forma de hacerlo. Pese a que las motivaciones que nos llevaron a participar en aquel proceso fuesen en primera instancia un tanto irreflexivas —algo evidente, como atestigua el que desde nuestro colectivo no hubiera ninguna aportación textual al debate que se abriera por aquel entonces—.²⁴

Según avanzaban las asambleas nos dimos cuenta de la importancia del trabajo coordinado, aunque por aquel entonces no entendíamos muy bien el debate entre lo difuso y lo formal, entre la coordinadora, la federación y la red...

²¹ Disponible en <http://info.nodo50.org/Desalojo-del-C-S-La-Guindalera.html>

²² <http://www.sindominio.net/laboratorio/archivo/detenid@s.htm>

²³ <http://www.nodo50.org/lucha-autonoma/textos/refundacion.htm> (en este enlace se pueden encontrar textos aportados por diferentes colectivos al proceso de debate que se abrió en aquel momento).

²⁴ Ver nota anterior.

Para nosotras estar en esas asambleas con tanta gente, pero sobre todo poder escuchar y aprender de compañeras con mayor experiencia, ya era de por sí algo con un valor enorme. De este modo y viéndolo con la perspectiva que nos da el tiempo transcurrido desde entonces y las reflexiones que hemos tenido desde hace ya más de una década, podemos afirmar que LA no fue un viaje de juventud. Al menos para nosotras LA fue una escuela en la que aprendimos una forma de entender la política y estar en la vida que todavía hoy día tratamos de mantener.

Es ahora cuando nos damos cuenta de que no podemos narrar buscando el sentido de todo lo que vivimos entonces en forma de Historia única, sino que el sentido de la narración está en la multiplicidad de historias, muchas de las cuales fueron y son contradictorias; son historias que aún hoy huyen de la línea recta buscando un trazado sinuoso que se parece mucho más al de una espiral, lo cual provocó y provoca que en numerosas ocasiones tengamos la sensación de haber pasado ya por un lugar. En cierto modo podemos decir que al igual que en la naturaleza las historias tienen mucho más que ver con devenires y ciclos, con avances, retrocesos y agujeros negros que con líneas rectas, la evolución está salpicada continuamente por lo contingente, por la casualidad. Ahora podemos ver con claridad que LA no era la coordinadora con mayúsculas que todo lo podía, como creíamos cuando nos acercamos por primera vez a dicha organización, sino que sencilla y complejamente era la coordinación de lo que entonces había dentro de los estrechos márgenes del gueto; algo por cierto, no muy diferente a lo que hay hoy: centros sociales okupados que tratan de abrir conversaciones con el ayuntamiento, centros sociales okupados que no quieren ni oír hablar de esta posibilidad, colectivos de barrio, asambleas de universidades, colectivos libertarios, antifascistas, anticapitalistas, comunistas... Así pues nos tenemos que preguntar por qué continuamente pensamos que tiempos pasados fueron mejores.

Con la perspectiva que nos otorga el tiempo, podemos ver como quizás uno de los errores originarios, de base, de LA y en general de muchos colectivos y asambleas de carácter autogestionario, haya sido el trasladar mapas de otros territorios al nuestro. Obviamente la autonomía alemana o la italiana si bien podían y pueden ser referentes imprescindibles, no podían ser tomados como modelos únicos, como mapas que podíamos utilizar para guiarnos en nuestro contexto. De este modo en innumerables ocasiones, desde la autonomía madrileña hemos caído en la representación y no en la presentación, en la burda copia de una estética, en un simulacro ya sea la del «schwarze block»²⁵

O la de los «tutte bianche».²⁶

Hemos copiado un repertorio de acción colectiva, sin pararnos a reflexionar sobre si las oportunidades políticas, el contexto, era el apropiado para el desarrollo de esos repertorios.

²⁵ Daniel Dylan Young, «Autonomia and the origin of the *Black Block*». Disponible en <http://www.ainfos.ca/01/jun/ainfos00170.html>

²⁶ Pablo Iglesias, «El movimiento de los tutte bianche. Experiencias y estrategias». Disponible en http://www.sindominio.net/~pablo/papers_propios/El_movimiento_de_los_tute_bianche.pdf

Es por esto que ahora entendemos la autonomía no como un mapa, sino como una caja de herramientas que nos permite construir nuestros propios artilugios, como una brújula que nos permite trazar nuestros propios mapas, como un machete que nos permite abrir nuestros propios caminos o descubrir los caminos antes recorridos pero ya cubiertos por la maleza.

Desde los textos producidos desde el área de la autonomía siempre se ha dicho que no había que entenderlos como ideología, pero una cosa es decirlo y otra llevar esta idea a la práctica. Si creemos que la autonomía huye de toda definición, al estar en constante mutación, no tiene sentido definirla como ideología, como un «deber ser», como molde, como ese corsé en el que tenemos que meter a la realidad. Pero la realidad es algo que se nos impone. De este modo el molde, el corsé que es la ideología, se rompe y pierde todo su sentido; en definitiva no nos es útil. Con esto no queremos decir que el cambio de la realidad sea imposible, pero su modificación, como bien sabemos, conlleva esfuerzos y tiempos dilatados. De este modo nuestras estructuras deben tener una fortaleza, basada no en un inmovilismo o rigidez, sino en una cierta flexibilidad y dinamismo, que nos permita hacer frente y descifrar a los continuos cambios de la realidad.

En gran medida lo mismo ocurre con las identidades; en numerosas ocasiones nos hemos encontrado con «identidades autónomas» enfrentadas a otras identidades, ya sean anarquistas, comunistas, okupas... algo sin sentido alguno, pues si entendemos que la autonomía no es una cuestión ideológica, difícilmente se podrá derivar de ésta una identidad. Pese a ello el peso de las identidades siempre fue excesivo en LA.

A este respecto resulta interesante el último párrafo del documento sobre los «acuerdos teóricos mínimos» que se elaboró durante la etapa de refundación de LA:

«Más que hablar de «alianzas» y «negociaciones», de llevarse el «gato al agua», creemos que es necesario fomentar la cultura de la solidaridad, el respeto, la afectividad y las ganas de aprender, que sea capaz de romper posibles suspicacias y bloques, y potenciar la unidad en base a las prácticas políticas.

»Consideramos que nos tenemos que mover entre dos actitudes: la humildad que nos acerque y haga que podamos aprender de otras realidades que trabajan en territorios distintos y con prácticas diferentes a las nuestras; y la crítica, como valor inherente a toda aspiración de liberación, como proceso de debate y redefinición permanente, que no separe y distancie, sino que aproxime y una.

»Hay que unir todo lo que sea unible contra l@s enemig@s sin renunciar a la propia identidad. Hay que construir un espacio donde se integren las distintas formas de pensar, sentir y actuar de la autonomía.»

Madrid, primavera de 1999
Coordinadora de Colectivos
Lucha Autónoma (II)²⁷

²⁷ Ver «Modelo Organizativo sobre la refundación de la coordinadora». Disponible en <http://www.nodo50.org/lucha-autonoma/coordinadora/la-coordinadora.htm>

Los debates se prolongaron durante unos meses, pero la segunda versión de LA nunca llegó a tomar cuerpo, no se generó el consenso suficientemente amplio que diera sentido a seguir construyendo, o mejor dicho reconstruyendo, algo que tenía demasiadas grietas y goteras. No obstante algunos colectivos estuvimos intentándolo.²⁸

Se lanzó una campaña contra las empresas de trabajo temporal con concentraciones en las puertas de distintas ETTs en varios barrios, participamos de las convocatorias de la Semana de Lucha Social, en las convocatorias y asambleas de la Coordinadora Antifascista de Madrid y en la campaña contra el desalojo de la Escuela Popular de Prosperidad.²⁹

Obviamente, al tratarse de nuestro barrio y de la Escuela en donde comenzamos a tener nuestras primeras asambleas, nuestra implicación fue total.

Contemporáneamente a todo esto estallaba lo que se conoció como «movimiento antiglobalización», con la revuelta de Seattle y su traslación a Europa con las movilizaciones de Praga en septiembre del año 2000. Algunas de nosotras acudimos a aquellas convocatorias, contemporáneas con el final de LA. En cierto modo, el Movimiento de Resistencia Global, generado con el fin de organizar a los grupos de personas que acudían a las convocatorias antiglobalización, llenó el vacío que dejaba la disolución de LA; de alguna forma y pese al consabido lema de «pensar global, actuar local» los intereses y energías estaban puestas más en seguir el desarrollo de los acontecimientos que se iban generando desde las redes europeas que en lo que se podía construir en los barrios. Lo cual se tradujo en un debate entre quienes apostaban por las dinámicas del «movimiento global» o el «Foro Social Europeo» y quienes apostaban por seguir trabajando desde los barrios. Resulta evidente que las redes militantes no desaparecieron con el final de LA; quizás el error que cometimos en este momento fue volcar tantos esfuerzos en coordinar viajes de «turismo revolucionario» ya fuese a Praga, Génova, Niza, Florencia, París, Barcelona... esto era lo que había, lo que nos parecía más interesante; y la verdad, nos lo pasamos muy bien compartiendo debates, acampadas, calles y barricadas con compañeras de muchas partes de Europa y del mundo. Durante ese tiempo comenzamos a escuchar lemas que ahora suenan a clásicos como «people before profit» (la gente antes que los beneficios). Si ya en su momento, cuando empezamos a acudir a las asambleas de LA, nos dimos cuenta de que no estábamos solos en todo esto, al acudir a las contra-cumbres la intensidad de ese sentimiento se multiplicó. De alguna forma comenzamos a trazar mapas, compartir saberes y repertorios con compañeros de otras partes de Europa y del mundo, lo que resultaba muy enriquecedor; así mismo eran momentos que vivíamos como revolucionarios, pues tanto la enorme incidencia en la agenda mediática y política como la generación de redes a nivel mundial (hoy evidente), resultaba al menos para nosotras toda una novedad.

²⁸ Disponible en <http://www.nodo50.org/lucha-autonoma/colectivos/la-colec.htm>

²⁹ <http://www.nodo50.org/lucha-autonoma/convocatorias/la-campanas.htm>

Aunque lo reflexionado hasta aquí suene pesimista, no pretendemos quitarle valor o decir que LA no fue un proyecto que haya influido en lo que ha sucedido después en el desarrollo de los movimientos sociales de carácter autónomo en Madrid, todo lo contrario, sin caer en la autocomplacencia, la nostalgia y mucho menos en la melancolía queremos dejar claro que bajo nuestro punto de vista LA sentó las bases de los intentos por ordenar conjuntamente, es decir coordinar las iniciativas políticas de base de la ciudad de Madrid. No podemos tener un mapa de lo acontecido en Madrid en los últimos años sin tener en cuenta la experiencia que supuso LA tanto como potencia en términos de foro de discusión, como lastre en términos de identidad autorreferencial.

Algunas historias de lo vivido en el barrio de Prosperidad

«Los revolucionarios a menudo olvidan, o no les gusta reconocer que se quiere y hace la revolución por deseo y no por deber.»

Deleuze y Guatari³⁰

Como decíamos antes, nuestra llegada se produjo en un momento de decadencia de los colectivos de barrio a nivel metropolitano; por ello en nuestro barrio fuimos «rara avis» ya que comenzamos a organizarnos cuando pocas personas de nuestra generación tomaban esa decisión de generar colectivos con una territorialización tan fuerte como la que se da en los barrios. Creemos que en cierta medida esto se pueda explicar porque nosotras nos conocimos en el Ramiro de Maetzu, instituto famoso al igual que otros institutos de Madrid por ser cantera de los movimientos sociales. A lo largo del curso 1997/1998, un grupo de compañeros del instituto nos comenzamos a reunir en el antiguo local de la Escuela Popular de Prosperidad situado en la calle General Zabala; compartíamos una serie de inquietudes que nos hacían sensibles hacia temas como el antifascismo y el antirracismo (todo era muy «anti» por aquel entonces...). Nuestra llegada a la Escuela se produjo de la mano de unos compañeros del instituto quienes acababan de poner en marcha el Kolectivo Libertario de Prosperidad (KLP). Tras un par de reuniones en las que el deseo y las ganas por adentrarnos en lo organizativo comenzaban a correr por nuestras venas, iniciamos las asambleas del Kolectivo Antifascista de Prosperidad (KAP).

A las asambleas cada vez venía más gente, colegas del parque y gentes de otros institutos de la zona como el San Juan Bautista. Así mismo otro grupo de jóvenes del barrio que ensayaban con su grupo de música punk (Kolumna Durruti) en los locales de la Escuela de la Prospe, decidieron convertirse no solo en grupo de música sino también en colectivo.

³⁰ Anti-Edipo: capitalismo y esquizofrenia, Paidós, 1985, p. 355.

Pocos meses después vimos que no tenía mucho sentido mantener dos colectivos de jóvenes en el barrio trabajando básicamente sobre los mismos temas, de este modo comenzamos un proceso de unificación entre el KAP y el KLP, el cual sin saberlo, quizás fue nuestro primer experimento en pro de identidades complejas, múltiples, en definitiva: subjetividades superadoras de lo autorreferencial y lo endogámico, aunque obviamente esto eran solo balbuceos.

En ese momento llegaríamos a ser unas veinte personas acudiendo a las asambleas, en su mayoría chicos, si mal no recuerdo tan solo había tres mujeres en el colectivo. A lo largo de este tiempo editamos tres números de un fanzine al que llamamos de forma un tanto provocativa «Trikornio», hacíamos pintadas por las calles del barrio, sacamos pegatinas sobre temas como la okupación, el antifascismo o la lucha antipatriarcal. Así mismo convocábamos concentraciones antifascistas en la plaza del barrio con motivo del 20N. En cierto modo, nuestra concepción del antifascismo, aunque incipientemente, ya estaba encaminada hacia una crítica a lo establecido, hacia una crítica al sistema capitalista, plasmando una cierta complejidad; podríamos decir, que nos hacía ver que nuestra forma de interpretar el antifascismo iba más allá de los problemas con nazis en las calles. Con el paso del tiempo y las aportaciones de diferentes compañeras, el antifascismo pasó a ser una coetilla, un paraguas, puesto que al existir diferentes sensibilidades ideológicas se empezó a trabajar en los diferentes campos que más nos llamaban la atención. Dejamos la teoría aparte y empezamos con la práctica. Mientras que otros colectivos madrileños de nuestra generación, mantenían una clara visión ideológica —este era el caso en nuestro propio barrio de colectivos como Kolumna Durruti y Alerta Negra, de corte más libertario— nosotros participábamos de casi todas las luchas que provenían del movimiento antagonista de Madrid.

Influidos por la cuestión identitaria pero también por una necesidad de querer asumir mayor responsabilidad, nuestras asambleas semanales y nuestra participación en la Escuela de la Prospe se nos quedaban pequeñas y queríamos ampliar nuestros horizontes, sentir que teníamos un espacio propio. Sin embargo, no sabíamos muy bien cómo hacerlo. En cierto modo estábamos jugando un papel clave en la Escuela de la Prospe, pues éramos el relevo generacional evidente.

Con todo, en el invierno de 1998, mediante una compañera que colaboraba en la Escuela, nos llegó la propuesta de reunirnos con un grupo de amigos suyos que al igual que nosotras no tenían en su mayoría experiencia militante previa; exceptuando a los que decidieron abandonar el grupo «Mente en Guerra» de Juventudes Libertarias, organización de la que, hasta entonces, formaban parte. Eran un par de años mayores que nosotras y por lo tanto ya habían entrado en la universidad.

Así pues tras una serie de reuniones, el 1º de mayo de 1999 okupamos el centro social La Galia, en la calle Mantuano, muy cerca del colegio Nicolás Salmerón, uno de los primeros espacios autogestionados del Madrid de la transición.³¹

Sin saberlo estábamos comenzando a caminar a la sombra, aunque solo fuese en términos simbólicos (o quizás no), de uno de los primeros centros sociales autogestionados que se dieron en Madrid.

Esta fue nuestra primera experiencia de praxis autogestionaria, en ella aprehendimos mucho, sobre todo de nuestros errores, aprehendimos que el respeto, la responsabilidad y el compromiso son elementos fundamentales para el buen desarrollo de cualquier proyecto. Respeto, responsabilidad y compromiso que no asumían muchas de las personas que pasaban por el centro social, lo que provocaba muchos desequilibrios a la hora de seguir caminando y conspirando. En cierto modo se puede decir que una cosa es pasar por el centro social y otra que el centro social te atraviese. Lo que está claro es que para aquellas de nosotras a quienes el centro social nos atravesó el cuerpo, la vida ya no iba a ser igual. Experimentar la gestión del cotidiano de forma comunitaria no es algo que se olvide fácilmente. Pese a las dificultades, las idas y las venidas, conseguimos hacer de una pequeña casa un espacio de reunión de algunos de los jóvenes del barrio. Eran momentos de lucha por la amenaza de desalojo que recaía sobre la Escuela Popular de Prosperidad, cuyo desalojo parecía inminente.³²

Pero obviamente el nuestro lo resultó más, y fuimos desalojados en octubre de 1999, seis meses después de la okupación de edificio.

A la manifestación por el desalojo acudieron unas setecientas personas. Salimos de la plaza del barrio; en la pancarta de la cabecera de la manifestación, la cual fue llevada durante todo el recorrido por algunas de nuestras madres y padres, se recordaba la muerte de José Luis Enguidanos que había tenido lugar pocos días antes durante un desalojo en Valencia.³³

Nuestro desalojo coincidió con el acuerdo entre el Arzobispado de Madrid y la Escuela de la Prospe, mediante el que la Comunidad de Madrid cedía unas instalaciones situadas en la calle Luis Cabrera, lugar en el que sigue desarrollando su actividad hoy en día.

³¹ Antigua escuela de mandos de la Falange que en 1977 dado su estado de abandono fue tomada dando lugar al Centro Cultural de la calle Mantuano. La Escuela Popular de Prosperidad comienza el curso académico 1977/78 en el edificio permanecerá hasta el curso 1980/81, cuando el Ayuntamiento de Madrid se hace cargo del edificio del Centro Cultural Mantuano, con el propósito de instalar un centro cultural municipal y un colegio público. Tras un proceso de negociación, resistencia y lucha, al comenzar las obras, el ayuntamiento ofrece a la Escuela la posibilidad de utilizar, en horario de tarde y noche, el edificio de la Calle General Zabala, la Escuela se traslada a estos locales en enero de 1981, empezando a utilizarlos solo en horario de tarde.

³² «Aumenta el riesgo de desalojo de la Escuela Popular de Prosperidad (5º comunicado de la Prospe)». Disponible en <http://www.sindominio.net/upa-molotov/infos/100500.html>

³³ El 16 de octubre de 1999 se okupó en Valencia el cine Princesa en respuesta a un desalojo, esa misma noche se produjo el desalojo del cine. Hubo 52 detenidos y el joven José Luis Enguidanos murió al caer desde la platea al patio de butacas y golpearse la cabeza.

Para nosotras ese proceso de negociación, si bien nos despertaba dudas pues estábamos en contra de las interlocuciones entre espacios autogestionados e instituciones, nos hizo ver que es posible mantener una negociación, un pulso con las instituciones para arrebatarnos espacios, sin por ello perder ni un ápice de autonomía.

Tras el desalojo, y fruto de los desequilibrios que comentábamos antes, el colectivo de personas que tomamos «La Galia» se dividió, si bien no dejaron de mantenerse contactos entre los miembros, los cuales perduran a día de hoy. Por un lado, un grupo de personas que nunca habían asumido responsabilidades sobre el espacio siguieron en esa línea, haciendo un uso parasitario de los espacios autogestionados del barrio. Por otro lado, un grupo de personas con una perspectiva de trabajo comunitario, vecinal, decidieron tomar un edificio abandonado a finales de diciembre en la calle Gustavo Fernández Balbuena. Sin embargo, mientras se producía la okupación del mismo, fueron pillados in fraganti por la policía nacional, quien detuvo a las tres personas que estaban realizando la acción, desarrollando un montaje policial en el que fueron acusadas de estar haciendo un butrón en la sede de Visa España, contigua al edificio que se había tomado.³⁴

Durante las concentraciones de apoyo a los detenidos en los juzgados de Plaza de Castilla hubo fuertes cargas policiales con compañeras heridas de consideración. Un par de días después de su detención, los compañeros fueron puestos en libertad siendo absueltos durante el posterior proceso judicial. Posteriormente se intentaron establecer proyectos en otros barrios, primero en Canillejas y luego Valdeacederas, sin que en ninguno de los casos se consiguiese una permanencia en los espacios tomados, que eran desalojados a las pocas semanas de su okupación. Esto hizo que el grupo se desanimara y dejase de intentar nuevos proyectos de okupación, no obstante, algunos de sus miembros comenzaron a participar y lo siguen haciendo a día de hoy en el Centro Social Seco.

Aproximadamente un mes después, otro grupo de personas tomaba un edificio abandonado en la calle Sánchez Pacheco, que sería conocido como Centro de Cultura Libertaria de Prosperidad. Se trató de una nave diáfana que estuvo okupada durante casi un año, en ella se realizaron multitud de conciertos para financiar a colectivos de Madrid. La perspectiva del grupo que tomó este espacio, en cierto modo, había dejado de lado la idea del trabajo vecinal. Pese a que apoyábamos a la Escuela de la Prospe y manteníamos una fuerte identidad barrial, no teníamos una clara conexión con la realidad del barrio, no estábamos volcados en la construcción de una red social en el barrio, sino que más bien nos centrábamos en la construcción de redes propias, tanto en el barrio como en la ciudad; realizando para ello, por ejemplo, multitud de conciertos en el espacio. El edificio se encontraba en una zona del barrio en reestructuración, un antiguo polígono industrial, cuyas naves estaban siendo demolidas para dar paso a la construcción de nuevas viviendas. De modo que los vecinos no estaban muy cerca que digamos, ni nosotras tampoco teníamos muchas ganas de estar cerca de ellos, así que el espacio era idóneo para hacer conciertos.

³⁴ Ver el dossier «Butroneros. Crónica de un montaje policial al movimiento de okupación» www.nodo50.org/butrones/DossierButron.PDF

Durante estos momentos, desarrollamos campañas de denuncia social, como la «Semana Anticapitalista» durante Febrero del 2000, en la cual se realizaron acciones espectaculares de denuncia. Como en la que, tapadas con caretas blancas, un grupo de personas nos acercamos a la plaza de Prosperidad y a media tarde rompimos la cotidianeidad de la plaza tirando cubos de pintura roja y pegando carteles con fotos de personas acosadas por el hambre y la guerra en las lunas de una sucursal bancaria; otro día se entró en el McDonalds recién inaugurado del barrio con panfletos, bombas fétidas y petardos; otro día se realizaron cortes de tráfico con barricadas. Este conjunto de acciones, si bien evidentemente no conllevaron ningún tipo de repercusión mediática ni entre los vecinos del barrio, nos colocó en el punto de mira de la represión policial, teniendo su punto más álgido cuando unos compañeros fueron acusados mediante otro montaje de haber atacado varias sucursales bancarias por todo Madrid. En un primer momento la policía intentó aplicarles la ley antiterrorista pero el juez desestimó ese extremo y finalmente dada la ausencia total de pruebas fueron puestos en libertad sin cargos.

Tras el desalojo de Centro de Cultura Libertaria de Prosperidad, okupamos en la calle García Luna un edificio en el cual tratamos de poner un proyecto en marcha bajo el nombre de Centro de Cultura Popular de Prosperidad, pero el estado completamente ruinoso del edificio, sin toma de luz ni agua, provocó que no pudiésemos desarrollar en él ningún tipo de actividades, así que lo abandonamos pasados unos meses, algo que evidenciaba de alguna forma que ya no tenía sentido nuestra permanencia en el barrio, por mucho que nos empeñásemos.

Más allá de todos estos episodios, durante este tiempo habíamos construido de alguna forma una comunidad dentro del barrio, formada por varias viviendas okupadas y con dos espacios autogestionados como eran el centro social y la Escuela de La Prospe; quizás por eso la represión se cernió sobre nosotros y provocó el desarraigo actual en el que nos encontramos, pues nadie de nuestra generación con excepción de una persona, sigue viviendo en el barrio. Después de los desalojos de las viviendas y centros sociales, la sensación era de derrota, de expulsión, de desorientación, de alguna forma sentíamos que no habíamos conseguido arraigar lo que habíamos construido durante esos años, así pues comenzamos una especie de diáspora por diferentes barrios de la ciudad como Vallecas, Estrecho o Lavapiés. Esta dispersión no fue solo una dispersión geográfica sino también política; en cierto modo los diferentes debates que se desarrollaron en Madrid en torno a los repertorios y sentidos de las luchas, provocó una serie de «fracturas» en las redes madrileñas. Estas divisiones obviamente también nos afectaron a nosotras, pero en nuestro caso esas traumáticas «fracturas» se vivieron más bien como «esguinces»; así pues mientras algunas de nosotras se acercaron a posturas insurreccionales, otras se acercaron a las redes vecinales institucionalizadas como la FRAVM, a los espacios autogestionados que trataban de establecer interlocuciones con el ayuntamiento como el CSO El Laboratorio 3, a las asambleas universitarias, o directamente se desencantaban de la militancia.

Como decíamos, de las quince o veinte personas que componíamos el colectivo, ya tan solo queda una persona viviendo en el barrio. Los precios de los alquileres, la fuerte represión que sufrieron los espacios okupados y nuestras ganas por conocer otros

horizontes hicieron que a día de hoy estemos repartidos por la geografía madrileña y no solo por la madrileña, ya que hay compañeras que viven en otras ciudades del Estado y de Europa. Seguramente lo peor de este éxodo no haya sido la salida del barrio y el abandono de eso que de forma jocosa, pero no por ello carente de sentido, se vino a denominar como «barrionalismo», sino el haber dejado, de alguna manera, a la Escuela de Prosperidad, nuestra primera escuela política, sin el relevo generacional obvio que éramos.

Un hito que marco nuestra vida política fue el encarcelamiento de nuestro compañero Eduardo García quien había participado en los colectivos del barrio desde el comienzo, así como en colectivos de apoyo a presos.³⁵

Poco después de volver de las movilizaciones de Praga en septiembre de 2000, Eduardo era detenido en su casa, acusado del envío de varios paquetes bombas, asociación ilícita y tenencia de explosivos. Tras su detención tuvo lugar en el Centro de Cultura Libertaria de Prosperidad una enorme asamblea en la que se desarrolló un debate, en primera instancia, sobre si se debía reivindicar la inocencia de Eduardo o no, este debate derivó en otro en el cual se trató el tema de la violencia como herramienta del movimiento, debate que se mantuvo durante mucho tiempo, el cual nunca fue cerrado y todavía hoy acarrea brechas. En esa asamblea, y por tanto en ese debate, estaban representadas todas las sensibilidades de la autonomía madrileña, pocos días después Eduardo era puesto en libertad lo cual supuso un alivio, pero debido a la supuesta «alerta social» que se había producido por su puesta en libertad, azuzada principalmente desde las páginas del diario El Mundo, Eduardo fue encarcelado de nuevo permaneciendo en la prisión de Soto del Real por espacio de casi un año a espera de juicio.³⁶

Evidentemente el encarcelamiento de un compañero nunca es algo fácil de asumir, más si cabe cuando responde a un montaje policial como era el caso, y más todavía si la experiencia política que tienes es mínima, como era nuestro caso. Hacer frente a algo así era un traje que evidentemente nos quedaba muy grande, así pues nos vimos desarrollando la campaña por la libertad de Eduardo junto con compañeros de CNT y CNA, organizaciones en la que también participaba Eduardo. La campaña, que tuvo una cierta incidencia, se basaba básicamente en la distribución por todo el estado del material que habíamos editado —carteles y pegatinas— pidiendo la libertad de nuestro compañero; así mismo dimos bastantes charlas explicando el caso. Tras las críticas recibidas debido a que el material editado solo hacía referencia a la libertad de Eduardo, también incluimos en las reivindicaciones el fin del régimen FIES (que también sufrió nuestro compañero), la excarcelación de los presos con enfermedades terminales y el fin de la política de dispersión. Durante su primera estancia en prisión, Eduardo realizó una huelga de hambre durante seis días que comenzó el 26 de abril de 2001, un día por cada mes que llevaba encarcelado y uno más, el 1º de Mayo.

³⁵ «Montaje Mediático policial». Disponible en http://www.nodo50.org/montaje_policial/montaje.htm

³⁶ «Eduardo García sale en libertad bajo fianza tras un año de carcel», UPA 22-10-01. Disponible en http://sindominio.net/upa-molotov/infos/221001_3.htm

En palabras de Eduardo, este último día de huelga se hacía «como homenaje a los compañeros asesinados por el Estado Norteamericano el 1º de Mayo de 1886 y en apoyo a las reivindicaciones que las compañeras y compañeros de la CNT van a expresar ese día en las calles.» La huelga fue secundada por la madre del compañero encerrado, en un intento de visibilizar la injusta situación que vivía.

La primera salida de prisión de Eduardo coincidió con una manifestación que habíamos convocado pidiendo su libertad, el 10 de Noviembre de 2001, la manifestación se realizó pese a la excarcelación de Eduardo, ya que, como comentábamos, las reivindicaciones de la campaña se habían extendido mas allá de su caso particular. Eduardo quedó en libertad a espera de juicio durante dos años y el 17 de Noviembre de 2003 se celebró el juicio en el cual fue condenado a cuatro años de prisión tras diferentes recursos que se prolongaron durante un espacio de dos años.³⁷

Eduardo ingresaba de nuevo en prisión, esta vez en Navalcarnero, el 18 de Marzo de 2005.³⁸

Eduardo cumplió la pena íntegra pese a haber cumplido las tres cuartas partes de la condena.³⁹

No fue puesto en libertad hasta 2008.

Entre lo necesario y lo imposible, nuevos paradigmas⁴⁰

«Si buscas resultados distintos, no hagas siempre lo mismo»

Albert Einstein

El momento de ruptura, que da inicio a un ciclo de retraimiento, no se sitúa tanto en el fin de LA en 2001, como en el desalojo de el CSO El Laboratorio 3 en 2003 o tras las manifestaciones en protesta por el inicio de la guerra de Irak en ese mismo año. En este momento se abrió un paisaje un tanto desolador, simbolizado en la incapacidad y en el desgaste, incapacidad de responder al desalojo de un centro social de referencia como había sido El Laboratorio 3. Si bien se intentó crear un espacio que lo supliese mediante la okupación de El Laboratorio 4, el proyecto no llegó a consolidarse, pues el espacio fue desalojado pocas semanas después de su okupación sin llegar a realizarse la apertura pública del mismo. Los centros sociales okupados casi no duraban.

³⁷ «La fiscalía de la Audiencia Nacional presenta unas pruebas escasas e inconsistentes en el juicio contra Eduardo García», *Molotov* nº41, diciembre de 2003.

³⁸ «Eduardo García, de nuevo encarcelado», *Diagonal*, 31 de marzo al 13 de abril de 2005.

³⁹ «Eduardo García, libertad», *Diagonal* nº53, 26 de abril de 2007.

⁴⁰ Este ultima parte del capítulo es una reescritura de los textos generados desde el eje de okupación de Rompamos el Silencio, del cual algunos de nosotros formamos parte.

Ansuátegui, quien fuese delegado del gobierno desde 2000 a 2004, gobernó la ciudad con mano de hierro aplicando una dura represión contra cualquier intento de enraizamiento disidente en la ciudad. Así pues, este momento de repliegue quizás fuese necesario para tener espacios de reflexión sobre lo que había sucedido en la ciudad en los últimos años, para reflexionar sobre las prácticas que se habían desarrollado; de alguna forma se trataba de pensar en cómo volver a tomar la iniciativa. El problema es que estábamos ante un terreno completamente estéril en el que daba la sensación de que ninguna iniciativa podía fructificar.

Pero todo esto cambió repentinamente con lo sucedido a raíz de los atentados del 11M. La multitud salió a la calle el 13 de Marzo para desenmascarar las mentiras del gobierno y de alguna forma ese reencuentro hizo ver que la disidencia seguía siendo posible en Madrid; de alguna forma un nuevo sujeto político anónimo, anómalo, se comenzaba a configurar en la ciudad. No obstante, aunque es necesario señalar que estas iniciativas tenían un carácter completamente reactivo ante un evento de dimensiones traumáticas para la ciudad, no obstante esa dimensión reactiva era acompañada de una dimensión afirmativa, en la medida en la que se estaba reclamando una información que ya se tenía y que no había podido ser ocultada pese a los burdos intentos de bloqueo mediático del PP.

No sería hasta 2005 cuando nos encontramos con iniciativas como la Caravana Europea Contra la Valla de Ceuta.⁴¹

O cuando ciertas redes madrileñas deciden retomar la iniciativa de Rompamos el Silencio (ReS), suspendida desde el 2000.⁴²

Es a raíz de iniciativas como ésta cuando nos volvemos a encontrar con un intento, un deseo, de articulación colectiva. Las redes que habían permanecido dispersas en los años anteriores se volvían a conectar así como aparecían nuevos sujetos y generaciones. La idea de que la disidencia era posible y que el terreno era algo más fértil tomaba fuerza; no obstante, la capacidad de arraigo, de territorialización, seguía poniéndose en duda pues tanto en las ediciones del ReS de 2005 como en 2006 los espacios que se tomaban como centro de convergencia durante la semana de acciones eran abandonados al finalizar la misma. El planteamiento de esta iniciativa era el de una serie de acciones, que si bien tenían también un carácter reactivo, no respondían a un evento traumático sino a una cotidianeidad asfixiante.

La organización de estructuras políticas de base en Madrid siempre ha supuesto un desafío, un reto... Los poderes políticos no han permitido que en la capital del Estado exista un alto nivel de disidencia, dado que podría marcar una pauta como ya ha pasado en algunas ocasiones (manifestaciones contra la guerra, 13M, 15M...). De este modo, podemos decir que la represión a la que se sometió a las diferentes iniciativas en Madrid durante el gobierno del PP desde 1996 a 2004 hicieron mella en un precario y débil «movimiento» que no pudo hacer frente a la política de acoso y derribo.

⁴¹ «Caravana europea contra la valla. Acción por la libertad de movimiento», *Ladinamo* 20, ene-feb 2006.

⁴² Ver su web <http://www.rompamoselsilencio.net/>

La debilidad del mismo se hizo evidente y el desalojo de uno de los pocos espacios de referencia metropolitana que quedaban, el CSO El Laboratorio 3, marcó un punto de inflexión, que en cierto modo da inicio a una travesía en el desierto que duro unos cinco años.

En esos momentos teníamos la sensación de que ni la okupación ni los intentos de organización política tenían sentido en Madrid —aún hoy hay gente que mantiene esta posición— algo que no resultaba descabellado en la medida en la que los proyectos no podían consolidarse. El final de la travesía del desierto solo se comienza a vislumbrar cuando a mitad de la primera legislatura de Zapatero comenzamos a encontrar nuevos espacios que se comienzan a consolidar en la ciudad, daba la sensación de que el gobierno del PSOE dejaba una cierta manga ancha, quizás por la cuenta pendiente que en cierto modo tenía con los movimientos sociales que habían estado en las calles contra la guerra y tras el 11M. El gobierno sabía que, en alguna medida, estaba en el Gobierno gracias a la presión ejercida desde abajo.

Esa sensación de travesía del desierto es solo perceptible si la lógica que se aplica a la hora de entender la política es una lógica en la que vemos las dinámicas de lucha como carreras de largo recorrido y no como un sprint, que es a lo que nos empuja en última instancia la lógica de la inmediatez.

El intento por refundar LA fue en cierto modo construido bajo la lógica del evento, de la impaciencia, de la falta, de la necesidad inmediata por llenar un vacío; de este modo estábamos condenados a repetir errores. Éramos incapaces de decidir hacia dónde nos queríamos mover, de transmitir unas experiencias y unos conocimientos. Los avances en forma de «movimiento» parecían imperceptibles, por lo tanto, nos encontrábamos ante la continua repetición de procesos generacionales, es decir ante la continua repetición de los mismos errores, andando una y otra vez por los mismos caminos.

La autorreferencialidad fue (y sigue siendo) una pésima compañera de viaje, nos ha empujado hacia una ausencia de conexión con la realidad, encerrándonos en nuestros guetos, dentro de los cuales nuestras verdades y nuestros estatus no peligran tanto como si los ponemos en contacto con espacios más amplios. Las relaciones y los grupos que generamos son cerrados pese a nuestra supuesta intención de darles un carácter abierto. Es decir, nos vemos atrapados en una paradoja: por un lado queremos que los colectivos y asambleas sean abiertos, pero por otro lado no queremos que dejen de ser nuestros, sintiéndonos muy cómodas en los espacios cerrados dado que es un terreno que conocemos, por el que nos sabemos mover. Esta comodidad reside fundamentalmente en los esquemas prefijados y que parecen inamovibles, por los cuales todas sabemos lo que tenemos y podemos hacer o decir sin que estos esquemas sean explicitados y debatidos. De este modo parece como si las pautas que definen los comportamientos en los colectivos y asambleas tuviesen una especie de legitimidad histórica, es decir, es así porque siempre ha sido así. Pues bien, este hecho solo nos lleva a un conformismo, a una caracterización de los espacios autónomos como algo estigmatizado, excluyente y cerrado. Por otro lado la comodidad se asienta en otro pilar que es el del estatus y el rol otorgado y/o adquirido por cada cual.

Si entramos en unas dinámicas abiertas, no excluyentes, no autorreferenciales, en territorios inexplorados, tal y como está ocurriendo desde el 15 de mayo de 2011, nuestros pies ya no pisarán un terreno conocido, sino resbaladizo, lleno de incertidumbres, riesgos y retos, lo que provoca la desaparición de la comodidad que comentábamos, ya que nos tenemos que enfrentar con nuevas preguntas y esquemas. Ya no vale con lo que traíamos en la mochila, sino que el paradigma ha cambiado. Mientras compañeros están completamente ilusionados y volcados con el proceso abierto, otros compañeros tienen una profunda envidia al ver como alguien, no se sabe muy bien quién, ha conseguido con las herramientas que ellos llevaban —llevábamos— utilizando años, unos resultados, unos niveles de movilización nunca antes vistos, llevando esta envidia en numerosas ocasiones a la descalificación. A nuestros ojos resulta evidente que quien pensase que este camino estaría libre de peligros y resbalones se equivocaba, es precisamente en la incertidumbre, en el desafío y en el riesgo donde residen las posibilidades de cambio.

Las manifestaciones a favor una vivienda digna que tuvieron lugar en mayo de 2006 y que en alguna medida podemos considerar como las principales precursoras del 15M, son un buen ejemplo de la desconexión que tenemos. Así pues mientras miles de personas salían a las calles reivindicando el derecho a una vivienda digna, auto-convocadas por una estructura creada ad-hoc, nosotras seguíamos dándole vueltas a una estructura, a una red que nos permitiera salir del gueto, sin darnos cuenta de que quizás el buscar esa estructura desde nuestros parámetros solo venía a reforzar las lógicas de endogamia y de políticas identitarias que venimos arrastrando desde hace mucho tiempo.

Desde ese momento y más aún si cabe hoy en día a raíz de lo acontecido desde el 15 de mayo de 2011 en adelante, nos tenemos que plantear cual debe ser la relación entre lo que podríamos denominar viejos «movimientos sociales permanentes» y los nuevos «movimientos espontáneos».

Creemos que uno de los elementos más evidentes, que nos permite ver cómo se ha podido perpetuar esta situación de desconexión, ha sido el engaño al que nos hemos sometido a nosotros mismos al definir a los espacios que hemos okupado como «Centros Sociales», estos espacios nunca han sido centro de nada más que de nuestras propias redes enredadas en sí mismas, salvo excepciones puntuales. No han sido sociales. En ellos resulta muy difícil, por no decir imposible, que encontremos a personas que vengan a reflejar la complejidad y la heterogeneidad de las sociedades en las que vivimos. Quizás esta autocrítica pueda parecer un tanto destructiva, pero nos parece fundamental lanzarla, reconocer nuestros puntos débiles para, desde esa posición de aparente debilidad, poder retomar con más fuerza el largo camino que aún nos queda por andar. Los Centros Sociales solo serán tales si abandonamos las lógicas de clandestinidad, si entendemos la construcción de los centros sociales como un acto político radicalmente público. Con esto no queremos decir que la ocupación sea una herramienta con un copyright sino todo lo contrario, es una herramienta bajo licencia creative commons y por lo tanto es susceptible de ser modificada tantas veces como se quiera, por esto se puede utilizar de mil formas, incluso contradictorias. Creemos que no hay una forma pura de usar la okupación y que solo utilizando las estrategias apropiadas en los contextos

determinados, podremos comenzar a afianzar las redes en las que nos apoyamos. Nunca nadie nos dijo que fuese a ser fácil.

De este modo las prácticas políticas de carácter autónomo lejos de ser vistas como cuestiones utópicas deben comenzar a ser vistas como cuestiones pantópicas, es decir, como algo que estuvo, está y estará ocurriendo en multitud de lugares al mismo tiempo, algo que si bien era impensable con anterioridad al 15M, con la estabilización del mismo en la ciudad se hace evidente.⁴³

Desde hace unos cinco años estamos asistiendo en Madrid al continuo nacimiento de nuevos espacios sociales okupados, y la inusual consolidación de algunos de estos proyectos. Son indicadores de que, a pesar de la constante persecución policial y legal de esta práctica política, la apuesta por poner en pie espacios autónomos atraviesa un relativo buen momento en la ciudad, con una explosión de experiencias diversas en su composición y estrategias. Esta situación permite que los centros sociales logren con mayor éxito trascender sobre aquellos ámbitos en los que trabajan, así como profundizar en las dimensiones relacional y organizativa intrínsecas a esta práctica.

La okupación es una herramienta de acción directa y lucha con una vigencia e importancia adicional en estos momentos de crisis, ya que ataca a la sacrosanta propiedad privada, elemento fundamental para entender la crisis que sufrimos en estos momentos. En un tiempo en el que miles de personas hipotecadas son expropiadas a causa del impago de las cuotas correspondientes, resulta más necesario y crucial abrir una brecha simbólica en la percepción social sobre la propiedad y sobre los usos especulativos del suelo y las edificaciones. Una sociedad como la madrileña, que se apuntó rápidamente y con gran interés al desarrollismo inmobiliario, encuentra ahora una fotografía de cientos de miles de viviendas vacías en barrios que ya estaban muertos antes de nacer.

«¡Casas sin gente, gentes sin casas!», este clásico lema coreado en infinidad de manifestaciones puede llevar a una sencilla y necesaria respuesta: la apropiación de las viviendas por la población que se encuentra en una situación de exclusión debido al paro, los desahucios... Aunque esta realidad de desobediencia social nos sea difícil de imaginar, dependerá de cuanto se agudice la crisis para que pueda pasar a ser una práctica que preocupe, no tanto por una conciencia política que se explicita al ejecutar el hecho en sí, sino por la enorme desigualdad existente, traducida en conflicto social, para solventar la dificultad que para millones de personas supone acceder a una renta suficiente para vivir por medios legales. Pero la creación de centros sociales mediante la okupación u otros medios trasciende la mera reapropiación de espacios para vivir. Es una práctica de acción colectiva, es un medio legítimo de lucha y resistencia capaz de construir en el mismo corazón de la gran urbe espacios de socialización, de creación, de experimentación, de autoformación, de diversidad, de pensamiento político, de agregación social, de deseo... que prácticamente no existirían de otro modo. Los espacios okupados transforman edificios pensados para la obtención de riqueza ilegítima en espacios de gran vitalidad y potencia transformadora de la realidad.

⁴³ Cfr. Rodríguez Villasante en el prologo del libro *¿Dónde están las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*, Editorial Catarata, 2004.

Creemos que nuestra radicalidad se basa en la construcción de un sujeto político, de una institución en movimiento que permita generar nuevas fuentes de poder, entendiendo éste como potencia, como capacidad de transformación. Es un largo y difícil camino que afortunadamente no termina en ninguna parte, pero al menos ya tenemos una parte del mapa con nosotras... seguiremos caminando intentando saber hacia dónde y cómo nos dirigimos, al fin y al cabo, como dicen las compañeras del EZLN los medios justifican los fines.

La refundación de LA se situaba entre lo necesario y lo imposible y como ya sabemos, cuando algo se sitúa en estos términos, se hace imprescindible un nuevo paradigma, nuevos puntos de referencia, nuevos mapas que muestren los cambios que se han dado en un territorio. Se hace necesario un cambio en las coordenadas, en los lenguajes. La refundación de LA pese a intentarlo no consiguió nada de todo esto y por ello estábamos condenados al fracaso.

A lo largo de la historia de los movimientos sociales siempre ha existido una línea supuestamente infranqueable que divide a los participantes de los diferentes proyectos, entre «reformistas» y «radicales», entre «buenos» y «malos». Entre dos (reforma y revolución) no se puede elegir, como mínimo hacen falta tres (reforma, revolución y rebelión) o cuatro (reforma, revolución, rebelión e institucionalización). Quizás a partir de tener en cuenta estas cuatro coordenadas y no solo las dos que estábamos teniendo en cuenta, podamos saber donde nos encontramos con mayor precisión y comenzar a trazar nuevos caminos. Quizás sea éste el nuevo paradigma que nos permite ahora construir la estructura de coordinación que se intento construir durante la refundación de LA.

Un centro social, una asamblea de barrio, un colectivo que trabaja por la autogestión... son espacios que necesitan de apuestas arriesgadas para conseguir trascender a la realidad militante más cercana y por tanto abrir brechas como nuevas corrientes de pensamiento dentro del consenso social imperante. Para ello es necesario que se apueste por romper las barreras simbólicas que estigmatizan el activismo político, reconocer los modos de lucha como polimórficos y multidireccionales, y entender el tejido de redes sociales como el germen de un proyecto que se configura desde lo subjetivo para conseguir una mayor fortaleza y capacidad de cambiar la realidad. Solo a través de la inclusión, la diversidad y participación horizontal en su gestión avanzamos sobre la práctica de la construcción permanente de un mapa para la acción, la reflexión y la transformación de la realidad social. Una realidad social compuesta por millones de vidas fragmentadas que sufren los mismos problemas, pero que en ocasiones son incapaces tan siquiera de reconocerse. Difícilmente lograremos articularnos para trascender la escala micro del cambio social si antes no nos reconocemos como semejantes.

Si tomamos por válido aquello de que el medio es el mensaje, los centros sociales y las asambleas son el mensaje, espacios que en la medida que los liberamos, nos liberan a nosotras mismas, son una interpelación a la sociedad: «si quieres, puedes»; si lo deseas y te organizas puedes cambiar tu realidad y su entorno más inmediato. Son un mensaje directo que se compone de deseos, rabia y proyectos. Un mensaje que llama a la desobediencia y al empoderamiento. Un mensaje lleno de mensajes acerca de cómo vivimos, dónde vivimos, quién y cómo gobierna, cómo funciona el sistema, cómo

podemos organizarnos para cambiarlo... Un mensaje vivo, que cambia al ritmo que cambia el mundo, pero que mantiene palabras del antes, del ahora y del futuro: solidaridad, apoyo mutuo, creatividad, poder popular, libertad, autonomía, justicia, dignidad...

09. El final de un ciclo: el fin de la autoorganización de Prosperidad (2ª parte)

El Comandante

Lo primero:

Esta es la historia de un grupo de jóvenes que vivieron en un barrio de Madrid (La Prosperidad) en plena transformación urbana y social. Una generación que creció en los 80, y en los 90 se encontró de lleno en una era de cambios, en la que la rebeldía se transformó en algo más serio. Por diferentes hechos, medios y caminos nos encontramos sin conocernos de nada, en militantes de nuestras ideas.

La realidad social y política creó de la nada un grupo de personas que se autoorganizaron solas, puesto que no había un relevo generacional, sino referentes de luchas en el barrio como es la Escuela Popular de Prosperidad.

Gracias a ellos, en su entorno y cobijo, encontramos nuestra propia identidad e ilusión para poder llevar a cabo nuestras propuestas. Gracias a esa infraestructura y al movimiento que vino después y la realidad social existente, se crearon las condiciones para que personas del barrio que estaban solas, se unieran a nosotras o crearan diferentes colectivos. Siendo un grupo de 30 o 40 personas jóvenes en asambleas en un mismo barrio.

Estas personas entendieron y vivieron en el entorno de su barrio, como su vida y la no vida de su alrededor, como elementos a transformar y a destruir, y esto les llevó a tomar conciencia sobre su rebeldía y por consiguiente a su autoorganización como lanzadera, para poder proyectar su visión práctica y teórica de la política, resultando una manera de entender la vida.

La rebeldía innata en los inconformistas había tenido respuesta. Para nosotras, las que vivimos esos años, nos es difícil determinar las razones por las cuales nuestro pequeño movimiento se fue desinflando durante años, hasta llegar a irnos del barrio y separarnos de un modo tan diferente.

Esperamos poder aclararlo, puesto que encontramos y existen ciertos paralelismos y elementos con Lucha Autónoma, en la manera de disolución.

Por tanto, sí hay elementos comunes entre personas de un barrio que solo tenían referentes de luchas, y que se movían en un entorno reducido, a una organización que movía a muchas personas y que su entorno era amplio.

Empezaremos contando nuestra historia y la de muchas personas, con todo el respeto y sinceridad por las que desaparecieron del mapa en el más absoluto de los

silencios, para las que ya no están en este mundo, y para las que siguen luchando. Nuestra memoria de los hechos que acontecieron durante esos años no se olvidará jamás, gracias a ellos somos lo que somos y eso nadie y nada nos lo quitará.

La historia la sigo contando donde se quedó en el libro de «Armarse sobre las ruinas» que escribieron otros compañeros (pág. 230).

Verano del 2000, se da la refundación de dos colectivos que había en la Prospe. El KAP (Kolectivo Antifascista de Prosperidad) y KD (Kolumna Durruti), más individualidades de barrios cercanos. La refundación consistió en unir los dos colectivos en un mismo ente organizativo para poder enfocar los planteamientos de cada uno, que eran parecidos en la práctica.

La asamblea trabajó en tres líneas fundamentales: la gestión del centro social, el trabajo de barrio, y el trabajo a nivel de coordinadoras de Madrid. Después de 3 años de experiencia en el barrio, el CCL (Centro de Cultura Libertaria), nos infló para dar un salto hacia el barrio.

Al tener una experiencia previa que fue el CSO La Galia teníamos ganas de probar cosas nuevas y partir de nuevo con el espíritu de colectivos de barrio.

El centro social era una nave bastante grande y diáfana en la cual nos resulto bastante fácil encontrarle un medio y desgraciadamente un fin en sí mismo. La nave al estar situada en una zona casi sin vecinos, por ser la última parte del barrio industrial, se convirtió en una herramienta de autogestión de muchos colectivos y organizaciones de Madrid, en forma de conciertos y fiestas.

Nuestro proyecto experimentó cambios sustanciales, empezamos a tener una conciencia más activa de dónde nos encontrábamos y comenzábamos a experimentar formas nuevas de gestión.

El primer cambio fue el tema de «relaciones» con los vecinos cercanos, puesto que no había tantos en los alrededores y no sentíamos la necesidad de metérmolos en el «bolsillo», abandonamos así, la línea anterior de la Galia. Y nos sirvió de lanzadera, para articular por medio de campañas de denuncia social, las problemáticas del barrio. Apoyándonos en las iniciativas que había en *Lucha Autónoma* para trasvasarlas directamente a nuestro barrio, con algún que otro toque especial.

Una de las campañas que llevamos con éxito fue la «semana anticapitalista», de acciones espectaculares a la luz del día para denunciar a diferentes explotadores afincados en el barrio (Caja Madrid, McDonalds, ETTs, etc.); presión en diferentes inmobiliarias, trabajo conjunto con la Escuela Popular de Prosperidad, la asociación de vecinos contra el monumento de la Guardia Civil, iniciativas con los jóvenes del barrio, y un largo etc.

El barrio empezó a experimentar un repunte de la lucha, nos sentíamos con la fuerza del principio, sentíamos que el barrio respiraba con nosotras y nosotras con él (la ilusión la teníamos en todos sus aspectos).

Se empezaron a okupar casas para vivienda, llegando a cuatro, más el centro social. En aquellos días, el barrio estaba siempre pintado, se salía todas las semanas a pintarlo; fue un pulso de varios años con la limpieza del ayuntamiento, no sabemos quién se dejó más dinero. Colgábamos pancartas en la plaza del barrio, cada vez que había alguna campaña o manifestación importante.

También se sabía de la existencia de actos de sabotaje porque aparecían en algún que otro boletín en aquellos años.

Visto con perspectiva, en aquel momento no valoramos el esfuerzo ingente que se hacía por mantener esa propaganda, puesto que tampoco conseguimos un reclamo tan fuerte como para que aparecieran nuevas personas o nuevos jóvenes para ingresar en nuestras historias. Lo único que sirvió fue para dar una imagen de «fuerza» hacia personas ya relacionadas con nosotras y darnos la ilusión de refuerzo de que estábamos haciendo algo. Un algo que entendíamos que era lo normal, pero la realidad era, que muchas veces nos quedamos ahí. Éramos muy jóvenes para entender que aparte de la iconolatría había que mojarse de verdad, y saltar ese muro tan difícil que es el de la incomunicación existente entre lo real y la espectacularidad de la sociedad. A la gente no le llegábamos, para ellos, éramos los okupas.

No pudimos romper la imagen que daba el espectáculo, puesto que no nos dimos cuenta que lo reforzábamos, y ambos «actores» nunca nos vimos de igual a igual.

Aún así, para los malos, empezó a ser un barrio movidito y como si se tratase de una isla en medio de uno de los distritos más caros de Madrid, inventamos lo que nosotros llamábamos «barrionalismo» («Prospe, independiente, tropical y con puerto de mar»).

Con bromas y todo, la policía decidió ir poniendo fin, empezaron seguimientos, hostigamiento, desalojos y detenciones, la más sonada fue la detención de tres compañeros que estaban reciclando en la basura y les quisieron aplicar la ley antiterrorista. Obviamente era un mensaje que intentamos ignorar, más tarde hubo otro caso represivo «el de los butrones» para acabar con el peor de todos.

A pesar de la represión continuamos con el seguimiento de todos los acontecimientos que iban pasando a nivel estatal y nos empezaron a interesar nuevas temáticas, que cada vez se ponían más de manifiesto, como por ejemplo, las luchas anticarcelarias y la liberación animal. Provocando más contactos a nivel estatal con otros centros sociales e individualidades.

El declive total empezó cuando detuvieron a Eduardo García y pusieron en contra de él la maquinaria represiva junto a los medios de intoxicación. Nosotras volcamos las fuerzas en su liberación y en mantener los contactos con las coordinadoras de Madrid dejando de lado nuestra lucha de barrio, en principio momentáneamente, para después, pasar por la catarsis organizativa y de prácticas que hubo, y perdimos el empuje y hasta el norte, dejándola totalmente.

Cuando pasó lo de Eduardo se convocó una reunión con todos los colectivos de Madrid en el CCL, para exponer el caso y ver qué pasos había que tomar, y al final, al Estado le salió la jugada. Nos enzarzamos en discusiones dialécticas y aparecieron debates que eran tabús y no se abordaron de una manera apropiada, fue la gota que colmó un vaso lleno de años en las mismas prácticas y parálisis, y casi como un efecto dominó toda la infraestructura de Madrid fue cayendo. Al no haber tenido una comunicación previa, esto nos vino muy grande y en vez de aunar fuerzas, se sacaron rencillas que provocaron un malestar hacia otros colectivos y dentro de estos, a sus militantes un hastío.

Al poco vino el desalojo del CCL y nos decapitó. Puesto que habíamos invertido mucha energía en el centro social, y le habíamos dado un peso demasiado importante a esas cuatro paredes al haberlo convertido en nuestro refugio personal y político.

Al poco tiempo intentamos okupar en la misma zona, la antigua sede del periódico El Mundo, pero era propiedad de Hispania Seguros, un peso pesado, amigos de por aquel entonces gobernador Ansuátegui. Estuvimos cercados por la policía durante 3 días hasta que se consiguió a un juez que dictase el desalojo preventivo.

Nos enmarronaron estupendamente, pues esta aseguradora era un nido de fascistas. En el juicio tuvimos una flor en el culo y un buen abogado.

El caso se desestimó por un error de forma a la hora de constatar los daños y que a la jueza parece que le caímos bien (suerte para nosotras) o porque ¿habría otro error de forma a la hora de desalojarnos, y se corrió un estúpido velo? Nunca lo sabremos.

Entre el caso de Eduardo que se enmarañaba, los desalojos, los juicios, la crisis organizativa que daba sus primeros pasos, empezamos a flojear por el cansancio.

En nuestro último cartucho se okupó un edificio que fue nuestro punto y final después de 4 años de lucha en el barrio. Una ruina con patas, era ya el último edificio entero del barrio, lo llamamos el CCP (Centro de Cultura Popular).

Habíamos luchado con tantas ganas que ya no había fuerzas para generar otra mutación colectiva en pro de nuestra lucha de barrio y nuestra supervivencia en él. Habíamos cambiado, el grupo ya no tenía tanta afinidad, empezaba a existir la necesidad de cambio, mirar y apostar por otras situaciones, lugares, personas y conflictos. Sentíamos que nuestro barrio ya no daba más de sí, el relevo generacional que pudo haber estaba muy verde y no teníamos fuerza para esto. Queríamos volar.

Mantuvimos la campaña de Eduardo García, nuestro compañero represaliado y nos sirvió para tener las últimas campañas colectivas de nuestro núcleo que se disgregaba. Hicimos campañas contra las cárceles, con CNA de Villaverde y creamos nuevos lazos de unión con otros colectivos anticarcelarios estatales, y a partir de ahí, cuando la campaña se paró por la decisión personal de Eduardo, cada una seguimos caminos diferentes.

La experiencia del caso de Eduardo García nos resultó difícil a nivel personal, a nivel de grupo y a nivel de Coordinadora. Hubo un jarro de agua fría cuando se cuestionó si LA se tenía que posicionar sobre la violencia.

Fue la gota que colmo el vaso de la inoperabilidad que ofrecía LA en ese aspecto en torno a ciertos debates tabú. Las culpables, los propios militantes de barrio, que despertábamos de un letargo de años, consumando las mismas prácticas. Obviamente en LA había dos polos que de repente no se encontraron, la falta de un discurso que fuese más allá de la operatividad se cobraba en la inoperancia de los colectivos de barrio.

En la refundación de LA entramos nuevos militantes que no teníamos la experiencia, ni la capacidad para ver más allá de la estrategia que no fuese de lo que conocíamos de nuestro entorno cotidiano de barrio.

Así que, como si de una enfermedad se tratase, los individuos de los colectivos dejaron de funcionar, había un hastío hacia la crisis que se avecinaba en general y ese mal se trasladó al colectivo, de los colectivos de barrio a la Coordinadora y obviamente se dejó de aportar y si no se aportaba nada ¿qué iba a coordinar la coordinadora?

Al final el huésped murió, pero antes de morir dio coletazos, encima de la mesa quedaba sin cerrar hacia dónde nos dirigíamos, ninguna de nuestras prácticas fueron cuestionadas o repensadas, la estrategia de las campañas, la experiencia de conflictos, la acción directa, la inoperabilidad de ciertas manifestaciones, las okupaciones que solo respondían a sus moradores dejando a un lado la efectividad radical para meterse de lleno en la espectacularización... Simplemente estos debates tan enriquecedores se olvidaron o no se quisieron retomar por el mal rollo general y en un sálvate si puedes, muchas nos acogimos a ideologías de fuera, sin saber darles un discurso propio, ni un tempo, simplemente se hizo un trasvase con consecuencias desastrosas o más estáticas.

Y confundidas, buscamos en nuevos guetos las respuestas que años después, fuimos descubriendo en las propias catarsis de estos mismos. Al fin y al cabo una cuestión filosófica dejada para el lector.

Con todo este cacao empezó la diáspora de nuestro barrio, en la capota de la necesidad de vivienda, unas se fueron a Lavapiés que por aquel entonces el Laboratorio copaba a todo militante desgranado de la militancia de kolectivo de barrio, también estaba el MRG que operaba en ese barrio cuando el movimiento antiglobalización se gestaba y otras nos fuimos a Vallecas y a Estrecho donde sentíamos que había cabida a otras maneras de hacer.

Ambos nos fuimos hacia lo autorreferencial, simplemente y llanamente, unas al abrigo del espectáculo revolucionario y otras al del culto de la violencia revolucionaria. Ambos equivocados.

Obviamente había un choque de ideologías y más profundamente, un diferente sentir y hacer hacia las luchas. Una parte de nosotras estábamos saturadas de las viejas formas, y el barrio de Lavapiés empezó a ser un referente porque se convirtió del día a la mañana en un gueto político del que todas formamos parte, al encontrar la horma de la autorreferencia que al fin y al cabo era un salvavidas al caminar sobre la nada.

Habíamos salido de nuestro microchiringuito para adentrarnos en otros. Otra vez como tantas veces había pasado en nuestro barrio, todas nos agarramos a un clavo ardiendo, en ese desierto que hubo después de la disolución de LA. Y claramente como a los/as niños/as nos llamó lo nuevo, mucho movimiento, mucha asamblea, muchos okupas, mucha fiesta y mucha nada.

Ninguna tuvimos una reflexión colectiva profunda, simplemente cambiamos individualmente puesto que se había puesto encima de la mesa el fracaso kolectivo y el fracaso del movimiento.

La manera de abordar la crisis de identidad, y del movimiento en general fue la de adentrarnos en la problemática de la organización desde dos puntos de vista casi existenciales, unas desde lo individual para llegar al kolectivo y otras del kolectivo para llegar a lo individual.

Las razones de la crisis generalizada son difíciles de acertar, probablemente porque fuese un conjunto de situaciones que hicieron tirar de la manta. Entre ellas y muy importante la victoria del cambio político y social que se estaba dando a manos del PP, el aumento de los casos represivos, la enquistación de las formas de intervención política, la falta de debates, la rigidez de nuestras organizaciones y un largo etc., que fue engrosando la lista de la fatalidad y el hastío.

El movimiento autónomo se desdibujó y salieron en su conjunto ideas de lo más variopintas. Eran tiempos de cambio, un ciclo que se mal cerraba, para entrar en una espiral de discursos contrapuestos. El mal rollo, la falta de respeto, la falta de inteligencia colectiva hicieron que todas volviésemos a nuestros microchiringuitos pero de otra forma, todas vimos la luz. Pero la cuestión fue ¿qué tipo de luz vimos?

Lucha Autónoma fue y será un referente en el movimiento político de Madrid, no fue una equivocación, pues gracias a ella se articularon pensamientos, movimientos, apoyos e ideas, que estas últimas provocaron que se abrieran las puertas para otros cambios. Aunque resultase una vorágine, muchas cosas quedaron en el tintero, y al no cerrarse bien, muchas o casi todas estuvimos tiempo después dando bandazos. Para encontrarnos años después, y hablar desde la nostalgia lo que provocó en nosotras LA. Pero en la nostalgia de «tiempos pasados fueron mejores», está el pensamiento más fuerte y alentador de mirar hacia el futuro.

Pocas seguimos apostando por las vías de intervención políticas, pero las que quedamos seguimos intentando construir redes, nuevos proyectos, concienciando con el ejemplo de nuestras prácticas a nuevas personas. Recogiendo e inventando nuevas herramientas de la caja de la autonomía que es enorme para poner en práctica.

Vienen años difíciles, y este libro puede que dé un hilo conductor, pues es probable que se escriban experiencias de todos los colores y sentires. Espero que nadie caiga en la demonización o desprestigio, pues todas las prácticas, para bien o mal, fueron necesarias dependiendo del contexto, estado y sentido.

Estas experiencias son necesarias de revisar desde la objetividad y comprensión, depende de nosotras verlo desde una óptica de aprendizaje para retomar las iniciativas que funcionaron, mejorándolas para los nuevos tiempos, y dotarnos de un discurso que vaya más allá de lo operacional, y de forma honesta ver que todas estuvimos equivocadas.

Puesto que está la base del barco, alguna vela y los cañones fueron probados. Solo tiene que soplar el viento. Y creo que por el horizonte se presagian tormentas.

Salud y libertad.

10. De la autonomía caminando hacia el insurreccionalismo (2000-2007)

El Rojo

La historia contada a continuación son unas vivencias personales, todo lo que va a continuación es la interpretación sobre los hechos que viví y sentí. Seguramente no exentas de errores y faltas de profundidad en contenidos. Apelo al lector/ra para que comprenda que se pueden escribir varios libros de las experiencias vividas, errores, fracasos, y aciertos. Me centraré en la autocrítica, para que estas líneas no sean repetidas en su contenido, sino repensadas, mejorarlas y requetepensadas. Espero ser conciso. No habrá ni fechas ni nombres, para mantener mi anonimato y el de terceras personas, pues obviamente, existe la necesidad imperiosa de contar todo esto, para que no caiga en el olvido, pues es parte de nuestra historia.

Esta historia empezó desde la disolución de Lucha Autónoma.

En la «huida» de un barrio, los/as que nos fuimos a vivir a los barrios de Estrecho y a Vallecas, teníamos otro sentir, no encajábamos en nada, no nos llamaban para nada los nuevos movimientos que se estaban gestando en Madrid, como el eje de intervención del Laboratorio, luchas como la FRAVM ni como tampoco integrarnos en ningún movimiento social, pues lo encontrábamos en tela de juicio después de tantos años.

Necesitábamos encontrar nuevas respuestas, nos sentíamos hombres y mujeres de acción. Y todo lo que sonase a «reformista» o volver a lo de siempre nos encrespaba. Encontrábamos en todas las experiencias anteriores como militantes de barrio, muchos fallos, y tras la disolución de LA no hubo espacios para debates, que no fueran desde una óptica de poder autorreferencial de microchiringuito.

Había una llamada hacia la radicalización del discurso, desgraciadamente pasando por la mistificación del conflicto eterno.

No entendíamos lo que nos sucedía. En esta vorágine, muchas compañeras nos encontraríamos, aunque ideológicamente viniésemos de otros lugares (autónomos, anarquistas, marxistas antiautoritarios), en una práctica común revolucionaria con las ideas insurreccionales como base.

Aunque a muchos/as les joda reconocer, sería un paralelismo de la autonomía, claramente desde otros ejes de intervención completamente diferentes. Para nosotros/as se convirtió en la post-autonomía. Y perfectamente se podría haber teorizado más en este sentido. Pero como todos/as, cual droga se tratase, queríamos más y no nos paramos a reflexionar. Había tal crisis de identidad política que trasladamos todo a este nuevo campo para rellenar los agujeros y derrotas sufridas con LA y la lucha de barrio.

Durante el espacio de un año, nos auto-construimos los/as que nos encontramos, empezamos a estudiar a Debord «La sociedad del espectáculo», para ir pasando paulatinamente a Alfredo M. Bonanno, Constantino Cavalleri, Ratgeb, Ai Ferri corti, Killing King Abacus, etc.

En definitiva, esto supuso un acercamiento a los postulados que se venían gestando años atrás ya en el Estado español desde el 97, y desde finales de los 80 en Grecia e Italia, lo que se llamó a una ideología que no pretendía serlo, el llamado insurreccionalismo.

Nosotros/as nunca nos definimos en este sentido, por varios motivos: leíamos todo lo que nos llegaba de otras corrientes y no nos casábamos con ninguna, como por ejemplo la Situacionista, el Primitivismo, la crítica antindustrial, volvimos a leer los clásicos intentando encontrar en ellos más respuestas, leímos a Marx, G.Lukács, los consejos obreros, a Daniel Guérin, Sorel, Sartre, pasando por Karl Korsch hasta llegar a Vaneigen (el cacao era tremendo).

No seríamos nunca un referente de la Insurreccional de la Península, ni pretendíamos serlo, puesto que nosotros/as no fuimos ni los/as primeros/as ni los/as últimos/as. Fuimos la segunda generación de estos postulados, no veníamos del movimiento libertario propiamente dicho y tampoco casábamos del todo por nuestro bagaje ideológico.

Nuestro pequeño grupo creció, se amplió y nos volvimos a dotar de herramientas de análisis, nos lanzamos a la calle buscando, en la acción, la teoría. Pero por una acción demasiado mitificada, dimos muchos bandazos. Un craso error del cual nunca nos arrepentiremos, porque nos sirvió para volver a caminar.

Ese tiempo mantuvimos algunos puentes de comunicación, de acción y de respeto hacia otros/as compañeros/as de lucha, participamos en acciones con otras personas de distintos movimientos y posicionamientos. Aunque luego estos actuaran en ambientes bastante diferentes al nuestro, ambos actores buscamos nuestros propios intereses, no falto de errores en ambos.

Siempre hubo un respeto hacia personas que conocíamos personalmente y otras que conocimos por el camino, porque al venir de Lucha Autónoma, aprendimos algo de positivo en la política de unir todo lo unible. Si tú haces política, no hace falta convencer al/a de al lado, tus acciones, tu manera de actuar es la que tiene que hablar sola; y si te convence te unes, punto y pelota, y si no te mola, pasas, que lo tuyo es importante y ha de estar en constante cambio; y ya de por sí es una proeza, el resto es una pérdida de tiempo, cada persona, colectivo, sujetos, tienen un tempo y circunstancias que los/as caracterizan. ¿Quién puede decir que su verdad es la buena? ¿O distinguir qué camino hay de tomar para llegar al cambio, a la revuelta o a la revolución social?

Durante un tiempo parecía que estar cerca del insurreccionalismo era un peligro o una enfermedad.

Parecía que éramos unos/as locos/as, que se nos iba la olla, y tuvimos que ver episodios de vergüenza cuando «compañeros/as» criminalizaban y señalaban a otros/as compañeros/as dando igual en qué lugar estuvieran. Ahondando más en las diferencias de apreciación frente a los conflictos o vías de intervención. Cuando lo inteligente hubiese sido, sentarse y provocar una estrategia común, pero no se dio, porque nadie estaba

preparado para ello. Eran tiempos de verdades absolutas y cambios muy recientes. Muchos/as pensaban y piensan que el insurreccionalismo es todo violencia, cuando es una teoría crítica bastante extensa y rica, contando a día de hoy con un montón de material escrito para leer y analizar. Otra cosa es que nosotras le diésemos demasiado énfasis al fetichismo de la violencia y terceras personas lo utilizaran para aislar a ciertos grupos que hacían «envenenar» a sus bases.

Muchos/as pensaron que no respetábamos nada, y en la ignorancia se crearon confusiones y faltas de respeto. En ciertos círculos se pensó que éramos provocadores/as, agentes infiltrados/as y mucha morralla variopinta, lo bueno es que nosotros/as no perdimos el tiempo en debates estériles con personas que se creían de un movimiento antiautoritario, cuando en realidad algunos/as repetían discursos políticos de libros de filosofía, que solo ellos/as entendían, para luego ponerse medallas y confluír en ideas cercanas al Estado.

Y al final, con el tiempo, las personas se ponen en su lugar. Muchos/as desaparecieron del mapa, otros/as se integraron en partidos políticos, ONGs, o sindicatos amarillos.

En mi fuero interno, hay una parte de mí, de ligera comprensión, pues es fácil perder la «fe» en un cambio radical. La idea de revolución social, se va desdibujando tras años de incapacidad colectiva, mucha rabia y muchos sueños rotos, y al final vamos pasando por el aro, unos/as antes que otros/as, pero al final vas abandonando poco a poco, sin darte cuenta.

Vivimos tiempos en los que la ideología ha muerto como bandera. Solo es la base del iceberg, y entenderlo, fabricar continuas herramientas de análisis y de intervención para conflictos o creación de nuevos espacios para dotarnos de una comunicación, es una tarea ardua y cansina. Todo al final, se puede reducir a la simpleza, de que todo es como una espiral, pasas por el mismo punto, pero desde una visión diferente una y otra vez.

Volviendo al hilo, formamos un grupo, nuestros puntos bases: organización informal, espontaneidad y ataque difuso (¡ou yea!).

Dicho antes, hicimos un hincapié muy fuerte en la acción violenta puesto que entendíamos y seguimos entendiendo en parte, que «al comprender que actuar desde la acción directa contra los sistemas de dominación sean cuales sean, puede llegar a influenciar a otras personas para que decidan y actúen conjuntamente contra lo que los oprime y, si se dan las circunstancias, este efecto puede llegar a desembocar inclusive en acciones de masas (efecto dominó). Tal reacción en cadena de la desobediencia y la rebelión no necesitaría de entidades o proyectos políticos que la organicen para poder enfrentarse a sus enemigos, a los que se señalan como más violentos que ellos».

Nuestro error fue no tener ninguna estrategia común y poco contacto con otros grupos de afinidad locales, estatales e inter-estatales. Puesto que la informalidad llegó a ponerse en contra nuestra, y que al no ser una «doctrina», muchas ideas de trabajo o de investigación quedaron a la libre interpretación de cada grupo.

Pero nunca sentimos ni sentiremos que fuese algo negativo, lo negativo fue para los/as que siguieron apostando por las mismas vías de intervención «revolucionaria».

La informalidad, vista por muchos/as como un demonio, respondía a la crítica de colectivo que tantos años llevábamos arrastrando. El dejarse llevar, el no aportar y

montarse en el carro, el de eliminar el deseo individual a la espera del colectivo; cosas que ahora pueden sonar raras pero veníamos de luchas muy concretas, muy pactadas ideológicamente hablando, si el colectivo no estaba maduro no se tiraba hacia adelante y las iniciativas quedaban paradas. El problema de lo organizativo siempre será un debate extenso y complejo que va de la mano con las circunstancias que se estén dando. En aquellos años de esterilidad política, la organización informal, aunque fuese un pequeño fracaso en la manera de entenderlo, sirvió para poner en tela de juicio la cuestión de la organización y su relación con los militantes, paralizada por años de rigidez ideológica, y poner otros temas encima de la mesa, como por ejemplo la intervención en otros conflictos, los aspectos negativos de los movimientos sociales en relación a la subordinación que se adquiere para intentar ser un actor reconocido por el Estado, la estrategia de la utilización de la violencia, y un largo etc.

La organización informal fue para nosotros/as un proceso natural, al ver que la mistificación del colectivo caía. Ya no había siglas, era un grupo de personas con dinamismo, al ser sus lazos la afinidad, la confianza y un continuo conocimiento del compañero/a.

Siendo las reuniones o encuentros en ambientes más distendidos (no me refiero a los bares), hablando y juntándonos para hechos concretos o campañas puntuales. Dando así autonomía individual y colectiva para cambiar e incluso desaparecer. Y consecuentemente, dando así, un nuevo aspecto a la organización y llevándola otra vez al punto que se merecía, el medio y no el fin. Eliminando a la par al militante condenado a sus siglas, a su barrio o a su movimiento.

El fallo pudo venir porque se volvió a la espiral de la catarsis, en lo organizativo no tuvimos una visión más amplia, y no pudimos coordinar ningún tipo de organización más profunda, dejándonos cojos/as y dejando al tiempo nuestra desaparición.

Durante aquellos años se puso de manifiesto dos coyunturas que en Madrid dio mucho de qué hablar. Una fue el tema de la legalización de espacios okupados y otro el movimiento antiglobalización.

Ambos se atragantaron en lo que quedaba del movimiento, separándolo aún más.

Nuestra crítica fue clara en ambos temas, y fue dura. La legalidad de los espacios, tipo Holanda, se nos alejaba bastante del contexto radical de contrapoder que entendíamos, veíamos una estrategia errónea, puesto que lo que hacía era dividir aun más, pero peor, porque el Estado y su engranaje no tardaría en hacer diferenciaciones entre okupas buenos y okupas malos, de legales o ilegales. Y no solo esta crítica, sino también, de forma ligada qué papel jugaban las okupas como fines en sí mismos.

Del movimiento antiglobalización tampoco se comprendía porque los militantes se iban de turismo revolucionario cuando el conflicto y la acción estaban en casa. Al final todo se convirtió en lo que los mercenarios querían: la espectacularización del conflicto y dentro de éste, algo grotesco o de chiste, más espectáculo todavía: bloque negro o monos blancos. Todos/as caímos en la trampa, y sí, siendo sinceros, nos molaba más el bloque negro.

Otro pilar del que no llegamos a salir airoso/as fue el tema de la violencia revolucionaria.

Siempre había sido un tabú hasta que se destapó como una olla a presión y aparecieron multitud de escritos de antiguas experiencias de grupos políticos armados de los 60, 70 y 80 (Los MIL, La Rote Zora, la Angry Brigade, las células revolucionarias, los Comandos Autónomos, y situaciones pre-revolucionarias: la conspiración de los iguales, la Comuna de París, Kronstadt en el año 1921, los espartaquistas de Alemania, en la península: Asturias 1934, los incontrolados de 1936, los sucesos de Mayo de 1937, Severino Di Giovanni, las revueltas de los obreros de Berlín y Polonia contra los estalinistas, Hungría 1956, Los situacionistas del 68, el 77 de los italianos y un largo etc.)

Largo tiempo se había hablado de ellos en la lejanía, en la distancia, y ahora su perspectiva volvía a tener cabida, no tanto como grupos armados sino por la determinación de atajar la lucha de forma directa. Nos atraía la idea de la simplicidad y la claridad mental para determinar esos postulados en tan grandes desventajas. También nos dio un hilo conductor, había montones de antecedentes dignos de estudio, y debate.

Y nos confundió, todo iba muy deprisa, las respuestas que creíamos encontrar en la sintetización de la acción se probaron hasta las últimas consecuencias y muchos/as sufrieron represión, montajes, abandono y aislamiento.

Nunca nos olvidaremos de ellas, las que pusieron la carne en el asador, porque fueron personas que le echaron valor, con algún «suicidio a la hora de tomar ciertas decisiones». Pero por siempre, el máximo respeto hacia ellas.

Otro gran pilar se hizo con el ataque difuso, la parte que pretendíamos que fuese más estratégica y que resultó a medias. Puesto que nuestro culto a la violencia nos convirtió en una vanguardia, y la espontaneidad con la que teóricamente se extenderían los conflictos no resultó.

El ataque difuso consistía en golpear por medio del sabotaje a todo aquello que pudiese generar un conflicto, o radicalizar a estos, para conseguir una tensión permanente frente a la dominación. Era el lenguaje utilizado, se golpearía a todos los instrumentos de opresión, desde nuestra visión y vida cotidiana. Puesto que el sistema cuanto más complejo se hace, más fácil es de golpearlo, puesto que éste, está en una eterna mutación y extensión. Es decir, en la práctica tiene agujeros donde golpear y hostigar, y en otro plano la inexistencia de predecirlo.

En este «ataque difuso» se intentaría con el ejemplo, atajar los problemas directamente. Era con una doble intencionalidad, el primero y más importante, la persona o individuo que se convierte en un sujeto que acciona, que pierde el miedo y golpea sus cadenas recuperando su dignidad como clase explotada, y la otra alejada de la realidad, era dotar a esos «sujetos revolucionarios», que ya no serían los militantes sino aquellos colectivos que estuviesen en exclusión social, de una alternativa real que no fueran por los cauces políticos habituales.

Así que se buscó a estos nuevos sujetos dando experiencias de todos los colores y entre ellas los intentos inútiles de extender las revueltas sociales de otros países aquí. Había que probar y se probó.

En estos «ataques difusos» encontramos algo que nos gustó y que pusimos en una norma no escrita. Actuar en aquellos conflictos que no hubiesen movimientos sociales, ni militantes trabajando en ellos, puesto que nosotros/as asumíamos que podíamos tener un «accidente laboral» en la práctica y no pretendíamos que otras personas las sufrieran, y si

esas personas las sufrirían daríamos la cara y no nos esconderíamos y asumiríamos nuestra responsabilidad. Nunca fue el caso y menos mal, puesto que la máxima, era la seguridad y la integridad física de las personas.

Así que con los pocos puentes de comunicación que mantuvimos con el movimiento, cuando se nos llamó, fuimos, y aunque hubiese momentos positivos puesto que sí existía una concordancia entre estrategia y práctica, nos convertimos y nos convirtieron desgraciadamente, en profesionales del sector. Éramos siempre la sombra «preparada» para algunas manifestaciones o campañas.

Esto creó en nuestro grupo, un extenso debate sobre lo que estábamos haciendo, puesto que éramos muy poco/as, nadie aceptaba esta idea, ni en nuestra gente afín cercana, y creamos la falsa imagen a los/as «organizadores/as de eventos», que estaban cubriendo esa parte subversiva que les llamaba. Pero como nos gustaba la jarana más que a un tonto un lápiz, estuvimos algún tiempo en esta situación extraña. Hasta que poco a poco nos fuimos quitando el velo de la violencia mitificada y vimos que aunque hacíamos lo que nos llamaba nuestra mente y corazón, estábamos sirviendo a intereses de otros movimientos que no daban muestras de radicalización, aunque en su discurso lo pretendiesen.

Aquellos militantes que sí abogaban por la radicalización de sus conflictos, de la mano de colectivos y «movimientos sociales» tenían las manos atadas. Puesto que sí había poder para llamar a las «sombras» de forma casi individual y no había valor para tener un debate profundo con sus bases para la radicalización del conflicto. La estrategia del miedo a perder apoyos era más fuerte, así como el aislamiento mediático que pudiese tener. El marrón nos lo comeríamos solas con papas. Así que con el tiempo los puentes se fueron hundiendo y nosotros/as con ellos/as.

Clarificamos las acciones, y tuvimos más contacto con otras personas afines que nos enseñaron a meditar las cosas más y mejor, y a probar cosas nuevas, con más inteligencia y estrategia en campañas de «denuncias profundas» de diversas temáticas de rabiosa actualidad.

Aprendimos que la palabra «acción» no siempre significaba el uso y la estética de la violencia del encapuchado. Si no que la acción impredecible es la que le jode al sistema, a la que no está acostumbrado.

Pero tiene un problema, ha de estar en eterna mutación, pues el sistema lo está y lo reapropia a su discurso, o lo integra como medida de contención.

Así que el paralelismo está servido. ¿Somos realmente la «contra del sistema» o somos el antibiótico de palo que sirve a multinacionales? ¿Somos sujetos que accionan por independencia o somos sujetos que accionan por dependencia? El debate siempre estará servido.

El insurreccionalismo fue y será la llave que acciona cambios, pero en la experiencia y situación ibérica han de darse más claves de profundidad, y al igual que la Autonomía estará en eterno cambio, pues ambas no tienen límites. Ambas actúan en ejes diferentes, pero que pretenden en el fondo, lo mismo. Quién sabe, a lo mejor, las dos han de nutrirse de ambas, pues las dos pecan en lo mismo pero en diferentes sentidos.

11. Recuerdos de militancia en el barrio

Lour

«Corrían los años 80, ya casi los 90... ese sábado no estaba previsto quedarnos en el parque como de costumbre... pusimos rumbo a Vallecas. Sin saber bien dónde iba me encontré dentro por primera vez de un centro social, una casa okupada en la calle Arregui Aruej. Los carteles lo envolvían todo, nutridos de frases esperanzadoras que indicaban que otro mundo era posible y la posibilidad de cambiar en el que vivíamos... aquello olía a libertad y justicia social.

»Recuerdo también, a un grupo de personas sentadas hablando alrededor de una gran mesa...

»Abro los ojos y sonrío... recuerdo que, formamos parte de un movimiento que reivindicaba que sin justicia social nunca podría haber paz, un movimiento que creía en la autoorganización de las personas, de los barrios y de casi todo... Que las personas debíamos ser ciudadanos de primera con compromiso social... un movimiento que reivindicaba que no podíamos abandonar la lucha por los derechos sociales, por comprender estos, como un legado que el movimiento obrero con su lucha social aportó en forma de Estado de bienestar a las generaciones venideras en forma de un futuro mejor, y, que esta lucha, necesariamente debíamos continuar... por ellas, por nosotras mismas, y por las que vendrían».

Contenidos políticos e intervención en la sociedad

Resumíamos así «somos un colectivo anarquista y ya está ». Esto se traducía en que confiábamos, creíamos y nos impulsaban pensamientos básicos de justicia social, y formas de organización antiautoritarias y asamblearias, en la horizontalidad de las relaciones, en la autogestión, en la autoorganización, en la lucha social en pro de una sociedad más justa e igualitaria... en el anticapitalismo y el antifascismo.

La música y las letras de ciertos grupos decían aquello que nosotras pensábamos. Los periódicos y las noticias nos recordaban continuamente cómo se trasgredían los derechos fundamentales. Con 20 años esta realidad social nos resultaba sencillamente intolerable y ni queríamos ni podíamos permanecer calladas. Utilizábamos la denuncia social como otra herramienta de intervención social más, cuya intención era contribuir a despertar la conciencia social. Era una manera de decir: oye, mira lo que está pasando, ¿de verdad puedes quedarte sin hacer nada? Pensábamos en ella como un medio para cambiar la realidad y una forma de contribuir a derrocar el conformismo, activar la protesta y la lucha social.

Articulábamos la denuncia social mediante:

- Pintadas y murales que nos ofrecían una presencia continua en la calle. Encontrábamos en ellas otro medio más para actuar sobre el receptor, para lanzar mensajes visuales donde primaba la información. Una manera de popularizar un mensaje, un medio de difusión social. Nos servía para expresar pensamientos y sentimientos, despertar o remover conciencias, convocar, exaltar y solicitar la solidaridad. Lo usábamos a modo de consigna y de propaganda.

Recordemos que en los años 90 no gozábamos de la disponibilidad de redes sociales ni Internet, ni siquiera teníamos móviles, herramientas que difunden muy rápidamente la información y las convocatorias (véase movimiento 15M y redes sociales).

- Un programa de radio: Golpe al Estado. Dos horas de duración, posteriormente una, de aplastante actualidad. Se comentaban temas referentes a ecologismo, conflictividad laboral, antifascismo, insumisión y antimilitarismo, cárceles y situación de las presas, de carácter antisexista, antirracista y antifascista, en contra de la especulación y el despilfarro de los políticos... Una manera interesante de entrar en los pensamientos de las oyentes y como medio para generar reflexión. La pretensión del programa, auxiliar al inconformismo social, siendo para nosotras su antónimo uno de nuestros peores enemigos.

Queríamos contribuir a extender la idea de que hoy en día es inútil delegar en políticos profesionales que resuelvan nuestros problemas, ya que ellos, se han convertido, en los precursores de los mismos, y que como ciudadanas, debemos aprender a resolver y/o reivindicar la resolución de nuestros propios problemas, desde nosotras mismas.

- La realización de actividades con asociaciones de vecinos como las asociaciones de vecinos de Aluche, Campamento, Puerto Chico, Lucero, El Olivillo, y el grupo ecologista La Comadreja. Fue un trabajo de intervención social que se valoró muy positivamente, ya que sirvió por un lado para ampliar el número de voces de protesta, y por otro lado para salir de los «circuitos habituales» por los que ambas partes nos movíamos, tomando contacto con personas con las que de otra manera, no hubiese resultado posible. Este tipo de contactos ayudan entender los diferentes ritmos y pelajes que alberga la lucha social y la pluralidad de pensamientos y maneras de intervención.

Participamos también en la asociación de vecinos de Campamento, en una charla sobre ludopatías, que impartieron algunas personas del colectivo.

- Convocatoria de manifestaciones y concentraciones. Estas nos parecían una de las formas más útiles de hacernos oír. Las utilizábamos como expresión de repulsa, de reivindicación, denuncia y apoyo. Nuestra primera convocatoria como colectivo se fraguó en 1991, por el asesinato de un chaval del barrio a manos de un policía municipal. No sería la única, durante varios años, visitaríamos a los presos de la antigua cárcel de Carabanchel el día treinta y uno de Diciembre, cortaríamos el tráfico junto a la asociación de vecinos de campamento contra el ensanche de la carretera de Boadilla del Monte... y desde la

coordinadora Lucha Autónoma a la que pertenecíamos, participaríamos en la infinidad de concentraciones y manifestaciones que se convocaron durante los años 90, a destacar entre ellas las manifestación antifascista del 20N y la marcha contra el paro, la pobreza y la exclusión social, junto a la coordinadora Baladre.

· Okupación: Para cambiar la realidad social, entendíamos como necesario, el asociacionismo y la autoorganización, el uso de espacios comunes como un derecho, la falta de estos, un hecho, y su apropiación una necesidad. Demandábamos lugares donde debatir inventar, crear, proponer, aprender, cooperar...

Por aquellas los espacios disponibles para ello no eran abundantes, pero sí lo eran los espacios vacíos y la necesidad que existía y sentíamos de tener un espacio propio, lugar de reunión, donde continuar construyendo espacios de libertad. A los pocos meses de formarse el colectivo, empezaron los primeros intentos de okupación. El primero se realizó con otro colectivo del barrio, el KREMA (Kolectivo de Resistencia Matritense). Se okupó por la mañana y a las tres de la tarde estaban los antidisturbios con una orden de desalojo y a comisaria. Se okupa la segunda, aparece el dueño, nos vamos; más tarde, una antigua fábrica de pan en quiebra, nos echa la policía a punta de pistola; otra más, vive el dueño al lado, tras quince días de penurias y tiritones, por falta de agua y luz, y la continua presencia de éste, decidimos poner fin. Al final okupamos un antiguo colegio «Ramiro de Molina», siendo en el primero que se hicieron actividades: charla sobre el campo de tiro de Anchuras, debates, exposiciones y pases de vídeo sobre temas de interés social, entre ellos el problema de la vivienda y las okupaciones, antifascismo, el *Poll Tax*, la terrorífica y vergonzosa experimentación animal, exposiciones de fotos, distribuidora de fanzines y música. Se destinó un espacio donde ensayaba un grupo de teatro y un espacio para vivienda. Una madrugada, una par de neonazis que volvían de una discoteca en el mismo paseo de Extremadura (la antigua Nacional) arremetieron a patadas contra la puerta del colegio, el estruendo hizo que nos despertásemos (el susto fue de aúpa), una enorme bota Dr. Martens atravesó el cristal, y el agujero que dejó, nos ofreció el rostro de uno de los atacantes que se llevó un amargo recuerdo de esa noche y a nosotras la certeza que los *sprays* autodefensa que compramos en Berlín, eran verdaderamente efectivos. Tras el desalojo, a los dos meses de su okupación, se hizo una parada y en 1992 se okupa el Centro de Cultura Popular El Barrio.

El Centro de Cultura Popular El Barrio, a fecha de hoy, todavía okupado, se convierte en un edificio puesto a disposición de las personas que necesiten un espacio para expresarse, reunirse, realizar actividades, aprender, enseñar y disfrutar... Se convierte en un espacio participativo que ofrece multitud de oportunidades culturales, charlas sobre educación libertaria del colectivo paideia, sobre drogas y su despenalización, Prevención de enfermedades de transmisión sexual y embarazos no deseados, jornadas de debate, talleres e infinidad de pases de video fórum que contribuyó a que conociéramos otras realidades, expuesto bien por las personas protagonistas o sin filtros que manipulasen la verdad. Éstos iban acompañados de un debate posterior, que aportaba el material necesario para fomentar el pensamiento crítico y a la reflexión.

Se convierte en un espacio donde grupos de teatro trabajaban sin tener que realizar aportación económica alguna, un espacio que posibilitaba la edición de material

(fanzines, carteles...) lugar de reunión, espacio de asambleas y actividad en sí, para uso del colectivo y de otros.

Nuestro colectivo no estaba subvencionado por ninguna entidad, institución, partido político, sindicato o similares... al principio los que empezábamos aportábamos ínfimas cantidades o cuotas mensuales que nos permitían editar escaso material. El asunto de la financiación nos llevó a articular una cooperativa de bar, donde las personas que trabajaban asignaban unas cantidades de dinero fijas (obtenidas de la cooperativa) para sufragar los gastos del colectivo (fotocopias, panfletos, revistas y demás material). De esta manera encontramos cómo autogestionar y autofinanciar el colectivo, consiguiendo crear además, un espacio de ocio que permitía a las personas conocer el centro y conocerse entre sí, lo que contribuyó a tejer el entramado de redes sociales.

La posibilidad de utilizar El Barrio como motor económico quedaba cedida de igual manera a otros colectivos, que a través de fiestas, etc., servía como herramienta de autofinanciación.

El Centro de Cultura Popular El Barrio se conformó como un lugar «de uso» para las personas que lo necesitasen, como punto de reunión para fomentar las relaciones personales, la conciencia de grupo, colaborando a la transformación de la realidad social.

Fanzines:

- Insumisión: Un folio por ambas caras plegado a la mitad, albergaba una portada con el título del pasquín, un texto explicativo sobre qué es la insumisión, trámites para convertirse en insumiso, datos de contacto de puntos de información y/ o asociación, como la asociación cultural Gato Salvaje y el MOC (Movimiento de Objeción de Conciencia). Figuraba también el contacto de la agencia de contrainformación UPA, alguna noticia antifascista y del encarcelamiento del insumiso Pascual Varela.

- La revista Golpe al Estado. El número 0 se publica en el verano del año 92, el número 1 en el año 95.

«Esta publicación nace por la pretensión de llenar el vacío existente en Madrid, donde hay colectivos y proyectos autónomos y/o anarquistas, y sin embargo echamos de menos una revista que sea expresión de sus ideas.» (parte de la presentación de la revista Golpe al Estado, número 0.)

Es un espacio donde se arenga a la organización y a la lucha contra el conformismo. Los artículos publicados hablan entre otras cosas del colectivo, el programa de radio de mismo nombre que la revista, la historia de las luchas obreras, la apuesta por una dieta solidaria, donde se expone lo que supone la cría de carne para el consumo humano, y cómo afecta a la salud, al bienestar de los animales y al ecosistema de forma muy negativa, sección econoticias, cárcel y aislamiento social, quinto centenario (500 años de engaño), derechos humanos en el cuarto mundo, mutilaciones sexuales a la mujer, la mujer y el movimiento autónomo, situación de la mujer en el Islam, Postdam: movimiento autónomo Alemán, Lucha Autónoma Zaragoza, casa de la paz (una extraña experiencia), Asociación apoyo a presos, hablan las autónomas, autonomía e independencia, opiniones

desde Euskalerrria, movimiento anarcopunk en Brasil, *gaztetxe* de Pamplona, reflexiones sobre el trabajo, sobre el ABC, esta es nuestra historia II, entrevista a Negu Gorriak y Vómito, punk mucho más que una moda, droga: en pro de su legalización, Cuba: ¿libertad o autoritarismo?, tráfico de animales, parques naturales y reflexiones sobre la necesidad de cambio hacia una sociedad más justa.

Los artículos escritos tenían además una clara pretensión enfocada a generar debate dentro del movimiento autónomo... y creedme que se consiguió.

- La Hoja Ákrata. Fue publicada entre los años 1996 y 2000. Vieron la luz diecinueve números de dicho boletín gratuito, que llegó a tener, empezando con una tirada de 1.500 ejemplares para terminar sacando 5.000 en su último número. Era otro órgano de expresión del colectivo. Se utilizaba un lenguaje de la calle, muy directo y sin pelos en la lengua, abordaba temas de actualidad y conflictos sociales todavía vigentes. En la hoja, se recogían buena parte de los acontecimientos de esos casi cuatro años, así como artículos de opinión, críticos y combativos.

- La elaboración de panfletos cuando veíamos la necesidad de hacer que la denuncia llegase de una forma más directa, siendo entregados directamente en mano, a las salidas de supermercados, bocas de metro, oficinas de INEM y buzoneados.

¿A qué sector social se pretendía llegar? ¿Con qué resultados?

Pretendíamos llegar a lo que hace 20 años entendíamos como clase media trabajadora, a los y las jóvenes, en general a la gente del barrio, a aquel estrato social que demandaba derechos fundamentales básicos que al igual que nosotras, sentían que les arrebataban.

Éramos conscientes de cómo iba extendiéndose cada vez más, la posible zona de vulnerabilidad, precariedad e inestabilidad en la que nos encontrábamos, caracterizada por una fragilidad e inseguridad en las relaciones laborales y en los soportes sociales. No podíamos olvidar que las personas que integran este espacio, se encuentran en riesgo de exclusión social.

El hecho de ser conscientes de la situación, nos impulsaba a denunciar lo que pasaba. El desempleo y el subempleo, el problema de la vivienda, la falta de apoyos comunitarios, la dificultad en la integración laboral, la falta de oportunidades.

Dicha conflictividad social era común a todas y desde nuestra perspectiva, conjunta por lógica, la lucha debía ser. Nuestro «afán» era llegar a esta masa, a esa clase media sin organizar, a las jóvenes del barrio con tanto potencial como nosotras, contagiar el inconformismo y la agitación social, sin olvidar que la autoorganización y la lucha social era el camino para conseguir objetivos.

Sabíamos que la falta de sensibilización y movilización de la sociedad ante la exclusión social conformaba un eje en sí misma, y también a este sector en general pretendíamos llegar, ya no solo a las afectadas exponiendo la idea que debíamos ser

partícipes en la solución de nuestros propios problemas, sino que además, como ciudadanas debíamos sensibilizarnos ante la lacra del paro, la pobreza y la exclusión social.

Ello daba resultados, trabajamos con asociaciones de vecinos, y gente joven con ganas de hacer cosas, comenzó a visitar el centro social que gestionábamos y a nutrir el colectivo (llegamos a ser hasta 30 personas). Muy importante, que la idea de la autoorganización fue calando, y personas que visitaban el centro y decidieron no formar parte del colectivo crearon sus propios grupos y realizaron sus propias actividades y acciones... empezábamos a luchar, crear y construir poder popular.

Principales logros

Luchamos por lo que creímos e hicimos realidad muchas facetas de esa lucha.

Para bien o para mal, con esfuerzo, unas ganas inmensas y esa fuerza que te da el estar convencida que hay algo de razón en aquello que piensas y haces... conseguimos convertirnos en un grupo de jóvenes de 20 años que encontraron la forma y el camino (sin tener que recurrir a las instituciones) de hacer muchas cosas en las que creíamos. La perseverancia dio su fruto en forma de un espacio propio de continua actividad como el Centro de Cultura Popular El Barrio. La inquietud por cambiar las cosas y la creencia firme en la autoorganización, nos llevó a formar un colectivo por donde pasaron más de 100 personas. La confianza en nosotros mismos y en los demás, nos ayudó a contagiar y contagiarnos de la idea de que todas somos capaces de hacer algo, que si tenemos un precedente de lucha y esas personas eran capaces de hacer la revolución, nosotras también y que si nosotras éramos capaces, por ejemplo, de hacer pintadas o panfletos denunciando las vergonzosas condiciones laborales de un supermercado, las demás también podría hacerlo... y así era, personas que no pertenecían al colectivo, comenzaron entre otras cosas, a denunciar y sabotear a ciertas entidades que violaban ciertos derechos fundamentales...

Llevábamos una estética «particular» que podía convertirse de cierta manera en un elemento segregador a la hora de trabajar en conjunto con otros colectivos del barrio.

Asociaciones de vecinos como la AV de Campamento, Aluche, El Olivillo vieron en nosotros a jóvenes con muchas ganas de cambiar las cosas, vieron cómo pensábamos y cómo actuábamos, nuestro grado de implicación en asuntos comunes, y pienso que este arrojo, nos valió en cierta manera para colaborar y convencer de la idea de que lo importante es el interior de las personas, los «envoltorios» son solo eso, peculiaridades externas, y que si contamos con objetivos comunes, no hay duda a la hora de luchar juntas.

El tiempo nos iba ayudando a abrir más el debate y a volvernos cada vez más participativas. Fuimos comprendiendo que era importante dulcificar nuestras relaciones y cuidarnos más. Mimábamos más a las personas que entraban nuevas... se iban cambiando actitudes, nos volvíamos más responsables. Reflexionamos, debatíamos, hablábamos y hablábamos llegando a conclusiones, como por ejemplo, que transmitir la experiencia era algo necesario para evitar la aparición de dirigentes y dirigidas, lo que colaboraría a la igualdad y horizontalidad en las relaciones personales en el colectivo. Articulamos cierta metodología para dichos fines estructurada en grupos de trabajo:

1. Grupo de contrainformación: se encarga del programa de radio Golpe al Estado y el boletín de opinión La Hoja Ákrata.

2. Grupo de propaganda, que se encarga de editar todos los carteles y panfletos.

3. Grupo de actividades del Centro de Cultura Popular El Barrio.

Estos grupos son para los asuntos técnicos, decidiéndose los asuntos de mayor importancia en la asamblea semanal.

Logros más concretos referentes al trabajo en sí del colectivo.

- Okupación de un inmueble para centro social y vivienda.
- Elaboración y mantenimiento de un programa de radio durante años.
- El mantenimiento de una elevada presencia en la calle.
- La implicación, el esfuerzo y el trabajo común, que dio como resultado la formación de un colectivo, cuyos integrantes desempeñaron una actividad de forma permanente y continua durante años.
- Llegar a ser uno de los colectivos más activos de Madrid.
- El elevado número de miembros que realizaban actividades semanales en la calle, y en el centro social.
- La realización durante años de un trabajo continuo en forma de dossiers, fanzines, y revistas, movilizaciones, manifestaciones, actividades...
- La perpetuidad del trabajo que ciertos miembros del colectivo, después de su disolución, han seguido realizando.

Principales debilidades, limitaciones y errores.

De nosotros hacia el exterior...

Todo lo hablado parece que quedó en algo de gente joven.

Un gueto juvenil radical, con el gusto por cierta estética, por cierta música...

Un gueto quizás producido desde fuera pero totalmente interiorizado desde dentro.

Quizá todo ello, limitó mucho y debilitó la apertura de la lucha a otros sectores de la sociedad, quienes aun compartiendo pensamientos muy parecidos de justicia social y reivindicación de derechos fundamentales básicos y comunes a todos... nos veían tan diferentes a ellos, que resultaba muy complejo un acercamiento para un trabajo común en la lucha social.

También el sectarismo y ciertos tintes dogmáticos, con los que todas convivíamos, colaboraban de una manera importante a dicha imposibilidad. Los espacios, las relaciones y los grupos que generamos desde los centros y espacios okupados tendían a volverse cerrados, pese a nuestra intención de darles un carácter abierto.

Pienso que daba resultado el «esfuerzo» que invertía el Estado a través de los *mass-media* y demás, en empujarnos a «la marginalidad», queriendo convertirnos en unas tribus urbanas más...violentas irracionales y antisociales. Intentando así, enmascarar

nuestra realidad ante los ojos del resto de la sociedad... Su manera de perseguir uno de sus principales objetivos: la desmovilización social.

Pienso que el mismo movimiento nos absorbió en sí.

Que quizá hubo cierta falta de valoración en ocasiones de la consecuencia de las acciones antes de emprenderlas.

La misma represión que en ocasiones nos hacía fuerte, en otras conseguía debilitarnos.

La frenética actividad, y la intención en ocasiones de abarcar más de lo que estaba en nuestra mano, generaba en ciertas ocasiones agotamiento y sentimiento de frustración (al no poder con más, había que priorizar, descartando trabajar temas que seguían pareciéndonos de gran importancia).

Los comportamientos en ocasiones no eran congruentes en lo que hacía referencia a la teoría y praxis... pero nadie dijo que fuese fácil.

Principales polémicas internas: negociación desde las okupaciones, drogas en los centros sociales, movilizaciones legales e ilegales

Con respecto a las negociaciones desde las okupaciones, desde el barrio no se negoció nunca ni nada con la administración. No entendíamos que un espacio okupado negociado y legalizado pudiese seguir albergando la lucha que nosotros entendíamos como tal dentro de la okupación y del movimiento.

Participábamos tanto en movilizaciones legales, como ilegales si el fin era consecuente y necesario para nosotras, si conseguíamos reunir los permisos necesarios, las hacíamos... si nos lo concedían y podíamos, las hacíamos igual.

Respecto a las drogas tanto legales como ilegales.

Estábamos acostumbradas a leer comics y escuchar música que hacían verdadera apología del consumo de drogas y alcohol.

La gente difundía y se identificaba con frases como «bebe y lucha» o «bebe y olvídale».

Nosotras pensábamos que el disfrute de las drogas y la lucha por la libertad no eran cosas incompatibles, pero cada una tenía su momento y eran asuntos que NO debíamos mezclar. No contribuir a una apología absurda y para nosotras, equivocada, lo creíamos además necesario.

Como colectivo abogábamos por la moderación ya que el exceso de las mismas conllevaba a recesos importantes en la autonomía personal, la salud y la lucha social.

Muchas fueron las asambleas y concentraciones matutinas que se vieron seriamente afectadas por celebraciones en la noche anterior.

A raíz de ciertos acontecimiento, valoramos la necesidad de posicionarnos, con respecto al tema, y lo hacíamos contra el abuso, el tráfico y la adicción, no contra la sustancia en sí, ni el consumo responsable.

En la práctica, vimos consecuente, tomar ciertas medidas, como no abrir la cooperativa de bar por norma, la noche víspera de la manifestación antifascista del 20N, celebrada en domingo, dejar de servir alcohol a una cierta hora de la noche o en un cierto estado, e insistir en que el abuso, no se convertía, en la práctica, en nada revolucionario.

El mal uso del alcohol y de las drogas generaba consecuencias tan graves como para posicionarnos de manera clara ante dicho asunto, y la frivolidad con que en ocasiones se trataba.

«Destruir nuestros cuerpos y nuestras mentes es entregarnos al Estado. ¡Conservémonos sanas para atacarlo con todas nuestras fuerzas!» (Revista Golpe al Estado, nº 0).

Relaciones entre hombres y mujeres en los espacios en los que militaste: ¿participación igualitaria? ¿Intimidación sutil o no tan sutil?

Durante la militancia en el colectivo, y la relación con el movimiento autónomo... todos y todas pasábamos por periodos de cambio, estábamos aprendiendo, había cosas que eran más sencillas de aprender y otras que menos. El patriarcado y el sexismo es algo contra lo que cuesta mucho más luchar, tanto es así que dentro del mismo movimiento se formaron colectivos de mujeres que se esforzaban en trabajar el tema del sexismo no solo de puertas para fuera sino insistentemente de puertas para dentro. Comprendo que a algo que tenemos alicatado en el tuétano, le sumamos:

- La sutilidad que la mayoría de veces entraña.
- Que quien desarrolla el comportamiento provenga del género que provenga, no sepa que es un comportamiento sexista por la subjetividad del asunto (para lo que alguien puede serlo, para otra persona no).
- Que no sea considerado como un hecho segregador en sí.
- Que no se detecte claramente, incluso por el género femenino.
- Minoría de género femenino en los colectivos.
- Etc., etc., etc.

Lo convierte en un asunto de extrema complejidad.

Yo por lo que recuerdo que podía ocurrir, no era que se nos discriminase a ninguna mujer por serlo, cosa que nunca podría haber ocurrido así, sino que continuando con las sutilezas, no se tenían quizá en consideración de la misma manera, las propuestas y opiniones cuando provenían de un género u otro. Si bien podía condicionar la experiencia, ante experiencias iguales, volvían las diferencias de la misma manera que anteriormente.

Pienso que la cultura tradicionalista que nos han inculcado pesa sobre nosotras y nuestros pensamientos por lo que este asunto se convertía en el más enrevesado y complicado al que nos enfrentábamos.

Aun así, se evolucionó, pasamos de que hubiese empeño en defender que cuando nos referíamos a todos también se dirigía la expresión al sexo femenino, y que era muy tedioso escribir en ambos géneros con el tan utilizado as/os, a dar alternativas como escribir en femenino siempre (ya que nos dirigimos a las personas), finalmente atendiendo a dicha especificidad léxica. Se realizó el esfuerzo y se avanzó. También la participación por parte de las chicas del colectivo fue más progresiva y con el tiempo se fueron suavizando las formas y creo que se fue consiguiendo que las relaciones fueran más horizontales e igualitarias.

Con respecto a intimidaciones, no las recuerdo como manifiestas. Pienso cuando recuerdo a las personas del colectivo que no se hubiese tolerado, y que nadie se habría atrevido a hacerlo. Quien pudiese intimidar, por manifestar comportamientos quizá algo autoritarios, lo hacía sin atender al género de las que estábamos y tendía a hacerlo más con las personas del sexo masculino... comportamientos que por sistema, eran recriminados.

Violencia y autodefensa

La autodefensa no era más que la forma que teníamos de protegernos de la violencia a la que éramos sometidas por el Estado, las instituciones, los grupos fascistas... Las agresiones que sufríamos por parte del Estado en sus formas más variadas como la represión, falta de oportunidades, exclusión social, falta de vivienda y todo lo demás... tenían por nuestra parte respuestas como movilizaciones, denuncia social y acción directa.

La pegada de carteles convocando movilizaciones, las pintadas denunciando la vergüenza especuladora de los bancos, a favor de la insumisión, en contra del fascismo y el racismo, la okupación en respuesta a la necesidad de espacios...

Por la detención de un insumiso se hizo una manifestación de Aluche a Carabanchel. Compañeros fueron detenidos acusados de realizar sabotajes al banco Hispano (principal accionista de la empresa Duro Felguera, cuyos trabajadoras estaban llevando a cabo una dura lucha en defensa de sus puestos de trabajo) y tuvo su respuesta.

Detuvieron a compañeras acusadas de hacer pintadas en bancos, los cuales pasaron la noche en comisaría, el colectivo convoca una manifestación que iría hasta la comisaría de Campamento, la cual no pudo llegar por el espectacular despliegue policial impidiendo a las 80 personas que allí se encontraban llegar a su destino. Quietas a la fuerza, aunque no en silencio, se profirieron insultos de asesinos y torturadores a las fuerzas del orden durante más de una hora, se repartieron panfletos a las personas que allí se encontraban y con la intención de evitar una batalla campal, nos disolvimos.

Si una cosa tenía clara el colectivo es que no se permanecería sumiso y en silencio, no se dejaría de dar una respuesta a lo que ocurría, ya fuese hacia la violencia del Estado o los grupos fascistas, no estábamos por la labor de poner la otra mejilla, y la respuesta se convertía en una manera de hacer saber que no lo haríamos.

La propaganda fascista a través de pintadas en el barrio, duraban más bien poco, lo cual ayudó mucho a que los grupos fascistas dejaran de utilizar el barrio para su fin propagandístico, con tenacidad se consiguió y finalmente así ocurrió, dejaron de pintar.

Pensábamos que no podíamos dejar que estos grupos se sintiesen cómodos y camparan a sus anchas, ante su intimidación debíamos responder de la única manera que entendían, con el enfrentamiento directo, las palabras aquí no tenían ni sentido ni cabida.

En el instituto los nazis tenían amenazado a un *red-skin* que conocíamos, el hostigamiento y la intimidación iban «in crescendo», y se decidió en asamblea programar una visita explicativa...

El resultado fue una batalla campal gracias a la chulería mostrada por los fascistas, hubo una agresión posterior por parte de ellos a dos personas del colectivo, un juicio donde uno de los nazis fue condenado a pagar una indemnización de 70.000 pesetas, y un

último juicio donde la fiscalía pedía una pena de 3 años de prisión para varios miembros del colectivo, quienes finalmente resultaron absueltos.

Se realizó una acción que consistió en localizar el domicilio de ciertos neonazis-fascistas del barrio, se elaboró un panfleto explicativo referente al tipo de personas que eran, se buzoneó en comercios cercanos y en las viviendas de los vecinos y vecinas de estos...

Éramos del pensamiento que ninguna agresión debía quedar sin respuesta.

Autonomía: ideología y/o práctica y/o forma de vida

Lo que al principio se convirtió en una actividad novedosa... se convirtió con el tiempo en nuestro día a día.

Nos enrolamos en un asunto que hizo de la lucha social nuestro estilo de vida.

Nos dedicábamos a ello y durante años se convirtió en algo nuestro que sentíamos como propio.

Entre semana se desarrollaba la actividad que decidíamos en asamblea y los fines de semana nos hacíamos cargo en el barrio de aquello que hubiese que hacer, visitábamos bares o espacios generalmente que tenían que ver con la «movida». Asistíamos a conciertos en algún centro social, fiestas para financiar o apoyar algún proyecto, jornadas y charlas, algún viaje programado, como el que organizó un año la coordinadora de colectivos Lucha Autónoma a Berlín para el uno de Mayo...y más etcéteras.

Entendemos que se convirtió en nuestra nueva forma de vida y quizá también nos cambió las mismas, convirtiéndonos en lo que fuimos y somos.

Nos contagiamos con elementos de ruptura, y nuestra misma capacidad de producir acción política, la hizo propia.

Luchábamos por la insumisión y nos convertíamos en insumisos, por la okupación y se okupaba... extrapolábamos a nuestro día a día (o al menos intentábamos conseguirlo) lo que queríamos extender al exterior, como la horizontalidad en nuestras relaciones y aquello por lo que luchábamos desde una generalidad, vivirlo y cultivarlo desde nuestra particularidad.

Formas de organización

Un grupo de diez amigos del barrio de unos 20 años comienzan a participar en movilizaciones antimilitaristas, pro-okupación y a hacer pintadas, sin que exista un colectivo todavía de por medio.

Solo una persona había militado anteriormente, en el Comité Anti-OTAN del Paseo de Extremadura (CAPE) que militó también en Los Invisibles y en el colectivo autónomo antifascista (CAAF).

En el Centro Social Minuesa nos enteramos que en la Casa de Campo había comenzado a reunirse un grupo de personas, con el tiempo formarían la coordinadora de colectivos Lucha Autónoma.

Comenzamos a interesarnos mucho por esas reuniones, y fue en ellas donde conocimos experiencias de colectivos de jóvenes de otros barrios, detonante que nos animó a montar nuestro propio colectivo.

Manos a la obra, elegimos un nombre: Kolectivo de Resistencia Antiautoritaria que nos cuadraba con lo que éramos y representaba, no elaboramos estatutos ni objetivos, queríamos hacer cosas por temas que nos parecían importantes y hacernos oír.

Formamos el colectivo después de una reunión en la casa de campo, de donde saldrían las primeras actas y comenzaría nuestro proyecto.

No podemos olvidar que éramos un grupo de colegas que pasábamos mucho tiempo juntas. Los domingos en el parque del barrio de campamento, hacíamos la reunión semanal del colectivo, donde se debatía y consensuaba que haríamos durante la próxima semana.

Nos coordinamos en la coordinadora de colectivos Lucha Autónoma. En la asamblea semanal del colectivo, se ofrecía una delegada para acudir a las mismas, donde exponíamos lo que haríamos durante la semana siguiente y en que menesteres andábamos, traíamos información del trabajo que hacía el resto de colectivos de Lucha Autónoma.

A los pocos meses de formarse el colectivo, vimos la necesidad de disponer de un lugar donde reunirnos y realizar las actividades que pretendíamos realizar, donde guardar y elaborar material, trabajar... y comenzaron las ocupaciones.

Nos organizábamos a través de la asamblea. Éste era el medio mediante el cual el colectivo pronunciaba sus decisiones como tal. Se elaboraba un orden del día con los temas a tratar. La toma de decisiones se realizaba por consenso o mayoría, el respeto por mantener los turnos de palabra y no elevar la voz, lo iríamos consiguiendo con el tiempo, lo acordado se plasmaba en unas actas informales. Se dividía el trabajo que realizaríamos durante la semana y se hacían los grupos para realizarlo, en el caso que no hubiese personal suficiente, se posponía para la próxima asamblea. Las personas que nutrían los grupos hablaban entre ellas y concretaban para realizar las labores.

No existían líderes declarados, y éramos independientes a cualquier partido político, sindicato u organización.

Relación con las instituciones

No mantuvimos relación con las instituciones.

Desde nuestra forma de actuación y pensamiento, las instituciones no dejaban de ser parte del Estado y nuestra relación con ellas no podía entenderse de otra forma que no fuese desde la línea de enfrente.

La «relación» con las instituciones políticas, como partidos políticos y sindicatos del Estado, no era colaborativa, más bien lo contrario.

En el barrio cierto sector político hizo amagos de acercamiento, nosotras decíamos no. En elecciones, las sedes de partido eran tomadas en consideración cuando trabajábamos en la campaña por la abstención.

Por nuestra forma de pensar y actuar, la relación con ellas no llegaría a buen puerto...

El programa Golpe al Estado se realizaba en Onda Latina, una radio libre, pero estaba instalada en la sede de un partido político.

Éramos anarquistas de pensamiento y acción...

El programa Golpe al Estado, realizado por el colectivo KRA fue expulsado de la radio Onda Latina donde emitían desde mayo del 91. La decisión fue tomada el 13/9 durante una asamblea en la que se votó la propuesta de expulsión del programa y en la que se presentaron dos votos a favor de personas ausentes (el tema ya estaba premeditado por un sector de la radio). Onda Latina emite desde una sede del PCE y podría ser un motivo de la expulsión. Durante los días posteriores varios programas se solidarizaron con el KRA que pidió una repetición de la asamblea que no se llevó a cabo. Actualmente el colectivo ha trasladado el programa a Radio ELO y forma parte de Radio Resistencia.

El colectivo no realizó acción alguna que pudiera perjudicar a Onda Latina como tal, pero sí acciones que perjudicaban al PCE como institución política...

«O se lucha contra el poder para romper el Estado, o se colabora con él.»

Diferencias internas y pluralidad dentro del movimiento

El colectivo estaba formado por gente de barrio sin experiencia política previa ni trayectoria anterior. Sí teníamos claro desde el principio el carácter anarquista, autónomo y antiautoritario del mismo.

No proveníamos ni de asociaciones ni de partidos políticos.

La formación la fuimos adquiriendo, en principio mediante la rutina del trabajo el debate y la lectura (existía la necesidad de formación, se creó una biblioteca para disposición interna del colectivo)... Comenzamos haciendo propaganda de luchas como la insumisión y la okupación.

Teníamos como objetivo extender las ideas libertarias en nuestro barrio y potenciar la autoorganización.

El coordinarnos en Lucha Autónoma nos ayudó a ir conociendo el pensamiento y la manera de actuación que tenían otros colectivos.

Por aquellas, en Madrid, al igual que en las diferentes partes del Estado, había mucho movimiento. Lo que conocemos por movimiento autónomo crecía con fuerza en otros países como, Berlín, Italia...que fueron sin duda, otro punto de referencia.

El movimiento autónomo era una confluencia de grupos anticapitalistas al margen de las instituciones.

En él, quedaban englobados, un amplio número de colectivos, con principios comunes pero con posturas de intervención social e ideologías muy diferentes: marxistas, leninistas, troskistas, anarquistas, algunos sin ideología concreta, otros con ideología propia, vegetarianas, veganas, colectivos de mujeres, apoyo a presas, por la liberación animal, *Sharp*, entre otros muchos...

La magnitud del mismo, junto por la pluralidad de pensamientos, ideologías, formas de intervención social, organización etc., etc. daba como resultado controversias y tensiones internas de considerable importancia, donde en infinidad de ocasiones surgían discrepancias a la hora de asumir conjuntamente ciertas acciones que realizaban algunos colectivos, convirtiéndose en diferencias insalvables, fruto de los diferentes planteamientos que realizaban los mismos y las personas en sí, en lo referente a intervención política.

Desde el colectivo, pensábamos en la imposibilidad de avanzar como movimiento sin definirnos desde una postura propia. Dicha necesidad para nosotras quedó expuesta en la presentación del número 0 de la revista Golpe al Estado: «Para nosotras ser autónomas no es solo una forma de trabajar, sino sobre todo una forma de pensar. Queremos que sea foro de debate y discusión del movimiento autónomo antiautoritario, para nosotras dos condiciones indispensables e inseparables. Deseamos que genere polémica y debate».

«El movimiento autónomo ha de posicionarse, diferenciarse y definirse para poder avanzar desde una postura propia.»

Haciendo referencia a la necesidad de la ruptura con la izquierda que alternaba en el movimiento, que para nosotras no era alternativa ni autónoma.

Causas de la crisis que se produjo a partir de 2001

En Octubre de 1999 me trasladé a vivir a Alicante regresando a Madrid en el 2006 por lo que no puedo hablar de dicha causa, ya que no volví a militar en colectivos de barrio en Madrid desde entonces.

De todo lo aprendido en este periodo, ¿cómo te ha ayudado a abordar nuevas luchas/proyectos?

Gracias a esta experiencia he comprendido que las personas tenemos la potestad de provocar cambios sociales desde nosotras mismas, en el momento que asumamos esta destreza y la pongamos en práctica. Es imprescindible ser conscientes de que la unión, la autoorganización y la lucha, son los medios que nos ayudarán a conseguirlo, como tantas compañeras hicieron en un pasado y continúan haciendo.

Me trasladé a vivir a un pequeño pueblo de Alicante en 1999, cuna de la industria juguetera. Personas de madura edad, de manera informal me comentaban variables de la causa del declive económico que había sufrido el pueblo.

De nuevo asomaron los intereses económicos de una empresa y sus negociaciones con los poderosos. La empresa de la que hablamos es FAMOSA quién finalmente se trasladó a China.

El pueblo del que hablamos, pasó de ser «la yema del huevo» a un pueblo azotado por el desempleo. El pueblo no pudo evitar que la empresa se fuese, pero si conocían que dicha empresa había negociado según rumorología popular con el ayuntamiento, que ninguna otra empresa pudiese instalarse en las cercanías del pueblo a cambio de su permanencia en el mismo (acuerdo que finalmente no cumplió), cerrándoseles a fábricas como el pozo la posibilidad de generar empleo, en dicha localidad.

Cuentan alguno de los lugareños que se sabía, que era vox populi, pero el pueblo no respondió, dejó que el ayuntamiento y la empresa decidiesen su futuro laboral, cuyo resultado, se les entregó en forma de paro y precariedad.

Durante la estancia en el pueblo que anteriormente mencionaba, conocí de la existencia de una perrera municipal. Sensibilidad e inquietud se mezclaron y dieron como resultado la participación en un proyecto que al principio consistía en el cuidado y atención de las necesidades básicas de un conjunto de cánidos abandonados, a mano de

un grupo de voluntarias del pueblo nutrido por 7 personas tras mi nueva incorporación, contando la más joven con 15 años de edad, y la más experimentada 65. Las instalaciones por llamarlo de alguna manera (un antiguo matadero al aire libre) eran del ayuntamiento, quien presupuestaba para alimentación: pienso «baja calidad» y ciertos cuidados que solo una persona (personal de la brigada de obras) desempeñaba en concepto de limpieza y atenciones básicas 2 veces a la semana... Contando cada departamento con grupos de hasta 5 animales.

La esencia de esta historia es que el convencimiento, el esfuerzo, la organización la reivindicación y la lucha por una vida mejor para estos animales dieron como fruto cosas como: que de ser meramente visitantes como voluntarios, llegamos a tener voz y voto a la hora de limitar espacios y ordenar los mismos para que los animales disfrutasen de un mayor bienestar, a elaborar una red para adopciones, donde hubo futuros hogares incluso en el extranjero, la coordinación con la protectora de Ibi que mejoró eficazmente el trabajo y la red de adopción.

Las infinitas quejas, amenazas y reuniones con la alcaldesa del momento, dieron como fruto una mayor atención por parte del ayuntamiento a los cánidos, una mejor alimentación, más horas de limpieza y atención, y lo más importante se consiguió que el ayuntamiento firmase un acuerdo con la protectora de Animales y Ambiental de Ibi, a cargo de una excepcional mujer donde la calidad de vida de los animales se ha incrementado considerablemente.

La moraleja final sigue siendo la misma, que el único camino hacia un cambio mejor es la autoorganización y la lucha social, ya que los poderosos no van a dejar de robarnos lo que es nuestro, y que realmente para conservar nuestros derechos y los de la colectividad... es la forma, como nos muestra la historia, que se logra.

Mucho ánimo, salud, y revolución social.
Con mis mejores deseos.

12. La vida como un campo de batalla

Julián de la Peña⁴⁴

Hablar de los contenidos políticos del movimiento autónomo, al menos entre mediados de los años 80 y principios del siglo XXI, no es una tarea sencilla. Las bases sobre las que se construyó una nueva identidad política, al menos en un primer momento, tenían más que ver con los rechazos que con las propuestas. Rechazo a la forma tradicional de los partidos de lo que se llamaba la «izquierda radical» y su forma vertical de organización; rechazo a las estructuras dominadas por las lógicas sociales, como la religión o el patriarcado; rechazo a las formas culturales existentes, basadas generalmente en un ocio elitista y mediado por las lógicas del mercado; rechazo a los pilares represivos más evidentes del Estado, como el ejército o las cárceles; y, por último y muy importante en esos años, rechazo a una forma de vida articulada en lo que aquel momento se denominaba la «familia nuclear».

A partir de esas oposiciones comienza a gestarse una identidad, que tiene varios puntos visibles e identificables: la autoorganización asamblearia; los grupos feministas y antipatriarcales; la construcción de un tejido contracultural, fundamentalmente alrededor de la música y la contrainformación; la insumisión al ejército obligatorio y la lucha contra las prisiones; y, como eje casi fundacional, la okupación de casas y los proyectos de vida en comunidad.

Todo este proceso se va construyendo en buena parte por la influencia que llega de otros países, fundamentalmente Holanda, Inglaterra, y Alemania, donde desde los años 70 había emergido un espacio autónomo absolutamente rupturista en lo social y en lo político, y que había tenido la capacidad de generar sus propios recursos y sus propios espacios, más allá de otras experiencias —como los hippies unos años antes— que olvidaban la confrontación política con el Estado como uno de los ejes fundacionales sobre los que articularse.

Por tanto la intervención social de ese primer movimiento autónomo madrileño tenía que ver con la necesidad de autoafirmación de nuestro propio lugar como sujeto político.

⁴⁴ El autor comenzó a finales de los años 80 en la Juventud Comunista Revolucionaria (organización juvenil de la troskista Liga Comunista Revolucionaria); en el año 91 pasó a formar parte del sindicato anarcosindicalista CNT; más tarde fue miembro de la Coordinadora de Colectivos Lucha Autónoma como militante del Kolectivo Autónomo de Tetuán. Participó, en mayor o menor medida, en los Centros Sociales Okupados de Minuesa, Otamendi, David Castilla, Lucrecia Pérez y en las tres experiencias de El Laboratorio.

Los recorridos de esas luchas, que eran cotidianas, podían ir desde el núcleo familiar —sujeto en algunos casos a las derivas culturales del franquismo—, hasta el ejército, la propiedad, la escuela, el lugar de trabajo, o las calles. Por eso la estética jugaba un papel considerable en aquella época (lo cuál con perspectiva se revela como una estupidez), porque nuestra voluntad de reafirmación incluía nuestra visualización como sujetos autónomos y «radicales». En ese sentido la producción de propaganda, en un primer momento, tenía que ver no solo con fanzines y publicaciones más o menos periódicas, sino, especialmente, con camisetas, chapas, pegatinas y carteles donde expresar nuestros deseos políticos. Afortunadamente con el tiempo esa balanza se fue invirtiendo, y la segunda mitad de los años 90 fue la explosión de una producción teórica desconocida hasta entonces.

En esa inversión de proyecciones tuvo mucho que ver los contactos que se inician a partir del principio de los años 90 con las experiencias provenientes del «área de la autonomía italiana». Al contrario que en otros países de Europa, la experiencia italiana mamaba de un componente obrero y de clase surgido alrededor de las luchas en las fábricas en el post 68, y que había abarcado desde luchas por la construcción de un tejido político autónomo en el territorio (los barrios, las universidades y los lugares de trabajo), hasta otras que habían flirtado, con mayor o menor incidencia, en el activismo armado.

Más allá de algún pequeño lugar común —como las experiencias de las radios libres—, el «modelo italiano» aportaba una nueva consideración a un espacio tan central entonces como era la okupación de casas para realizar actividades políticas y culturales. El concepto de Centro Social se auguraba como un paso hacia adelante, para llenar unos lugares hasta entonces casi vedados por otras lógicas que no fueran la identificación estética y musical con un movimiento joven en su composición.

Es a partir de entonces que las casas okupadas que realizaban actividades públicas cambian completamente de paradigma, y, aunque muchas veces fuera solo en lo formal, se proyectan como lugares de agregación abiertos al territorio, desde los que conspirar, difundir contenidos, informar o mostrar una forma de entender la vida y el espacio de ocio distinta a la normativa social, cultural y política, imperante. Igualmente son lugares idóneos desde los que organizarse. Al mismo tiempo que va aumentando la presencia de los centros sociales autogestionados, que pasan de ser experiencias muy escasas a finales de los 80 a proyectos múltiples a mediados de los 90, también crecen las viviendas okupadas, y los colectivos autónomos de barrio. Este crecimiento ayuda a que el movimiento vaya creciendo, a que se articulen formas de cooperación entre proyectos y lugares alejados, y a que comience a aumentar considerablemente el número de activistas que pueblan el disperso área de la autonomía madrileña.

Sin duda un acontecimiento que puede marcar un antes y un después de cómo era Madrid en relación al espacio que tenía la autonomía dentro del abanico de grupos que habitaban la «izquierda radical» en esos días, fue el desalojo del Centro Social Minuesa el 18 de mayo de 1994. Minuesa en su última etapa había sido permeable a la nueva concepción política que transmitían los Centros Sociales italianos, y esa etapa había coincido con una explosión de sinergias en favor de nuevos espacios okupados en otros barrios de Madrid, como Estrecho, Quintana, Vallecas, o Móstoles. Tras su desalojo la lógica extensiva del modelo de centro social siguió aumentando, llegó a otros barrios y

pueblos, incluso a la Universidad, y, en muchos casos al calor de estas experiencias, se fueron constituyendo, con más fuerza que antes, algunas de las organizaciones autónomas que había nacido anteriormente al desalojo, como la Coordinadora de Colectivos Lucha Autónoma, creada en el verano de 1990. Con esa nueva potencia, se habían implementado los campos de acción e intervención del conjunto del movimiento: desde el sindicalismo o las luchas estudiantiles, hasta el antifascismo «militante» más estructurado.

Finalmente habría que añadir otro momento que produce cambios en el devenir de la autonomía madrileña. El desalojo el 10 de marzo de 1997 del centro social La Guindalera, y la detención de 155 personas, con una enorme diversidad de procedencias y afinidades políticas, genera una ola de apoyo ciudadano a la okupación. Al hilo de las reuniones que se producen tras esos días, y después de una represión policial cuando menos excesiva incluso para los entornos en los que se apoyaba el Estado, un grupo de activistas de diversos centros sociales okupados de Madrid decide unirse para abrir un nuevo espacio en el centro de la ciudad. El nuevo proyecto, que se llama El Laboratorio por su voluntad manifiesta de experimentar nuevas líneas de trabajo colectivo, abrirá otras vías de intervención política hasta entonces poco o nada trabajadas, dos de las más significativas fueron las relacionadas con el hacktivismo, las luchas de los migrantes y el trabajo por las reivindicaciones vinculadas a los derechos de ciudadanía.

*

Si hablamos en términos generales del movimiento autónomo, el sector social al que se pretendía llegar era, como concepción teórica, el conjunto de la sociedad, sin distinción, circunscrita básicamente a los barrios donde los distintos grupos autónomos tenían presencia. Lo cierto es que más allá de un sector de la juventud, que solía unirse atraído por la escena musical que se producía alrededor del movimiento, la incorporación de otros sectores era más la excepción que la regla.

Los resultados eran diversos. En algunos barrios y pueblos la incidencia era mayor que en otros. Zonas como Adelfas, Moratalaz, o Móstoles parecían gozar de un nivel importante de apoyo social, pero lugares como Estrecho, la zona donde yo viví durante un periodo de tiempo, el apoyo y la afinidad no pasaba de casos puntuales, a pesar de llegar a tener en un mismo espacio de tiempo unas catorce casas okupadas como viviendas y un centro social muy activo como era el David Castilla.

A partir del año 96, y tras las luchas que se produjeron en ese tiempo en las universidades, grupos autónomos de estudiantes como ADN Recalcitrante de Biológicas, Autónom@s de Ciencia Política y Sociología, e Información y Libertad (los tres de la Universidad Complutense) tuvieron cierta incidencia y capacidad de movilización en sus facultades. Igualmente el colectivo Lucha Autónoma Estudiantes (integrado en la coordinadora Lucha Autónoma) agrupaba a muchos alumnos que se unieron al movimiento en ese tiempo y que tenían procedencias diversas, pero que lograron en un

determinado momento tener una voz propia y considerable en el ambiente de las luchas estudiantiles.

En un nivel más concreto había «objetivos sociales» en función de las especificidades de cada uno de los grupos del movimiento y su composición. Lógicamente el grupo feminista Liga Dura buscaba incidir en la autoorganización de las mujeres; colectivos como La Radical Gay o LSD (siglas cambiantes pero habitualmente usadas como Lesbianas Sin Duda) tenían presencia en los activistas por la liberación gay y lésbica; el Kolectivo Antimilitarista Los Invisibles estaba compuesto por personas que tenían que enfrentarse a la obligatoriedad del servicio militar o la prestación social sustitutoria; o el Colectivo Autónomo Antifascista trataba de informar, documentar y activar las luchas contra los fascistas. Los Centros Sociales Autogestionados hacían un llamamiento al uso de los espacios por el conjunto de los vecinos de las zonas donde se constituían, proyectando formas de organización horizontal, pero en general tampoco lograban romper la imagen de ser espacios juveniles. La coordinadora de colectivos Lucha Autónoma aprobamos unos estatutos en los que se afirmaba que la coordinadora era «una organización de clase», dirigida a la emancipación de la clase obrera, pero más allá de la retórica «revolucionaria», lo cierto es que ni se correspondía con la composición social de la mayoría de sus miembros, ni su voluntad de ser un referente de los trabajadores llegó nunca a ser mínimamente real.

Los resultados de las movilizaciones eran muchas veces circunstanciales. Después de un desalojo, si había tenido repercusión mediática, la afluencia a las manifestaciones era notablemente mayor que si no había tenido ninguna relevancia; si había periodos de violencia por parte de los grupos fascistas, la presencia en las convocatorias de rechazo también era mucho más significativa. Así el movimiento autónomo pocas veces tenía influencia desde lo propositivo, en buena parte porque ese generador estaba normalmente apagado en nuestras dinámicas, sino que casi siempre su presencia pública estaba determinada por la denuncia o las luchas antirrepresivas, que nunca llegaron a ser masivas. Otra cosa era la capacidad de movilización de otros grupos no declarados específicamente autónomos en esos momentos.

A principios de los años 90, particularmente alrededor de la primera guerra del Golfo, las manifestaciones antimilitaristas fueron muy numerosas, y se logró implicar en acciones de apoyo a los insumisos a sectores poco habituales, como profesores, sindicalistas, familiares, grupos de mujeres... La desobediencia al ejército contó con un significativo apoyo social, más allá de los momentos directamente reivindicativos, y la lucha contra el servicio militar y el apoyo a los presos y fugados antimilitaristas fue considerable en cuanto a su repercusión e incidencia. Sin duda creo que fue éste el movimiento de desobediencia que se ha producido en Madrid, y me atrevería a decir en el Estado español, más importante de los últimos 30 años, y que además tuvo en su accionar reivindicativo una creatividad e inteligencia colectiva brillante. En ese sentido el sector propiamente autónomo no era ni mucho menos el más importante, muy lejos de otros grupos como el MOC (Movimiento de Objeción de Conciencia) o el Mili KK (posteriormente Coordinadora de Colectivos Antimili), pero las prácticas de estos dos últimos grupos no difería sustancialmente de lo que algunos entendemos por autonomía.

Hubo otros momentos puntuales en que el movimiento se hizo notar, como las manifestaciones tras el asesinato por un comando fascista de la inmigrante dominicana Lucrecia Pérez, las acciones contra la visita del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, o durante un periodo de tiempo —hasta que nosotros mismos la dinamitamos— la convocatoria antifascista del 20N.

*

Los principales logros creo que hay que situarlos precisamente en la importancia que en un primer momento tuvo la ruptura con las formas clásicas de organización, con la potencia de la escena musical que se generó alrededor del movimiento, con la conciencia antifascista, y con la introducción de nuevos conceptos alrededor de la sexualidad o las formas de vida.

Luego se podría redactar una serie de logros que han tenido continuidad en situaciones de las que hoy todavía hay resultados. Por citar algunos, y a riesgo de dejarme otros: el trabajo alrededor de la contrainformación, especialmente de un medio que comenzó como un fanzine llamado Molotov y del que hoy es en parte heredero el periódico Diagonal; la importancia de la edición de materiales y la continuidad de un proyecto como la librería asociativa Traficantes de Sueños; todo lo que se articuló alrededor del colectivo Bajo el Asfalto está la Huerta (BAH) en un principio y que hoy tiene que ver con el consumo de productos ecológicos y las bolsas de consumo; las derivas del movimiento de okupaciones como útiles para los actuales centros sociales (estén en la situación que estén); la feminización de las luchas y el empoderamiento de colectivos de gays y lesbianas; la producción de inteligencia colectiva alrededor del software libre y la existencia de plataformas como Nodo50 o sinDominio; y, modestamente, la parte que nos toca en la abolición del servicio militar obligatorio y la difusión del antimilitarismo...

También para algunos, entre los que me encuentro, uno de los principales logros fue poder disfrutar de lo que algunos llamaron el «vivir insumiso», y que durante un tiempo, en mi caso casi una década, tuvo que ver con la convivencia en viviendas okupadas con otros activistas de la autonomía. Ese proceso inacabable en el tiempo, por fortuna para algunos, no necesariamente pasa por el vivir en casas okupadas, pero sí que fue un logro en el sentido de que ponía directamente en la práctica varias de las cuestiones esenciales de la autonomía: el rechazo a la propiedad; la práctica del apoyo mutuo; o la vida más allá de las estructuras sociales más castrantes, además de la lógica defensa del espacio.

Otra cuestión, que no es menor, y que valoro como un logro, fue la capacidad por una parte del movimiento de establecer contactos y alianzas que no eran necesariamente del área de la autonomía, —pero principalmente—, no solo al nivel del Madrid, sino del resto del Estado español y de otros lugares del mundo, lo que facilitó contaminarse (en un sentido positivo) de otras experiencias políticas y otras formas de organización y lucha que aportaron conocimientos, sabiduría o reflexión.

Todas y cada una de estos «logros» tienen matices a la hora de evaluarlos, pero en su conjunto creo que muestran algunos momentos importantes.

*

Lamentablemente el espacio de las debilidades, limitaciones y errores sería mucho mayor, y un tema muy interesante de análisis para un libro verdaderamente útil hoy en día. Señalaré solo algunos de las calamidades que me parecen más significativas.

El área de la autonomía, insisto entre mediados de los años 80 y el año 2000 aproximadamente, adoleció de una falta de autocrítica importante. Especialmente a partir de la segunda mitad de la década de los 90, la relación con el resto de movimientos sociales tuvo más de arrogancia que de humildad y algunos colectivos y grupos, en especial la Coordinadora de Colectivos Lucha Autónoma, hicimos un viaje al pasado recuperando los peores vicios de la vieja política. De esas derivas infames surgió un nuevo espacio que gravitaba normalmente entre un supuesto anarquismo y una dialéctica autónoma que generó una tensión dentro del movimiento que fue nefasta en la articulación de un espacio de oposición en movimiento.

En muchos casos tenía que ver con una nueva composición de parte del área de la autonomía que poco tenía que ver con algunos de los preceptos rupturistas que señalaba al principio, y que enarbolaba alegremente la bandera del dogmatismo para señalar aquello que estaba o no estaba bien, sin capacidad de alumbrar que precisamente un movimiento como el autónomo no es un sujeto estático, y que los preceptos militantes es una lógica más acorde con los grupos leninistas y maoístas que con los que se dicen autónomos y/o libertarios.

Pero no fue solo esa una de las debilidades. La incapacidad propositiva, la debilidad teórica, las tendencias militaristas, la negación de la práctica subversiva en lo cotidiano y la gestación de un cuerpo teórico farragoso y de difícil comprensión por el común de los mortales fue otro de los errores recurrentes, con atribuciones de culpabilidad dispersas.

Analizando una por una podría decir sin desarrollarlo en exceso: más allá del rechazo, pocas veces se pudo proyectar a lo social un discurso coherente y compacto con propuestas desde el movimiento autónomo, ya sea en lo referido a la resolución de conflictos internos, como a otras cuestiones que requerían un mínimo de profundización al traspasar la barrera del eslogan o la consigna (por ejemplo qué hacer tras la «abolición de las cárceles»); otro asunto habitual fue el bochorno recurrente de escuchar hablar de algo y hacer todo lo contrario, como fue el caso habitual sobre lo que tenía que ver con las ideologías («yo es que soy anarquista» o «yo es que soy comunista» en labios de aplicados reclutas del sistema académico, metidos hasta la cejas en la dinámica del universitario salvapueblos), cuando en la mayoría de los casos sus únicos referentes solían ser libros políticos de aventuras; el rechazo, por una parte de la «autonomía militante» por las formas de vida en comunidad y la negación injustificable de la importancia de lo personal

como sujeto político esencial en nuestra concepción del cambio de orden social; y, otro error que hoy considero obligado reconocer, la repentina necesidad de construir un lenguaje que nos alejaba de la sociedad y que servía como filtro de afinidades y valoración de los sujetos en cuanto a su capacidad por integrarse a esos códigos. Un error en el que caímos de forma pesada y reiterada en las experiencias de los centros sociales El Laboratorio 1 y 2, pero de la que no se escapó —cada uno con su propias palabras clave— al resto del movimiento.

Habría que añadir por último, un exceso de triunfalismo engañoso por parte de un sector del área autónoma, más pendiente de imponerse de forma hegemónica en nuestra subcultura política que de «transformar el estado presente de las cosas» (como diría Marx). Ese grupo que yo identifico con ciertos colectivos de la Coordinadora Autónoma y su entorno más casposo, en versión leninista o supuestamente anarquista, terminaron finiquitando su presencia en sus territorios en la debacle producida por su insistencia en ser algo así como «el partido de la autonomía». Aunque supongo que antes de cerrar definitivamente el libro de su historia le echarían la culpa de su fracaso a otros. Algo muy habitual, al menos en aquellos tiempos, con todo lo que tenía que ver con el análisis de la acción política y las consecuencias de lo que cada uno de nosotros hacíamos.

*

Creo que buena parte de las polémicas internas —al menos las referidas a las drogas y en menor medida a la cuestión de la negociación/diálogo— son una muestra del infantilismo que se tenía como regla común, por una parte del movimiento autónomo, a la hora de testar la realidad. Señalarlas como asuntos importantes es una demostración de hasta qué punto naufragaba el movimiento en la determinación de cuáles eran los asuntos importantes. Creer que aquellos que las incendiaban de forma permanente y reiterada eran parte significativa de la autonomía, es algo que, con la perspectiva del tiempo, pongo en duda seriamente.

Sea como fuere, no cabe duda que las drogas (uso, consumo, y venta) fue parte de la discusión del movimiento autónomo en la década de los 90. Para situar un poco el contexto habría que señalar algunos antecedentes. Desde los años 70 la heroína había sido una droga que se había extendido de forma generosa en multitud de barrios de lo que se podría considerar la periferia de las ciudades. Territorios por lo normal de tradición obrera, en los que la gente joven había abrazado por la vena una sustancia que los anulaba como personas y que generaba violencias y marginación. En este contexto los movimientos políticos de la «izquierda radical» habían sido feroces en su lucha contra la adicción, toda vez que se había comprobado que en zonas donde había un malestar juvenil que pudiera derivar en conflicto político, la heroína (bien por dejadez, bien por directa implicación en el suministro y venta) parecía formar parte de una estrategia de las administraciones por anular a la juventud descontenta con el sistema.

Por tanto, el trabajo político que se había realizado era de enfrentamiento y poco más. No se había querido, o podido, profundizar en por qué mucha gente elegía la heroína, qué soluciones se podían plantear al problema, o cómo enfrentar a los directos

causantes de la marginación de los drogadictos. Aunque desde muy pronto se trabajó y se tuvo relación con grupos como Madres contra la Droga o la Coordinadora de Barrios, los lugares de encuentro tenían que ver más con la situación de los presos que con la complejidad social que se generaba.

Por otra parte, y en la misma línea de contextualizar brevemente el lugar del que se venía, otros usos de las drogas estaban totalmente normalizados e integrados en la subcultura autónoma. Eran los que tenían que ver con el alcohol y los derivados del cannabis, y, en menor medida, el consumo anfetaminas y tripis. Hasta el punto que buena parte de la primera iconografía y lemas de los primeros años tenía que ver con estos usos: desde la relacionada con el PGB (Partido de la Gente del Bar) a consignas como «tanques sí, pero de cerveza», «más porros y menos porras», *etc.* Lenguajes que afortunadamente se fueron diluyendo con el transcurrir de los años. Pero, más allá de lo anecdótico, la lectura sobre estos hábitos de consumo no tenía ninguna profundidad ni análisis.

Es a partir de mediados de los años 90 que otras drogas entran en la escena, principalmente el speed y las pastillas. También es habitual que alguna gente del movimiento se dedique al menudeo de drogas. Se creó entonces un novedoso problema, alguno de ellos (camellos) utilizaba las fiestas del movimiento para venderlas, y usan espacios públicos en el que se trata de lograr bienes colectivos, para beneficios privados. Comienza entonces una política de restricciones a la venta que choca con el consumo generalizado que hay de esas sustancias. En buena parte porque se piensa, con razón, que el movimiento se puede ver deslegitimizado socialmente si se sabe que en centros sociales y fiestas políticas se venden sustancias prohibidas que generan una imagen no deseada.

Ocurre que en vez de hacer una política medianamente seria y coherente, sobre la responsabilidad de los usos y las consecuencias para la salud que puede tener, o sobre lo que implica trabajar para redes mafiosas de dudosa ética, se levantó la bandera del prohibicionismo a todas luces hipócrita en el terreno. Hipócrita porque muchos de los camellos buscaban ese trabajo como forma de escapar de la precariedad laboral; falsa porque criminalizaba unos usos que eran comunes más allá de nuestro movimiento, y que estaban muy presentes en la juventud de aquella época; y raquítica porque no planteaba ninguna lectura sobre la que elaborar una propuesta social desde nuestro terreno político, más allá de señalar que en nuestros espacios liberados estaba prohibido la venta, y, a veces, el consumo, de determinadas sustancias. Ojos que no ven, corazón que no siente. La vieja historia de siempre.

Se llegó hasta tal punto que, por poner un ejemplo, en una fiesta que se solicitó en un centro social okupado del barrio de Prosperidad de música electrónica, la asamblea del centro negó la posibilidad de que hubiera una mesa de información sobre consumo responsable, que, además, analizaría las drogas de los asistentes para que estos supieran la calidad y consecuencias de lo que estaban consumiendo. Una lógica casi exacta a la que había usado unos años antes la iglesia católica para oponerse a una campaña sobre el uso del preservativo porque eso «fomenta el sexo irresponsable». Mejor prohibir que informar, y mejor criminalizar el consumo de drogas que pensar en, por ejemplo, desterrar el uso y venta de Coca Cola en los bares y centros de la izquierda, a pesar de que

la empresa de Atlanta tiene un extenso currículum de explotación y prácticas criminales con sus trabajadores...

Esta cuestión, que como digo, no la juzgo ya con tanta importancia habida cuenta del simplismo generalizado que imperaba en su análisis, fue una de las múltiples excusas que se utilizaron para desacreditar a personas y proyectos. Muchas de esas críticas eran malintencionadas, exageradas, y, en algún caso, basadas en fobias personales. El nefasto tratamiento del asunto dejó una permanente herencia de medias verdades y tópicos acusatorios sobre centros sociales como Minuesa, La Guindalera, La Nevera o El Laboratorio, que, como ocurrió en otras muchas situaciones, lograron que gente que no había conocido esos proyectos los juzgara en base a esas insidias.

Sobre otras cuestiones polémicas como la negociación o el diálogo la tónica general fue parecida. Poco análisis y mucha consigna de panfleto: el famoso «desalojos son disturbios» más de cara a la galería y el fanfarroneo de barra de bar que consistente y cierto. En Madrid hubo negociación con los espacios okupados desde el primer centro de la calle Amparo 83. Hubo desde entonces reuniones con la Comunidad de Madrid, el Ayuntamiento, o partidos políticos. Solo cuando un centro, El Laboratorio 1, después de una dinámica muy dura de okupaciones y desalojos, planteó abrir el debate y hacer público un posible proceso, surgieron las oposiciones a esa experimentación.

Resulta evidente que cualquier movimiento de transformación social, que pretenda constituirse como un contrapoder serio a la lógica administrativa basada en el beneficio y la explotación, ha negociado en algún momento. El equilibrio de poder que se puede poner encima de una mesa de negociación está relacionado con la capacidad de intervención de ese movimiento. Negociar han negociado desde los sandinistas antes de entrar en Managua en 1979, hasta los jornaleros andaluces después de ocupar las fincas del Duque del Infantado. Lo trascendental es qué se negocia, en qué condiciones y con qué apoyos.

El laberinto en que se enrocó una parte del movimiento en contra de la negociación y el diálogo, especialmente a partir del año 1997, fue una demostración palmaria de los miedos y debilidades de una identidad política inconclusa que estaba basada más en la pose de algunos que en la certeza de la necesidad de transformar el cotidiano aquí y ahora. En la maraña que generó esos miedos y debilidades, la pérdida de tiempos fue tan grande que pensarlo ahora con la perspectiva de lo ocurrido en Madrid alrededor de la especulación y la carestía de la vivienda produce sopor. De aquellos barroes estos lodos. Entre los opositores «militantes» pocos había que vivieran en casas okupadas, y no había ninguna polémica con «negociar» con caseros cuando se trataba de un régimen de alquiler; algunas de las okupas que se oponían era experiencias efímeras; otras no tenían ningún problema legal y se proclamaban en contra de cualquier proceso de diálogo por esnobismo radical; para colmo algunos de los más airados negacionistas del diálogo fueron con el tiempo —como le ocurrió a una parte de la sociedad— caseros, propietarios, o víctimas voluntarias de la tiranía de las hipotecas.

En contra del diálogo y la negociación se usó reiterativamente un texto del espacio okupado de Turín El Paso, escrito en 1994, como biblia del nuevo qué hacer, pero esta vez Lenin fue sustituido por un texto de un centro que no tenía ningún problema legal, en el que apenas quedaba gente del primer periodo de la mítica okupación anarquista (en la

que por cierto había tocado dos años antes Mano Negra en un concierto que muchos juzgan glorioso), y cuando algunos de sus miembros habían estado cordialmente en El Laboratorio 1 debatiendo sobre la cuestión de la negociación de una forma que nunca nadie hizo en Madrid, desde la seriedad y el respetable análisis.

En 1995 algunos compañeros acudimos a un Congreso Autónomo que se celebró en Berlín. Aquel encuentro era el fruto de los debates que se habían realizado en la escena autónoma alemana tras la caída del muro de Berlín y la posterior explosión de energías del movimiento alemán, que en el caso de la ciudad alemana había logrado okupar centenares de casas en el este de la ciudad. El 10 de marzo de 1990 se libró la madre de todas las batallas en defensa de una calle casi totalmente okupada, la Mainzer Strasse. Durante casi tres días y tres noches centenares de autónomos se enfrentaron violentamente para evitar el desalojo de las casas y los proyectos que albergaban. El movimiento había decidido volcar ahí toda la energía posible. En el pulso con la ciudad el movimiento salió derrotado, más de 300 detenciones y numerosos heridos no pudieron evitar el desalojo. La lectura de los grupos autónomos fue clara, al Estado no se le puede vencer en el terreno de la defensa militar de los espacios okupados. La estrategia de la negociación se decidió entonces necesaria para salvar la escena berlinesa y su importante peso político. Se eligió un lema que venía a ser algo así como «el precio lo eligen ustedes», en referencia a la presión en las calles que haría el movimiento para que el coste de las casas fuera el deseado por los okupantes. Esta estrategia, que tuvo más claros que oscuros, logró que se regularizaran lo que hoy son unas 180 casas proyecto, que dan vivienda a mucha gente, que permitieron mantener formas de vida en comunidad, que sostienen buena parte de la infraestructura de grupos anticapitalistas y antifascistas, y que cuentan con numerosos proyectos de solidaridad internacionalista.

Pero no existe solo el ejemplo alemán. En Italia, Holanda y Francia se pueden mencionar ejemplos de proyectos que perduran por una estrategia colectiva que permitió la defensa de los espacios lejos de la dialéctica represiva que sobradamente manejan las instituciones. También son numerosos los ejemplos en el Estado español. La permanente cantinela de que la legalización de casas okupadas había acabado con los movimientos era falsa y, como demostró el tiempo, sostenida por personas que, en muchos casos, estaban alejados de los proyectos colectivos que se generaron alrededor de la okupación, bien para vivienda bien para centro social. El único debate serio al que asistí sobre la legalización de las casas okupadas, más allá de los que planteó el Laboratorio, fue a finales de los 90 en unas jornadas sobre Autonomía realizadas en la Casa de la Muntanya de Barcelona, con experiencias de toda Europa, donde el debate fue interesante y productivo en la reflexión.

*

La cuestión de las relaciones de género en el movimiento autónomo madrileño no me toca a mí narrarla. Seguro que sería mucho más útil la versión, y los conocimientos, de las compañeras con las que tocó vivir esos tiempos.

En los lugares donde estuve activo, la relación fue cambiante y hubo procesos evolutivos que han seguido desarrollándose hasta el día de hoy. Desde los tiempos en que había un día a la semana en el *Gato Salvaje* de la calle Costanilla de los Desamparados (en el año 89-90) solo para mujeres, hasta la existencia de un centro social como La Escalera Karakola, gestionado por mujeres y con una importante trayectoria feminista en Madrid, ha llovido mucho.

En el espacio de la autonomía menos codificada por las lógicas de organizaciones militantes (casas okupadas, grupos de afinidad, proyectos de autoempleo) la presencia de las mujeres hasta mediados de los años 90 era numerosa e importante. Curiosamente en Lucha Autónoma (organización de la que participé desde el año 93 hasta finales del año 98), recuerdo que en los primeros años, en las reuniones de coordinación de los sábados a las que habitualmente acudíamos los mismos (siempre hombres) se mencionaba con asiduidad la necesidad de incorporar mujeres a la organización. Una tendencia que cambió a partir de las manifestaciones de estudiantes del año 96, pero que aún así siguió siendo muy deficitaria —en cuanto a los porcentajes— en comparación al resto del movimiento.

Hubo un proceso de pedagogía que iba más allá de la etiqueta «antipatriarcal» que colectivos y proyectos se ponían a las primeras de cambio. Especialmente en las casas okupadas, donde muchos activistas llegaban tras salir del núcleo familiar, muchas veces sujeto a las lógicas más machistas imaginables en cuanto al reparto de tareas, las limpiezas, o el cuidado de los lugares comunes. En ese proceso, al igual que en los encuentros activistas, las dificultades fueron enormes, por un lado por los enormes posos de una educación y una cultura patriarcal y por otro por una dinámica de la izquierda radical que no superaba los estereotipos de la acción y la lucha más masculinos. Sin embargo, a partir de finales de los años 90, el movimiento contaba con importantes grupos feministas y en los discursos y prácticas había una voluntad manifiesta por feminizar los contenidos. Toca a otras personas juzgar si los resultados fueron los deseados.

*

En la película de Woody Allen, *Take the Money and Run* (1969), el protagonista Virgil Starkwell (interpretado por el propio Woody Allen) huye de la cárcel con una pistola fabricada con una pastilla de jabón, cuando se encuentra frente a la policía que le persigue, comienza a llover y el arma se deshace. Podría ser una metáfora de la relación del movimiento autónomo de aquella época con la violencia.

El uso de la violencia fue una forma de diferenciarse de los grupos pacifistas, con la idea de que en según qué situaciones la violencia era necesaria; que había que arrebatarse el monopolio de su uso al Estado; y que, en muchas circunstancias la violencia no era sino autodefensa.

Pero entre el uso socializado y masivo de resistencias violentas como era el final de la Marcha contra la OTAN a Torrejón como ilusorio el intento de llegar hasta la base americana de las afueras de Madrid, y el *kale borrokismo* minoritario y de formación militarista que ocupaba reportajes en vídeos de primera y nadie entendía, había un mundo.

Si bien no había ninguna necesidad de rechazar las formas violentas que la izquierda había usado en momentos precisos de las luchas, sí que faltó una crítica a unas violencias de patio de colegio que se resumían en el concepto «somos los listos de la clase y los más malotes». Este tipo de actitudes macarras y contrarias a cualquier tipo de lógica productiva, en cuanto al desprestigio de otras formas de hacer política, se reflejaban de forma periódica en las manifestaciones estudiantiles y los ataques al impresentable Sindicato de Estudiantes. Lo que pasó de forcejeos por el uso reiterado de la manipulación de las asambleas y las decisiones de los estudiantes por un grupo sectarios de inspiración trotskista, derivó en una suerte de chulería y agresividad chusquera contra adolescentes que pertenecían a ese misterioso grupo, ante el alborozo de sus líderes eternos encantados con esas dosis regulares de protagonismo. Igualmente en las manifestaciones antifascistas hubo un periodo de enfrentamiento contra grupos como la Juventud Comunista de Madrid, que, por encima de sus rasgos estalinistas, eran víctimas fáciles de una violencia de pose y cartabón.

Para dar seriedad a este debate habría que hablar de otras circunstancias: los análisis sobre la violencia armada en Europa y el resto del mundo; los novedosos conceptos que introdujo el levantamiento zapatista de 1994; el enfrentamiento contra bandas fascistas para arrebatar su presencia en las calles; las derivas represivas sobre formas y métodos que producían lejanía y que, con el devenir del tiempo se mostraron como minoritarias y excluyentes. Asuntos que por sí solos sirven para escribir varios libros.

*

La Autonomía se presentó como un nuevo espacio político que ocupaba un vacío para muchos insatisfechos por las derivas de las dos grandes ideologías de liberación del siglo xx, el comunismo y el anarquismo. Dentro de estas dos «ideas» había muchos matices, y formas de entenderlo y aplicarlo, pero como norma general se veía una distancia enorme entre el sujeto, el cotidiano, y las formas organizativas.

En el caso del Estado español había una serie de cuentas pendientes que lastraban las identificaciones ideológicas, algunas tenían que ver con lo ocurrido durante los años 30, y otras tenían que ver con el resultado de los procesos de lucha ocurridos durante el franquismo, e incluso por las tensiones cainitas entre los distintos sectores de la izquierda transformadora tras la muerte de Franco.

El espacio autónomo que surge a mediados de los 80 proyectaba una voluntad general por construir algo nuevo, en el que teoría y práctica tuviera una alianza firme que se manifestara en una constitución liberadora en el aquí y ahora, sin esperar que un

estallido revolucionario germinado en una organización concreta, con fecha y hora, estableciera novedosos códigos de conducta hacia etapas presumiblemente liberadoras.

No existía la necesidad, ni creo que exista hoy en día, de definir la Autonomía como una nueva ideología, entre otras cosas porque nunca estuvo ideada como tal. El marco teórico de las prácticas autónomas tiene más que ver con una acepción de la práctica comunista que como marco de análisis diferenciado de la lógica de las bases sobre las que se creó la Primera Internacional. En ese sentido la Autonomía es por definición libertaria, una aseveración que no se circunscribe a un último estadio tras la conquista del poder, sino, al contrario, a una de las sinergias necesarias para la organización de lo que Marx llamó «la transformación real del estado presente de las cosas» desde lo inmediato.

Pero la autonomía es un cuerpo muy diverso, que tuvo diferentes formas de desarrollo teórico en función de la época y el lugar. Ni fueron lo mismo las luchas autónomas de finales de los años 70 en el Estado español y las de los 80 y 90, ni fue parecido el espacio autónomo alemán y el italiano. Para algunos, parte de la potencia del Área Autónoma fue entenderlo siempre como un cuerpo diverso, que se enriquecía de distintas fuentes, pero que básicamente se expresaba en una práctica.

Lógicamente esa práctica tiene que ver con la formas de vida, con la relación con el entorno, con la ética de las luchas, y con la relación del sujeto en todos los órdenes de la vida en las comunidades que comparte. Lo contrario sería una perversión engañosa que atiende a otras formas de vivir la disidencia que nada tienen que ver con la Autonomía.

Así ocurrió durante un tiempo en Madrid, cuando una serie de grupos y colectivos se pusieron la etiqueta «autónomo» como presentación formal en sociedad, sin ningún criterio más allá de una forma de entender la política que nada tenía que envidiar a partidos políticos u organizaciones juveniles de corte más clásico, donde «la organización» fagocitaba lo personal y las circunstancias de las personas que lo componían.

*

Las formas de organización del área autónoma variaron entre las estructuras más clásicas, en colectivos de acceso público y con reuniones abiertas, hasta los grupos de afinidad que se unían para situaciones o luchas concretas y que eran más cerradas. Así existieron infinidad de grupos por temáticas: feministas, homosexuales, antimilitaristas, antiprisiones, de contrainformación, estudiantiles, antifascistas, grupos de barrios, centros sociales... que se denominaban autónomos.

También hubo procesos asamblearios que sin definirse específicamente autónomos lo eran en su forma de organizarse y de plantear sus prácticas.

La Coordinadora de colectivos Lucha Autónoma fue una propuesta de lugar común de distintos grupos autónomos de la ciudad de Madrid. Por ella pasaron un buen número de colectivos de barrio y algunos más específicos (como el Colectivo Autónomo Antifascista, el Movimiento de Insumisos Lisérgicos —MIL—, o el colectivo de

contrainformación Molotov). Pero nunca logró agrupar a todas las tendencias que vivían en la difusa área de la autonomía madrileña, y en concreto generó recelos entre muchas experiencias de ocupación de viviendas y centros sociales. Quizá su gran déficit es que a la par que logró notoriedad mediática, la coordinadora heredó los peores vicios vanguardistas de los grupos de la izquierda extraparlamentaria.

En algunos momentos la inestable Asamblea de Okupas de Madrid; la Coordinadora Antifascista de Madrid; o espacios esporádicos como la iniciativa «Desenmascaremos el 92», o el Bloque Anticapitalista contra el FMI y el BM; tuvieron relativa importancia en el panorama político madrileño. Mención aparte merecería iniciativas como la coordinadora estatal contra el paro y la pobreza Baladre, o Rompamos el Silencio, compuestos por una variedad política importante, pero que en su metodología y formas de decisión eran autónomas.

De los centros sociales de la ciudad de Madrid, no cabe duda que Minuesa tuvo una importancia enorme, y más tarde los centros sociales David Castilla, La Nevera, o La Casika tuvieron una incidencia política y cultural significativa. Mención aparte sería El Laboratorio, que en sus tres ediciones fue incorporando a numerosos grupos y sectores, y que logró una notable participación de grupos y gentes todavía hoy no logradas por ningún centro okupado.

Pero creo que la cuestión fundamental que diferenciaba formas de organización autónomas tenía que ver con el concepto de la militancia. El «militante» es un concepto que atiende a la relación del sujeto con una estructura política determinada. Ocurre que muchos «militantes» tienen una relación de sumisión con el sujeto colectivo de la organización, y en ese sentido su autonomía individual es extremadamente limitada. Así las formas que implicaban una relación física con las luchas (por ejemplo la *insumisión* o la okupación) no podían ponerse en relación con la militancia, es decir nadie era «militante antimilitarista» o «militante okupa» porque era un espacio de implicación que iba más allá de la organización en la que se estaba. Por el contrario el término activista se ajusta mucho mejor a lo que los autónomos representamos en relación a las luchas, y además no genera una fractura con lo social tan marcada como era el concepto de «militante», que no deja de formar parte del concepto mesiánico que muchas veces a tenido la izquierda en relación a sus componentes más activos.

En Madrid ocurrió que muchos se consideraron «militantes autónomos», un error que puso en primer plano la organización a la que cada uno pertenecía por encima de los logros y las luchas colectivas, y eso generó desconfianza y animadversión por otros sectores que apostaban por una dinámicas más apegadas a lo social y la cooperación horizontal.

*

La relación con las instituciones no pasó de ser una cuestión estratégica, como ya he comentado anteriormente al hilo de los procesos de diálogo y negociación de algunas

casas ocupadas, que como he señalado antes fue una realidad que se produjo prácticamente desde que se inició el movimiento de ocupaciones a mediados de los años 80.

*

Las diferencias internas y la pluralidad dentro del movimiento fueron dos cuestiones de difícil digestión, y algunas veces estaban mediadas por problemas personales. Aún así hubo cuestiones que atendían a cuestiones políticas, desde algunos compañeros que apostaban por tejidos más apegados a nuestra propia identidad, a otros que se sumergían en discursos aparente más obreristas y sociales.

En general la diversidad fue vista como una amenaza y no como una aportación necesaria al concepto de movimiento. Quizá este fue uno de los peores síntomas de que lo que lo que se construyó tenía más debilidades de las que imaginábamos.

*

La crisis que se produjo en el movimiento autónomo madrileño en el año 2001 solo afectó a una parte del mismo, aquel que vivió el proceso de desintegración de la Coordinadora de Colectivos Lucha Autónoma. En mi opinión Lucha Autónoma murió por sus propios excesos y víctima de sus propias paranoias vanguardistas. Un especie de asfixia política generada por su propia deriva a una suerte de leninismo de nuevo corte, que, dedicado a la nefasta dinámica de erigirse en tribunal popular de las virtudes y defectos «revolucionarios», llegó a encontrarse en un callejón sin salida.

Al contrario, otros sectores vivieron un auge hasta entonces desconocido. En concreto el movimiento antiglobalización, donde participaban buena parte de la autonomía madrileña no ligada a Lucha Autónoma.

A finales de julio de 2001 cerca de 150.000 personas se dieron cita en Génova para evitar la reunión del G8 en esa ciudad italiana. Un acontecimiento que marcó una antes y un después en muchos aspectos, pero que fue la constatación de nuevos retos y apuestas políticas que tuvieron especial importancia en los procesos de lucha que se abrirían en el siglo XXI.

La situación actual, tras el movimiento 15M, y en el contexto de la crisis capitalista internacional abrieron nuevas formas de entender el activismo, desde mi opinión necesariamente disuelto en la complejidad social que vivimos, mucho más apasionante en formas y circunstancias que la etapa que se vivió entre los años 90 y la primera década del siglo XXI. De las experiencias pasadas se recogen muchos aprendizajes y vivencias, pero el momento actual no requiere de casi ninguna de las fórmulas que entonces se usaron, mucho menos de vanguardismos colectivos que operen desde la sombra, que ahora como entonces nada tienen que ver con la Autonomía.

En cierto sentido la vida es, como decían los autónomos berlineses a mediados de los 80, un campo de batalla, y en esa concepción que une una forma de vida libertaria con la seguridad de que es posible transformar esta sociedad y llegar a un estadio de liberación social colectiva, es en la que me sigo moviendo.

13. Haciendo ruido con las rejas de la jaula: Semana de Lucha Social «Rompamos el Silencio» 2005-2011

David G. Aristegui

Lo que supongo que vais a ver va a ser un montón de abuelos contando batallas y diciendo lo que no teneis que hacer si sois... y no lleveis nuestro camino porque... ¡buf! Pues porque tampoco es un camino tan guais. Y también lo de siempre, decirle a la gente que vea esto que sea jovencita que ningún tiempo pasado fue mejor, que no mitifiqueis el pasado, que os mojeis el culo; que sí, que la historia es buena conocerla, para aplicarla pero no para asimilarla o para ponerte como un camaleón e intentar imitar [...].

Está guais, es la historia de nuestras vidas, es cómo hicimos todo, es en lo que creíamos y en lo que todavía sigo creyendo, es en lo que hemos ocupado nuestro tiempo, es nuestra forma de ver la vida, es cómo hemos luchado contra la normalidad. Pero tío, qué jodido es tener cuarenta años y sentirte tan solo y pensar «¿Dónde están todos?», si estaré yo loco... Buf, no sé, colega.

Santi Ric⁴⁵

Introducción: Nadie hablará de nosotras cuando hayamos muerto

Proponemos empezar con un experimento muy sencillo pero bastante efectivo. Consiste en preguntar en casa, a los amigos y en el trabajo —quien tenga la suerte de tener— por Rompamos el Silencio, el ReS a partir de ahora. Seguramente nadie sabrá por qué se está preguntando... ¿un concierto benéfico, un festival de corte moderno, o qué demonios? Quien viva en Madrid o se mueva habitualmente por el centro de la ciudad, puede que algo recuerde sobre unos okupas en los Cines Bogart o en los Luna, dos de las okupaciones que más repercusión tuvieron en los medios de comunicación en esas ediciones de la Semana de Lucha Social. O bien la acción más sonada del ReS, la okupación de la SGAE por parte del Eje de Cultura Libre portando caretas de Ramoncín, que creó una encendida polémica en internet. No es algo muy sorprendente este desconocimiento general del ReS, si preguntamos en esos mismos círculos sobre el 15M o «los indignados», la respuesta será positiva, pero si insistimos e intentamos averiguar a cuántas asambleas de Sol o de barrio se ha asistido, confirmaremos que la mayoría de los mortales no son en absoluto habituales de este tipo de reuniones. Aclaremos: los círculos activistas tenemos una acusada tendencia a no levantar la vista del ombligo y no nos damos cuenta de que, en general, la gente no tiene ni la más remota idea de nuestra existencia ni de nuestras actividades.

⁴⁵ Introducción del documental *No Acepto*, sobre el punk en el Estado español.

Si alguien está leyendo un texto sobre el ReS, una experiencia de Madrid, probablemente tiene que tener alguna relación o interés en el activismo político, en sentido amplio, pero es importante no dar nada por sabido e intentar dirigirse al máximo número de gente. Los textos y reflexiones que en teoría se hacen en clave interna suelen reproducir lugares comunes y chascarrillos, de interés más bien escaso, por lo que vamos a intentar huir de ese enfoque. En lo poco publicado sobre activismo en Madrid («Armarse sobre las ruinas» retratando el periplo de Lucha Autónoma.⁴⁶

«Desobedientes»⁴⁷

sobre el Movimiento de Resistencia Global de Madrid de la época de las contra-cumbres y algunos episodios posteriores) se ha caído en triunfalismos estériles, poca autocrítica y una exposición nada clara sobre la verdadera importancia y repercusión de lo expuesto. A la hora de retratar el recorrido del ReS, se va a intentar no realizar ninguna «apropiación indebida», es decir, no situar a la Semana de Lucha Social en una posición más central o relevante de lo que realmente fue en las luchas en las que participó, como por desgracia ha sucedido en la redacción de los textos sobre Lucha Autónoma y el MRG de Madrid (que por otra parte, son muy interesantes y de lectura recomendable).

ReS 1998-2000: Okupando un hotel en la Gran Vía

Un hotel deshabitado en la Gran Vía de Madrid se convirtió ayer en punto de enfrentamiento entre la policía y un conglomerado de colectivos sociales que protestaban contra la exclusión social de parados e inmigrantes. Los incidentes se desataron cuando los manifestantes, unos 200, se lanzaron en una espectacular acción de protesta a okupar el céntrico hotel. La Policía Municipal intentó evitarlo. La refriega acabó con cuatro manifestantes detenidos, un colosal atasco en el centro de la capital y el hotel ocupado por un centenar de personas.

El País, 26-05-1998

Aunque aquí vamos a tratar en profundidad su segunda etapa —debido a que es la que vivió personalmente el autor— es imprescindible aclarar de manera rigurosa el origen de la experiencia del ReS. Los antecedentes de una Semana de Lucha Social con temáticas similares a lo que sería el ReS de 1998⁴⁸

⁴⁶ *Armarse sobre las ruinas. Historia del movimiento autónomo en Madrid (1985-1999)*, Editorial Potencial Hardcore, Madrid, 2002.

⁴⁷ *Desobedientes. De Chiapas a Madrid*, Pablo Iglesias Turrión, Editorial Popular - Rompeolas

⁴⁸ <http://www.sindominio.net/laboratorio/archivo/mayo98.htm>

(básicamente la exclusión social) podrían remontarse a 1977, cuando la Coordinadora de Grupos Marginales de Madrid, donde había colectivos como la COPEL (Coordinadora de Presos en Lucha, próxima a la CNT de la época), organizó una Semana de Lucha contra la ley de Peligrosidad Social, sustituta de la Ley de vagos y maleantes:

El suicidio de una joven presa en Basauri ha vuelto a poner al día, del modo más patético, el tema de la ley de Peligrosidad Social. Contra esta, y organizada por la Coordinadora de Grupos Marginales, comienza hoy en Madrid una Semana de actos, en los que intervendrán, entre otros, el profesor Guattari, Fernando Savater, Agustín García Calvo y, posiblemente, el filósofo francés Michel Foucault. ⁴⁹

Veinte años después, las luchas en torno a la exclusión social eran impulsadas por diversos colectivos, en gran medida nucleadas en torno a la Parroquia de Entrevías: hablamos de colectivos como Madres contra la Droga, Coordinadora de Barrios, Coordinadora de solidaridad con las personas presas, afectados por el SIDA, Traperos de Emaús, etc. Un participante en las dos etapas del ReS, aclara que la Semana de Lucha Social del ReS es la continuación de acciones como la acampada de 7 días en Mayo de 1996 frente al Ministerio de Sanidad, la ocupación durante 6 días de la Catedral de la Almudena en 1997, además de la confluencia de colectivos de distinto tipo en la marcha a la cárcel de Carabanchel, en el marco de las Marchas Europeas Contra el Paro a su paso por Madrid, también en el 97.⁵⁰

El ámbito de la Parroquia de Entrevías (principalmente la Coordinadora de Barrios), junto a la red del Movimiento Anti-Maastricht, el Centro Social El Laboratorio y personas y colectivos vinculados a Lucha Autónoma son quienes impulsan la primera Semana de Lucha Social.⁵¹

El referente más claro que tenían las acciones y el formato de aquel ReS, más que aquella lejana y olvidada iniciativa de 1977, eran por un lado la exitosa campaña de insumisión lanzada por el MOC (Movimiento de Objeción de Conciencia), que consiguió que incluso organizaciones políticas en las antípodas a nivel ideológico y discursivo de la desobediencia civil (Herri Batasuna, Jarrai, Movimiento Comunista, Liga Comunista Revolucionaria...) asumieran esta en colectivos específicos antimili como MiliKK y Kakitzat. La extrema izquierda y el MLNV adoptaron la desobediencia civil como una herramienta crítica contra el Servicio Militar Obligatorio, condicionados por el éxito de la propuesta del MOC.

⁴⁹ «Los grupos contra la ley de Peligrosidad Social. Se espera la presencia de Guattari y Michel Foucault», El País, 10-11-1977.

⁵⁰ Agustín Morán (Caes): «Rompamos el Silencio necesita ser la chispa que incendie la rebeldía de millones de personas». Disponible en http://theplatform.nuevaradio.org/txt_45.htm

⁵¹ <http://www.nodo50.org/maast/Default.htm>

Por otro lado, había referentes internacionales claros, como las Asambleas de Paradas/os francesas, cuyas acciones como okupaciones de Oficinas de Empleo y hoteles de lujo se emularon en el ReS, además de la red de Reclaim the Streets del Reino Unido: el segundo «Reclama las calles» del Estado español, un pasacalles sin legalizar, se hizo en la primera edición del ReS. La llegada del ciclo de movilización en torno a las contra-cumbres desvió los intereses de los participantes en el ReS hacia otras redes, hasta que se retoma el concepto en el 2005.

De Ruesta a Madrid⁵²

En el año 2004 CGT, la Comisión de Jóvenes de la FRAVM (coordinadora de colectivos de barrios que decíamos tenía un pie dentro y otro fuera de la Federación Regional de Asociaciones de Vecinos de Madrid), el ámbito antimilitaristas representado por el Espacio Horizontal contra la Guerra y MOC (ahora Alternativa Antimilitarista - MOC), Ecologistas en Acción, Red de Lavapiés, Baladre y personas a título individual impulsaron en el pueblo cedido a CGT de Ruesta el segundo Tinto de Verano, anunciándose como una iniciativa para generar espacios de encuentro y fortalecer las redes de coordinación para los movimientos sociales.

En el último día del esa segunda edición del Tinto se organizó una dinámica, para impulsar una lluvia de ideas para posibles acciones conjuntas entre los colectivos asistentes. Según Luis González-Reyes de Ecologistas en Acción (email personal al autor), gente de la Comisión de Jóvenes de la FRAVM propusieron el impulso de una nueva Semana de Lucha Social, habiendo tanteado antes la postura de Ecologistas sobre el regreso del paraguas del ReS. Se decidió asumir en esa dinámica la propuesta de Seco, con entusiasmo por parte de Ecologistas en Acción y algo más de frialdad por parte del resto de colectivos asistentes. Se reactivaba entonces una experiencia que se desarrolló y que se detuvo en gran medida por la llegada de lo que se caracterizó a nivel mediático como Movimiento Antiglobalización.

Hay un edificio en la calle San Bernardo vacío desde el 2005

Año 2005. PSOE en el poder. Remite la oleada de movilización en torno a la LOU, Prestige, No a la Guerra... las redes antiglobalización se desintegran y el zapatismo sigue estando de moda. Nace el quincenal Diagonal y se produce el juicio de uno de los centros sociales okupados más importantes que ha tenido la ciudad, El Laboratorio 3. En ese contexto se estuvieron desarrollando en la Parroquia de Entrevías —bisagra entre las dos etapas del ReS— extenuantes asambleas para preparar la Semana de Lucha Social del 2005. Ese año se okupó para la Semana de Lucha Social un edificio en la calle San Bernardo 41, un edificio que a día de hoy sigue vacío. Esa fue la única acción con repercusión en los medios de comunicación convencionales, siendo totalmente invisibles el resto de acciones y debates planteados en la Semana de Lucha Social.

⁵² Ruesta es un pueblo abandonado cedido a la CGT en 1988 por la Confederación Hidrográfica del Ebro.

Ese 2005 se configuraría el ReS tal y como se desarrolló hasta el 2011, habiendo muy pocos cambios en su estructura, si exceptuamos el estrepitoso fracaso del experimento organizativo del 2008, que explicaremos más adelante. El ReS tenía una asamblea general, donde acudían los representantes de los Ejes de trabajo (eje temáticos) y de las Comisiones (Comisión de Legal, Centro de Medios etc.), y su repertorio de acciones era claro: intervenciones públicas, a cara descubierta y asumiendo las consecuencias penales por las acciones, de decir, de nuevo en los parámetros de la desobediencia civil. Una novedad importante respecto a la primera etapa fue la creación de un Centro de Medios propio (con web propia para todos los contenidos generados), donde confluían muchos activistas y colectivos relacionados con la comunicación alternativa y/o contrainformación. El propio ReS se evaluaba la semana en un texto publicado en el 2006, planteando que

«En cuanto a los objetivos marcados [...] como la visibilización de conflictos y responsables, la ruptura de la normalidad en la ciudad silenciada, la movilización callejera de la disidencia ciudadana... es difícil diagnosticar si la totalidad de ellos han sido alcanzados [...] probablemente no, quizás por ser, ciertas acciones, de difícil comprensión fuera de nuestro entorno, o por el extremo secretismo [...] con que fueron llevadas a cabo algunas de ellas. [...] la autocrítica es clara: gran parte de las acciones desarrolladas carecieron de la creatividad necesaria, dirigidas a un sesgo de población muy concreto y basando su éxito, en extremo, a la cobertura que los grandes medios de comunicación decidieran otorgarles»⁵³

Hubo valoraciones que hablaban de un resultado pobre para todo el esfuerzo y preparación previa que supuso el ReS de 2005, además de críticas al tipo de acciones planteadas. El repertorio del ReS no gustó a parte de los colectivos, por ejemplo a parte de los que integraban la Comisión de Jóvenes de la FRAVM, coordinadora que impulsó en gran medida el nuevo ReS, ya disuelta en el 2005 al entrar la Asociación Los Pinos en la Junta Directiva de esta. Hablamos básicamente de los colectivos que compartían y comparten espacio en el Centro Social Seco, la Asociación Los Pinos o el Colectivo Estrella, que fueron dejando de ver sentido a la Semana y al enfoque de sus acciones. En email personal al autor, una activista del Colectivo Estrella desvincula totalmente la salida del ReS de los colectivos de Seco de la negociación que hubo con las instituciones en la reubicación del Centro Social a un espacio cedido.

A pesar de la salida de colectivos impulsores del nuevo ReS y con gran peso en éste, la mayoría de las personas y colectivos participantes deciden continuar con la coordinación con vistas al 2006. Hay que evidenciar que el ReS del 2005 anticipaba de alguna manera la explosión de redes como V de Vivienda e incluso el 15M: asamblearismo, la citada desobediencia civil como marco de acción, no legalización de ninguna intervención en la calles, ausencia de siglas, y una importancia central en el tema de la vivienda (y okupaciones de espacios cada año como sede temporal de la Semana).

⁵³ Valoración del ReS 2005. Disponible en <http://www.rompamoselsilencio.net/2006/2005.php3>

En esa semana se plantearon acciones de okupación (martes), economía y globalización (miércoles), ecología y cambio climático (jueves), lucha contra los desahucios (jueves), ciudad, vivienda y espacios sociales (viernes), exclusión, cárceles y menores (sábado).

ReS 2005-2007: Los años dorados y crisis

Del 2005 al 2007 se produce en Madrid una de las coordinaciones más importantes en los movimientos sociales de Madrid hasta la fecha. En esos tres años el ReS se consolida, y aunque el ámbito de la FRAVM acaba desligándose del ReS como reflejamos antes, éste no para de crecer, y lanza tanto en el 2006 y 2007 dos semanas de lucha muy interesantes de analizar. También hay activistas que posteriormente compaginan su actividad o bien se desplazan a otra de las redes antecesoras del 15M, V de Vivienda, cuyo recorrida va del 2006 al 2008 y su análisis excede totalmente el objetivo de este texto. Volviendo al ReS, éste se descubre como una verdadera escuela de activismo: para cada edición se aumenta el número y calidad de talleres, realizándose de teoría y práctica de la desobediencia civil, aspectos legales de esta, mediación con la policía, cómo hacer de portavoz y hablar ante la prensa... En paralelo, el Centro de Medios va consolidándose y empieza a tener una agenda propia, no circunscribiendo su actividad a la Semana de Lucha Social y reflejando las acciones y actividades de los movimientos sociales de Madrid.

Hacia el exterior, la propia Semana de Lucha adquiere cierta relevancia, básicamente en los medios de Madrid. El 2006 fue el año de máximo impacto en los medios por la okupación a escasos metros del Congreso de los Diputados de los Cines Bogart y, sobretodo, por la acción en la SGAE a cargo de un nuevo Eje surgido en el ReS, el de Cultura Libre, y que creó un tremendo debate en otra de las redes que luego irían conformando la campaña contra la Ley Sinde, también antecesoras de Democracia Real Ya y el 15M. En el 2007 el ReS acepta la propuesta del colectivo Atravesando el Tsunami y okupa para éste lo que sería el primer Patio Maravillas, siendo la única okupación que se realiza desde la Semana de Lucha de carácter permanente. Pero las propias dinámicas del ReS hacen que surja la primera crisis, de la que en realidad nunca se recuperaría.

En el Anuario de Movimientos Sociales (2008), coordinado por Pedro Ibarra, se podía leer un ajustado balance del ReS hasta el 2007:

*«No todo ha sido bonito, y en este trabajo han surgido muchos problemas internos, típicos en la convivencia de ideologías y maneras de funcionar diferentes y algunas personas hablan ya de un agotamiento del modelo de Semana de Lucha. La incapacidad de sorprender con las acciones planteadas, el agotamiento colectivo y la falta de ilusión son alguno de los problemas identificados a raíz de la última edición. Pero se trabaja ya para solucionar esto y la Asamblea retoma ya el trabajo para la preparación de la próxima edición este año 2008».*⁵⁴

⁵⁴ *Tomando las calles, rompiendo el silencio.* Disponible en <http://www.fundacionbetiko.org/index.php/es/autores/articles/352-tomando-las-calles-rompiendo-el-silencio>

Debido al éxito e impacto de sus acciones, el ReS se percibe como una red activista casi de élite, donde se requieren muchos conocimientos previos y experiencia para participar. En esas fechas, las personas que daban sus primeros pasos en el activismo se ubicaban de manera natural en las asambleas de la red de V de Vivienda —con muchas similitudes al actual 15M— mientras el ReS no conseguía sumar a gente de fuera del gueto activista, lo que a la larga supondría uno de sus problemas más importantes. El ritmo agotador y desgaste en la preparación de una Semana de Lucha anual, conflictos internos en Ejes, los intentos de extensión de la actividad del ReS a todo el año y la ausencia de nuevos activistas para dar el relevo propiciaron un 2008 en el que la red prácticamente desapareció. Hay que hacer notar que el formato hiperactivista de la Semana de Lucha era cualquier cosa menos inclusivo: las personas que trabajaban debían pedirse más de una semana de vacaciones para estar en los preparativos finales y en la propia Semana de Lucha. El ReS adoptaba un formato solo asumible para personas con horarios extremadamente flexibles (estudiantes, personas paradas, etc.)

Centro de Medios y homenajes. Tocando fondo

La densa e interesante historia del Centro de Medios merecería un capítulo propio, por lo que solo lo vamos a citar en su relación con el ReS.⁵⁵

En el 2008 el Centro de Medios vivía un buen momento, aunque su despegue definitivo se daría en el 2009, al estrenar web propia y empezar a trabajar como una agencia de noticias de movimientos sociales de base... En el 2008 el ReS tocaba fondo, sin capacidad para desarrollar ese año una Semana de Lucha propiamente dicha. Las asambleas generales contaban con una asistencia que rara vez superaba la media docena de personas (la mayoría también del Centro de Medios), y se decidió no trabajar a través de Ejes si no a través de temáticas agrupadas, sin llegarse a concretar cómo realizar el experimento. Colectivos críticos en el funcionamiento del ReS como Ecologistas en Acción o la red Quién debe a Quién (heredera de la RCADE y las luchas del 0,7) decidieron volcarse en la denuncia del Foro Petrolero con organizaciones de la izquierda más institucional, lo que dejó al ReS aún más aislado, al decidirse no participar con esas organizaciones y organizar acciones por su cuenta.

La falta de ideas en el 2008 era evidente: solo se hicieron tres acciones que eran, de alguna manera, homenajes a acciones pasadas. Se tapió una sede de Triball, asociación responsable del intento de conversión a zona de lujo de la calle de Ballesta y alrededores, al estilo del tapiado de ETTs que se hacía en los 90. Y se entró por segunda vez en la Bolsa de Madrid, al igual que se hizo en la primera etapa del ReS en 1999. Ambas acciones tuvieron repercusión en prensa; la de la Bolsa debido especialmente a que la entrada coincidió con una conexión en directo con la Bolsa de Madrid en TVE1.

⁵⁵ Centro de Medios: <http://www.centrodemedios.org/>

Posteriormente se hizo una acción en homenaje a Carlos Palomino, compañero asesinado por un militar de ideología neonazi, en el Arco del Triunfo de Madrid, cuyo vídeo es uno de los más impresionantes y efectistas que realizó el Centro de Medios, gracias a una de las acciones más espectaculares (y con menos repercusión) del ReS.⁵⁶

Con estas acciones ya no se percibía al ReS como una red, sino como un colectivo, cosa que en gran medida era cierta. Después de las acciones en el seno del Foro Petrolero y en las movilizaciones antifascistas del 20N, se produce un parón en las asambleas físicas del ReS, quedando la coordinación para tema de procesos legales abiertos y multas a través de una lista de correo. Parecía que llegaba otro parón similar al del año 2000.

Espejismos. Llegan «bolonios»

En el año 2009 se vuelve a convocar una asamblea del ReS, donde varias de las personas que asistían a ella —entre ellas el autor— lo hacían con la percepción de que iba a suponer por fin el cierre formal de la convocatoria anual de la Semana de Lucha. Pero no se contaba con la llegada de nuevos actores políticos: desde el ámbito universitario aparecían los activistas contra el Plan Bolonia, red que se llevaba gestando desde el 2008 con múltiples actividades. Debido al entusiasmo e impulso con el que llegaron esos activistas que fueron bautizados con el cariñoso apelativo de «bolonios», se produjo una situación inédita en el ReS: se acordó organizar una Semana de Lucha con menos de dos meses de preparación, cuando hasta el momento se estaba un año entero preparando las acciones. El trabajo previo de otros años facilitó que, con gran esfuerzo y grandes dosis de improvisación, se crearan los Ejes de trabajo y se dieran a estos todos los talleres necesarios para la preparación de la semana de actividades.

La Semana del 2009 fue un espejismo que, en opinión del autor, no se valoró correctamente en su momento. Una vez más, la elección del espacio a okupar fue todo un acierto por parte del Eje de Okupación en la repercusión de la Semana (los Cines Luna), y además el ReS sufre el primer susto serio en lo que a temas represivos se refiere: una acción en el Casino de Madrid de desarrollo algo caótico debido a la presión policial, finaliza con 54 detenidos (afortunadamente a nivel legal no hubo ninguna repercusión). La okupación de los Luna y las detenciones hicieron que de nuevo mucha gente, de dentro y especialmente de fuera de los círculos activistas, volviera a tener noticias de la actividad del ReS. Pero el balance en realidad no era positivo: si no hubiese sido por los activistas universitarios, la Semana no hubiese podido realizarse, y hay que recalcar que solo se obtuvo visibilidad por la decisión de Delegación de Gobierno de poner 54 detenidos encima de la mesa. Si no hubiese sido así, a pesar de los Luna probablemente se hubiera producido una edición del ReS prácticamente invisible a nivel mediático. Además, persistía la falta de ideas, y el diseño de las acciones comenzaba incluso a facilitar la caricatura por parte de los medios: en «Los «okupas» se radicalizan...» (ABC, 01-07-2009) se caracteriza al ReS como una «semana de asaltos».

⁵⁶ Acción de Rompamos el Silencio en el Arco del Triunfo de Moncloa. Disponible en <http://info.nodo50.org/Accion-de-Rompamos-el-Silencio-en.html>

¿Final? Tomando las calles, rompiendo el silencio

Con algunos Ejes reactivados, en el 2010 el ReS organiza una Semana de Lucha en la que ni se consigue okupar un espacio, reflejando un nivel de desidia por el Eje encargado de la acción inédito hasta el momento. La del 2010 es una Semana de Lucha irrelevante, donde lo poco salvable de esta son los ya habituales talleres internos para acciones y los debates que se dieron en el CSOA Casablanca (sobre la realidad de los migrantes, hacktivismo...), que cedió su espacio al ReS para sus actividades. De nuevo, parecía que el final de la segunda etapa del ReS era inminente. Pero la degradación de los movimientos sociales de Madrid propició que continuara el accidentado recorrido del ReS. El ReS fue una de las redes más activas en la solidaridad con la Huelga de Trabajadores/as de Metro de Madrid, y nuevos activistas aparecieron por primera vez por las asambleas, ya que no había otros ámbitos en Madrid abiertos para que la gente pudiera sumarse. A menos escala que en el 2009, llegaban nuevos activistas al ReS al percibirlo como un ámbito en el que poder participar a nivel político en Madrid.

Un desastroso piquete en bicicleta en la Huelga General del 29S del 2010 supuso el cierre del año para la red, donde no quedaba prácticamente nadie de las asambleas del 2005. Ya en el 2011, desde el Eje de Feminismos (que realizó una acción en UGT) y el resucitado Eje de Precariedad (que organizó varias charlas y debates) había la intención de lanzar otra Semana de Lucha, con gente recién incorporada a las asambleas del ReS, de nuevo muy limitadas cuantitativamente. Se inicia una ronda con colectivos invitándoles a sumarse a una nueva Semana de Lucha, y se crea por primera vez una Comisión de Bienvenida, para facilitar la incorporación de la gente con menos experiencia. Con dos Ejes en activo, la okupación de una sede del INEM en la calle Alberto Aguilera iba a ser el termómetro para medir las fuerzas del ReS con vistas a una nueva Semana de Lucha. La experiencia del ReS ha dejado huella: pocos días después de la okupación del INEM, se desarrolla en Sevilla otra Semana de Lucha (el ReS tuvo cierta dimensión estatal, ya en el 99 hubo Semanas de Lucha en Córdoba y Barcelona). Un poco antes, el final de la manifestación de Juventud Sin Futuro (otra red antecesora del 15M) del 7 de abril finalizó con una polémica acción que luego se ha convertido en algo habitual: 300 personas que trascendieron el recorrido legalizado y cortaron el tráfico en distintos puntos.

Y el 15 de mayo llegó la explosión. Uno de los grupos que trascendió el recorrido de la manifestación convocada por Democracia Real Ya fue Juventud Sin Futuro, después de desplegar una pancarta en un andamio de Sol. Activistas de JSF llevaban las camisetas amarillas de su propio colectivo, pero algunos llevaban las también amarillas del ReS, un encapuchado con cizalla que fue la camiseta de la edición del 2009. Al grito de «tomando las calles, rompiendo el silencio» (el lema del ReS en todas sus acciones), el grupo de JSF comenzó a dirigirse hacia Callao. El ReS nunca tuvo ocasión de valorar la acción del INEM: solo se llegó a que, en plena vorágine de la Acampada de Sol, se pudiera realizar una apresurada asamblea con vistas a recalcar lo evidente: que al igual que en el 2000, de nuevo era hora de parar. Un comunicado explicaba que «el 30 de abril, Rompamos el Silencio realizó una okupación de un antiguo edificio del INEM, haciendo un llamamiento a un mayo combativo. 15 días después Madrid despertó [...]. Este año un nuevo período de lucha social se inició el 15 de mayo por lo que, desde ReS no hemos visto necesario

acotarlo a una semana. Es un período indefinido, un nuevo proceso que se ha iniciado y en el que el ReS participará aportando su experiencia».⁵⁷

Aunque medios como ABC («lo que ocurrió tras la masiva protesta por las calles de Madrid del día 19 había sido orquestado por distintos grupos de ideología radical [...]. Según nuestros informantes, el grueso de los “okupas” forman parte de “Rompe el Silencio”»)⁵⁸

O La Vanguardia («el mapa que ilustra estas líneas ofrece una panorámica de la situación actual. En amarillo los espacios “okupados” por “Rompe el Silencio”) atribuyen al ReS acciones e influencia en el 15M una vez disuelta la red, hay que aclarar varias cosas.⁵⁹

Sería estúpido caracterizar el 15M como algo surgido del ReS (o plantear que el ReS continúa su actividad, cuando simplemente es mentira), pero es difícilmente comprensible un estallido donde desde el principio se asume el asamblearismo, la coordinación sin siglas y la desobediencia civil —las señas de identidad más fuertes de lo que fue el ReS— sin analizar que redes existieron antes del 15M y sus características.

Se ha cerrado la segunda etapa del ReS, una etapa en la que fue muy importante el poder dar el máximo de formación y recursos a las personas participantes; un punto de encuentro para muchas personas que, de otra manera, jamás hubiesen coincidido a nivel vital y activista, y que desde la Semana de Lucha Social han empezado a colaborar de mil maneras distintas. Creo que la mejor manera de reflejar eso, la conexión de activistas muy diferentes, año tras año, y la posibilidad de un futuro regreso, es con un fragmento de un comunicado del ReS de 1999, con el que ponemos punto y final a este texto:

«Apareceremos allí donde no quieren vernos, saldremos a las calles, marcharemos sobre las fábricas de muerte, tomaremos edificios, ocuparemos los templos del dinero y los despachos desde los que se gestionan nuestras vidas...

discutiremos, nos reconoceremos y cooperaremos abriendo un espacio de encuentro en el que construir lo común sin renunciar a la autonomía y las particularidades de cada un@, pero tratando de ir más allá para hacernos fuertes.»

Rompiendo el Silencio

⁵⁷ Comunicado de Rompe el Silencio, 2011. Disponible en <http://www.centrodemedios.org/Comunicado-de-Rompe-el-Silencio.html>

⁵⁸ «Nido radical en Madrid», ABC, 24-10-2011.

⁵⁹ «La fiebre de la “okupación” se instala en Madrid», La Vanguardia, 19-12-2011.

ANEXOS

Anexo I

Relación de Siglas

ACP	Agencia en Construcción Permanente
ALA	Asociación Libre de Abogados
ANIA	Agencia de Noticias de Información Alternativa
AAVV	Asociaciones de Vecinos
BAH	Bajo el Asfalto está la Huerta
BM	Banco Mundial
CAAF	Colectivo Autónomo Anti Fascista
CAES	Centro Asesoría y Estudios Sociales
CAM	Coordinadora Antifascista de Madrid
CAPE	Comité Anti-OTAN Paseo de Extremadura
CCL	Centro de Cultura Libertaria
CCP	Centro de Cultura Popular
CCOO	Comisiones Obreras
CGT	Confederación General del Trabajo
CNA	Cruz Negra Anarquista
CNT	Confederación Nacional del Trabajo
COGAM	Colectivo de Gays de Madrid
COPEL	Coordinadora de Presos en Lucha
CS	Centro Social
CSA	Centro Social Autogestionado
CSI	Corriente Sindical de Izquierdas
CSO	Centros Social Okupado
CSOA	Centro Social Okupado Autogestionado
ETT	Empresa de Trabajo Temporal
EZLN	Ejército Zapatista de Liberación Nacional
FAL	Fundación Anselmo Lorenzo
FIES	Ficheros de Internos de Especial Seguimiento
FMI	Fondo Monetario Internacional
FRAVM	Federación Regional de Asociaciones de Vecinos de Madrid

INEM Instituto Nacional de Empleo
IU Izquierda Unida
JCM Juventudes Comunistas de Madrid
JLL Juventudes Libertarias o «Julis»
JSF Juventud Sin Futuro
KAHL Kolectivo Antifascista Hortaleza Libre
KAP Kolectivo Antifascista de Prosperidad
KD Kolumna Durruti
KLAS Kolectivo Libertario Autónomo y Solidario
KLP Kolectivo Libertario de Prosperidad
KRA Kolectivo de Resistencia Antiautoritaria
(posteriormente Kolectivo Revolucionario Anarquista)
KREMA Kolectivo de Resistencia Matritense
LA Lucha Autónoma
LCR Liga Comunista Revolucionaria
LOU Ley Orgánica de Universidades
LSD Lesbianas Sin Duda
MC Movimiento Comunista
MLNV Movimiento de Liberación Nacional Vasco
MOC Movimiento de Objeción de Conciencia
MRG Movimiento de Resistencia Global
OTAN Organización del Tratado Atlántico Norte
PCE Partido Comunista de España
PGB Partido de la Gente del Bar
PP Partido Popular
PSOE Partido Socialista Obrero Español
PSS Prestación Social Sustitutoria
ReS Rompamos el Silencio
RQTQR Rosa Que Te Quiero Rosa
SGAE Sociedad General de Autores de España
STES Sindicato de Trabajadores de la Enseñanza
UE Unión Europea
UGT Unión General de Trabajadores

Anexo II

Glosario

Agencia UPA. Colectivo nacido en el año 1988 en Madrid con el fin de servir como receptor de noticias de los movimientos sociales y la represión, para difundirlas y ponerlas al servicio de los movimientos sociales de nuevo.

Asamblea de Okupas de Madrid (AOM). Órgano de existencia intermitente que desde los años 80 ha pretendido ser un punto de encuentro de los espacios Okupados de Madrid, lugar de transmisión de información, experiencia y coordinación. A diferencia de la de Barcelona, que se ha mantenido en el tiempo y ha tenido una gran trascendencia, la Asamblea de Okupas de Madrid nunca logró consolidarse.

Bajo el Asfalto está la Huerta (BAH). Colectivo autogestionario dedicado a la agroecología surgido en el año 2000. Más información en su página web www.bah.ourproject.org

Baladre. Coordinadora estatal que agrupa a distintos colectivos centrados en la lucha contra el paro, la pobreza y las desigualdades sociales. Más información en su página web www.coordinacionbaladre.org

Barbecho. Colectivo asambleario del barrio de Moratalaz. Formado a principios de los 80, centrado en la alfabetización de adultos y el trabajo con jóvenes excluidos.

Barquillo. Histórico local del movimiento feminista desde los años setenta, punto de referencia para el feminismo. En especial para las ramas del mismo menos integradas en las instituciones.

La Barraca. Antigua parroquia del barrio de Moratalaz, foco de actividad obrera y ciudadana durante la dictadura. A principios de los 90 el local deja de funcionar como parroquia y pasa a ser utilizado por distintas organizaciones sociales de Moratalaz.

Black Block (Schwarze Block). Voz inglesa derivada del alemán. Así llamaba la policía alemana en los años ochenta a los bloques de autónomos en las manifestaciones por sus vestimentas negras y sus capuchas. Popularizado por los medios de comunicación en las luchas antiglobalización de los años 1999, 2000 y 2001 para denominar a los

sectores de las movilizaciones que se enfrentaban a la policía y atacaban bancos y multinacionales.

Colectivo Estrella. Colectivo surgido en el barrio del mismo nombre de Madrid y del entorno universitario, autónomo y antiglobalización. Desaparecerá con ese nombre para crear la Oficina de Derechos Sociales del Centro Social Seco.

Colectivo Kaos. Colectivo autónomo de los municipios de Majadahonda y Pozuelo cuya actividad duró desde 1989 hasta 1999.

Coordinadora de Barrios. Organización que agrupa colectivos y personas de Madrid centradas en la lucha contra la exclusión social y la pobreza. Para más información visitar su página web www.coordinadoradebarrios.org

¡Democracia Real Ya! (DRY). Plataforma ciudadana impulsora del movimiento 15M. Su principal lema: no somos mercancías en manos de políticos y banqueros. Más información en su página web www.democraciarealya.es

Desenmascaremos el 92. Nombre de la campaña realizada por distintos colectivos con motivo de los fastos de las olimpiadas de Barcelona y la exposición internacional de Sevilla de ese año.

Escuela Popular de Prosperidad. Proyecto que, desde 1973 y en distintos locales, ha desarrollado un trabajo pedagógico y asambleario en el barrio de Prosperidad de Madrid. Para más información ver la web prosperesiste.nodo50.org

Fundación Aurora Intermitente (También conocida como «La Funda»). Asociación del ámbito libertario creada en 1981 como espacio de debate y soporte para distintos proyectos. Tuvo su sede durante años en la calle Hortaleza 19 de Madrid y fue el local de múltiples colectivos como Traficantes de Sueños y la agencia UPA. Más información en www.aurorafundación.org

Gato Salvaje. Distribuidora de música, fanzines, libros y camisetas del entorno autónomo madrileño cuya existencia va desde 1987 a 1994. En un primer momento estuvo ubicada en un local en la Costanilla de los desamparados y posteriormente en el Centro Social Seco. Tras su disolución algunos de sus miembros ayudaron a fundar la librería Traficantes de Sueños.

Insumisión. Nombre que recibió la estrategia antimilitarista de negarse a realizar el servicio militar obligatorio (también conocido como «mili») o la prestación social sustitutoria que todos los varones estaban obligados a realizar en España hasta el año 2001. Estaba penada con dos años, cuatro meses y un día de cárcel.

Insurreccionalismo. Rama del anarquismo que pone el énfasis en la crítica a las estructuras formales clásicas de organización por burocratizantes y que apuesta por una insurrección cotidiana ante el sistema. Esta insurrección cotidiana se entiende como un cambio real en la vida cotidiana, como acto de insumisión, no necesariamente como una insurrección literal en el sentido clásico.

Jarrai. Organización juvenil independentista vasca. En el año 2000 se fusiona con su organización hermana del país vasco francés Gazteriak y juntas forman Haika. En España fue ilegalizada en el año 2007, al considerar los tribunales que todas las organizaciones independentistas formaban parte de ETA.

Kale Borroka. Voz en euskera que significa lucha callejera, en concreto acciones de sabotaje y enfrentamientos con la policía.

Liga Dura. Colectivo de mujeres del ámbito de la autonomía madrileña entre los años 1987 y 1992.

Lucha Autónoma. Coordinadora de colectivos autónomos fundada en Madrid en el año 1989 y que durante once años fue uno de los principales referentes del activismo político juvenil en la ciudad. Disuelta en el año 2000 tras un proceso frustrado de refundación y apertura.

Ley Corcuera. Polémica ley propuesta por el ministro del PSOE José Luis Corcuera en 1992 que establecía, entre otras cosas, que las Fuerzas de Seguridad del Estado pudiesen allanar un domicilio sin orden judicial, si consideraban que se estaba cometiendo un delito. Corcuera dimitió en 1993 tras ser aprobada la ley sin este apartado, anulado por el Tribunal Constitucional.

La Haine. Colectivo autónomo dedicado a la contra información en Internet desde el sitio lahaine.org

Los Invisibles. Colectivo antimilitarista y de insumisos del entorno de la autonomía madrileña en los años 90. A diferencia de otras familias de insumisos apostaban por la insumisión total, esto es, no entregarse para cumplir la pena de cárcel.

Madres contra la Droga. Organización surgida en los años ochenta al calor de la gran oleada de la heroína en España. En Madrid se relacionan con la parroquia de Entrevías y los colectivos que trabajan a su alrededor.

Movimiento de Resistencia Global (MRG). En Madrid se trató de un movimiento asambleario que entre los años 1999 y 2001 organizó las luchas antiglobalización. Estaba formado tanto por sectores de la autonomía como por otros grupos de la izquierda.

Nuevo Código Penal de 1995. Reforma del Código Penal que por primera vez establecía penas de cárcel por okupación y aumentaba las penas por el delito de insumisión.

Nodo50. Colectivo contrainformativo surgido en 1994 que proporciona alojamiento web a cientos de organizaciones de izquierdas. Más información en <http://www.nodo50.org>

Onda Latina. Emisora de radio del barrio de La Latina de Madrid, nacida en el año 1975 y de carácter independiente pese a estar ubicada en un local del Partido Comunista de España.

Parroquia de Entrevías. Iglesia católica situada en el distrito de Vallecas. Caracterizada por su combatividad, su estrecha relación con los movimientos sociales y ser el lugar de encuentro de diversos colectivos de lucha contra la exclusión social y la marginación.

Plan Bolonia. Plan de gestión universitaria que pretende, en su presentación, una gestión más eficaz y transparente de los estudios universitarios. La izquierda se opone a él por considerarlo un plan que pretende privatizar de forma definitiva las universidades públicas y vetar el acceso de las clases populares a los estudios superiores. Se llama así por la ciudad donde el tratado fue firmado.

Queer. «Raro» en inglés. Teoría feminista que rechaza la clasificación de las personas en categorías cerradas (hombre, mujer, homosexual, heterosexual) y defiende que los individuos pueden cambiar su identidad sexual en el tiempo.

Red-Skin. Dentro de la cultura urbana *skinhead*, aquellos miembros que defienden el carácter antirracista y de izquierdas de esta cultura.

Rosa Que Te Quiero Rosa (RQTR). Organización de gays, lesbianas, bisexuales y transexuales de la universidad complutense de Madrid surgida en el año 1994 y que siempre ha trabajado al margen de partidos e instituciones. Para más información www.rqtr.org

Radical Gay. Escisión de la Coordinadora de Gays de Madrid (COGAM), surgida en el año 1991 y que trabajó mano a mano con sectores de la autonomía desde sus orígenes.

Rompamos el Silencio. Nombre que recibe la organización de los siete días de lucha social —Semana de Lucha Social—, contra la pobreza, la exclusión social y la pérdida de derechos laborales. Tenía como objetivo visibilizar socialmente las injusticias del sistema. El primero se realizó en el año 1998 y después se ha ido realizando irregularmente y no siempre por los mismos colectivos.

Radio Elo. Histórica radio libre del madrileño barrio de Orcasitas que funcionó entre los años 1983 y 2008.

Sumendi. Organización creada para la autogestión de la salud y por una sociedad desmedicalizada. Para más información www.sumendi.org

SinDominio. Servidor informático surgido del entorno de los centros sociales y la autonomía en Madrid a finales de los años 90. Para más información sindominio.net

Semana de Lucha Social. Ver Rompamos el silencio.

Traficantes de Sueños. Librería, distribuidora y editorial nacida en el año 1995 en el seno de la autonomía madrileña ante la necesidad de tener un espacio propio donde

adquirir textos de interés así como de poder crear textos propios de debate. Para más información www.traficantes.net

Tutte Bianche. Movimiento social italiano nacido en el año 1994 al calor de algunos centros sociales italianos. Se dieron a conocer principalmente por sus tácticas de contención ante la policía en las manifestaciones y su nombre deriva de la vestimenta blanca que todos ellos lucían.

Anexo III

Listado de Centros Sociales

Okupados mencionados en el libro

Estos datos han sido tomados principalmente en la web www.okupatutambien.net donde se puede encontrar una información mucho mayor de estos y otros muchos espacios okupados de Madrid.

Amparo 83

Del 1-11-de 1985 al 11-11-1985. Barrio de Lavapiés.

Casablanca

Abril de 2010. Barrio de Lavapiés

C.C.L. Prosperidad

Febrero del 2000 a Enero del 2001. Barrio de Prosperidad.

David Castilla

Diciembre de 1993 a Octubre de 1996. Barrio de Estrecho.

El Barrio

Mediados de 1994. Paseo de Extremadura.

El Laboratorio 1

Abril de 1997 a Diciembre de 1998. Barrio de Lavapiés.

El Laboratorio 2

Enero de 1999 a Agosto de 2001. Barrio de Lavapiés.

El Laboratorio 3

Principios de 2002 a verano del 2003.

Eskalera Karakola

Noviembre de 1996. Desde mediados de 2005 continua en un espacio negociado con el Ayuntamiento.

La Galia

Mayo de 1999 a Octubre de 1999.

Barrio de Prosperidad.

La Guindalera

Finales de 1995 a Marzo de 1997. Barrio de La Guindalera.

La Nevera

Desde el año 1999 hasta Marzo del 2000. Barrio de San Blas.

La Kasika

Okupada en Diciembre de 1997. Distrito centro de Móstoles.

Lavapiex 15

De abril a Octubre de 1996. Barrio de Lavapiés.

Lucrecia Pérez

Okupado y desalojado en Abril de 1994. En el campus de Somosaguas, de la Universidad Complutense de Madrid.

Minuesa

Agosto de 1989 a Mayo de 1994. Ronda de Atocha, junto al barrio de Lavapiés.

Otamendi

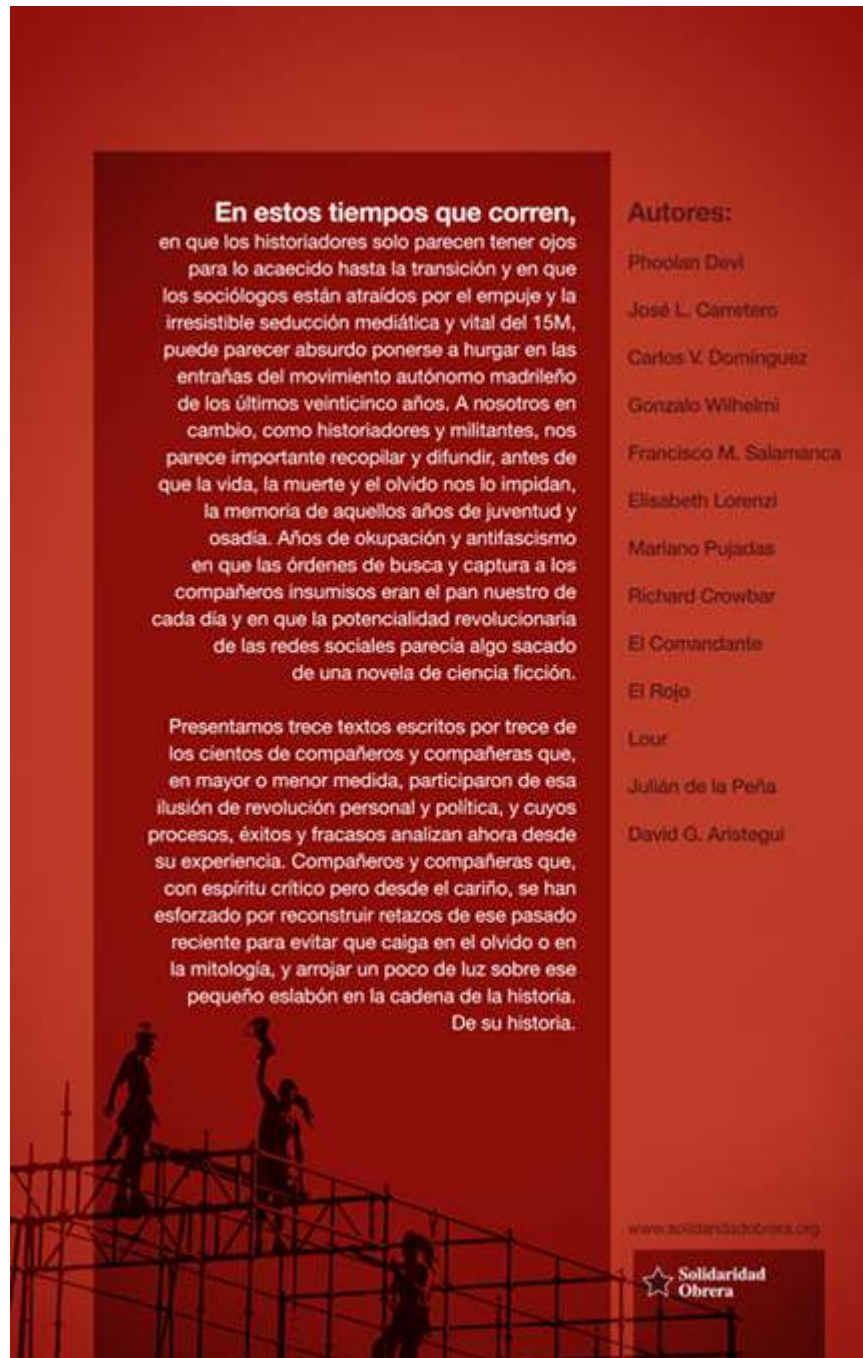
Diciembre de 1992 a Octubre de 1993. Barrio de Estrecho.

Patio Maravillas

Okupado en Julio del 2007. Barrio de Malasaña.

Seco

Okupado en 1990. Desde el año 2007 continúa su actividad en un espacio negociado con el Ayuntamiento.



En estos tiempos que corren,
en que los historiadores solo parecen tener ojos
para lo acaecido hasta la transición y en que
los sociólogos están atraídos por el empuje y la
irresistible seducción mediática y vital del 15M,
puede parecer absurdo ponerse a hurgar en las
entrañas del movimiento autónomo madrileño
de los últimos veinticinco años. A nosotros en
cambio, como historiadores y militantes, nos
parece importante recopilar y difundir, antes de
que la vida, la muerte y el olvido nos lo impidan,
la memoria de aquellos años de juventud y
osadía. Años de okupación y antifascismo
en que las órdenes de busca y captura a los
compañeros insumisos eran el pan nuestro de
cada día y en que la potencialidad revolucionaria
de las redes sociales parecía algo sacado
de una novela de ciencia ficción.

Presentamos trece textos escritos por trece de
los cientos de compañeros y compañeras que,
en mayor o menor medida, participaron de esa
ilusión de revolución personal y política, y cuyos
procesos, éxitos y fracasos analizan ahora desde
su experiencia. Compañeros y compañeras que,
con espíritu crítico pero desde el cariño, se han
esforzado por reconstruir retazos de ese pasado
reciente para evitar que caiga en el olvido o en
la mitología, y arrojar un poco de luz sobre ese
pequeño eslabón en la cadena de la historia.

De su historia.

Autores:
Phoolan Devi
José L. Cametero
Carlos V. Domínguez
Gonzalo Wilhelmi
Francisco M. Salamanca
Elisabeth Lorenzi
Mariano Pujadas
Richard Crowbar
El Comandante
El Rojo
Lour
Julián de la Peña
David G. Aristegui

www.solidaridadobra.org

 **Solidaridad
Obrera**